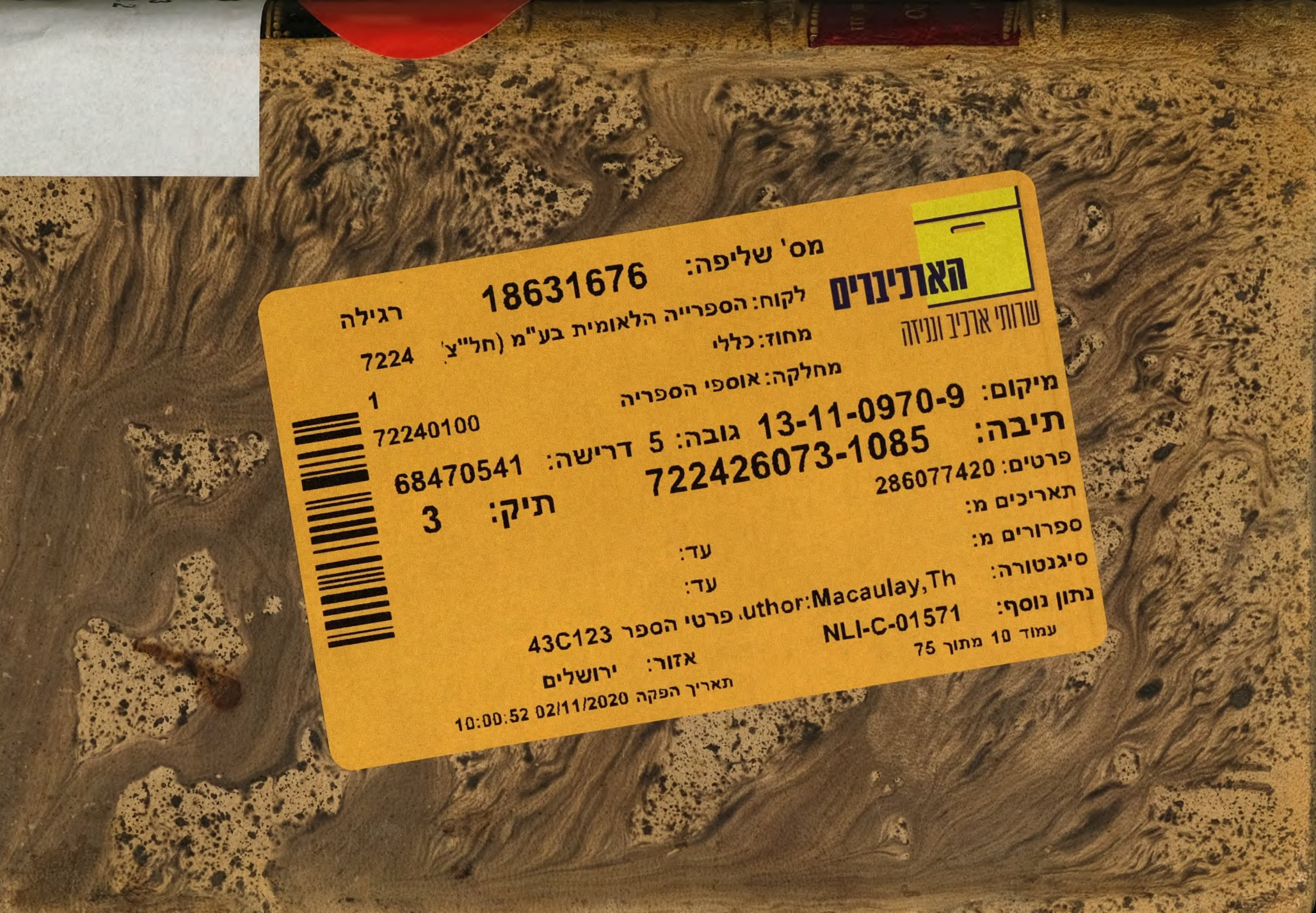
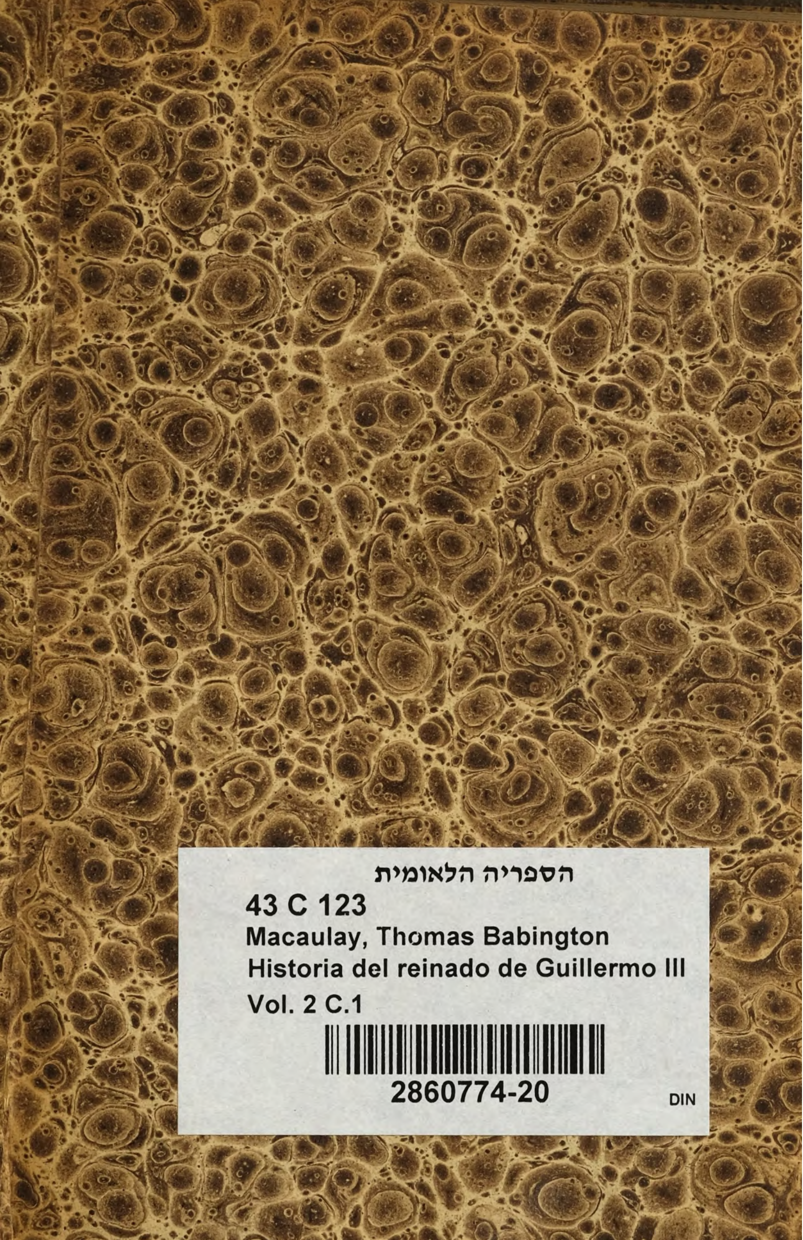


הארכיונרים
שרותי ארכיב וגניזה
מס' שליפה: 18631676
רגילה
לקוח: הספרייה הלאומית בע"מ (חל"צ)
7224
מחוז: כללי
מחלקה: אוספי הספריה
1
מיקום: 13-11-0970-9
72240100
תיבה: 722426073-1085
גובה: 5 דרישה: 68470541
פרטים: 286077420
תיק: 3
תאריכים מ: עד:
ספרורים מ: עד:
סיגנטורה:
43C123 פרטי הספר ,uthor:Macaulay,Th
נתון נוסף: NLI-C-01571
עמוד 10 מתוך 75
אזור: ירושלים
תאריך הפקה 02/11/2020 10:00:52



HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXXXVIII

HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III

(CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA)

POR

LORD MACAULAY

VERSIÓN CASTELLANA DE

DON DANIEL LÓPEZ

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1906



MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III.

CAPÍTULO TERCERO.

(CONTINUACIÓN.)

XXXV.

Estalla la guerra en las Tierras Altas (Highlands).— Estado de las Tierras Altas.

Mientras Montgomery trataba de formar con varios elementos un partido que, cuando la Convención volviera á reunirse, fuera bastante poderoso para dictar condiciones al Trono, un enemigo todavía más formidable que Montgomery había levantado el estandarte de la guerra civil en una región de la que los políticos de Westminster, y también la mayor parte de los políticos de Edimburgo, tenían tanto conocimiento como acerca de Abisinia ó el Japón.

No es fácil á un inglés moderno que puede en un día trasladarse desde su club, en Saint-James's Street,

á su coto entre los Grampianes, y que encuentra en su coto todas las comodidades y lujos de su club, creer que en tiempo de sus bisabuelos Saint-James's Street tenía tantas relaciones con los Grampianes como con los Andes. Y, sin embargo, así era. En el Mediodía de nuestra isla apenas se tenía noticia de la parte céltica de Escocia; y lo que se sabía no excitaba otro sentimiento que desprecio y repugnancia. Las rocas y los valles, los bosques y las aguas eran, sin duda, los mismos que ahora vemos todos los otoños llenos de admiradores y dibujantes. El Trosachs serpenteaba como ahora entre gigantescas murallas de roca tapizada de hiniesta y rosas silvestres; el Foyers se precipitaba á través de la verdura de los abedules con la misma violencia y el mismo estrépito con que ahora cae en Loch Ness; y á despecho del sol de junio, la nívea cabeza de Ben Cruachan se alzaba, como ahora, por encima de los islotes cubiertos de sauces de Loch Awe. Sin embargo, ninguna de estas vistas tuvo poder bastante, hasta un período reciente, para atraer un solo poeta ó pintor de más opulentas y tranquilas regiones. Ciertamente la ley y la policía, el comercio y la industria han contribuído, mucho más de lo que gentes de aficiones románticas querrán admitir, á desarrollar en nuestro espíritu el sentimiento de las más salvajes bellezas de la naturaleza. Es preciso que no acose al viajero el temor de ser asesinado ó de morirse de hambre, para que pueda sentir el encanto de las atrevidas líneas y ricas tintas de las colinas. No es probable que se sienta entusiasmado por lo abrupto de un precipicio del cual está en eminente riesgo de dar una caída de dos mil pies; por las bullidoras olas de un torrente que de pronto le arrebata su equipaje y le hace huir para salvar la vida; por la melancólica grandeza de un desfiladero donde en-

cuentra un cadáver recién destrozado y despojado por los bandidos; ó por los aullidos de aquellas águilas cuya primer comida pueden ser sus propios ojos. Hacia el año de 1730, el capitán Burt, uno de los primeros ingleses que contemplaron los lugares á donde ahora acuden viajeros de todo el mundo civilizado, escribió una relación de sus excursiones. Era evidentemente hombre de ingenio pronto, observador y cultivado, y seguramente, de haber vivido en nuestro tiempo, hubiera contemplado con mezcla de terror y delicia las montañas del condado de Inverness. Pero escribiendo con el sentimiento que era universal en su siglo, declaró aquellas montañas excrecencias monstruosas. Era tal su deformidad, decía, que las más estériles llanuras parecían agradables en comparación. Se quejaba de que el buen tiempo sólo sirviera para poner las cosas peor; pues cuanto más claro fuera el día, más desagradablemente afectaban á la vista aquellas desdichadas moles de triste púrpura oscura y sucia. ¡Qué contraste, exclama, entre este horrible espectáculo y las bellezas de Richmond Hill! (1). Algunas personas creerán que Burt era hombre de inteligencia vulgar y prosaica; pero no se atreverán seguramente á emitir el mismo juicio acerca de Oliverio Goldsmith. Fué Goldsmith uno de los poquísimos sajones que hace más de un siglo se atrevieran á explorar las Tierras Altas. Disgustóle la horrible falta de cultivo, y declaró que prefería incomparablemente el encantador país que rodea á Leyden, la vasta extensión de verdes praderas, y las quintas con sus estatuas y grutas, los adornados jardines y las avenidas rectilíneas. Sin embargo, es difícil creer que el autor del *Viajero* y de la *Aldea abandonada* estu-

(1) *Cartas de Escocia*, por el capitán Burt.

viera dotado por la naturaleza de gusto y sensibilidad inferiores á los miles de comerciantes y modistas que contemplan llenos de arrebato el Loch Katrine y Loch Lomond (1). Lo que Goldsmith sentía tiene fácil explicación. Hasta que se hubieron abierto caminos en las rocas, y se echaron puentes sobre la corriente de los riachuelos, y las posadas reemplazaron á las cuevas de ladrones; hasta que se pudo atravesar el más abrupto desfiladero de Badenoch ó Lochaber sin más peligro de ser asesinado ó robado que el que se correría en Cornhill, los forasteros no pudieron encantarse ante los azulados matices de los lagos ó los arcos iris que cubren las cascadas, ni tampoco pudieron contemplar con mezcla de placer y respeto hasta las nubes y tempestades que descienden sobre las cimas de las montañas.

El cambio en el sentimiento con que los habitantes de las Tierras Bajas contemplaban las bellezas de la montaña, está íntimamente unido con un cambio no menos notable en el sentimiento con que miraban la raza establecida allí. No es extraño que los salvajes escoceses, como alguna vez les llamaban, fueran con-

---

(1) «No he de fatigaros con la descripción de esta estéril comarca, que me obligaría á guiaros á lo alto de sus colinas que oscurecen los brezales, á sus valles capaces apenas de alimentar un conejo... Todo el país presenta el mismo paisaje desolador. No hay alamedas ni corrientes cuya música alegre al pasajero.» — Goldsmith á Bryanton, Edimburgo, 26 de setiembre, 1753. En una carta escrita poco después desde Leyden al Rdo. Tomás Contarine, dice Goldsmith: «Me quedé completamente absorto contemplando el aspecto del país. Nada puede igualar su belleza. Donde quiera que volvía los ojos, hermosas casas, jardines elegantes, estatuas, grutas, perspectivas. Escocia y este país ofrecen el más notable contraste: allí, rocas y montañas interceptan todas las perspectivas; aquí, todo es un llano continuado.» Véase el Apéndice C, al tomo a *Vida de Goldsmith*, por Mr. Forster.

siderados por los sajones, en el siglo XVII, como gente incivilizada. Pero es seguramente extraño que, considerados como salvajes, no hayan sido objeto de interés y curiosidad. Los ingleses eran entonces muy dados á averiguar los usos de naciones incultas separadas de nuestra isla por grandes continentes y océanos. Imprimíanse muchos libros donde se describían las leyes, las supersticiones, las comidas, trajes, bodas y funerales de lapones y hotentotes, mohawks y malayos. Las comedias y poemas de aquel siglo están llenas de alusiones á los usos de los negros de África y de los pieles rojas de América. El único bárbaro de quien nadie deseaba informarse era el *highlander.* Cinco ó seis años después de la Revolución, un infatigable pescador de caña publicó una descripción de Escocia. Se jactaba de que en el curso de sus viajes, de lago en lago, y de uno en otro riachuelo, apenas habría dejado un rincón sin explorar en todo el reino. Pero cuando examinamos su narración, encontramos que nunca se había aventurado más allá del límite extremo de la región céltica. Nos dice que aun de la gente que vivía cerca de los desfiladeros, poco ó nada pudo saber acerca de la población gaélica. Pocos ingleses, dice, han visto Inverary. De Inverary para allá todo era caos (1). En el reinado de Jorge I se publicó una obra que declaraba contener una exactísima descripción de Escocia; y en esta obra, que tenía más de trescientas páginas, dos párrafos despreciativos

---

(1) *Northern Memoirs*, por R. Franck Philanthropus, 1694. El autor ha visto algunos paisajes de las montañas, y hablando de ellos se expresa en lenguaje muy semejante al empleado por Burt en la generación siguiente: «Es una parte de la creación no terminada; desperdicios arrojados á un lado al crear la magnífica fábrica del mundo, tan destituídos de forma como sus naturales de moral y buenas maneras.»

bastaron para describir las Tierras Altas y sus habitantes (1). Puede ponerse en duda que en 1689, uno por cada veinte de los ilustrados *gentlemen* que se reunían en el café de Will, supieran que dentro de los cuatro mares, y á menos de quinientas millas de distancia de Londres, había muchas cortes en miniatura, en cada una de las cuales un principillo, asistido de guardias, escuderos, músicos, un orador hereditario, un poeta laureado hereditario también, gobernaba un rudo Estado, administraba ruda justicia, declaraba guerras, y hacía tratados. Mientras las antiguas instituciones gaélicas estuvieron en pleno vigor, no fueron descritas por ningún observador que pudiera juzgarlas rectamente. Si semejante observador hubiera estudiado el carácter de los habitantes de las Tierras Altas, habría encontrado sin duda estrechamente unidas las buenas y malas cualidades de una nación incivilizada. Hubiera encontrado que el pueblo no tenía amor á su patria ni á su rey; que no tenían apego á ninguna república mayor que el clan, ni á ningún magistrado superior al jefe. Hubiera encontrado que la vida se gobernaba por un código de moral y honor muy diferente del que se halla establecido en sociedades pacíficas y prósperas. Hubiera sabido que una puñalada por la espalda ó un tiro disparado ocultándose detrás de una roca, eran modos aprobados de tomar satisfacción de los insultos. Hubiera oído á algunos relatar con jactancia cómo ellos ó sus padres habían tomado, en enemigos hereditarios de algún valle vecino, venganza tal que haría estremecer á viejos soldados de la guerra de Treinta años. Hubiera encontrado que el robo

(1) *Viaje por Escocia*, por el autor del *Viaje por Inglaterra*, 1723.

era considerado como una profesión, no sólo inocente, sino honrosa. Hubiera visto donde quiera que se volviese, aquel disgusto de todo trabajo seguido y aquella disposición á arrojar sobre el sexo débil la parte más pesada del trabajo manual, que son características de los salvajes. Se hubiera admirado ante el espectáculo de hombres atléticos tomando el sol, ó pescando salmones, ó matando gallinas silvestres para ejercitarse en el tiro al blanco, mientras sus ancianas madres, sus mujeres en cinta, sus tiernas hijas, recogían la escasa cosecha de avena. Y no se quejaban las mujeres de su dura suerte. Para ellas estaba muy bien que un hombre, especialmente si tenía el título aristocrático de Duinhe Wassel y adornaba su gorra con la pluma de águila, no hiciera nada sino cuando se trataba de combatir, cazar ó merodear. Mencionar el nombre de semejante persona relacionándolo con el comercio ó con cualquier arte mecánica, era un insulto. Es cierto que la agricultura era menos despreciada. Sin embargo, era mucho más decoroso para un guerrero de elevada cuna ocuparse en despojar las tierras de los demás que en cultivar la suya. La religión de la mayor parte de las Tierras Altas era una ruda mezcla de catolicismo y paganismo. El símbolo de la redención estaba asociado con sacrificios y encantamientos gentílicos. Hombres bautizados hacían libaciones de cerveza á un demonio, y ofertas de leche á otro. Los profetas se envolvían en pieles de toro y aguardaban, así vestidos, la inspiración que debía revelar lo futuro. Aun entre aquellos trovadores y genealogistas cuya vocación hereditaria era conservar la memoria de acontecimientos pasados, hubiera encontrado el observador muy pocos que supieran leer. En realidad, es casi seguro que pasaría de uno á otro mar sin descubrir una página de gaélico escrita

ó impresa. El precio que tendría que pagar por su conocimiento del país hubiera sido muy caro. Tendría que sufrir privaciones tan grandes como si hubiera permanecido entre los esquimales ó los samoyedos. Aquí y allá ciertamente, en el castillo de algún gran Lord que tuviera asiento en el Parlamento y en el Consejo Privado, y qué acostumbrara á pasar una gran parte de su vida en las ciudades del Mediodía, podían encontrarse pelucas y casacas bordadas, vajilla y hermosa ropa blanca, encajes y joyas, platos y vinos franceses. Pero en general, el viajero se vería obligado á contentarse con muy diferentes alojamientos. En muchas casas los muebles, la comida, las ropas, y hasta el pelo y la piel de sus huéspedes, hubieran puesto á prueba su filosofía. Su alojamiento sería algunas veces una choza cuyos rincones contendrían un enjambre de insectos. Hubiera tenido que respirar una atmósfera espesa por el humo del hogar y repugnante por cien exhalaciones desagradables. Para cenar le pondrían delante grano, muy bueno para los caballos, acompañado de una torta de sangre de vacas vivas. Alguno de la compañía con quien le tocaría comer, estaría cubierto de erupciones cutáneas, y otros, como carneros, cubiertos de alquitrán. Su cama hubiera sido el duro suelo, mojado ó seco, según el estado del tiempo; y de aquella cama se levantaría medio envenenado por el hedor, medio ciego por el vaho del césped y medio loco por la comezón de la sarna (1).

Semejante pintura no tiene ningún atractivo. Y

(1) Casi todos estos detalles están tomados de las cartas de Burt. Lo que refiero del alquitrán lo he encontrado en los versos de Cleland. En la poesía titulada *El huésped montañés*, dice: «La razón es que están embadurnados de alquitrán, que defiende su cabeza y su cuello como á sus carneros.»

sin embargo, un observador instruído y desapasionado encontraría en el carácter y costumbres de este rudo pueblo algo que pudiera muy bien excitar admiración y una buena esperanza. Su valor era lo que han demostrado desde entonces grandes hazañas ejecutadas en todas las partes del globo. Su profunda adhesión á su tribu y á su patriarca, aunque políticamente un gran mal, tenía su parte de virtud. El sentimiento era mal dirigido, pero todavía era heroico. Debe haber alguna elevación de alma en un hombre que ama la sociedad á que pertenece y al jefe á quien sigue, con amor más grande que el amor de la vida. Era cierto que el montañes tenía pocos escrúpulos en derramar la sangre de un enemigo; pero no era menos cierto que tenía alta idea del deber de cumplir lo prometido á los aliados y de observar la hospitalidad con los huéspedes. Cierto que sus hábitos de bandidaje eran en extremo perniciosos para la república; pero grandemente erraron cuantos creían que tenía alguna semejanza con los miserables que en sociedades ricas y bien gobernadas viven del robo. Cuando llevaba delante de sí los rebaños de propietarios de las Tierras Bajas en dirección al puerto que conducía á su valle nativo, no se consideraba un ladrón, del mismo modo que los Raleighs y los Drakes no se creían ladrones cuando se repartían los cargamentos de los galeones españoles. Era un guerrero que se apoderaba de presa legítima de guerra, de guerra que ni un instante había cesado durante las treinta y cinco generaciones que habían pasado desde que los invasores teutónicos habían arrojado los hijos del país á las montañas. Que si se le cogía robando, fundado en semejantes principios, fuera castigado con todo el rigor de la ley para la protección de la industria pacífica, era perfectamente justo. Pero no era justo

clasificarle moralmente con los rateros que infestaban el teatro de Drury Lane, ó los salteadores que detenían los coches en Blackheath. Su indomable orgullo de cuna y su desprecio por el trabajo y el comercio, eran ciertamente grandes debilidades, y habían contribuído, más que la inclemencia del aire y la esterilidad del suelo, á que su país continuara pobre y atrasado. Y aun en esto había alguna compensación. Debe, en justicia, reconocerse, que las virtudes patricias no estaban menos extendidas entre la población de las Tierras Altas que los vicios patricios. Como no había otra parte de la isla donde hombres mal vestidos, mal alojados y mal alimentados se entregasen en grado tan eminente á los ociosos y errantes hábitos de la aristocracia, así tampoco había parte de la isla donde semejantes hombres tuvieran, en grado tal, las mejores cualidades de la aristocracia, gracia y dignidad en su porte, respeto de sí mismos, y aquella noble sensibilidad que hace considerar el deshonor como más terrible que la muerte. Un caballero de estas condiciones, cuyos vestidos afeaba la acumulada suciedad de años enteros, y cuya cabaña despedía peor olor que una porqueriza inglesa, era lo más frecuente que hiciera los honores de aquella cabaña con una altanera cortesía digna del espléndido círculo de Versalles. Aunque tenía tan pocas letras como los más estúpidos campesinos de Inglaterra, hubiera sido un gran error ponerle á la misma altura intelectual que ellos. Es cierto que sólo con la lectura pueden llegar los hombres á conocer profundamente cualquier ciencia. Pero las artes de la poesía y la retórica pueden llegar casi á perfección absoluta, y ejercer poderosa influencia en el espíritu público, en una época en que los libros sean total ó casi totalmente desconocidos. El mayor pintor de la vida y las costumbres ha descrito,

con una realidad que hace imposible dudar que estaba copiando del natural, el efecto producido por la elocuencia y las canciones en auditorios que no conocían el alfabeto. Es probable que en los consejos de los montañeses, hombres que no podrían desempeñar el cargo de escribientes de parroquia, discutieran algunas veces cuestiones de paz y de guerra, de tributos y homenajes con habilidad digna de Halifax y Caermarthen, y que en sus banquetes, trovadores que tal vez no conocieran las letras, entonasen rapsodías en las que un crítico perspicaz encontraría pasajes que le recordaran la ternura de Otway ó el vigor de Dryden.

Había, pues, aun entonces, testimonio suficiente para justificar la creencia de que ninguna inferioridad natural había hecho quedar al celta más atrasado que el sajón. Podía haberse profetizado con toda certidumbre que, si alguna vez una policía eficaz hacía imposible para el montañés vengar sus ofensas por la violencia y satisfacer sus necesidades por la rapiña, si alguna vez se desarrollaban sus facultades merced á la influencia civilizadora de la religión protestante y de la lengua inglesa, si alguna vez depositaba en su país y en sus magistrados legales la afección y el respeto con que le habían enseñado á mirar su pequeña comunidad y su pequeño príncipe, el reino obtendría un inmenso aumento de fuerza para todas las empresas, así de paz como de guerra.

Tal hubiera sido, á no dudar, la decisión de un juez bien informado é imparcial. Pero entonces no era posible encontrar juez semejante. Los sajones que habitaban lejos de las provincias gaélicas no podían estar bien informados. Los que vivían cerca no podían ser imparciales. Las enemistades nacionales han aparecido siempre con mayor encono entre fronterizos, y la enemistad entre el montañés y el habitante de las

Tierras Bajas, en toda la frontera, databa de siglos atrás, y constantes injurias la mantenían siempre viva. Un día, muchas millas cuadradas de tierra de pasto quedaban barridas por bandidos armados de las montañas. Otro día, una veintena de *plaids* danzaban en fila en las horcas de Grieff ó Stirling. Cierto que en la tierra disputada se celebraban ferias para el necesario cambio de mercancías. Pero ambos partidos acudían preparados para la lucha, y generalmente el día terminaba con derramamiento de sangre. De este modo era el montañés objeto de odio para sus vecinos sajones; y de sus vecinos sajones, los que vivían lejos de él sabían acerca de sus hábitos lo poquísimo que les importaba saber. Cuando los ingleses se dignaban pensar en él, y esto sucedía muy rara vez, era para considerarle como un salvaje abyecto y repugnante, un esclavo papista, asesino y ladrón (1).

Este desdeñoso apartamiento duró hasta el año 1745,

---

(1) En un tomo de *Misceláneas*, publicado por Afra Behn en 1685, se hallará una notable muestra de la opinión que tenían del montañés sus vecinos del País Bajo, y que éstos comunicaron á los ingleses. Una de las piezas más curiosas de la colección es un grosero y profano poema escocés, titulado: *De cómo fué hecho el primer montañés*. No me atreveré á relatar cómo y de que materiales fue hecho. El diálogo que viene inmediatamente después de su creación creo que puede citarse sin faltar al decoro:

Dice Dios al montañés:

—¿Adónde quieres ir ahora?

—Al País Bajo, Señor, á robar una vaca.

—¡Cómo! —exclama San Pedro; —nunca bueno serás, pues no haces más que venir al mundo y ya quieres ir á robar.

—¡Uf! —hace el montañés, jurando por la iglesia vecina: —mientras pueda ir á robar, no trabajaré nunca.

Otro escocés del País Bajo, el bravo coronel Cleland, describía por el mismo tiempo á la *highlander* de igual manera: «Por una palabra desagradable es capaz de matar al que está sentado con ella á la mesa. Si le preguntan de qué vive, pardiez, contestará

y entonces le sucedió momentáneamente intenso terror y rabia. Inglaterra, alarmada de uno á otro extremo, desplegó toda su fuerza. Las Tierras Altas fueron sometidas con rapidez completamente y para siempre. Durante breve tiempo la nación inglesa, todavía exaltada por la reciente lucha, no respiró más que venganza. La matanza del campo de batalla y del cadalso no fué bastante á calmar la pública sed de sangre. La vista del tartán encendía el odio en el pópulacho de Londres, odio que se manifestaba con ultrajes impropios de hombres á indefensos cautivos. Hubo en toda la región céltica una revolución social y política. El poder de los jefes quedó destruído; el pueblo fué desarmado; prohibióse el uso del antiguo traje nacional; combatiéronse eficazmente los antiguos hábitos de bandidaje, y apenas se había operado este cambio, cuando empezó un extraño reflujo de la opinión pública. La piedad sucedió á la aversión. La nación execraba las crueldades que se habían cometido con los montañeses, olvidando que de aquellas crueldades ella era la responsable. Aquellos mismos londonenses que, cuando aun estaba reciente la memoria de la marcha á Derby, habían acudido en tropel á insultar y apedrear á los rebeldes prisioneros, ahora designaban al príncipe que había vencido

---

que del robo.» —Confirman esto mismo las pocas palabras que Franck Philantropus dedica á los *highlanders*: «Viven como grandes señores y mueren como tunantes, aborreciendo el trabajo y sin crédito para que les fien: hacen depredaciones y roban á sus vecinos.» En *la Historia de la Revolución en Escocia*, impresa en Edimburgo en 1690, se encuentra el siguiente pasaje: «Los montañeses de Escocia son una especie de malvados para quienes no hay otra consideración de honor, amistad, obediencia ó gobierno que aprovechar todas las alteraciones ó revoluciones para robar ó despojar á sus vecinos de la frontera.»

la rebelión con el sobrenombre de *Carnicero*. Aquellas costumbres é instituciones bárbaras, que mientras estuvieron en pleno vigor á ningún sajón habían parecido dignas de serio examen ni las había mencionado sino con desprecio, no bien cesaron de existir, fueron objeto de curiosidad, de interés, hasta de admiración. Apenas se habían convertido los jefes en meros propietarios, cuando se puso en moda hacer maliciosas comparaciones entre la rapacidad del propietario y la indulgencia del jefe. Parecía que se hubiera dado al olvido que la antigua organización gaélica había resultado incompatible con la autoridad de la ley, había impedido el progreso de la civilización, y más de una vez había traído sobre el imperio las desdichas de la guerra civil. Así como antes sólo habían visto el lado odioso de aquella organización, ahora sólo podían ver el lado agradable. El antigno vínculo, decían, había sido de parentesco: el nuevo vínculo era puramente comercial. ¿Qué podía darse más lamentable que ver al jefe de una tribu arrojando, por un miserable atraso en el pago de la renta, á colonos que eran su propia carne y sangre, colonos cuyos antepasados muchas veces habían cubierto con sus cuerpos en el campo de batalla á los antepasados del jefe? Mientras hubo bandidos gaélicos, habían sido mirados por la población sajona como aborrecibles alimañas que era preciso exterminar sin piedad. Tan pronto como el exterminio se hubo consumado, tan pronto como el ganado estuvo tan seguro en los desfiladeros del Perthshire como en el mercado de Smithfield, el merodeador fué colocado á la altura de héroe romancesco. Mientras estuvo en uso el traje gaélico, los sajones lo encontraron horrible, ridículo y hasta groseramente indecoroso. Poco después de haber sido prohibido, descubrieron que era el traje más airoso de Europa. Los monumen-

tos gaélicos, las costumbres gaélicas, las supersticiones, los versos, abandonados desdeñosamente, empezaron á atraer la atención de los sabios desde el momento en que empezaron á desaparecer las peculiaridades de la raza gaélica. Tan poderoso fué este impulso, que en tratándose de las Tierras Altas, hombres de buen sentido daban fácil crédito á historias sin fundamento, y hombres de buen gusto daban entusiasta aplauso á composiciones sin mérito Poemas épicos que cualquier crítico entendido y desapasionado hubiera calificado á primera vista de casi enteramente modernos, y que de haberse publicado como tales hubieran ido á ocupar inmediatamente el lugar que les era propio en compañía del *Alfredo* de Blackmore y de la *Epigoniada* de Wilkie, pasaban por contar mil quinientos años de antigüedad y eran clasificados gravemente al lado de la *Iliada*. Escritores de rango muy diferente del impostor que forjó estas falsedades, vieron cuán gran efecto se podía producir con hábiles pinturas de la antigua vida de los montañeses. Suavizóse cuanto había de repulsivo: todo lo que era bello y noble se hizo figurar en primer término. Algunas de estas obras fueron ejecutadas con arte tan admirable, que, como los dramas históricos de Shakespeare, aventajan á la historia misma. Las visiones del poeta fueron realidades para sus lectores. Los lugares que describió vinieron á ser tierra sagrada y fueron visitados por millares de peregrinos. Pronto la imaginación vulgar de tal modo se llenó de plaids, rodelas y *claymores* (1), que para la mayor parte de los ingleses, escocés y montañés se consideraron como términos sinónimos. Pocos sabían, al parecer, que un

(1) Espada ancha de dos manos usada por los montañeses.— N. del T.

Macdonald, ó un Macgregor con su tartán, era respecto á un ciudadano de Edimburgo ó de Glasgow lo que un cazador indio con su afeite de guerra es respecto de un habitante de Filadelfia ó Boston. Actores y artistas representaban á Bruce y Douglas vistiendo rayado faldellín. Tanto hubiera valido presentar á Washington blandiendo un hacha de armas de los indios y ceñido el talle con una cuerda de cráneos humanos. Finalmente, esta moda llegó á un punto más allá del cual era difícil pasar. El último rey británico que tuvo corte en Holyrood creyó que no podía dar prueba mayor de su respeto á los usos que habían prevalecido en Escocia antes de la unión, que disfrazándose en un traje que antes de la unión era considerado por nueve escoceses, de cada diez, como el traje de un ladrón.

De este modo ha sucedido que las antiguas costumbres é instituciones gaélicas no han sido presentadas nunca á la sencilla luz de la verdad. Hasta mediados del siglo pasado fueron vistas á través de un falso medio: desde entonces han sido vistas á través de otro igualmente falso. Antes apenas se descubrían entre una oscura y confusa niebla de preocupaciones; y tan pronto aquella niebla se disipó, cuando aparecieron brillantes con las más ricas tintas de la poesía. Hoy ha pasado ya el tiempo en que hubiera podido hacerse una pintura perfectamente exacta. El original ha desaparecido hace ya mucho; no existe ninguna imagen auténtica; y lo más que se puede hacer es presentar una imperfecta semejanza con ayuda de dos retratos, de los cuales, uno es una grosera caricatura, y el otro una obra maestra de adulación.

XXXVI.

Carácter peculiar del jacobismo en las Tierras Altas.

Entre las ideas erróneas generalmente recibidas respecto á la historia y carácter de los montañeses, hay una que es de especial necesidad corregir. Durante el siglo que comenzó con la campaña de Montrose, y terminó con la campaña del joven pretendiente, todos los grandes hechos militares llevados á cabo en territorio británico, en defensa de la casa de Estuardo, fueron terminados por el valor de las tribus gaélicas. Los ingleses, por tanto, como era muy natural, atribuyeron á aquellas tribus los sentimientos de los *caballeros* de Inglaterra: profunda reverencia á la dignidad real y adhesión entusiasta á la real familia. Una investigación rigurosa mostrará, sin embargo, que se ha exagerado en gran manera la fuerza de estos sentimientos entre los clanes celtas.

Al estudiar la historia de nuestras discordias civiles, no debemos nunca olvidar que los mismos nombres, enseñas y gritos de guerra tenían significación muy diferente en distintas partes de las Islas Británicas. Ya hemos visto cuán poco había de común entre el jacobismo de Irlanda y el jacobismo de Inglaterra. El jacobismo del montañés de Escocia era, al menos en el siglo XVII, una tercera variedad, completamente distinta de las otras dos. La población gaélica distaba mucho, en verdad, de sostener la doctrina que condena la resistencia ni la que impone la obediencia pasiva. En rigor, la vida ordinaria de aquellos naturales se reducía á desobedecer y resistir. Algu-

nos de esos mismos clanes que ha estado en uso describir como tan entusiastamente leales que estaban dispuestos á defender á Jacobo hasta la muerte, aun en cosas en que no tuviera razón el Rey, mientras ocupó el trono, nunca habían tributado el menor respeto á su autoridad, ni aun en aquellos casos en que evidentemente se trataba de actos de justicia. Sus hábitos, su ocupación habían sido desobedecerle y desafiarle. Algunos de ellos habían sido proscritos á son de trompa por el crimen de resistir á sus legales mandatos, y hubieran despedazado sin escrúpulo á cualquiera de sus funcionarios que se hubiera atrevido á pasar los desfiladeros con el propósito de ejecutar la orden del Rey. Acusaban á los whigs ingleses sus enemigos de sostener doctrinas peligrosamente amplias respecto á la obediencia debida al primer magistrado. Sin embargo, ningún whig inglés digno de respeto defendió nunca la rebelión sino como remedio excepcional y extremo para males extremos y excepcionales. Pero entre aquellos jefes celtas, cuya lealtad ha sido tema de tan caluroso elogio, había algunos cuya existencia entera, desde la infancia, había sido una larga rebelión. No hay duda que tales hombres debían ver la revolución de muy distinta manera que el *nonjuror* de la universidad de Oxford. De otro lado, tampoco les obligaba á tomar las armas, como á los indígenas irlandeses, la impaciencia de la dominación sajona. El celta escocés no había estado nunca sujeto á semejante dominación. Ocupaba su inculta y estéril región, y seguía sus usos nacionales. En su trato con los sajones, era más bien opresor que oprimido. Les imponía tributos; huía con sus rebaños y ganados, y rara vez se atrevían á perseguirle en su nativa soledad. Ellos nunca se habían repartido su desolada región de pantanos y guijarros.

Nunca había visto la torre de sus caudillos hereditarios ocupada por un usurpador que no supiera hablar gaélico, y que mirase á cuantos hablaban aquella lengua como bestias y esclavos; ni habían sido nunca ultrajados sus sentimientos nacional y religioso por el poder y esplendor de una Iglesia que fuera para él juntamente extranjera y herética.

La verdadera explicación de la facilidad con que una gran parte de la población de las Tierras Altas sacó dos veces la espada por los Estuardos en el siglo XVII, se encuentra en las querellas internas que dividían la república de clanes. Porque había una república de clanes, imagen, en escala reducida, de la gran república de naciones europeas. En la menor de estas dos repúblicas, como en la mayor, había guerras, tratados, alianzas, disputas acerca de territorio y procedencia, un sistema de derecho público, un equilibrio de poder. Había una fuente inagotable de descontentos y disputas. El sistema feudal había sido introducido algunos siglos antes en las montañas, pero ni había destruído el sistema patriarcal, ni se había amalgamado completamente con él. En general, el que era lord en la organización política de los normandos, era también jefe entre los celtas; y cuando así sucedía, no había conflicto. Pero cuando los dos caracteres estaban separados, todo el cariño y leal obediencia estaban reservados para el jefe. El lord tenía solamente lo que podía conseguir y mantener por la fuerza. Si podía, con ayuda de su tribu, tener sujetos á los colonos que no fueran de su tribu, había la tiranía de un clan sobre otro clan, la más mortificante, tal vez, de todas las formas de tiranía.

XXXVII.

Envidia suscitada por el ascendiente de los Campbells.

En diferentes tiempos, razas diferentes alcanzaron una autoridad que había producido general temor y envidia. Los Macdonalds habían poseído un tiempo en las Hébridas y en toda la parte montañosa del Argyleshire é Invernessshire ascendiente semejante al que había poseído la casa de Austria sobre la cristiandad. Pero el ascendiente de los Macdonalds, como el de la casa de Austria, había pasado ya; y los Campbells, los hijos de Diarmid, habían llegado á ser en las Tierras Altas lo que los Borbones eran en Europa. El paralelo podría llevarse más lejos. Acusaciones semejantes á las que era costumbre arrojar sobre el Gobierno francés, eran arrojadas sobre los Campbells. Una destreza peculiar, una peculiar elegancia de modales, un peculiar desprecio por todas las obligaciones de la buena fe, eran atribuídas, con ó sin razón, á la temida raza. «Bello y falso como un Campbell,» vino á ser expresión de uso común. Decíase que, uno tras otro, los Mac Callum More, con infatigable, insaciable y nada escrupulosa ambición, habían agregado una montaña y otra montaña, una isla y otra isla á los primitivos dominios de su casa. Algunas tribus habían sido arrojadas de su territorio, otras obligadas á pagar tributo, otras incorporadas á los vencedores. Al fin, el número de combatientes que llevaban el nombre de Campbell fué bastante á hacer frente en el campo de batalla á las fuerzas com-

binadas de todos los demás clanes occidentales (1). Durante estas contiendas civiles, que comenzaron en 1638, llegó al zenit el poder de esta ambiciosa familia. El Marqués de Argyle era jefe de un partido, al mismo tiempo que jefe de una tribu. Poseía dos diferentes clases de autoridad, y hacía uso de cada una de ellas de manera de poder extender y fortificar la otra. El saber que podía llevar al campo los *claymores* de cinco mil montañeses medio paganos, daba más peso á su influencia entre los austeros presbiterianos que llenaban el Consejo Privado y la Asamblea general de Edimburgo. Su influencia en Edimburgo aumentaba el terror que inspiraba su nombre en las montañas. De todos los príncipes de las Tierras Altas cuya historia nos es bien conocida, él fué el más grande y el más temido. Mientras sus vecinos observaban el aumento de su poder con odio que el temor apenas podía disimular, fueron llamados por Montrose á las armas El llamamiento encontró pronta obediencia. Una poderosa coalición de clanes declaró la guerra, nominalmente, en favor del rey Carlos, pero, en realidad, contra Mac Callum More. Nadie que haya estudiado la historia de aquella lucha dudará que, si Argyle hubiera sostenido la causa de la monarquía, sus vecinos se hubieran declarado en contra de ella. Graves escritores refieren la victoria ganada en Inverlochy por los realistas á los rebeldes.

(1) Después de escrito este pasaje, encontré con gran placer que Lord Fountainhall se valía, en julio de 1676, exactamente de la misma comparación que se me había ocurrido á mí. Dice que «la ambición de Argyle, aspirando al dominio de las montañas y de las Islas occidentales de Mull, Ila, etc., fué causa de que los otros clanes se concertaran para derribarlo, como las fuerzas confederadas de Alemania, España, Holanda, etc., contra el engrandecimiento de Francia.

Pero los campesinos que viven cerca del lugar del combate hablan con más exactitud. Hablan de la gran batalla ganada allí por los Macdonalds á los Campbells.

Los sentimientos que habían producido la coalición contra el Marqués de Argyle conservaron su fuerza hasta mucho tiempo después de su muerte. Su hijo, el Conde Archibaldo, aunque era hombre de muchas virtudes eminentes, heredó con el ascendiente de sus antepasados la impopularidad que semejante ascendiente no podía menos de producir. En 1675, varias tribus guerreras se confederaron contra él, pero hubieron de someterse á la fuerza superior de que disponía. Hubo, pues, gran alegría de uno á otro mar cuando, en 1681, fué acusado con un fútil pretexto, condenado á muerte, obligado á emigrar y despojado de sus dignidades. Hubo gran alarma cuando, en 1685, regresó del destierro y envió la cruz de fuego convocando á sus deudos para que acudieran en torno de su estandarte; y hubo otra vez gran alegría cuando su empresa fracasó, cuando su ejército se deshizo, cuando fijaron su cabeza en la cárcel de Edimburgo, y cuando aquellos jefes que le habían mirado como opresor alcanzaron de la Corona, en buenas condiciones, perdón de antiguas deudas y concesión de nuevos títulos. Mientras en Inglaterra y Escocia la mayoría execraba la tiranía de Jacobo, era honrado como libertador en Appin y Lochaber, en Glenroy y Glenmore (1). El odio excitado por el poder y ambi-

(1) En la introducción á las *Memorias de sir Ewan Cameron*, hay una observación muy sensata: «Parecerá, tal vez, paradoja; pero el editor no puede menos de conjeturar que los motivos que impulsaban á los montañeses á sostener al rey Jacobo eran, en sustancia los mismos que movían á los partidarios de la Revolución.» Toda la introducción merece leerse.

ción de la casa de Argyle no se satisfizo todavía cuando pereció la cabeza de aquella casa, cuando sus hijos eran fugitivos, cuando el castillo de Inverary estaba guarnecido por extraños, y cuando toda la orilla del Loch Fyne fué entregada á la devastación por el fuego y la espada. Decíase que era preciso seguir el terrible precedente sentado en el caso de los Macgregors, y que debía ser un crimen llevar el odioso nombre de Campbell.

De repente todo cambió. Vino la revolución. El heredero de Argyle regresó en triunfo, y, como sus predecesores, fué cabeza no sólo de una tribu sino de un partido. La sentencia que le había despojado de sus bienes y honores fué considerada como nula por la mayoría de la Convención. Abriéronse ante él las puertas del Parlamento; fué elegido de entre todos los nobles escoceses para tomar el juramento á los nuevos Soberanos, y se le autorizó á levantar un ejército en sus dominios para el servicio de la Corona. Quería ahora, indudablemente, igualar el poder del más poderoso de sus antecesores. Resguardado por la fuerza del Gobierno, pediría todos los largos y cuantiosos atrasos de rentas y tributos que le debían sus vecinos, y tomaría venganza de todas las injurias é insultos que había sufrido su familia.

XXXVIII.

Los Stewarts y los Macnaghtens.

Cundió el terror y la agitación por los castillos de veinte reyezuelos. La inquietud era grande entre los Stewarts de Appin, cuyo territorio estaba comprendido entre el mar, por un lado, y la raza de Diarmid

por el otro. Los Macnaghtens estaban todavía más alarmados. Un tiempo habían sido señores de aquellos hermosos valles que riegan el Ara y el Shira para ir á desembocar en el Loch Fyne. Pero los Campbells habían prevalecido. Los Macnaghtens se vieron obligados á someterse, y generación tràs generación habían mirado con terror y aborrecimiento el vecino castillo de Inverary. Habíaseles prometido recientemente completa emancipación. Una concesión, por virtud de la cual el jefe de la tribu recibiría su hacienda inmediatamente de la Corona, había sido preparada y ya iba á salir de la Cancillería, cuando la revolución extinguió súbitamente una esperanza que casi había llegado á ser certidumbre (1).

XXXIX.

Los Macleans.—Los Camerons.—Lochiel.

Los Macleans recordaban que, sólo catorce años antes, los Campbells habían invadido sus tierras y se habían apoderado de la residencia de su jefe, donde habían dejado guarnición (2). Todavía antes que

---

(1) Skene, *Los montañeses de Escocia;* Douglas, *Nobleza de Escocia.*

(2) Véanse las *Memorias de la vida de sir Ewan Cameron*, y la *Relación histórica y genealógica del clan de Maclean*, por un Senachie. Aunque esta última obra fué publicada en 1838, su autor parece animado de odio tan terrible como el que inspiraban los Campbells á los Macleans del siglo XVII. En el breve espacio de una página se designa al Marqués de «diabólico Cromwell de Escocia,» «vil y vengativo perseguidor,» «miserable traidor,» y «el impostor Argyle.» En otra página es «el insidioso Campbell, fértil en villanías,» «el avariento esclavo,» «el cobarde Argyle» y

Guillermo y María fueran proclamados en Edimburgo, un Maclean, enviado sin duda por el jefe de su tribu, había cruzado el mar hasta Dublín, y había asegurado á Jacobo que si desembarcaban en Argyleshire dos ó tres batallones de Irlanda, inmediatamente se les unirían cuatro mil cuatrocientos *claymores* (1).

Espíritu semejante animaba á los Camerons. Su jefe, sir Ewan Cameron de Lochiel, apellidado el Negro, no tenía rival en cualidades personales, entre los príncipes celtas. Era señor magnánimo, aliado fiel, terrible enemigo. Su rostro y su porte eran singularmente nobles. Algunos que habían estado en Versalles, y entre ellos el sagaz y observador Simón, Lord Lovat, decían que en la persona y modales había mucha semejanza entre Luis XIV y Lochiel; y todo el que compare los retratos de ambos advertirá que realmente hay algún parecido. En la estatura había gran diferencia. Luis, á pesar de los altos tacones de sus zapatos y de su gran peluca, apenas alcanzaba la estatura regular. Lochiel era alto y fornido. En agilidad y destreza en el manejo de las armas pocos le igualaban entre los habitantes de las montañas. Había salido victorioso en varios combates singulares. Era cazador de gran fama. Hacía obstinada guerra á los lobos que, hasta su tiempo, hacían presa en los rojos venados de los Grampianes; y á sus manos pereció el último de aquella raza feroz que, según

---

«el traidor escocés.» En la página siguiente es «el bajo y vengativo enemigo de la casa de Maclean,» «el hipócrita covenantario,» «el traidor incorregible,» «el cobarde y malvado enemigo.» Es una felicidad que en nuestro tiempo, pasiones tan violentas, puedan desahogarse sólo con palabras.

(1) Carta de Avaux á Louvois, abril 6 (16), 1689, donde se contiene un documento titulado: *Mémoire du Chevalier Mackleán*.

es sabido, vagaba libremente por nuestra isla. No se distinguía menos Lochiel por su inteligencia que por su vigor corporal. Tal vez hubiera parecido ignorante á los ilustrados viajeros ingleses que habían estudiado los clásicos con Busby en Westminster y con Aldrich en Oxford; que habían aprendido algo de ciencias entre los miembros de la Sociedad Real, y algo de bellas artes en las galerías de Florencia y Roma. Pero aunque Lochiel sabía muy poco de lo que se aprende en los libros, era eminente en el consejo, elocuente en el debate, fecundo en la invención de expedientes y hábil en manejar á los hombres. Su entendimiento no le permitía incurrir en aquellas locuras en que el orgullo y la ira hacían caer con frecuencia á los otros jefes sus colegas. Por eso muchos que á los demás jefes los consideraron como bárbaros, hablaban de él con respeto. Hasta en la Embajada holandesa, en Saint James's Square, se hablaba de él como de un hombre á quien no era fácil encontrar igual en capacidad y valor. Como protector de las letras está á la altura del magnífico Dorset. Si Dorset asignó á Dryden de su bolsillo particular una pensión igual á lo que le producía el ser poeta laureado, se decía que Lochiel había concedido á un célebre bardo, que había sido despojado por bandidos y que imploraba limosna en una patética oda gaélica, tres vacas y la suma casi increíble de quince libras esterlinas. En realidad, el carácter de este gran jefe había sido descrito dos mil quinientos años antes de su nacimiento, y pintado—tal es el poder del genio—con colores todavía frescos cuando haya trascurrido igual número de años después de su muerte. Era el Ulises de las Tierras Altas (1).

(1) Véanse las interesantísimas *Memorias de sir Ewan Came-*

Poseía un gran territorio habitado por una raza que no reverenciaba más señor ni rey que Lochiel. Debía, sin embargo, rendir homenaje por aquel territorio á la casa de Argyle. Tenía obligación de asistir en la guerra á sus superiores feudales, y les debía una cantidad considerable de renta. Es indudable que desde la infancia le habían enseñado á considerar este vasallaje como degradante é injusto. En su mejor edad había estado bajo la tutela del político Marqués, á quien debió el conocimiento de lo necesario á un caballero, y había sido educado en el castillo de Inverary. Pero á los diez y ocho años, el muchacho quebrantó la autoridad de su tutor y peleó bravamente por Carlos I y por Carlos II. Se le consideró, por tanto, por los ingleses, como afiliado en el partido de los *caballeros*, fué bien recibido en Whitehall después de la restauración y fué armado caballero por mano de Jacobo. El cumplimiento, sin embargo, que se le hizo una de las veces que se presentó en la corte de Inglaterra, no hubiera parecido muy linsonjero á ningun sajón. «Cuidado con los bolsillos, milores, que viene aquí el rey de los ladrones,»—gritó S. M. La lealtad de Lochiel es casi proverbial;

---

ron de Lochiel, impresas en Edimburgo para el Club de Abbotsford en 1842. El manuscrito debe ser, por lo menos, un siglo más antiguo. Véase también, en el mismo tomo, la descripción de la muerte de sir Ewan, copiada de los *Balhadie Papers*. Debo decir que el autor de las *Memorias de sir Ewan*, aunque evidentemente bien informado acerca de lo relativo á las *Highlands* y á los caracteres de los principales jefes, era groseramente ignorante de la política y de la historia de Inglaterra. Citaré lo que Van Citters escribió á los Estados Generales acerca de Lochiel, nov. 26 (dic. 6), 1689: «Sir Ewan Cameron, Lord Locheale, een man,—soo ik hoor van die hem lange gekent en dagelyk hebben mede omgegaan,—van so groot verstánt, courage, en beleyt, als weynige syns gelycke syn.»

pero tenía muy poco parecido con lo que se llamaba lealtad en Inglaterra. Las actas del Parlamento de Escocia del tiempo de Carlos II le presentan como rebelde y amigo de infringir la ley, que poseía tierras como señor absoluto y con gran desprecio de la autoridad real (1). En una ocasión el Sheriff de Invernessshire recibió orden del rey Jacobo de constituir un tribunal en Lochaber. Lochiel, celoso de esta intervención en su despotismo patriarcal, se presentó en el tribunal á la cabeza de cuatrocientos Camerons armados. Fingió gran reverencia por la orden real, pero dejó escapar algunas palabras que fueron perfectamente comprendidas por los pajes y escuderos que cuidadosamente observaban hasta la dirección de su mirada. «¿No hay ninguno de mis muchachos que mande á este juez con la música á otra parte? Otras veces les he visto armar camorra sin que hubiera tanta necesidad.» En un momento empezó una riña en la multitud, sin que nadie pudiera decir cómo ni dónde. Salieron á relucir centenares de dagas; de todas partes salían gritos de ¡socorro! y ¡al asesino! Hubo muchos heridos, y dos fueron muertos; el tribunal se disolvió tumultuariamente, y el aterrorizado Sheriff hubo de ponerse bajo la protección del jefe, que con plausibles muestras de respeto é interés le escoltó hasta dejarlo sano y salvo en su casa. Es gracioso considerar que constantemente es elogiado el autor de esta hazaña como el más fiel y obediente de los súbditos, por escritores que acusan á Somers y Burnet de despreciar la autoridad legítima de los soberanos. No hay duda que Lochiel se hubiera reído con el mayor desprecio de la doctrina contraria á la resistencia. Pero ninguno de los jefes del Inverness-

(1) Act. Parl., jul. 5, 1661.

shire había ganado tanto como él con la caída de la casa de Argyle, ni tenía más motivos para temer la restauración de aquella casa. No había, por tanto, en el Invernessshire ningún jefe más alarmado y disgustado por los actos de la Convención.

XL.

Los Macdonalds.

Pero de todos aquellos montañeses que veían el reciente cambio de fortuna con las más tristes aprensiones, los más fieros y poderosos eran los Macdonalds. Varios de los magnates que llevaban aquel tan difundido nombre, reclamaban el honor de descender en línea recta de aquellos Lores de las Islas que todavía en el siglo XV disputaban la preeminencia de los reyes de Escocia. Esta controversia genealógica, que ha durado hasta nuestro tiempo, fué causa de gran resentimiento entre los diferentes competidores. Pero todos convenían en lamentar el pasado esplendor de su dinastía y en detestar la raza advenediza de Campbell. La antigua contienda no se había interrumpido nunca. Aun se repetía constantemente, en prosa y verso, que la parte más hermosa de los dominios que pertenecían á los antiguos jefes de la nación gaélica, Islay, donde habían vivido con regia pompa; Iona, donde habían sido enterrados con la pompa de la religión; los montes de Jura, la rica península de Kintyre, habían pasado de sus legítimos poseedores á los insaciables Mac Callum More. Desde la caída de la casa de Argyle, los Macdonalds, si no habían reco-

brado su antigua superioridad, podían al menos alabarse de que ahora no tenían superior. Libres del temor de su poderoso enemigo de Occidente, habían vuelto sus armas contra enemigos más débiles de la parte oriental, contra el clan de Mackintosh y contra la ciudad de Inverness.

XLI.

Lucha entre los Macdonalds y los Mackintosh.—Inverness.

El clan de Mackintosh, rama de una antigua y renombrada tribu que tomó su nombre y divisa del gato montés de las selvas, tenía una disputa con los Macdonalds, que había empezado, si se ha de creer á la tradición, en aquellos oscuros tiempos en que los piratas daneses devastaban las costas de Escocia. Inverness era una colonia sajona establecida entre los celtas, una colmena de mercaderes y artesanos en medio de una población de holgazanes y bandidos, una solitaria avanzada de la civilización en una región de bárbaros. Aunque los edificios ocupaban parte muy pequeña del espacio en que ahora se extiende; aunque la entrada de un bergantín en el puerto era suceso raro; aunque la Bolsa era la mitad de una calle cenagosa en la cual se levantaba una cruz de mercado muy semejante á una piedra miliaria rota; aunque el Municipio celebraba sus sesiones en un local sucio, con las paredes sin blanquear; aunque las mejores casas de entonces hoy hubieran recibido el nombre de chozas; aunque los mejores tejados eran de paja y los mejores techos de vigas desnudas; aunque las mejores ventanas, cuando hacia mal tiempo, se

cerraban con maderas por falta de vidrios; aunque las moradas más humildes eran simplemente montones de césped en los cuales barriles desfondados hacían el servicio de chimeneas; con todo eso, para el montañés de los Grampianes era esta ciudad como Babilonia ó Tiro. En ninguna otra parte había visto juntas cuatrocientas ó quinientas casas, dos iglesias, y doce hornos para secar la cebada germinada. En ninguna otra parte le había deslumbrado el esplendor de filas de puestos de vendedores donde cuchillos, cucharas de asta, calderos de estaño y cintas de colores vistosos se ofrecían á su contemplación. En ninguna otra parte había estado á bordo de uno de aquellos enormes barcos que traían azúcar y vino desde el otro lado del mar, de comarcas que caían fuera de los límites de su geografía (1) No es extraño que los altivos y belicosos Macdonalds, despreciadores de toda industria pacífica, pero codiciosos de los productos de aquella industria, hubieran suscitado una multitud de contiendas con la población de Inverness. En el reinado de Carlos II se había temido que la ciudad fuera atacada y saqueada por aquellos rudos vecinos. Las condiciones de paz propuestas por ellos hicieron ver cuán poco respetaban la autoridad del príncipe y de la ley. Pedían que se les pagase un fuerte tributo, que los magistrados municipales se comprometieran por juramento á entregar á la ven-

---

(1) Véanse las cartas tercera y cuarta de Burt. En las primeras ediciones hay un grabado que representa la cruz del mercado de Inverness, y la parte de la calle donde se reunían los comerciantes.

Debo aquí manifestar mi agradecimiento á Mr. Robert Carruthers, quien generosamente me proporcionó muchas curiosas noticias acerca de Inverness y algunos extractos de los archivos municipales.

ganza del clan á cualquier vecino que derramara la sangre de un Macdonald, y que siempre que un burgués encontrase á una persona que vistiera el tartán de los Macdonalds arrojase al suelo las armas, donde quiera que fuese, en señal de sumisión. Nunca trató Luis XIV á los Estados Generales, ni aun cuando estaba acampado entre Utrecht y Amsterdam, con tan despótica insolencia (1). Gracias á la intervención del Consejo Privado de Escocia, hubo una transacción; mas no por eso disminuyó la antigua animosidad.

XLII.

Inverness amenazada por Macdonald de Keppoch.

Enemistades comunes y comunes temores produjeron buena inteligencia entre la ciudad y el clan de Mackintosh. El enemigo más odiado y temido de ambos era Colin Macdonald de Keppoch, excelente ejemplar del genuíno jacobita montañés. Toda la vida de Keppoch se había pasado en insultar y resistir á la Corona. Repetidas veces se le había ordenado, recordándole su deber de obediencia, desistir de aquellas prácticas ilegales, pero había despreciado todas las amonestaciones. El Gobierno, sin embargo, no quería adoptar contra él ninguna medida extrema, y por largo tiempo continuó dominando, sin que nadie le molestara, en los tormentosos picos de Coryarrick y en las gigantescas mesetas que todavía marcan los

(1) A Mr. Carruthers debo una copia de las peticiones de los Macdonalds y de la respuesta del municipio.

límites de lo que fué un tiempo el lago de Glenroy. Era famoso por su conocimiento de todos los barrancos y cavernas de aquella desolada región; y tal era la habilidad con que podía rastrear un rebaño hasta el más secreto escondrijo, que era conocido con el sobrenombre de Coll de las Vacas (1). Por último, sus ultrajantes violaciones de toda ley obligaron al Consejo Privado á adoptar medidas decisivas. Fué proclamado rebelde. Se expidieron contra él, con el sello de Jacobo, cartas entregándole al fuego y á la espada; y pocas semanas antes de la revolución, un cuerpo de tropas reales, apoyado por toda la fuerza de los Mackintosh, entró en el territorio de Keppoch. Presentó batalla á los invasores, y salió victorioso. Las fuerzas del Rey fueron puestas en fuga; el capitán del Rey fué muerto; y todo esto, por un héroe cuya lealtad al Rey se han complacido muchos escritores en presentar como contrastando con la facciosa turbulencia de los whigs (2).

Si Keppoch había tenido alguna vez temor al Gobierno, se vió completamente libre de aquel sentimiento por la general anarquía que siguió á la revolución. Devastó las tierras de los Mackintosh, avanzó hasta Inverness y amenazó con destruir la ciudad. El peligro era extremo. Las casas estaban rodeadas tan sólo de una muralla que el tiempo y la intemperie habían puesto en tal condición que temblaban siempre que había tormenta. Sin embargo, los habitantes demostraron noble resolución, y su valor fué estimulado por sus predicadores. El domingo 28 de abril fué día de confusión y alarma. Los salvajes rondaban

(1) Declaración de Colt, Apéndice á las Act. Parl. de 14 de julio, 1690.

1) Véase la *Vida de sir Ewan Cameron*

en torno de la pequeña colonia de sajones como una bandada de hambrientos lobos en torno de un rebaño. Keppoch amenazaba y echaba bravatas. Iba á entrar en la ciudad con toda su gente. La entregaría al saqueo. En tanto, los burgueses se reunían armados en derredor de la cruz del mercado para escuchar los sermones de sus ministros. El día terminó sin ningún ataque; trascurrieron el lunes y el martes en medio de la mayor ansiedad, y entonces se presentó un mediador inesperado.

XLIII.

Dundee se presenta en el campo de Keppoch.

Dundee, después de su fuga de Edimburgo, se había retirado á su casa de campo en aquel valle á través del cual desciende el Glamis hasta el antiguo castillo de Macbeth. Allí permanació tranquilo durante algún tiempo. Protestaba que no tenía intención de oponerse al nuevo gobierno. Declaraba estar pronto á volver á Edimburgo si le aseguraban tan sólo protección contra toda violencia ilegal; y ofreció dar su palabra de honor, ó, si no era suficiente, dar fianza de que permanecería tranquilo. Algunos de sus antiguos soldados le habían acompañado y formaban una guarnición suficiente para proteger su casa contra los presbiterianos de las cercanías. Así hubiera permanecido, tal vez, sin atacar ni ser atacado, á no haber sido por un suceso, de que él no era responsable, que hizo implacables á sus enemigos y á él lo puso en situación desesperada (1).

---

(1) Balcarras, *Memoirs; History of the late Revolution in Scotland.*

Un emisario de Jacobo había cruzado de Irlanda á Escocia con cartas para Dundee y Balcarras. Hubo sospechas. El mensajero fué detenido, interrogado y registrado; y le encontraron las cartas. Algunas resultaron ser de Melfort, y eran dignas de él. Cada renglón indicaba aquellas cualidades que le habían hecho objeto de aborrecimiento para su patria y favorito de su amo. Anunciaba lleno de contento la proximidad del día de venganza y de rapiña, del día en que los bienes de los sediciosos serían distribuídos entre los leales, y en que muchos que habían sido grandes y opulentos serían desterrados y mendigos. El Rey, decía Melfort, estaba decidido á mostrar severidad. La experiencia había convencido finalmente á S. M. de que ser clemente valdría tanto como ser débil. Hasta los jacobitas se disgustaron al saber que á la restauración seguirían inmediatamente confiscaciones y proscripciones. Algunos no vacilaron en decir que Melfort era un miserable, que odiaba á Dundee y á Balcarras, que deseaba su ruina, y que para conseguir tal fin había escrito aquellos odiosos despachos, valiéndose de un mensajero que, con gran habilidad, había hecho de modo que lo cogieran. Es, sin embargo, completamente cierto, que Melfort, después de la publicación de estos papeles, continuó ocupando lugar más eminente que nunca en el favor de Jacobo. Casi no ofrece duda, pues, que en aquellos pasajes que disgustaron hasta á los celosos defensores del derecho hereditario, el secretario no hizo más que expresar con fidelidad los sentimientos é intenciones de su amo (1). Hamilton, por virtud de los poderes

---

(1) Hay en la biblioteca Bodleiana, entre los *Nairne Papers*, un curioso manuscrito titulado: *Journal de ce qui s'est passé en Irlande depuis l'arribée de sa Majesté.* En este diario hay notas y

que antes de su separación le habían confiado los Estados, mandó prender á Balcarras y Dundee. Balcarras fué cogido, y confinado primero en su casa y después en la cárcel pública de Edimburgo. Pero no era empresa tan fácil coger á Dundee. Tan pronto se enteró de que había orden de prenderle, cruzó el Dee con sus parciales y permaneció breve tiempo en los incultos dominios de la casa de Gordon. Allí se puso en comunicación con los Macdonalds y Camerons para hacer un levantamiento. Pero, según parece, no conocía bien ni daba importancia, por este tiempo, á los montañeses. El carácter nacional de aquellos naturales le inspiraba probablemente disgusto como á todos los sajones; sus condiciones militares el desprecio de un soldado de profesión. Pronto regresó á las Tierras Bajas, permaneciendo allí hasta que supo que había salido para prenderle un considerable cuerpo de tropas (1). Entonces huyó á las montañas como á su último refugio, siguió hacia el Norte por Strathdon y Strathbogie, cruzó el Spey, y en la mañana del 1.° de mayo llegó con un pequeño cuerpo de jinetes al campo de Keppoch, delante de Inverness.

La nueva situación en que ahora se encontraba Dundee, el nuevo aspecto de la sociedad que se le ofrecía, sugirieron naturalmente nuevos proyectos á su fértil y emprendedor espíritu. Centenares de atléticos celtas que ahora veía en su orden nacional

correcciones en inglés y en francés; las inglesas, de letra de Jacobo; las francesas, de letra de Melfort. Se habla de las cartas interceptadas por Hamilton de una manera que demuestra claramente su autenticidad; ni hay la menor señal de que Jacobo las desautorizara.

(1) «Y nunca—dice Balcarras á Jacobo—pensó el Vizconde de Dundee en ir á las Highlands sin nuevas órdenes de V. M., hasta que enviaron una partida á prenderle.»

de batalla no eran, sin duda, aliados despreciables. Si él pudiera formar una gran coalición de clanes, si pudiera reunir bajo una bandera diez ó doce mil de aquellos atrevidos guerreros, si pudiera inducirlos á someterse á las restricciones de la disciplina, ¡qué carrera se presentaría delante de él!

Un despacho del rey Jacobo, aun en el tiempo en que el rey Jacobo ocupaba el trono con toda seguridad, nunca había sido mirado con mucho respeto por Coll de las Vacas. El jefe, sin embargo, odiaba á los Campbells con todo el odio de un Macdonald, y pronto se decidió á abrazar la causa de los Estuardos. Dundee trató de arreglar la disputa entre Keppoch é Inverness. La ciudad convino en pagar dos mil dollars, suma que si podía parecer pequeña á los joyeros de Lombard Street, era mayor probablemente que todos los tesoros que habían entrado en los eriales de Coryarrick. La mitad de la suma se recaudó, no sin dificultades, entre los vecinos; y se dice que Dundee se comprometió bajo su palabra á satisfacer el resto (1).

Trató luego de reconciliar á los Macdonalds con los Mackintosh, y se linsonjeaba de que las dos tribus guerreras, recientemente dispuestas á pelear entre sí, querrían pelear juntas á sus órdenes. Pero pronto encontró que no era cosa tan fácil arreglar una diferencia entre montañeses. Acerca de los derechos que asistían á los reyes contendientes, ninguno de los dos clanes sabía nada ni se cuidaba para nada. La conducta de ambos ha de atribuirse á pasiones é inte-

---

(1) Véase la narración enviada á Jacobo á Irlanda, y recibida por él en 7 de julio de 1689. Hállase entre los *Nairne Papers*. Véanse también las *Memoirs of Dundee*, 1744; *Memoirs of sir Ewan Cameron;* Balcarras, *Memoirs;* Mackay, *Memoirs*. Estas narraciones no están completamente de acuerdo entre sí ni con las noticias que he adquirido en Inverness.

reses locales. Lo que Argyle era para Keppoch, era Keppoch para los Mackintosh. Estos, por tanto, permanecieron neutrales; y su ejemplo fué seguido por los Macphersons, otra rama de la raza del gato montés. Ni fué este el único desengaño de Dundee. Los Mackenzies, los Frasers, los Grants, los Munros, los Mackays, los Macleods vivían á gran distancia del territorio de Mac Callum More. No tenían motivo de resentimiento con él; no le debían nada, y no tenían razón para temer el aumento de su poderío. Así, pues, no simpatizaron con los alarmados y exasperados vecinos de aquel jefe, ni se dejaron inducir á entrar en la confederación contra él (1).

XLIV.

Insurrección de los clanes hostiles á los Campbells.

Por el contrario, aquellos jefes que vivían más cerca de Inverary, y para quienes el nombre de Campbell había sido desde largo tiempo terrible y odioso, acogieron á Dundee con entusiasmo y prometieron reunírsele á la cabeza de sus parciales el 18 de mayo. Durante la quincena anterior á este día, Dundee atravesó Badenoch y Athol, y exhortó á los habitantes de aquellos distritos á levantarse en armas. Se arrojó sobre las Tierras Bajas al frente de sus jinetes, sorprendió á Perth y llevó prisioneros á las montañas algunos caballeros whigs. En tanto, las cruces de fuego habían andado de aldea en aldea por todos los

(1) *Memorias de Dundee;* Tarbet á Melville, 1 ° de junio, 1689, en los *Leven and Melville Papers.*

brezales y montañas, en treinta millas á la redonda de Ben Nevis; y cuando Dundee llegó al lugar de la cita, en Lochaber, se encontró con que la asamblea había comenzado ya. Fijóse el cuartel general cerca de la casa de Lochiel, edificio de grandes dimensiones, todo de abeto, y considerado en las Tierras Altas como un soberbio palacio. Lochiel, rodeado de más de seiscientos guerreros armados de anchas espadas, estaba allí para recibir á sus huéspedes. Macnaghten de Macnaghten y Stewart de Appin estaban en la revista con sus pequeños clanes. Macdonald de Keppoch conducía á los guerreros que pocos meses antes, peleando á sus órdenes, habían puesto en fuga á los mosqueteros del rey Jacobo. Macdonald de Clanronald era de pocos años, pero fué traído al campamento por su tío, que hacía de regente durante la menor edad. El mancebo iba escoltado por un cuerpo escogido de guardias, compuesto de primos suyos, todos de muy buena apariencia y buenos para pelear. Macdonald de Glengarry, notable por sus negras cejas y elevada estatura, acudió desde aquel gran valle donde una cadena de lagos, desconocidos entonces de la fama y apenas indicados en los mapas, son ahora surcados diariamente por los vapores que van y vienen entre el Atlántico y el mar de Alemania. Ninguno de los dominadores de las montañas tenía más alta idea de su dignidad personal ni más frecuentes disputas con los otros jefes. Afectaba generalmente en sus maneras y en su modo de vivir rudeza superior á la de sus rudos vecinos, y declaraba mirar las pocas comodidades que se habían introducido entonces de las partes civilizadas del mundo en las Tierras Altas, como señales de la afeminación y degeneración de la raza gaélica. Pero esta vez trató de imitar el esplendor de los guerreros sajones, y cabalgaba al frente de los

cuatrocientos plaids de su clan vistiendo coraza de acero y casaca bordada de oro. Otro Macdonald, destinado á un fin horroroso y lamentable, acaudillaba una banda de atrevidos bandoleros del triste desfiladero de Glencoe. Algo más tarde vinieron los grandes potentados hebridenses. Macdonald de Sleat, el más opulento y poderoso de todos los grandes que aspiraban al altivo título de Lord de las Islas, llegó de Sky á la cabeza de setecientos combatientes. Una flota de largos botes trajo de Mull quinientos Macleans al mando de su jefe, sir Juan de Duart. Ejército mucho más formidable había seguido á la pelea, en tiempos antiguos, á sus antepasados. Pero la industria y las armas de los Campbells habían quebrantado el poder, si no el espíritu, del clan. Llegó otra banda de Macleans al mando de un valiente caudillo que tomaba su título de Lochbuy, que, traducido, significa el Lago Amarillo (1).

---

(1) Narración en los *Nairne Papers;* Declaraciones de Colt, Osburne, Malcolm y Stewat de Ballacham en el Apéndice á las Act. Parl. de 14 de julio, 1690; *Memorias de sir Ewan Cameron*. He tomado algunas pinceladas de la traducción inglesa de algunos pasajes de un poema épico que se ha perdido, escrito en latín, y titulado los *Grameis*. El autor era un jacobita acérrimo llamado Phillipps. Muy rara vez he hecho uso de las *Memorias de Dundee*, impresas en 1714, y siempre con alguna desconfianza. Su autor no era ciertamente, como pretende, oficial de Dundee, sino un estúpido é ignorante escritorzuelo de los que vivían en las buhardillas de Grub Street. Yerra completamente respecto al lugar y á la fecha de la batalla de Killiecrankie. Dice que se dió á orillas del Tummell, el 13 de junio, siendo así que fué á orillas del Garry, y en 27 de julio. Después de inexactitud tan grande, sería ocioso apuntar errores de menor cuenta.

XLV.

Consejo de Tarbet al Gobierno.

No resulta que haya obedecido el llamamiento de Dundee ni un solo jefe que no tuviera alguna causa especial de temor ú odio á la casa de Argyle. Hay, ciertamente, razón poderosa para creer que los jefes que acudieron, hubieran permanecido tranquilos en sus hogares si el Gobierno hubiera entendido la política de las Tierras Altas. Entendía perfectamente aquella política un estadista de talento y experiencia, descendiente de la gran familia montañesa de Mackenzie, el Vizconde de Tarbet. El cual, en esta ocasión, indicó á Melville en una carta, y en conversación á Mackay, la causa y el remedio de los disturbios que, probablemente, iban á traer sobre Escocia las calamidades de la guerra civil. No había, al decir de Tarbet, disposición general á insurreccionarse entre los de la raza gaélica. Poco había que temer aún de aquellos clanes papistas que no abrigaban temor alguno de verse sometidos al yugo de los Campbells. Era notorio que los más entendidos y activos jefes de los descontentos no se ocupaban en absoluto de las cuestiones que traían divididos á whigs y toríes. Lochiel, en particular, cuyas eminentes cualidades personales le hacían el hombre más importante de las montañas, consideraba lo mismo exactamente á Jacobo que á Guillermo. Si los Camerons, los Macdonalds y los Macleans pudieran convencerse de que con el nuevo gobierno estarían seguras sus haciendas y dignidades; si Mac Callum More hiciera algu-

nas concesiones, y SS. MM. se comprometieran á pagar algunos atrasos de renta, Dundee podría llamar los clanes á las armas, que su llamamiento sería inútil. Creía Tarbet que bastarían cinco mil libras para apaciguar á todos los magnates celtas; y en verdad, aun cuando aquella suma pudiera parecer ridículamente pequeña á los políticos de Westminster, pues que no excedía de lo que ganaba anualmente el primer gentilhombre de cámara, ó el Pagador general del ejército, muy bien podía parecer inmensa al bárbaro potentado que, poseyendo centenares de millas cuadradas, y poniendo en el campo centenares de guerreros, nunca, tal vez, había tenido juntas en sus arcas cincuenta guineas (1).

Aunque Tarbet era considerado por los ministros escoceses de los nuevos Soberanos como amigo muy dudoso, no se prescindía totalmente de su consejo. Resolvióse hacer proposiciones, como él indicaba, á los descontentos. El éxito dependía en gran parte de la elección de agente, y, por desgracia, esta elección hizo ver cuán poco se conocían en Edimburgo las preocupaciones de las tribus salvajes de las montañas. Fué elegido un Campbell para conquistar á la causa del rey Guillermo hombres cuya única enemistad con el rey Guillermo era el favor que otorgaba á los Campbells. Todo ofrecimiento hecho por semejante conducto fué mirado, naturalmente, como un insulto y una asechanza juntamente. Después de esto fué inútil que Tarbet escribiera á Lochiel, y Mackay

---

(1) Según una carta de Archibaldo, Conde de Argyle, á Lauderdale, fechada á 25 de junio de 1664, resulta que cien mil marcos escoceses, poco más de quinientas mil libras esterlinas, casi hubieran bastado, en aquel tiempo, á satisfacer el importe de todo lo que Mac Callum More reclamaba á sus vecinos.

á Glengarry. Lochiel no contestó á Tarbet, y Glengarry envió á Mackay una respuesta fríamente cortés, en la que aconsejaba al general que imitase el ejemplo de Monk (1).

XLVI.

Indecisa campaña en las Tierras Altas.

Mackay entretanto perdió algunas semanas en marchas, contramarchas é indecisas escaramuzas. Más adelante confesó sinceramente que el conocimiento que había adquirido durante treinta años en el servicio militar en el Continente, le había sido inútil en la nueva situación en que se encontraba. Era difícil, en país semejante, perseguir al enemigo. Era imposible acorralarlo. No había medio de encontrar víveres para un ejército invasor en la inculta extensión de brezales y guijarros, ni había medio de trasportar provisiones para muchos días por inseguros pantanos y peligrosas pendientes. El General encontró que casi había matado de fatiga á sus soldados y caballos sin conseguir nada. Los auxiliares montañeses hubieran podido serle de grandísima utilidad; pero de éstos tenía pocos. Es verdad que el jefe de los Grants, que había sido perseguido por el gobierno anterior y fuera acusado de conspirar con el infortunado Conde de Argyle, era celoso partidario de la revolución. Doscientos Mackays, animados probable-

(1) Mackay, *Memorias*; Tarbet á Melville, junio 1, 1689, en los *Leven and Melville Papers;* Dundee á Melfort, junio 27, en los *Nairne Papers*.

mente por sentimiento de familia, acudieron desde la extremidad septentrional, donde no hay noche en la estación canicular, á combatir á las órdenes de un jefe que llevaba su nombre; pero, en general, los clanes que no tomaron parte en la insurrección aguardaron el resultado con fría indiferencia, recreándose con la esperanza de que fácilmente podrían hacer la paz con los vencedores y ayudarles en la obra de despojar á los vencidos.

Poco más de un mes de experiencia demostró á Mackay que sólo había un medio de dominar las Tierras Altas. Era inútil correr tras los montañeses, subiendo y bajando sus montañas. Era preciso construir una cadena de fuertes en los puntos mejor situados, poniendo en cada uno buena guarnición. El lugar que para principiar proponía el General era Inverlochy, donde se veían y se ven todavía las venerables ruinas de un antiguo castillo. Estaba este sitio inmediato á un brazo de mar y en el corazón del país ocupado por los clanes descontentos. Un buen cuerpo de tropas estacionado allí, y sostenido en caso de necesidad por barcos de guerra, serviría para dominar eficazmente á los Macdonalds, los Camerons y los Macleans (1).

Mientras Mackay representaba en sus cartas al Consejo de Edimburgo la necesidad de adoptar este plan, Dundee luchaba con dificultades que toda su energía y habilidad no pudieron vencer completamente.

---

(1) Véanse las *Memorias de Mackay*, y su carta á Hamilton de 14 de junio, 1689.

XLVII

Carácter militar de los montañeses.

Mientras los montañeses continuaron siendo una nación que vivía bajo una organización especial, tenían en un sentido mejores condiciones, y en otro sentido peores condiciones para las empresas militares, que cualquiera otra nación de Europa. El celta, como individuo, tenía buenas condiciones físicas y morales para la guerra, y especialmente para la guerra en país tan áspero y salvaje como el suyo. Era intrépido, fuerte, ligero, paciente sufridor de frío, de hambre y de fatiga. En lo alto de escarpadas rocas y por encima de traidores tremedales, se movía con la misma facilidad que las tropas de la guardia de Luis XIV recorrían el gran camino de Versalles á Marly. Estaba acostumbrado al uso de las armas y á la vista de la sangre; era tirador de esgrima y tirador de armas de fuego; y sin haber estado nunca en las filas, casi era ya soldado.

Así como el celta fácilmente se convertía en soldado, también una tribu de celtas se convertía fácilmente en un batallón. No hacía falta más, sino que la organización militar se adaptase á la organización patriarcal. El jefe debía ser el coronel; su tío ó su hermano, mayor; los *tacksmen*, que formaban lo que pudiera llamarse la nobleza de la pequeña comunidad, deberían ser los capitanes; la compañía de cada capitán habría de estar formada por los campesinos que vivían en su tierra, y cuyos nombres, caras, parientes y caracteres le eran perfectamente

conocidos; los oficiales subalternos deberían ser elegidos entre los *Duinhe Wassels*, orgullosos de la pluma de águila; el paje era un excelente ordenanza; el gaitero hereditario y sus hijos formaban la banda; y el clan venía á ser en seguida un regimiento. En este regimiento se encontraba desde el primer instante aquel exacto orden y pronta obediencia que hacen la fuerza de los ejércitos regulares. Todo individuo, desde el más alto al más bajo, estaba en el puesto que le correspondía y conocía aquel puesto perfectamente. No era necesario emplear amenazas ni castigos para imprimir en las recién alistadas tropas el deber de mirar como jefe á aquel á quien como jefe habían considerado desde que tenían uso de razón. Todos los soldados, desde la infancia, habían respetado mucho á su cabo, y más á su capitán, y casi habían adorado á su coronel. Así, pues, no había peligro de insubordinación. Tampoco lo había de deserción. Pues los mismos sentimientos que más poderosamente impulsan á otros soldados á desertar, mantenían al montañés al lado de su estandarte. Si lo abandonaba, ¿adónde iría? Todos sus parientes, todos sus amigos estaban reunidos en torno de la bandera. Separarse de ella, era separarse para siempre de su familia y sentir todo el sufrimiento de aquella misma nostalgia que en los ejércitos regulares mueve á tantos reclutas á ocultarse, con riesgo de ser azotados y aun de perder la vida. Cuando todas estas cosas se consideran debidamente, no parece extraño que los clanes montañeses hayan llevado á cabo alguna vez grandes hechos militares.

Pero aquellas mismas instituciones que hacían tan formidable en el campo una tribu de montañeses que llevaban todos el mismo nombre y obedecían todos al mismo jefe, era un obstáculo para que la nación

pudiera hacer la guerra en gran escala. Nada más fácil que convertir los clanes en buenos regimientos; pero nada más difícil que combinar estos regimientos de manera que formasen un buen ejército. Desde los pastores que peleaban en las filas, hasta los jefes, todo era armonía y orden. Todos consideraban á sus superiores inmediatos y todos respetaban al jefe común. Pero en el jefe terminaba esta cadena de subordinación. Él, sólo sabía mandar, y nunca había aprendido á obedecer. Hasta á los bandos reales, hasta á las leyes del Parlamento, sólo acostumbraba á prestar obediencia cuando estaban en perfecta consonancia con sus propias inclinaciones. No era de esperar que tributase á cualquier delegado de la autoridad un respeto que acostumbraba á negar á la autoridad suprema. Se creía con derecho á juzgar de la pertinencia de cuantas órdenes recibiera. Cuanto á sus colegas los otros jefes, unos eran sus enemigos y otros sus rivales. Casi no era posible impedir que los insultase ó convencerle de que no le insultaban. Cuantos le seguían simpatizaban con todas sus animosidades, consideraban su honor como propio, y estaban prontos, al oir su silbido, á rodearle dispuestos á pelear contra el general en jefe. Había, por tanto, muy pocas probabilidades de conseguir que cinco clanes cualesquiera se decidieran sinceramente á operar juntos durante una larga campaña. La mejor probabilidad, sin embargo, era cuando estaban mandados por un sajón. Es digno de notarse que ninguna de las grandes acciones de guerra de los montañeses, durante nuestras guerras civiles, fué mandada por un montañés. Algunos escritores han mencionado como prueba del extraordinario genio de Montrose y Dundee que aquellos capitanes, sin ser de raza ni de lengua gaélica, hayan podido formar y dirigir confederaciones

de tribus gaélicas. Pero, en realidad, precisamente por no ser Montrose ni Dundee montañeses es por lo que pudieron acaudillar ejércitos compuestos de clanes montañeses. Si Montrose hubiera sido jefe de los Camerons, los Macdonalds no se hubieran sometido nunca á su autoridad. Si Dundee hubiera sido jefe de Clanronald, nunca hubiera sido obedecido por Glengarry. Hombres altaneros y quisquillosos que apenas reconocían superioridad en el rey, no hubieran sufrido la superioridad de un vecino, un igual suyo, un competidor. Mucho más fácilmente soportaban la preeminencia de un extranjero de distinción. Pero aun á ese extranjero concedían tan sólo autoridad muy limitada y muy precaria. Hacer comparecer á un jefe ante un tribunal marcial, ó fusilarlo, ó expulsarlo de las filas, ó degradarlo, ó reprenderlo públicamente, eran cosas imposibles. Macdonald de Keppoch ó Maclean de Duart hubieran dado la muerte á cualquier oficial que les hubiera pedido la espada y les dijera que estaban arrestados; y centenares de *claymores* hubieran salido en el acto á proteger al asesino. Lo único que podía hacer el caudillo á cuyas órdenes tenían la condescendencia de servir estos soberanos era discutir con ellos, suplicarles, adularlos, sobornarlos; y aun así la mayor habilidad imaginable sólo por breve espacio podía mantener la armonía. Porque no había jefe que no se creyera con derecho á atenciones especiales, siendo, por tanto, imposible hacer la corte á cualquiera de ellos sin ofender á los demás. El general se encontraba reducido únicamente á presidir un congreso de reyezuelos. Continuamente era llamado á oir y resolver disputas acerca de genealogías, de precedencia, de reparto de despojos. Su decisión, cualquiera que fuese, tenía que ofender á alguno. A lo mejor podía oir que su ala derecha ha-

bía hecho fuego sobre el centro á causa de alguna contienda de doscientos años atrás, ó que un batallón entero se había marchado á su valle nativo por haber colocado otro batallón en el puesto de honor. Un bardo montañés podría haber encontrado fácilmente, en la historia del año 1689, asuntos muy semejantes á los que la guerra de Troya proporcionó á los grandes poetas de la antigüedad. Un día Aquiles está irritado, no sale de su tienda y anuncia su intención de partir con toda su gente. Al otro día Ayax alborota todo el campo y amenaza con arrancar la vida á Ulises.

Esto produjo que, si bien los montañeses terminaron algunas grandes hazañas en las guerras civiles del siglo XVII, aquellas hazañas no dejaron huella que se pudiera descubrir después del trascurso de algunas semanas. Victorias de extraordinario y casi portentoso esplendor producían todas las consecuencias de una derrota. Soldados veteranos y hombres de Estado no acertaban á explicarse aquellos súbitos cambios de fortuna. Era increíble que hombres sin disciplina hubieran llevado á cabo tales hechos de armas. Era increíble que una vez terminados tales hechos de armas, fueran seguidos inmediatamente por el triunfo de los vencidos y la sumisión de los vencedores. Montrose, después de haber pasado rápidamente de victoria en victoria, en medio de su carrera de triunfos, se vió de pronto abandonado de su gente. Envidias locales y locales intereses habían servido para reunir su ejército. Envidias locales y locales intereses lo disolvieron. Los Gordons le dejaron por creer que los desdeñaba por los Macdonalds. Los Macdonalds le dejaron porque querían despojar á los Campbells. El ejército que un tiempo había parecido bastante á decidir la suerte de un reino, desapareció en pocos días; y las victorias de Tippermuir y Kilsyth fueron segui-

das del desastre de Philiphaugh. Dundee no vivió lo bastante para experimentar semejante cambio de fortuna; pero todo induce á creer que, de haberse prolongado su vida quince días más, su historia hubiera sido repetición de la historia de Montrose.

Poco después de la reunión de los clanes en Lochaber, hizo Dundee una tentativa para inducirlos á someterse á la disciplina de un ejército regular. Convocó un consejo de guerra para tratar este asunto. Apoyaban su opinión todos los oficiales del país bajo que se le habían unido. Entre ellos se distinguían Jacobo Seton, Conde de Dunfermline, y Jacobo Galloway, Lord Dunkeld. Los jefes celtas tomaron el partido contrario. Lochiel, el más capaz de todos ellos, era su orador, y discutió el punto con mucho ingenio y natural elocuencia. «Nuestro sistema—tal fué en sustancia su razonamiento—podrá no ser el mejor; pero en él nos hemos criado desde la infancia: lo entendemos perfectamente: se adapta á nuestras instituciones peculiares, á nuestros sentimientos y costumbres. Haciendo la guerra á nuestro modo, tenemos la experiencia y frialdad de veteranos. Haciendo la guerra de cualquier otra manera, seremos rudos y torpes reclutas. Para convertirnos en soldados como los de Cromwell y Turena, sería preciso el trascurso de algunos años, y no tenemos ni algunas semanas. Tenemos tiempo bastante para olvidar nuestra disciplina, pero no para aprender la vuestra.» Dundee, tributando grandes elogios á Lochiel, se declaró convencido, y tal vez lo estaba; porque los razonamientos del prudente y anciano jefe en modo alguno carecían de importancia (1).

---

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

XLVIII.

Discordias en el ejército montañés.

Sin embargo, algunos usos de guerra de los celtas parecían intolerables á Dundee. Él era cruel, pero su crueldad tenía siempre un método y un fin. Todavía esperaba poder ganar algunos jefes que permanecían neutrales; y cuidadosamente evitaba todo acto que pudiera hacerles declararse en abierta hostilidad. Era esta, sin duda, la mejor política para promover los intereses de Jacobo; pero los intereses de Jacobo nada significaban para los salvajes bandidos que hacían uso de su nombre y se reunían en torno de su bandera con el solo objeto de hacer provechosas incursiones y vengar antiguas ofensas. Keppoch especialmente, que odiaba á los Mackintosh mucho más de lo que amaba á los Estuardos, no sólo saqueó el territorio de sus enemigos, sino que entregó al fuego todo lo que no pudo llevar. Dundee se encolerizó á la vista de las llamas que devoraban las casas. «Preferiría—dijo —llevar un mosquete en un regimiento respetable que ser capitán de semejante gavilla de ladrones.» De castigo, naturalmente, no había ni que hablar. Y puede considerarse como notable prueba de la influencia del General, que Coll de las Vacas se dignara disculparse por su conducta, que en un ejército bien gobernado le hubiera costado la vida (1).

Como los Grants estaban en armas por el rey Guillermo, su hacienda era considerada buena presa. Fué

(1) Ibid.

invadido su territorio por una partida de Camerons: hubo una escaramuza, se derramó alguna sangre, y muchas cabezas de ganado fueron llevadas al campo de Dundee, donde había gran falta de provisiones. Este encuentro produjo una contienda, cuya historia ilustra de la manera más notable el carácter de los ejércitos montañeses. Entre los que fueron muertos resistiendo á los Camerons, había un Macdonald de la rama de Glengarry, que durante largo tiempo había residido entre los Grants, se había convertido, en sentimientos y opiniones, en un Grant, y había desaparecido de las revistas de su tribu. Aunque se había hecho reo de un gran delito contra el código gaélico de honor y moralidad, sus parientes recordaron el sagrado vínculo que él había olvidado. Bueno ó malo, él era hueso de sus huesos, carne de su carne, y debieran haberle reservado á su justicia. El nombre que llevaba, la sangre de los Lores de las Islas debieran haberle servido de protección. Glengarry, en un arrebato de furor, se presentó á Dundee pidienda venganza contra Lochiel y toda la raza de Cameron. Dundee replicó que el infortunado *gentleman* que había caído era un traidor á su clan y á su Rey. ¿Cuándo se había visto en la guerra que la persona de un enemigo, de un combatiente, hubiera de ser inviolable en razón de su nombre y descendencia? Y aun cuando hubiera habido falta, ¿cómo podría repararse? La mitad del ejército tendría que matar á la otra mitad antes que se pudiera tocar con un dedo á Lochiel. Glengarry salió en un verdadero arrebato de furia. Ya que sus quejas no eran atendidas por los que debieran hacerle justicia, él mismo se la haría: reuniría sus gentes y caería espada en mano sobre los asesinos de su primo. Durante algún tiempo se negó á dar oidos á toda advertencia. Cuando le recordaban

que los de Lochiel eran casi el doble de los suyos, gritó: «No importa, un Macdonald vale por dos Camerons.» Si Lochiel hubiera sido igualmente irritable y jactancioso, es probable que la insurrección montañesa no hubiera dado ya más que hacer al Gobierno y que los rebeldes hubieran perecido oscuramente en aquellas fragosidades á los mutuos golpes de sus *claymores*. Pero la naturaleza le había concedido en gran medida las cualidades de un hombre de Estado, aun cuando la fortuna había ocultado aquellas cualidades en un oscuro rincón del mundo. Vió que no era aquél tiempo oportuno de disputar: su valor estaba de antiguo demostrado, y nunca perdía el dominio de sí mismo. La furia de Glengarry, que no inflamó ninguna nueva provocación, se calmó rápidamente. Y en verdad, algunos sospechaban que su empeño en reñir no era tan grande como parecía, y que sus alardes tenían principalmente por objeto realzar su dignidad á los ojos de los suyos. Sea de esto lo que quiera, la contienda se arregló, y los dos jefes se trataron con la acostumbrada cortesía al encontrarse en la mesa del General (1).

XLIX.

Dundee acude á Jacobo en demanda de socorro.

Lo que Dundee había visto entre sus aliados celtas debía haberle hecho desear tener en su ejército algunas tropas en cuya obediencia pudiera confiar, las cuales, á una señal de su coronel, no volvieran las

---

(1) Ibid.

armas contra su General y su Rey. Así, pues, durante los meses de mayo y junio mandó á Dublín una serie de cartas implorando socorro con gran empeño. Si le enviaran á Lochaber seis mil, ó cuatro mil, ó tres mil soldados de tropas regulares, confiaba en que Su Majestad podría muy pronto tener su corte en Holyrood. Casi no admite duda que le podían enviar la fuerza que pedía. La autoridad de Jacobo era entonces reconocida en toda Irlanda, excepto en las orillas de Lough Erne y detrás de los muros de Londonderry. Tenía en aquel reino un ejército de cuarenta mil hombres. Apenas se notaría la falta de la octava parte de aquel ejército, la cual, en unión de los clanes que estaban insurreccionados, podría hacer grandes cosas en Escocia.

Las respuestas que á sus peticiones recibió Dundee le hicieron esperar que pronto saldría de Ulster para reunírsele fuerza numerosa y bien equipada. No quiso probar la suerte de una batalla antes de la llegada de estos socorros (1). Por otra parte, Mackay estaba cansado de marchar de un lado para otro á través de un desierto. Sus soldados estaban rendidos y llenos de desaliento. Parecióle oportuno retirarse de las montañas, y Guillermo fué de la misma opinión.

L.

Suspensión de la guerra en las Tierras Altas.

Así, pues, en junio, y como por concierto entre los generales, se suspendió completamente la guerra

(1) Dundee á Melfort, 27 de junio, 1689.

civil. Dundee permaneció en Lochaber aguardando con impaciencia la llegada de tropas y socorros de Irlanda. Erale imposible tener juntos á sus montañeses en completa inacción. Requeríase una vasta extensión de pantano y montaña para encontrar alimento para tantas bocas. Los clanes, pues, se retiraron á sus respectivos valles, con promesa de reunirse al primer llamamiento.

En tanto los soldados de Mackay, acabados por tan duros ejercicios y privaciones, descansaban en cuarteles distribuídos por el País Bajo, desde Aberdeen hasta Stirling. Mackay estaba en Edimburgo, instando á los ministros que se encontraban allí á que le proporcionaran los medios de construir una cadena de fortificaciones entre los Grampianes. Parecía que los ministros habían calculado mal sus recursos militares. Esperábase que los Campbells hubieran puesto en el campo fuerza tan numerosa que pudiera hacer frente á todo el poder de los clanes que marchaban á las órdenes de Dundee. También se había esperado que los covenantarios del Oeste se hubieran apresurado á engrosar las filas del rey Guillermo. Argyle había encontrado sus estados presa de la devastación, y su tribu desarmada y desorganizada. Mucho tiempo tenía que trascurrir para que su estandarte se viera rodeado de un ejército como el que sus antepasados habían guiado al combate.

LI.

Escrúpulos de los covenantarios en tomar las armas por el rey Guillermo.

Los covenantarios del Oeste, en general, no querían alistarse. No era seguramente falta de valor, y en cuanto á Dundee le odiaban á muerte. En la parte del país que ellos habitaban, todavía estaba reciente la memoria de su crueldad. Cada aldea tenía su historia sangrienta. En una casa lloraban la pérdida del anciano padre de blancos cabellos, en otra la del vástago que era una esperanza para el porvenir. Todos recordaban muy bien cómo habían entrado los dragones altivamente en la cabaña del aldeano, maldiciéndole é insultándole, é insultándoles á ellos y acompañando cada palabra de una blasfemia, arrojando del rincón del fuego á la ochentona abuela y violando el seno de su hija la doncella de diez y seis años; cómo le habían intimado la abjuración; cómo él se había cruzado de brazos diciendo: «Cúmplase la voluntad de Dios»; cómo el coronel había hecho adelantar una fila de soldados, cargados los mosquetes, y cómo á los tres minutos el pobre dueño de la casa se revolcaba en un charco de sangre delante de la puerta. El asiento del mártir estaba aún vacante junto al hogar, y todos los niños podían señalar su sepultura, verde todavía, en mitad de los brezales. Cuando los habitantes de esta región llamaban á su opresor siervo del demonio, no hablaban en sentido figurado. Creían que entre el hombre malo y el ángel malo había estrecha alianza en términos concretos; que Dundee se

había obligado á trabajar para el infierno en la tierra, y que se había permitido al infierno, para altos fines, proteger á su esclavo hasta que la medida de su iniquidad estuviera colmada. Pero á pesar de la intensidad del aborrecimiento que tenían á Dundee, la mayor parte de estos hombres tenían escrúpulos en sacar la espada por el rey Guillermo. Celebróse una gran reunión en la iglesia parroquial de Douglas, y se trató de determinar si habiendo guerra en el país y cuando se esperaba una invasión irlandesa no era un deber tomar las armas. El debate fué vivo y tumultuoso. Los oradores de una parte conjuraban á sus hermanos á que no incurriesen en la maldición pronunciada contra los habitantes de Meroz que no vinieron en ayuda del Señor contra los poderosos. Los oradores de la otra parte tronaban contra toda asocaición pecaminosa. Había gente mala en el ejército de Guillermo: la ortodoxia del mismo Mackay era problemática; abrazar el servicio de las armas con tales camaradas y á las órdenes de semejante general, sería una asociación pecaminosa. Por último, después de mucho disputar y en medio de gran confusión, se procedió á votar, y la mayoría declaró que abrazar el servicio de las armas sería una asociación criminal.

LII.

El regimiento Cameronian

Hubo, sin embargo, una minoría bastante numerosa, entre cuyos miembros pudo el Conde de Angus levantar un cuerpo de infantería, que aun hoy, después del trascurso de más de ciento sesenta años, se

conoce con el nombre de regimiento Cameroniano. El primer teniente coronel fué Cleland, aquel implacable vengador de sangre que había arrojado á Dundee de la Convención. No costó poco trabajo cubrir las filas; porque muchos whigs del Oeste, que no consideraban absolutamente culpable el alistarse, pretendían servir en condiciones contrarias á toda disciplina militar. Unos no querían aceptar ningún coronel, mayor, capitán, sargento ó cabo que no estuviera pronto á firmar la Alianza *(Covenant)*. Otros insistían en que, en caso de ser absolutamente necesario nombrar un oficial cualquiera que hubiese prestado los juramentos religiosos impuestos en el reinado anterior, se pusiera, al menos, en condiciones de mandar, confesando públicamente su pecado á la cabeza del regimiento. La mayoría de los entusiastas que habían propuesto estas condiciones consintieron al cabo, gracias á la habilidad de los otros, en disminuir grandemente sus exigencias. El nuevo regimiento, sin embargo, conservó un carácter peculiarísimo. Los soldados eran todos rígidos puritanos. Uno de sus primeros actos fué hacer una petición al Parlamento para que se castigara severamente la embriaguez y toda licencia y profanación. Su conducta debe haber sido ejemplar; pues el peor crimen que el más exagerado fanatismo pudo imputarles, era el de aclamar al Rey en el día de su cumpleaños. En un principio se pensó en relacionar con la organización general del cuerpo la de una congregación presbiteriana. Cada compañía debería dar un anciano, y éstos, con el capellán, formarían un tribunal eclesiástico para combatir toda inmoralidad y herejía. Sin embargo, no llegaron á nombrar ancianos; pero un afamado predicador montañés, Alejandro Shields, fué llamado á ocupar el puesto de capellán. No es fácil

concebir que exista fanatismo más ardiente que el que indican los escritos de Shields. Según él, el primer deber de un príncipe cristiano sería perseguir de muerte á todo súbdito heterodoxo, y el primer deber del súbdito cristiano, asesinar á todo príncipe heterodoxo. Y sin embargo, tal era el entusiasmo que había entonces en Escocia, que, comparativamente, podría decirse que, aun el entusiasmo de Shields, era templado. Los covenantarios furibundos protestaban contra su defección con tanta vehemencia como él había protestado contra la Indulgencia Negra y el juramento de supremacía, y declararon á todo el que se alistase en el regimiento de Angus reo de una infame confederación con los malvados (1).

LIII.

Rendición del Castillo de Edimburgo.

En tanto el Castillo de Edimburgo se había rendido, después de resistir durante más de dos meses. Así la defensa como el ataque habían sido conducidos con

(1) Véase *Faithful Contendings Displayed*, particularmente las actas de 29 y 30 de abril, y de 13 y 14 de mayo de 1689; la petición hecha por el regimiento al Parlamento en 18 de julio de 1689; la protesta de sir Robert Hamilton de 6 de noviembre de 1689, y la Epístola amonestando al regimiento, fechada á 27 de marzo, 1690. Los individuos de la Sociedad, como ellos mismos se denominaban, parecen haber visto con especial disgusto que se guardara el cumpleaños del Rey. «Suponemos—escribían—que sereis enemigos de la celebración de los aniversarios, como nosotros, y que estaréis apesadumbrados por lo que habéis hecho.» Para las opiniones y carácter de Alejandro Shields, véase su *Hind let loose*. (La cierva suelta.)

gran languidez. El Duque de Gordon, que no quería incurrir en el mortal aborrecimiento de aquellos á cuya merced podían hallarse muy pronto sus tierras y su vida, no se decidió á cañonear la ciudad. Los asaltantes, por otro lado, conducían sus operaciones con tan poca energía y vigilancia, que estaban en constante comunicación los jacobitas de la ciudadela con los de fuera. Referíanse extrañas historias de los corteses y graciosos mensajes que se cruzaban entre sitiados y sitiadores. En una ocasión, Gordon mandó á decir á los magistrados que iba á hacer una salva á causa de algunas noticias que había recibido de Irlanda, pero que no tenía que alarmarse la buena ciudad, pues no cargarían con bala los cañones. En otra ocasión sus tambores tocaron á parlamento: izóse la bandera blanca; hubo una conferencia, é informó al enemigo con toda gravedad que le habían hecho pedazos todos los naipes, y que le permitieran entrar algunos paquetes. Sus amigos establecieron un telégrafo, por medio del cual conversaban con él á través de las líneas de centinelas. Desde una ventana del piso superior de una de las más altas de aquellas casas gigantescas, algunas de las cuales se alzan todavía en la calle Mayor, se colgaba un paño blanco cuando todo iba bien, y un paño negro cuando las cosas iban mal. Si era necesario dar informes más detallados, levantaban una tabla donde estaban escritos en grandes mayúsculas, que con ayuda de un telescopio se podían leer desde las murallas del Castillo. Agentes cargados de cartas y provisiones se ingeniaban con varios disfraces y artificios para cruzar la porción de agua que entonces se extendía al Norte de la fortaleza y trepar por la pendiente subida. El disparo de un mosquete, desde cierta media luna, era la señal que anunciaba á los amigos de la casa de Estuardo

que uno de sus emisarios había llegado sano y salvo á lo alto de la roca. Pero al fin se acabaron las provisiones y fué necesario capitular. No les fué difícil obtener buenas condiciones: la guarnición salió del Castillo, y se hizo entrega de las llaves en medio de las aclamaciones de una gran multitud de ciudadanos (1).

LIV

Reunión del Parlamento de Edimburgo.

Pero el Gobierno tenía enemigos mucho más pertinaces é implacables en el Parlamento que en el Castillo. Cuando los Estados volvieron á reunirse después de la suspensión, hicieron colocar en el salón, con la pompa acostumbrada, la corona y cetro de Escocia en representación del Soberano ausente. Hamilton cabalgó en solemne procesión desde Holyrood por toda la calle Mayor en su calidad de Lord Gran Comisario; y Crawford ocupó su asiento como Presidente. Dos leyes, una convirtiendo la Convención en Parlamento, la otra reconociendo como reyes á Guillermo y María, pasaron rápidamente y fueron tocadas con el cetro; y entonces empezó la lucha de las facciones (2).

---

(1) *Sitio del Castillo de Edimburgo*, impreso para el Club Bannatyne; *Lond. Gaz.*, junio 10 (20), 1389.
(2) Act. Parl. Scot., junio 5 y 17, 1689.

LV.

Ascendiente del Club.

Pronto se vió que la oposición organizada por Montgomery tenía irresistible fuerza. Aunque compuesta de muchos elementos contrarios, republicanos, whigs, tories, celosos presbiterianos, fanáticos prelatistas, obró, durante algún tiempo, como un solo hombre, y se atrajo una multitud de políticos viles y cobardes, que naturalmente gravitan del lado del partido más fuerte. Los amigos del Gobierno eran pocos y desunidos. Hamilton se mostraba muy negligente en el cumplimiento de sus deberes. Siempre había sido mudable, y ahora estaba descontento. Es cierto que ocupaba el más alto puesto á que un súbdito podía aspirar; pero imaginaba que sólo tenía la apariencia del poder, mientras otros disfrutaban la esencia, y no sentía que amenazasen y molestasen á aquellos de quienes estaba celoso. No hizo traición, en absoluto, al príncipe á quien representaba, pero algunas veces trató con los jefes del Club, y otras envolvió astutamente en alguna mala pasada á sus compañeros al servicio de la Corona.

Según las instrucciones que había recibido, debió dar la regia sanción á leyes que mitigaban ó suprimían numerosas causas de queja, y en particular, á una ley que restringía el poder y reformaba la constitución del comité de artículos, y á otra estableciendo el gobierno de la Iglesia presbiteriana (1).

(1) Se hallarán las instrucciones en los *Opúsculos de Somers*.

Pero nada importaba cuáles fueran sus instrucciones. Los jefes del Club estaban decididos á encontrar motivo de lucha. Las proposiciones del Gobierno, tocante á los Lores de artículos, fueron desdeñosamente rechazadas. Hamilton escribió á Londres pidiendo nuevas instrucciones, y pronto recibió un segundo plan que apenas dejaba más que el nombre al, un tiempo, despótico comité. Pero el segundo plan, aun cuando hubiera contentado á reformadores juiciosos y templados, sufrió la suerte del primero. En tanto los jefes del Club ponían sobre la mesa una ley que prohibía al soberano emplear jamás en ningún puesto público á cualquier persona que hubiera tenido parte en algún acto contrario á la reclamación de derechos, ó que hubiera obstruído ó retardado cualquier buen designio de los Estados. Desde luego se conoció que esta ley, que unía en muy breve espacio casi todas las faltas que una ley puede tener, iba dirigida contra el nuevo Lord Presidente del Tribunal Supremo de Escocia y contra su hijo el nuevo Lord Procurador. Su prosperidad y poder les había hecho objetos de envidia para todos los candidatos que se habían quedado sin empleo. La idea de que eran hombres nuevos, los primeros de su raza que se habían elevado á lugar distinguido y que, sin embargo, á fuerza de habilidad habían llegado á ser tan importantes en el Estado como el Duque de Hamilton ó el Conde de Argyle, lastimaba los corazones de muchos patricios altivos y necesitados. Para los whigs de Escocia eran los Dalrymples lo que Halifax y Caermarthen eran para los whigs de Inglaterra. Ni el destierro de sir Jacobo, ni el celo con que sir Juan había contribuído á la revolución, fueron parte á hacer olvidar sus antiguas faltas. Ambos habían servido á la casa idólatra y sanguinaria. Ambos habían oprimido al pueblo de

Dios. Su último arrepentimiento podría, tál vez, darles un buen derecho al perdón, pero seguramente no les daba derecho á honores y recompensas.

En vano intentaron los amigos del Gobierno apartar la atención del Parlamento de la tarea de perseguir á la familia de Dalrymple, atrayéndola á la urgente é importante cuestión del gobierno de la Iglesia. Decían que el antiguo sistema había sido abolido; que no fuera reemplazado por ningún otro; que era imposible decir cuál era la religión oficial del reino, y que el primer deber de la legislatura era poner término á una anarquía que diariamente producía desastres y crímenes. Los jefes del Club no eran gente que de este modo dejaran que se les apartara de su objeto. Se propuso, y fué aprobado, aplazar el examen de las cuestiones eclesiásticas hasta haber arreglado las cuestiones seculares. La injusta y absurda ley de incapacitación fue aprobada por setenta y cuatro votos contra veinticuatro. Siguióse otr votación, encaminada más directamente contra la casa de Stair. El Parlamento reclamó el poder de oponer su veto al nombramiento de los jueces, y asumió el poder de suspender el sello: en otros términos, de suspender toda la administración de justicia hasta que se le concediera este derecho. No había duda, á juzgar por lo sucedido en el debate, que aunque los jefes del Club habían empezado por el Tribunal Supremo de Justicia, no pensaban pararse allí. Los argumentos empleados por sir Patrick Hume y otros, llevaban directamente á la conclusión que el Rey no debía tener el nombramiento de ningún gran funcionario público. Sir Patrick declaraba verbalmente y por escrito su opinión de que todo el patronato del reino debía pasar de la Corona á los Estados. Cuando el puesto de Tesorero, de Canciller, de Secretario,

estuviera vacante, el Parlamento debería someter dos ó tres nombres á S. M., y el Rey tendría que elegir uno de los propuestos (1).

Durante todo este tiempo los Estados rehusaron obstinadamente conceder todo subsidio mientras sus leyes no fueran tocadas con el cetro. El Lord Gran Comisario llegó á indignarse de tal modo por su pretensión, que, tras mucho contemporizar, se negó á tocar aun leyes á que no se podía hacer objeción alguna y que sus instrucciones le autorizaban á aceptar. Este estado de cosas hubiera terminado en alguna gran convulsión si el Rey de Escocia no hubiera sido también soberano de un reino mucho más grande y poderoso. Ningún Parlamento de Westminster había opuesto nunca tantas dificultades á Carlos I como el Parlamento de Edimburgo opuso á Guillermo durante esta legislatura. Pero no podía el Parlamento de Edimburgo poner á Guillermo en tan gran apuro como el Parlamento de Westminster había puesto á Carlos. Una negativa de subsidios en Westminster era cosa seria, y no dejaba al soberano más camino que ceder, ó levantar dinero por medios inconstitucionales. Pero una negativa de subsidios en Edimburgo no le reducía á semejante dilema. La mayor suma que podía esperar de Escocia, en un año, no llegaba á lo que recibía de Inglaterra cada quince días. No tenía, pues, sino encerrarse dentro de los límites de su indiscutible prerrogativa y permanecer á la defensiva hasta que llegase alguna coyuntura favorable (2).

---

(1) Respecto á las miras de sir Patrick, véase su carta de 7 de junio, y la carta de Lockhart de 11 de julio, en los *Leven and Melville Papers*.

(2) Los materiales de que principalmente me he servido para

LVI.

Disturbios en Athol.

Mientras estas cosas pasaban en el Parlamento, la guerra civil, que por espacio de algunas semanas había estado suspendida en las Tierras Altas, estalló de nuevo con más violencia que antes. Desde que se había eclipsado el esplendor de la casa de Argyle, ningún jefe gaélico podía competir en poderío con el Marqués de Athol. El distrito de donde tomaba su título, y del cual podía casi llamarse soberano, era mayor en extensión que la generalidad de los condados, y era más fértil, estaba cultivado con más esmero y más poblado que la mayor parte de las Tierras Altas. Suponíase que el número de los que seguían su bandera no era menor que todos los Macdonalds y Macleans juntos, y que en fuerza y valor no eran inferiores á ninguna tribu de las montañas. Pero el clan había venido á ser insignificante por la insignificancia del jefe. El Marqués era el hombre más falso, más voluble, más pusilánime del mundo. En el breve espacio de seis meses había sido ya varias veces jacobita y varias veces partidario de Guillermo. Jacobitas y orangistas le miraban con un desprecio y desconfianza que el respeto á su inmenso poder les impedía expresar con toda claridad. Después de jurar repetidas veces fidelidad á ambos partidos y de engañarlos á ambos

---

la historia de esta legislatura han sido las Actas, las Minutas y los *Leven and Melville Papers*.

otras tantas, se le ocurrió que la mejor manera de atender á su seguridad sería abdicar las funciones de Par y de jefe de clan, ausentándose del Parlamento de Edimburgo y de su castillo de las montañas, abandonando el país á que estaba ligado por todos los vínculos del deber y el honor, precisamente en la crisis que iba á decidir su suerte. Mientras toda Escocia aguardaba con impaciencia y ansiedad á ver en qué ejército formarían sus numerosos deudos, él huyó á Inglaterra, fijando su residencia en Bath, con pretexto de tomar las aguas (1).

Su principado, abandonado de su jefe, se dividió en diferentes bandos. Los de Athol se inclinaban generalmente del lado del rey Jacobo, porque sólo cuatro años antes los había empleado como ministros de su venganza contra la casa de Argyle. Habían dado guarnición en Inverary; habían devastado Lorn; habían demolido casas, cortado árboles frutales, quemado barcas de pescadores, roto piedras de molino, ahorcado Campbells, y por tanto, no era probable que les agradase la idea de la restauración de Mac Callum More. Una palabra del Marqués hubiera enviado dos mil *claymores* al bando jacobita. Pero él no quiso pronunciar aquella palabra, y la consecuencia fué que la conducta de sus gentes fuese tan irresoluta é inconsistente como la suya.

Mientras aguardaban alguna indicación de sus deseos, fueron llamados á las armas, al mismo tiempo, por dos caudillos, cada uno de los cuales podía con algún fundamento exigir que se le considerase como

(1) «Athol—dice Dundee con desprecio—se ha ido á Inglaterra, por no saber que hacer.»—Dundee á Melfort, 27 de junio, 1689. Véanse las cartas de Athol á Melville, de 21 de mayo y 8 de junio, en los *Leven and Melville Papers*.

representante del jefe ausente. Lord Murray, hijo mayor del Marqués, casado con una hija del Duque de Hamilton, se declaró por el rey Guillermo. Stewart de Ballenach, agente confidencial del Marqués, se declaró por el rey Jacobo. El pueblo no sabía á quién obedecer. Aquel cuya autoridad hubiera sido acatada con profunda reverencia, había empeñado su fe á ambos partidos, huyendo en seguida por temor de verse en la necesidad de unirse á cualquiera de ellos; y no era muy fácil decir si el lugar que había dejado vacante pertenecía á su mayordomo ó á su presunto heredero.

El puesto militar de más importancia en Athol era Blair Castle. La casa conocida ahora con este nombre no se distingue por ninguna peculiaridad que haga fijar la atención, de los demás castillos de la aristocracia. El antiguo edificio era una elevada torre de ruda arquitectura que dominaba un valle regado por el Garry. Las murallas hubieran ofrecido muy poca resistencia á un tren de batir, pero eran bastante fuertes para imponer respeto á los pastores de los Grampianes. Como á cinco millas al Mediodía de esta fortaleza, la llanura del Garry se estrecha formando el celebrado valle de Killiecrankie. En la actualidad una carretera tan llana como cualquier camino de Middlesex asciende suavemente desde el país bajo hasta lo alto del desfiladero. Blancas *villas* asoman por encima de la selva de abedules; y en un hermoso día de verano apenas hay un recodo del desfiladero en el cual no se descubra algún pescador de caña arrojando el anzuelo á las espumosas aguas del río, algún artista copiando un grupo de rocas, ó alguna partida de placer merendando sobre el césped que alternativamente cubren el sol y la sombra. Pero, en tiempo de Guillermo III, Killiecrankie era mencionada con ho-

rror por los pacíficos é industriosos habitantes de las Tierras Bajas del Perthshire. Era considerada como el más peligroso de todos aquellos tenebrosos barrancos de donde acostumbraban á salir los bandidos de las montañas. El sonido tan armonioso á oídos modernos del río rugiendo en torno de las musgosas rocas y entre las finas guijas, las negras masas de roca y verdura dignas del pincel de Wilson, los fantásticos picos bañados á la salida y puesta del sol con luz tan rica como la que brilla en los lienzos de Claudio, sugerían á nuestros antepasados la idea de emboscadas de asesinos, de cádaveres desnudos cubiertos de heridas y abandonados á las aves de presa. El único sendero era estrecho y áspero; con dificultad podía un caballo atravesarlo; apenas podían marchar dos hombres de frente, y en algunos sitios el camino pasaba tan cerca del precipicio que bien necesitaba el viajero vista segura y pie firme. Muchos años después, el primer Duque de Athol construyó un camino por el cual podía subir su coche. Pero aun éste era tan pendiente y angosto, que un puñado de hombres resueltos hubiera podido defenderlo contra un ejército (1); y ningún sajón consideró como un recreo la visita á Killiecrankie hasta que la experiencia hubo enseñado al Gobierno inglés que las armas más eficaces para subyugar á los montañeses eran el pico y la azada.

---

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

LVII.

Estalla nuevamente la guerra en las montañas. Batalla de Killiecrankie.

El país situado al otro lado precisamente de este desfiladero fué entonces teatro de una guerra como pocas veces se ha visto en las montañas. Gentes que llevaban el mismo tartán y obedecían al mismo señor peleaban unos contra otros. El nombre del jefe ausente era usado con alguna apariencia de razón por ambas partes. Ballenach, á la cabeza de un cuerpo de vasallos que le consideraban como el representante del Marqués, ocupó el Castillo de Blair; Murray con mil doscientos hombres se presentó delante de los muros pidiendo se le dejase entrar en la mansión de su familia, la mansión que un día sería suya. La guarnición se negó á abrir las puertas. Se enviaron mensajes por los sitiadores á Edimburgo, y por los sitiados á Lochaber (1). En ambos lugares produjo la noticia gran agitación. Mackay y Dundee coincidieron en pensar que la crisis requería acción rápida y enérgica. De la suerte de Blair Castle dependía probablemente la de todo Athol. Del destino de Athol podía depender el destino de Escocia. Mackay se puso en marcha apresuradamente para el Norte, ordenando á sus tropas que se reunieran en el país bajo de Perthshire. Algunos estaban acuartelados á tan gran distancia que no llegaron á tiempo. Sin embargo, pronto se les incorporaron los tres regimientos

(1) Mackay, *Memoirs*.

escoceses que habían servido en Holanda y que llevaban los nombres de sus coroneles, el mismo Mackay, Balfour y Ramsay. Había también un valiente regimiento de Inglaterra llamado entonces de Hastings, pero conocido ahora con la denominación de trece de línea. A estas tropas veteranas se habían unido dos regimientos recién organizados en las Tierras Bajas. Mandaba uno de ellos lord Kenmore; el otro, que había sido formado en la frontera y que todavía se llama de fronterizos del Rey, era mandado por lord Leven. Dos escuadrones de caballería, los de lord Annandale y lord Belhaven, hacían ascender, tal vez, el ejército á más de tres mil hombres. Belhaven cabalgaba al frente de su escuadrón; pero Annandale, el más faccioso de cuantos seguían á Montgomery, prefirió el Club y el Parlamento al campo de batalla (1).

Dundee entretanto había llamado á todos los clanes que reconocían su autoridad, para hacer una expedición en el interior de Athol. Sus esfuerzos encontraron firme apoyo en Lochiel. Las cruces de fuego fueron enviadas otra vez á toda prisa á través de Appin y Ardnamurchan, hasta Glenmore y á lo largo de Loch Leven. Pero el llamamiento era tan inesperado y el tiempo concedido tan corto, que la revista no estuvo tan concurrida como se esperaba El número total de espadas anchas no llegaba á tres mil. Con esta fuerza, tal como era, Dundee se puso en camino. En su marcha se le incorporaron socorros que acababan de llegar de Ulster. Consistían en poco más de trescientos infantes irlandeses, mal armados, mal vestidos y mal disciplinados. Su jefe era un oficial llamado Cannon, que había servido en los Países Bajos, y que tal vez hubiera cumplido bien en un

(1) Mackay, *Memoirs.*

puesto subordinado y en un ejército regular, pero que era totalmente incapaz de desempeñar la parte que le fuera asignada (1). Había ya perdido tanto tiempo entre las Hébridas, que algunos barcos que habían sido enviados al mismo tiempo que él y que venían cargados de provisiones, habían sido cogidos por cruceros ingleses. En poco estuvo que él y sus soldados no sufrieran la misma suerte. Á pesar de su incompetencia, llevaba un real despacho que le daba en Escocia el mando militar inmediato á Dundee.

El desengaño fué terrible. Jacobo hubiera hecho mejor, ciertamente, retirando toda asistencia á los montañeses, que no burlándose de ellos, enviándoles, en vez del bien equipado ejército que habían pedido y esperaban, una turba indisciplinada, despreciable por el número y la apariencia. Era ya evidente que todo lo que se hiciera en Escocia por su causa sería hecho por escoceses (2).

Mientras Mackay por un lado y Dundee por otro avanzaban hacia Blair Castle, importantes sucesos habían ocurrido allí. Los partidarios de Murray pronto empezaron á vacilar en su fidelidad. Tenían antigua antipatía á los whigs, porque consideraban el nombre de whig como sinónimo del nombre de Campbell. Veían armados contra ellos gran número de sus deudos, mandados por un caballero al cual se suponía poseer la confianza del Marqués. El ejército sitiador se deshizo, pues, rápidamente. Muchos regresaron á sus hogares, con el pretexto de poner á sus familias y ganados en seguridad, puesto que su vecindad iba á ser el centro de la guerra. Otros, más

(1) Van Odyck al Grefier de los Estados Generales, agosto 2 (12). 1689.

(2) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

ingenuamente, declararon que no querían tomar parte en semejante contienda. Un cuerpo numeroso fué á la orilla de un arroyo, llenó sus birretes de agua, bebió á la salud del rey Jacobo y se dispersó (1). Su celo por el rey Jacobo no les indujo, sin embargo, á unirse al estandarte de su General. Vagaron entre las rocas y espesuras que dan sombra al Garry, en la esperanza de que pronto habría una batalla y que, fuera cualquiera el resultado, no faltarían fugitivos y cadáveres que despojar.

Murray se encontraba en situación difícil. Su fuerza había quedado reducida á trescientos ó cuatrocientos hombres, y aun éstos no eran muy de fiar, y los Macdonalds y Camerons avanzaban rápidamente. Levantó, pues, el sitio de Blair Castle, y se retiró con poca gente al desfiladero de Killiecrankie. Pronto se le unió allí un destacamento de doscientos fusileros que Mackay había enviado delante á asegurar el paso. El grueso del ejército del País Bajo le siguió inmediatamente (2).

En la madrugada del sábado, 27 de julio, llegó Dundee á Blair Castle. Allí supo que las tropas de Mackay estaban ya en el barranco de Killiecrankie. Era necesario tomar una pronta determinación. Hubo un consejo de guerra. Los oficiales sajones se oponían en general á correr el riesgo de una batalla. Los jefes celtas eran de opinión diferente. Glengarry y Lochiel opinaban lo mismo en esta ocasión. «Combatid, milord—decía Lochiel con su energía usual;—combatid inmediatamente: combatid aun cuando seamos uno contra tres. Nuestra gente está muy animada. Su único temor es que se les escape el enemigo.

(1) Balcarras, *Memoirs*.
(2) Mackay, *Breve relación*, de 17 de agosto, 1689.

Prestaos á sus deseos, y estad seguro que morirán, ó conseguirán completa victoria. Pero si los sujetáis, si los obligáis á permanecer á la defensiva, no respondo de nada. De no combatir, lo mejor es disolvernos y retirarnos á nuestras montañas» (1).

El rostro de Dundee resplandeció. «Oid, señores—dijo á sus oficiales del País Bajo;—oid la opinión de quien conoce la guerra de las montañas mejor que todos nosotros.» Ninguna voz se levantó á sostener opinión contraria. Se resolvió combatir; y los clanes confederados, en muy buena disposición de ánimo, adelantaron al encuentro del enemigo.

El enemigo, en tanto, había subido á lo alto del desfiladero. La ascensión había sido larga y penosa, pues aun los infantes tuvieron que subir de dos en dos y de tres en tres, y los caballos del bagaje, en número de mil doscientos, sólo pudieron subir uno á uno. Ningún vehículo de ruedas había remontado jamás aquel áspero sendero. La cabeza de la columna había salido y estaba en la meseta, mientras la retaguardia se hallaba todavía abajo en el llano. Por fin se efectuó el paso, y las tropas se encontraron en un valle de no muy grande extensión. Flanqueaba su derecha una elevación del terreno, su izquierda la corriente del Garry. Cansados con la faena de la mañana, se tendieron sobre el césped á tomar algún reposo y alimento.

A primera hora de la tarde hízoles levantar la alarma de que los montañeses se acercaban. Regimiento tras regimiento se levantaron y pusieron en orden. En poco tiempo la cumbre de una subida, distante de allí un tiro de mosquete, poco más ó menos, se cubrió de gorras y plaids. Dundee se adelantó á caballo para

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

examinar la fuerza con que tenía que luchar, y luégo dispuso su gente de la mejor manera que el carácter peculiar de aquellas tropas permitía. Era importante conservar la distinción de clanes. Cada tribu, grande ó pequeña, formaba una columna separada de la inmediata por un ancho intervalo. Uno de estos batallones podía contener setecientos hombres, mientras otro solo constaba de ciento veinte. Lochiel había manifestado que era imposible mezclar hombres de diferentes tribus sin destruir cuanto constituía la fuerza peculiar del ejército montañés (1).

A la derecha, junto al Garry, estaban los Macleans. Seguían Cannon y su infantería irlandesa. Venian luégo los Macdonalds de Clanronald, mandados por el tutor de su joven príncipe. A la izquierda había otras bandas de Macdonalds. A la cabeza de un numeroso batallón sobresalía la gigantesca estatura de Glengarry, que llevaba el estandarte real de Jacobo VII (2). Todavía más á la izquierda estaba la caballería, un pequeño escuadrón formado por algunos caballeros jacobitas que habían huído de las Tierras Bajas á las montañas, y de unos cuarenta veteranos de Dundee. Los caballos habían estado muy mal alimentados y mal atendidos entre los Grampianes, y su demacración les daba ruin apariencia de debilidad. Más allá estaba Lochiel con sus Camerons. En la extrema izquierda la gente de Sky estaba mandada por Macdonald de Sleat (3).

En las Tierras Altas, como en todos los países donde la guerra no ha llegado á ser una ciencia, los soldados consideraban que el principal deber de un jefe era dar

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron;* Mackay, *Memoirs.*
(2) Douglas, *Baronage of Scotland.*
(3) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

ejemplo de valor personal y fuerza física. Lochiel era especialmente famoso por sus proezas. Los hombres de su clan no cabían en sí de orgullo cuando relataban cómo había roto filas enemigas y derribado talludos guerreros. Probablemente debía tanta parte de su influencia á estas hazañas como á las cualidades eminentes que, si la fortuna le hubiera colocado en el Parlamento inglés ó en la corte de Francia, hubieran hecho de él uno de los hombres más notables de su siglo. Tenía, sin embargo, el buen sentido de conocer cuán errónea era la idea que prevalecía entre sus compatriotas. Sabía que la misión de un general no era dar y recibir golpes. Sabía con cuánta dificultad había podido Dundee, durante algunos días, tener reunido un ejército compuesto de varios clanes; y sabía que lo que Dundee había hecho con dificultad, no hubiera podido Cannon hacerlo en absoluto. La vida de quien tanto dependía no debía ser sacrificada á una bárbara preocupación. Así, pues, Lochiel conjuró á Dundee para que no corriese peligro innecesario. «La misión de vuestra señoría—le dijo—es vigilarlo todo y dar órdenes. La nuestra es ejecutarlas con bravura y prontitud.» Dundee contestó con tranquila magnanimidad, que eran de gran peso las palabras de su amigo sir Ewan, pero que ningún general había podido hacer ninguna cosa grande sin poseer la confianza de sus soldados. «Debo sentar mi reputación de hombre de valor. Vuestra gente espera ver á sus jefes en lo más empeñado de la batalla, y hoy allí me han de ver. Yo os prometo, por mi honor, que en futuros encuentros tendré más cuidado de mi persona.»

En tanto, de ambas partes se sostenía fuego de mosquetería, pero era más certero y nutrido el de las tropas regulares que el de los montañeses. Una nube

de humo cubría el espació que separaba á ambos ejércitos. No pocos montañeses cayeron, y los clanes se impacientaban. Ya el sol descendía en Occidente, sin embargo, cuando Dundee dió la orden de disponerse á acometer. Sus gentes lanzaron una gran aclamación. El enemigo, rendido probablemente por el trabajo del día, contestó con un grito débil é inseguro. «Ahora veremos—dijo Lochiel:—no es ese el grito de hombres que van á triunfar.» Había recorrido todas su filas, había dirigido algunas palabras á cada Cameron y de todos había escuchado la promesa de vencer ó morir (1).

Eran más de las siete. Dundee dió la voz de mando. Los montañeses arrojaron sus plaids. Los pocos que se permitían el lujo de llevar rudos zuecos de piel sin curtir, se despojaron de ellos. Se recordó largo tiempo en Lochaber que Lochiel se quitó los zapatos, los únicos tal vez que había en su clan, y cargó descalzo á la cabeza de su gente. Toda la línea avanzó haciendo fuego. El enemigo contestó haciendo muchas bajas. Cuando sólo quedaba un pequeño espacio entre los dos ejércitos, los montañeses arrojaron de pronto sus fusiles, sacaron las anchas espadas y corrieron al enemigo lanzando terrible alarido. Los de las Tierras Bajas se dispusieron á recibir el choque; pero la operación fué larga y torpemente ejecutada, y todavía los soldados no se habían desenredado, ocupados en armar las bayonetas en las bocas de los fusiles, cuando se les vino encima todo el torrente de Macleans, Macdonalds y Camerons. En dos minutos se decidió la batalla. Rompiéronse las filas del regimiento de Balfour. Él fué derribado mientras se esforzaba por contener el empuje de los montañeses.

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron*

Los soldados de Ramsay volvieron la espalda y arrojaron las armas. La misma infantería de Mackay fué barrida por la furiosa acometida de los Camerons. Su hermano y su sobrino trataron en vano de reunir á los soldados. El primero fué muerto de un golpe de *claymore*. El otro, con el cuerpo acribillado de ocho heridas, se abrió paso por entre el tumulto y carnicería hasta llegar al lado de su tío. Aun en aquella extremidad conservó Mackay la plena posesión de sí mismo. Todavía le quedaba una esperanza. Una carga de caballería podría recobrar lo perdido; pues se suponía que los más bravos montañeses temían á los caballos. Pero inútilmente mandó adelantar la caballería. Belhaven, en verdad, se portó como bizarro caballero; pero sus soldados, atemorizados con la derrota de la infantería, galoparon en desorden lejos del campo; los de Annandale imitaron su ejemplo: todo estaba perdido; y el confuso torrente de casacas rojas y tartanes bajaba con estrépito el valle hasta la garganta de Killiecrankie.

Mackay, acompañado de un fiel servidor, se abrió paso bravamente por entre lo más espeso de los *claymores* y tarjas, y llegó á un punto desde donde se descubría el campo de batalla. Todo su ejército había desaparecido, á excepción de algunos fronteros que Leven había podido mantener reunidos, y del regimiento de Hastings, que había hecho un fuego mortífero contra las filas célticas, y que todavía se mantenía en orden inquebrantable. Todos los soldados que podrían reunirse no pasaban de algunos centenares. El General se apresuró á conducirlos á través del Garry, y después de haber puesto aquel río entre los suyos y el enemigo, se detuvo un momento á meditar en su situación.

Apenas concebía que los vencedores fueran tan im-

prudentes que le dejaran aún aquel momento para deliberar Hubieran podido fácilmente, antes que cerrase la noche dar muerte ó coger prisioneros á todos los que estaban con él. Pero la energía de los guerreros celtas se había consumido en una furiosa arremetida y una breve lucha El puerto estaba obstruído por las mil doscientas bestias de carga que llevaban las provisiones y bagaje del ejército vencido. Semejante botín era tentación irresistible para hombres que eran impelidos á la guerra tanto por el deseo de rapiña como por el deseo de gloria. Es probable que pocos, aun entre los jefes, estuvieran dispuestos á dejar tan rica presa por amor al rey Jacobo. El mismo Dundee no hubiera podido, tal vez, en aquel momento, persuadir á sus amigos á que abandonaran los montones de despojos y completaran la gran obra del día; y Dundee había muerto.

LVIII.

Muerte de Dundee.

Al principio de la acción había ocupado su puesto al frente de su pequeña fuerza de caballería. Les mandó que le siguieran, y se adelantó. Mas parecía decretado que en aquel día los escoceses de las Tierras Bajas habían de portarse mal en ambos ejércitos. Los jinetes vacilaron. Dundee volvió grupas, se alzó en los estribos, y agitando el sombrero les invitaba á adelantar. En el momento de levantar el brazo se le subió la coraza, descubriendo la parte inferior del lado izquierdo. Una bala de mosquete le hirió; su caballo dió un salto adelante, cayendo en una nube de

humo y polvo que ocultó á ambos ejércitos la caída del general victorioso. Un llamado Johnstone estaba cerca de él y lo cogió al caer de la silla. «¿Cómo va la acción?, dijo Dundee.—Bien para el rey Jacobo, respondió Johnstone; pero temo por vuestra señoría.—Si va bien para él, contestó el moribundo, por mí es lo de menos.» No volvió á hablar; pero cuando media hora después acudieron á su lado lord Dunfermline y algunos otros amigos, creyeron descubrir todavía algunos débiles restos de vida. El cuerpo, envuelto en dos plaids, fué llevado al Castillo de Blair (1).

LIX.

Retirada de Mackay.

Mackay, que ignoraba el suceso de Dundee y conocía muy bien su actividad y pericia, esperaba por momentos ser perseguido vigorosamente, y tenía muy poca confianza en poder salvar ni aun los escasos restos del ejército vencido. No podía retirarse por

---

(1) Acerca de la batalla, véanse las *Memorias*, las *Cartas* y la *Breve relacion* de Mackay; las *Memorias de Dundee; Memorias de sir Ewan Cameron;* las declaraciones de Nisbet y Osburne en el Apéndice á las Act. Parl. de 14 de julio 1690. Véase también la descripción de la batalla en una de las cartas de Burt. Macpherson publicó una carta de Dundee á Jacobo, fechada al otro día de la batalla. No necesito decir que es una falsificación tan descarada como el Fingal. El autor de las *Memorias de Dundee* dice que Lord Leven se asustó á la vista de las armas de los montañeses, y dió el ejemplo de la fuga. Esto es una vil falsedad. El notable comportamiento de Lord Leven resulta bien probado en las *Cartas, Memorias* y *Breve relación* de Mackay.

el desfiladero porque ya estaban allí los montañeses. Resolvió, pues, dirigirse á través de las montañas hacia el valle del Tay. Pronto alcanzó á doscientos ó trescientos de sus fugitivos que habían tomado el mismo camino. La mayor parte de ellos pertenecían al regimiento de Ramsay y debían tener alguna práctica del servicio. Pero estaban desarmados: el reciente desastre los había trastornado completamente; y el General no pudo encontrar entre ellos restos de marcial disciplina ni de marcial espíritu. Su situación hubiera puesto á dura prueba los nervios más firmes. La noche había cerrado; estaba en un desierto; no tenía guía; un enemigo victorioso, según toda probabilidad, seguía sus pasos; y tenía que atender á la seguridad de una multitud de hombres que habían perdido el corazón y la cabeza. Acababa de sufrir una derrota que, de todas las derrotas, era la más dolorosa y humillante. Sus sentimientos domésticos habían recibido herida no menos cruel que su orgullo profesional. Un pariente querido acababa de ser herido de muerte ante sus ojos. Otro, perdiendo sangre de muchas heridas, marchaba trabajosamente á su lado. Pero sustentaba el valor del infortunado General inquebrantable fe en Dios y la alta idea de sus deberes para con el Estado. En medio de la miseria y la deshonra, mantenía su cabeza noblemente erguida, y hallaba fortaleza, no sólo para él sino para cuantos le rodeaban. Su primer cuidado fué asegurarse del camino. Una luz solitaria que se descubría entre las tinieblas les guió á una pequeña choza. Sus habitantes no hablaban otra lengua que el gaélico, y al principio les amedrentó la vista de los uniformes y las armas. Pero la amable actitud de Mackay hizo desaparecer todo temor: su lengua le había sido familiar en la niñez, y todavía recordaba lo suficiente

para comunicar con ellos. Gracias á sus direcciones, y con ayuda de un mapa de bolsillo en el cual estaban marcados toscamente los senderos que atravesaban aquel salvaje país, pudo encontrar el camino. Marchó durante toda la noche. Cuando rompió el día, su empresa fué más difícil que nunca. La luz aumentaba el terror de sus compañeros. Cierto que los soldados de Hastings y de Leven todavía se portaban como militares. Pero los fugitivos del regimiento de Ramsay no pasaban de ser una multitud. Habían arrojado, al huir, sus mosquetes. Tenían siempre delante de los ojos los *claymores* que les habían hecho escapar. La vista de cada nuevo objeto era causa de un nuevo pánico. Un grupo de pastores con plaids conduciendo ganado era convertido por su imaginación en una hueste de guerreros celtas. Algunos de los fugitivos abandonaron el cuerpo principal y huyeron á las colinas, donde su cobardía encontró el merecido castigo. Fueron muertos para quitarles las casacas y los zapatos; y sus desnudos cádaveres sirvieron de pasto á las águilas de Ben Lawers. La deserción hubiera sido mucho mayor si Mackay y sus oficiales no hubieran amenazado, pistola en mano, saltar la tapa de los sesos á todo el que vieran que intentaba huir.

Por fin, los cansados fugitivos llegaron á la vista del Castillo de Weems. El castellano era amigo del nuevo Gobierno, y les concedió hospitalidad según sus medios permitían. Sacó sus provisiones de harina de avena; mataron algunas vacas, y una comida tosca hecha apresuradamente fué ofrecida á los numerosos huéspedes. Así repuestos, partieron nuevamente, y anduvieron todo aquel día, atravesando pantanos, ciénagas y montañas. No obstante lo poco habitado que estaba el país, pudieron ver fácilmente

que la nueva de su derrota se había extendido ya mucho y que la población en todas partes se mostraba muy excitada. Ya bien entrada la noche llegaron á Castle Drummond, que estaba por el rey Guillermo y tenía una pequeña guarnición, y al día siguiente continuaron sin tanta dificultad hasta Stirling (1).

LX.

Efecto de la batalla de Killiecrankie.

Las nuevas de la derrota se habían adelantado á los fugitivos. En toda Escocia reinaba la mayor efervescencia. El desastre había sido grande realmente, pero exagerado por las insensatas esperanzas de un partido y los insensatos temores del otro. Creyóse en un principio que todo el ejército del rey Guillermo había perecido; que el mismo Mackay había sido muerto; que Dundee, á la cabeza de una gran hueste de bárbaros, enardecidos por la victoria y ansiosos de botín, habían descendido ya de las montañas; que era dueño de todo el país allende el Forth; que Fife se disponía á incorporársele; que de allí á tres días estaría en Stirling; que de allí á una semana estaría en Holyrood. Enviáronse mensajeros para ordenar á un regimiento que estaba en Northumberland que se apresurase á pasar la frontera. Otros llevaron á Londres urgentes súplicas en que se pedía á S. M. que enviara inmediatamente hasta el último soldado de que pudiera disponer, y aun que viniera él mismo á salvar su reino septentrional.

---

(1) Mackay, *Memoirs; Vida del General Hugo Mackay,* por J. Mackay de Rockfield.

Las facciones del Parlamento, aterrorizadas por el común peligro, dieron al olvido sus diferencias. Cortesanos y descontentos á una voz imploraban del Lord Gran Comisario que cerrase la legislatura y les dejase salir de un sitio donde sus deliberaciones serían tal vez muy pronto interrumpidas por los montañeses. Discutióse muy seriamente acerca de la conveniencia de abandonar á Edimburgo, enviar los numerosos presos políticos que había en el Castillo y en la cárcel á bordo de un navío de guerra surto en Leith, y trasladar la residencia del gobierno á Glasgow.

La noticia de la victoria de Dundee fué en todas partes seguida muy pronto por la nueva de su muerte; y es prueba importante de la extensión y energía de su talento, que su muerte fuese, al parecer, considerada donde quiera como una completa revancha de su victoria. Hamilton, antes de disolver los Estados, les informó de que tenía que darles buenas nuevas; que no había duda de que Dundee había muerto, y que, por tanto, los rebeldes habían sufrido en rigor una derrota. La misma opinión aparece en varias cartas escritas en aquella ocasión por políticos de talento y experiencia. El mensajero que llevó á la corte de Inglaterra la noticia de la batalla, fué seguido muy de cerca por otro que llevaba un despacho para el Rey, y no encontrando á S. M. en Saint James, se dirigió á galope á Hampton Court. Nadie en la capital se aventuró á romper el sello; mas, por fortuna, después de cerrada la carta, alguna mano amiga había escrito apresuradamente por fuera estas palabras consoladoras: «Dundee ha sido muerto. Mackay ha llegado á Stirling;» y estas palabras tranquilizaron los ánimos de los londonenses (1).

(1) Carta de los Embajadores extraordinarios al Grefier de los

Desde el desfiladero de Killiecrankie los montañeses se habían retirado, orgullosos de su victoria y cargados de despojos, al Castillo de Blair. Se jactaban de que el campo de batalla estaba cubierto de montones de soldados sajones, y que el aspecto de los cadáveres era buen testimonio de lo que puede un buen *claymore* en una buena diestra gaélica. Se encontraron cabezas hendidas hasta la garganta y cráneos aplastados hasta las orejas. Los vencedores, sin embargo, habían pagado cara la victoria. Al avanzar habían sufrido mucho á efecto de la mosquetería del enemigo, y aun después de la carga decisiva, los ingleses de Hastings y algunos de los fronterizos de Leven habían continuado haciendo un fuego nutrido. Ciento veinte Camerons habían sido muertos: la pérdida de los Macdonalds fué todavía mayor, y también algunos caballeros de rango é importancia habían perecido (1).

Dundee fué sepultado en la iglesia de Blair Athol; pero ningún monumento fué erigido sobre su tumba, y la misma iglesia ha desaparecido hace mucho tiempo. Una tosca piedra, en el campo de batalla, marca, si hemos de dar crédito á la tradición local, el sitio donde cayó (2). Durante los tres últimos meses de su vida había dado pruebas de gran guerrero y gran político; por lo cual su nombre es mencionado con respeto por aquella clase numerosa de personas para quien no hay exceso de maldad que el valor y el talento no puedan excusar.

Estados Generales, agosto 2 (12), 1689; y una carta de igual fecha de Van Odyck, que estaba en Hampton Court.

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron; Memoirs of Dundee.*

(2) La tradición tiene, sin duda, más de ciento veinte años. A Burt le enseñaron la piedra.

Es curioso que las dos batallas más notables, tal vez, que jamás ganaron tropas irregulares á tropas regulares, se hayan dado en la misma semana: la batalla de Killiecrankie, y la batalla de Newton Butler. En ambas el triunfo de las tropas irregulares fué singularmente rápido y completo. En ambas el pánico de las tropas regulares, á pesar del notable ejemplo de valor dado por sus generales, fué singularmente deshonroso. Debe también notarse que una de estas victorias extraordinarias fué ganada por celtas á sajones, y la otra por sajones á celtas La victoria de Killiecrankie, en verdad, aunque ni más esplendida ni más importante que la victoria de Newton Butler, es mucho más famosa; y la razón es evidente. Los anglo-sajones y los celtas se han reconciliado en Escocia, y nunca se han reconciliado en Irlanda. En Escocia todos los grandes hechos de ambas razas forman un caudal común y se consideran como parte de la gloria que corresponde á todo el país. Tan completamente se ha extinguido la antigua antipatía, que nada hay más común que oir á un habitante del país bajo hablar con complacencia y hasta con orgullo de la derrota más humillante que jamás sufrieron sus antepasados. Sería difícil nombrar un hombre eminente en quien el sentimiento nacional y el amor al clan fueran más poderosos que en sir Walter Scott. Sin embargo, cuando sir Walter Scott hablaba de Killiecrankie, parecía olvidar completamente que era sajón, que era de la misma sangre y hablaba la misma lengua que los infantes de Ramsay y la caballería de Annandale. No cabía en sí de orgullo cuando relataba que sus deudos habían huído como liebres ante un número menor de guerreros de diferente raza y lengua diferente.

En Irlanda todavía sigue la lucha. El nombre de

Newton Butler, repetido como un insulto por la minoría, es aborrecido por la gran mayoría de la población. Si se hubiera erigido un monumento en el campo de batalla, lo probable es que fuera destruído. Si se celebrara en Cork ó en Waterford el aniversario de la batalla, sería probablemente interrumpido por la violencia. El más ilustre poeta irlandés de nuestro tiempo creería hacer traición á su país si cantase las alabanzas de los vencedores. Uno de los más sabios y diligentes arqueólogos irlandeses de nuestros días ha trabajado, y no en verdad con gran éxito, para demostrar que el resultado de la jornada fué producto de un mero accidente, del cual ninguna gloria podían derivar los ingleses. No debe maravillarnos que la victoria de los montañeses haya sido más celebrada que la victoria de los de Enniskillen, al considerar que la victoria de los montañeses es orgullo de toda Escocia y que la victoria de los de Enniskillen es vergüenza de las tres cuartas partes de la población de Irlanda.

LXI.

Llegan refuerzos al ejército montañés.

Atendiendo á los grandes intereses del Estado, nada importaba, en absoluto, que la batalla de Killiecrankie se perdiese ó se ganase. Es muy poco probable que aun cuando Dundee hubiera sobrevivido al día más glorioso de su vida, hubiera podido vencer aquellas dificultades engendradas por la naturaleza peculiar de su ejército, y que hubieran sido diez veces

mayores tan pronto como la guerra se trasportase á las Tierras Bajas. Es verdad que su sucesor era de todo punto inferior á tal empresa. Cierto que durante un día ó dos pudo lisonjearse el nuevo general de que todo iría bien. Su ejército se aumentó rápidamente hasta contener doble número de *claymores* que cuando mandaba Dundee. Los Stewarts de Appin, que aunque llenos de celo no habían podido llegar á tiempo para la batalla, se contaban entre los primeros que acudieron. Varios clanes que hasta aquí habían aguardado á ver cuál de los dos partidos era el más fuerte, se mostraban ahora deseosos de descender á las Tierras Bajas detrás del estandarte del rey Jacobo VII. Es verdad que los Grants continuaron fieles en su obediencia á Guillermo y María, y los Mackintosh siguieron neutrales por su invencible aversión á Keppoch. Pero Macphersons, Farquharsons y Frasers acudían en multitudes al campo de Blair. La vacilación de las gentes de Athol había terminado. Muchos de ellos habían permanecido, durante la batalla, entre las rocas y abedules de Killiecrankie, y tan pronto se decidió el éxito de la jornada salieron de sus escondrijos para despojar y matar á los fugitivos que intentaron huir por el desfiladero. Los Robertsons, de raza gaélica, por más que lleven nombre sajón, declararon entonces su adhesión á la causa del rey desterrado. Su jefe Alejandro, que tomaba su nombre de su señorío de Struan, era muy joven y estudiaba en la universidad de San Andrés. Allí había adquirido algunos conocimientos literarios, y fuera iniciado con mucha más profundidad en la política tory. Se unió ahora al ejército montañés, y se mantuvo constante, durante su larga vida, á la causa jacobita. Su participación en los negocios públicos fué, sin embargo, tan insignificante, que su nombre no

se recordaría actualmente si no hubiera dejado un tomo de poesías, insípidas la mayor parte, y algunas muy licenciosas. De haber salido este libro de Grub Street apenas hubiera sido honrado con la cuarta parte de un verso en la *Dunciada*. Pero llamó algo la atención á causa de la situación del escritor. Porque hace ciento veinte años, una égloga ó una sátira escrita por un jefe montañés era un portento literario (1).

Pero aunque la fuerza numérica de la gente de Cannon iba en aumento, su eficacia era cada vez menor. Cada nueva tribu que llegaba al campo traía alguna nueva causa de disensión. En la hora de peligro los más arrogantes é inquietos espíritus se someten á menudo á la obediencia del genio superior. Sin embargo, aun en la hora de peligro y aun al genio de Dundee, los jefes celtas habían prestado obediencia precaria é imperfecta. Enfrenarlos cuando estaban embriagados con el triunfo y confiados en su fuerza, hubiera sido, tal vez, empresa demasiado ardua para él, como en la generación precedente había sido empresa demasiado ardua para Montrose. El nuevo general lo único que hizo fué vacilar y cometer errores. Uno de sus primeros actos fué enviar un cuerpo numeroso, compuesto principalmente de Robertsons, al País Bajo en busca de provisiones. Suponía, á lo que parece, que este destacamento podría sin dificultad ocupar á Perth. Pero Mackay había ya restablecido el orden en los restos de su ejército; había re-

(1) Véase la *Historia* que precede á los poemas de Alejandro Robertson. De esta *Historia* resulta que llegó antes de la batalla de Killiecrankie. Pero según los testimonios reunidos en el apéndice á las Act. Parl. Scot. de 14 de julio de 1690, resulta que llegó al siguiente día.

unido en torno suyo algunas tropas que no habían participado de la deshonra de la última derrota, y estaba nuevamente dispuesto á pelear. No obstante lo crueles que habían sido sus sufrimientos, obrando con prudencia y magnanimidad, resolvió no castigar á nadie por lo sucedido. No era fácil distinguir entre los diferentes grados de culpabilidad. Diezmar á los culpables hubiera sido cometer una horrible matanza. Su habitual piedad le hizo también considerar el pánico sin ejemplo que se había apoderado de sus soldados como prueba del divino desagrado, más bien que de su cobardía. Reconocía con heroica humildad que la singular firmeza que había desplegado en medio de la confusión y matanza no le pertenecía, y que á no haber sido por la ayuda de un poder superior, se hubiera mostrado tan pusilánime como cualquiera de los miserables fugitivos que habían arrojado las armas implorando en vano cuartel de los bárbaros bandidos de Athol. Su confianza en el cielo no le impidió, sin embargo, consagrarse vigorosamente á proveer, en cuanto estaba al alcance de la humana prudencia, contra la repetición de calamidad semejante á la que acababa de experimentar. La causa inmediata de su derrota había sido la dificultad en armar las bayonetas. El fusil del montañés era completamente distinto del arma que usaba en la lucha cuerpo á cuerpo. Descargaba el tiro, arrojaba el fusil y caía sobre el enemigo espada en mano. Todo esto era obra de un momento. El mosquetero de tropas regulares necesitaba dos ó tres minutos para convertir su arma de fuego en un arma con la cual pudiera hacer frente al enemigo en la lucha cuerpo á cuerpo; y durante estos dos ó tres minutos se había decidido el éxito de la batalla de Killiecrankie. Mackay ordenó, pues, que todas sus bayonetas fueran de tal suerte

que se pudieran fijar en el cañón sin taparlo, pudiendo de este modo sus soldados recibir una carga en el momento de acabar de hacer fuego (1).

LXII.

Escaramuza de Saint Johnston.

Tan pronto como supo que un destacamento del ejército gaélico avanzaba hacia Perth, se apresuró á salirle al encuentro al frente de un cuerpo de dragones que no habían estado en la batalla, y cuyo espíritu marcial se mantenía por tanto inquebrantable. El martes 31 de julio, cuatro días tan sólo después de su derrota, cayó sobre los Robertsons cerca de Saint Johnston, los atacó, los puso en derrota matándoles ciento veinte hombres, y cogió treinta prisioneros, con pérdida de un solo soldado (2). Esta escaramuza produjo un efecto completamente desproporcionado al número de combatientes ó de muertos. La reputación de las armas celtas se desvaneció casi con igual rapidez que se había formado. Durante dos ó tres días se había creído en todas partes que aquellas armas eran invencibles. Hubo ahora una reacción. Se advirtió que lo sucedido en Killiecrankie era una excepción de la regla general, y que los montañeses, sólo en circunstancias muy especiales, podían luchar con las tropas regulares.

(1) Mackay, *Memoirs*.
(2) Mackay, *Memoirs; Memoirs of Sir Ewan Cameron*.

LXIII.

Desórdenes en el ejército montañés.

En tanto, los desórdenes en el campo de Cannon eran cada vez mayores. Convocó un consejo de guerra para tratar acerca de las medidas que conviniera tomar. Pero tan pronto estuvo reunido el consejo, surgió una cuestión preliminar. ¿Quiénes tenían derecho á ser consultados? El ejército era casi exclusivamente montañés. La reciente victoria había sido ganada exclusivamente por guerreros montañeses. Grandes jefes que habían puesto en el campo seiscientos ó setecientos combatientes, no encontraban justo ser vencidos en votación por caballeros de Irlanda y del País Bajo, que tenían ciertamente su nombramiento del rey Jacobo, y eran llamados coroneles y capitanes, pero eran coroneles sin regimientos y capitanes sin compañías. Lochiel habló enérgicamente en favor de la clase á que pertenecía; pero Cannon decidió que los votos de los oficiales sajones se contaran también (1).

Se trató en seguida cuál había de ser el plan de campaña. Lochiel opinaba que se debía avanzar, marchando en busca de Mackay donde quiera que estuviese y presentándole batalla nuevamente. No es casi posible suponer que el triunfo hubiera trastornado de tal modo la cabeza al prudente jefe de los Camerons que le hiciera desconocer el peligro del plan que recomendaba. Pero probablemente creía que no le

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

quedaba más sino elegir entre varios peligros. Era su opinión que para la existencia misma de un ejército montañés se necesitaba acción vigorosa, y que la coalición de clanes sólo duraría mientras adelantaban con impaciencia de batalla en batalla. Fué nuevamente vencido. Todas sus esperanzas de triunfo se desvanecieron. Le habían herido cruelmente en su orgullo. Se había sometido al ascendiente de un gran capitán; pero daba tan poca importancia como cualquier whig á un nombramiento real. Había querido ser la mano derecha de Dundee, pero no quiso ser mandado por Cannon: abandonó el campo y se retiró á Lochaber. Cierto que dió orden de quedarse á su clan; pero el clan, privado del caudillo á quien adoraba y sabedor de que se retiraba disgustado, no fué ya la misma terrible columna que tan bien había cumplido, pocos días antes, la promesa de vencer ó morir. Macdonald de Sleat, cuyas fuerzas excedían en número á las de cualquier otro de los jefes confederados, siguió el ejemplo de Lochiel y regresó á Sky (1).

LXIV.

Consejo de Mackay desatendido por los ministros escoceses.

Por este tiempo estaban completos los arreglos de Mackay, y no dudaba que si los rebeldes venían á atacarle, el ejército regular rescataría el honor que había perdido en Killiecrankie. Sus principales difi-

(1) *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

cultades se originaron de la imprudente intervención de los ministros de la Corona de Edimburgo en cosas que debían haber dejado á su dirección. La verdad parece ser que, según es costumbre en quien no teniendo experiencia militar tiene que juzgar operaciones militares, creían ellos que el triunfo era la única prueba de la pericia de un caudillo.

Todo el que gana una batalla es, en opinión de semejantes personas, un gran general: todo el que es derrotado es un mal general; y ningún general había sufrido nunca derrota más completa que Mackay. Guillermo, por otro lado, continuaba poniendo entera confianza en su infortunado lugarteniente. A las desdeñosas observaciones de críticos que nunca habían visto una escaramuza, Portland replicaba, de orden de su amo, que Mackay era digno de toda confianza, que era valiente, que entendía la guerra mejor que todos los demás oficiales escoceses, y que era muy de lamentar que existiera alguna preocupación contra hombre tan bueno y tan buen soldado (1).

LXV.

El regimiento de Cameron enviado á Dunkeld.

El injusto desprecio con que miraban á Mackay los consejeros privados de Escocia les hizo incurrir en un gran error que hubiera podido ser causa de un gran desastre. El regimiento Cameroniano fué enviado de guarnición á Dunkeld. Mackay desaprobó

(1) Véanse las Cartas de Portland á Melville de 22 de abril y 15 de mayo de 1690, en los *Leven and Melville Papers*.

completamente este acuerdo. Sabía que en Dunkeld se hallarían estas tropas cerca del enemigo; que estarían lejos de toda asistencia; que estarían en una ciudad abierta; que se verían rodeados de una población hostil; que por más que fueran valientes y celosos, era su disciplina muy imperfecta; que eran mirados con especial malevolencia por todo el partido jacobita en toda Escocia, y que lo más probable sería que hicieran un gran esfuerzo para traer sobre ellos el deshonor y la muerte (1).

La opinión del General fué desatendida, y los Cameronianos ocuparon el puesto que les fuera designado. Pronto se vió que sus presentimientos eran ciertos. Los habitantes del país que rodea á Dunkeld dieron la noticia á Cannon y le instaron á que diera un golpe atrevido. El paisanaje de Athol, sediento de despojos, acudió en grandes multitudes á engrosar su ejército. El regimiento esperaba ser atacado de un momento á otro, y se tornó descontentadizo y turbulento. Los soldados, intrépidos, sí, por temperamento y por su entusiasmo, pero no acostumbrados todavía á la disciplina militar, se quejaron á Cleland, que los mandaba. Habían sido enviados, tal imaginaban, por descuido, si no por perfidia, á una muerte cierta. Ninguna muralla los protegía: tenían muy escasa provisión de municiones: estaban rodeados de enemigos por todas partes. Un oficial podía montar á caballo y galopar lejos del campo, y en una hora estar fuera de peligro; pero el soldado tenía que permanecer y ser acuchillado. «Ni yo, dijo Cleland, ni ninguno de mis oficiales os abandonarán en ninguna extremidad. Sacad mi caballo, sacad todos los caballos para matarlos.» Estas palabras produjeron un

(1) Mackay, *Memoirs*; *Memoirs of Sir Ewan Cameron.*

cambio completo en el ánimo de los soldados. Respondieron que no se daría muerte á los caballos, que la palabra de su bravo coronel les bastaba; y que con él correrían todos los peligros. Bien cumplieron su promesa. Su sangre puritana se había excitado, y en muchos campos de batalla se había visto de lo que eran capaces los puritanos en tal situación.

LXVI.

Atacan los montañeses á los Cameronianos y son rechazados.

El regimiento pasó aquella noche sobre las armas. El día siguiente, 21 de agosto, por la mañana, todas las colinas que rodean á Dunkeld aparecieron coronadas de gorras y plaids. El ejército de Cannon era mucho más numeroso que el que Dundee había mandado. Más de mil caballos cargados de bagaje le acompañaban en la marcha. Caballos y bagaje eran parte, probablemente, del botín de Killiecrankie. El número total de montañeses fué estimado por testigos presenciales en cuatro ó cinco mil hombres. Acometieron furiosamente. Pronto barrieron las avanzadas de los Cameronianos. Los asaltantes se desparramaron por las calles en todas direcciones. La iglesia, sin embargo, resistió obstinadamente. Pero la mayor parte del regimiento se sostuvo detrás de una muralla que rodeaba una casa, propiedad del Marqués de Athol. Esta muralla, que dos ó tres días antes había sido reparada apresuradamente con madera y piedras, fué defendida desesperadamente por los soldados con los mosquetes, picas y alabardas. Pronto se les aca-

baron las balas; pero algunos se ocuparon en cortar plomo del techo de la casa del Marqués y dividirlo en pequeños pedazos. En tanto, todas las casas vecinas estaban llenas de arriba abajo de montañeses que hacían un fuego mortífero desde las ventanas. Cleland fué muerto de un balazo en el momento de animar á sus soldados. El mando pasó entonces al mayor Henderson. Un minuto después Henderson caía atravesado de tres heridas mortales. Su puesto fué ocupado por el capitán Munro, y la lucha siguió con furia no disminuída. Una parte de los Cameronianos hicieron una salida, pusieron fuego á las casas de donde habían salido los fatales tiros y cerraron las puertas con llave. En una sola casa diez y seis del enemigo fueron quemados vivos. Los que estuvieron en la pelea la describieron como terrible iniciación para reclutas. La mitad de la ciudad estaba ardiendo; y con el incesante estampido de los cañones se mezclaban los penetrantes gritos de los infelices que perecían en las llamas. La lucha duró cuatro horas. Por aquel tiempo los Cameronianos estaban reducidos casi á su último frasco de pólvora, pero su espíritu nunca flaqueó. «Pronto se apoderará el enemigo de la muralla. No importa. Nos retiraremos dentro de la casa; la defenderemos hasta el último extremo; y si también logran forzar la entrada, le pondremos fuego y arderemos todos.» Pero mientras ellos trazaban estos desesperados proyectos, observaron que disminuía la furia del ataque. Pronto los montañeses empezaron á retirar; el desorden cundió visiblemente entre ellos, y bandas enteras comenzaron su marcha hacia las montañas. En vano el General les ordenó volver al ataque. La perseverancia no figuraba entre sus virtudes militares. En tanto, los Cameronianos con aclamaciones de desafío invitaban á Malec y Moab á que dieran

vuelta y probaran otra vez la suerte de las armas con el pueblo escogido. Pero estas exhortaciones produjeron el mismo efecto que las de Cannon. En poco tiempo todo el ejército gaélico estaba en plena retirada hacia Blair. Entonces redoblaron los tambores; los victoriosos puritanos lanzaron sus gorras al aire, entonaron á una voz un salmo de triunfo y de gracias, y agitaron sus banderas; banderas que aquel día se desplegaron por primera vez frente al enemigo, pero que desde entonces se pasearon orgullosamente por todas las partes del mundo, y que ahora embellecen la esfinge y el dragón, emblemas de acciones heroicas ejecutadas en Egipto y en China (1).

LXVII.

Disolución del ejército montañés.

Los Cameronianos tenían razón fundada de estar alegres y agradecidos, porque habían terminado la guerra. En el campo rebelde todo era desesperación y discordia. Los montañeses acusaban á Cannon; Cannon acusaba á los montañeses; y la hueste que había sido terror de Escocia se disolvió rápidamente. Los jefes confederados firmaron una alianza por la cual se declaraban fieles súbditos del rey Jacobo y se

(1) *Relación exacta del combate de Dunkeld entre el regimiento del Conde de Angus y los rebeldes, tomada de varios oficiales de este regimiento que fueron actores ó testigos presenciales de cuanto aquí se dice con referencia á aquellos hechos: Carta del lieutemant Blackader á su hermano*, fechada en Dunkeld en 21 de agosto de 1689; *Faithful Contendings Displayed*, Minuta del Consejo Privado de Escocia de 28 de agosto, citada por Mr. Burton.

obligaban á reunirse más adelante. Después de esta fórmula—pues no era otra cosa—partieron cada uno á su hogar. Cannon y sus irlandeses se retiraron á la isla de Mull. Los del país bajo, que habían seguido á Dundee á las montañas, tomaron por donde mejor les pareció. El 24 de agosto, cuatro semanas justamente después que el ejército gaélico había ganado la batalla de Killiecrankie, aquel ejército cesó de existir. Cesó de existir, como el ejército de Montrose había cesado de existir más de cuarenta años antes, no á consecuencia de ningún gran golpe del exterior, sino por disolución natural, efecto de mala organización interna. Recogieron los vencidos todos los frutos de la victoria. El Castillo de Blair, que había sido el objeto inmediato de la lucha, abrió sus puertas á Mackay; y una cadena de puestos militares, que se extendía por el Norte hasta Inverness, protegía los cultivadores de las llanuras contra las rapaces incursiones de los montañeses.

LXVIII.

Intrigas del Club.—Estado de las Tierras Bajas.

Durante el otoño dieron mucho más que hacer al Gobierno los whigs del país bajo que los jacobitas de las montañas. El Club, que en la última legislatura del Parlamento había intentado cambiar el reino en una república oligárquica, y que había inducido á los Estados á negar subsidios y á interrumpir la administración de justicia, continuó reuniéndose durante las vacaciones y fatigó á los ministros de la Corona por su agitación sistemática. Aun cuando la

organización de este cuerpo pueda parecer despreciable á la generación que ha visto la Asociación Católica y la Liga contra las leyes de cereales, se juzgaba entonces maravillosa y formidable. Los jefes de la confederación se jactaban de haber obligado al Rey á hacerles justicia. Hacían peticiones y solicitudes, trataban de inflamar al populacho por medio de la prensa y del púlpito, empleaban emisarios entre los soldados, y hablaban de hacer venir un gran cuerpo de covenantarios del Oeste para intimidar al Consejo Privado. A pesar de todos los artificios, la efervescencia del espíritu público se calmó gradualmente. El Gobierno, después de alguna vacilación, se aventuró á abrir los tribunales de justicia que habían mandado cerrar los Estados Los Lores del Tribunal Supremo (1 nombrados por el Rey, ocuparon sus asientos; y sir James Dalrymple presidió. El Club quiso hacer que los abogados se ausentaran del Tribunal, y tenía alguna esperanza de que el populacho arrojaría del banco á los jueces. Pero pronto se hizo evidente que era mucho más probable que hubiera escasez de sueldos que de abogados que quisieran tomarlos: el pueblo llano de Edimburgo volvió á ver con placer un tribunal cuya presencia se asociaba en su espíritu á la dignidad y prosperidad de su capital; y muchos síntomas demostraron que la falsa y ávida facción que había tenido mayoría en la legislatura no tenía mayoría en la nación (2).

---

(1) Los miembros del Tribunal Supremo de Escocia *(Court of Session)* tenían el título de Lores.—N. del T.

(2) En los *Leven and Melville Papers* es donde mejor puede estudiarse la historia de Escocia durante este otoño.

CAPÍTULO CUARTO.

1689.

I.

Disputas en el Parlamento inglés

Veinticuatro horas antes de que la guerra de Escocia llegara á su término con la derrota del ejército celta en Dunkeld, se disolvía el Parlamento en Westminster. Las Cámaras habían estado reunidas sin vacación alguna desde enero. Los Comunes, que estaban aglomerados en un pequeño espacio, habían tenido que sufrir mucho á efecto del calor y de la falta de comodidades; y muchos diputados se habían puesto enfermos. El resultado, sin embargo, no había sido proporcionado al trabajo. Los tres últimos meses de la legislatura se habían malgastado casi por completo en disputas que no han dejado huella en el Libro de Estatutos. Habíase interrumpido la presentación de leyes provechosas, unas veces por discordias entre los whigs y los toríes, y otras por discordias entre los Lores y los Comunes.

No bien se hubo consumado la revolución, cuando se vió que los partidarios del *bill* de Exclusión no

habían olvidado lo que habían sufrido mientras duró el ascendiente de sus enemigos, y deseaban obtener juntamente reparación y venganza. Ya antes de terminar el interregno nombraron los Lores una comisión para inquirir lo que hubiera de verdad en las terribles historias que habían circulado respecto á la muerte de Essex. La comisión, compuesta de celosos whigs, continuó sus investigaciones hasta que todas las personas razonables adquirieron el convencimiento de que se había dado la muerte, y hasta que su esposa, su hermano y sus más íntimos amigos suplicaron que no se llevara la información más adelante (1). Reivindicóse cumplidamente, sin oposición alguna por parte de los tories, la memoria y las familias de algunas otras víctimas, las cuales estaban ya fuera del alcance del humano poder.

II.

Rehabilitación de Russell.

Tan pronto como la Convención se convirtió en Parlamento, fué presentado en la Alta Cámara un bill anulando la acusación de Lord Russell, siendo aprobado en seguida por los Pares y enviado á la Cámara Baja, donde fué acogido con extraordinarias muestras de emoción. Muchos diputados habían sido compañeros de Russell en aquella misma Cámara.

(1) Véanse los *Lords' Journals* de 5 de febrero de 1688-89 y de los días siguientes; el folleto de Braddon titulado: *The Earl of Essex's Memory and Honour Vindicated*, 1690; y los números de la *London Gazette* de 31 de julio y de 4 y 7 de agosto, 1690, donde lady Essex y Burnet desmintieron públicamente á Braddon.

Por largo tiempo había ejercido allí una influencia semejante á la influencia que, según recuerda la generación presente, era propia del recto y bondadoso Althorpe; influencia derivada, no de superior habilidad en el debate ó en la oratoria, sino de integridad inmaculada, de muy buen sentido, y de aquella franqueza, aquella sencillez, aquel buen natural, que tienen singular encanto y simpatía en un hombre colocado por el nacimiento y la fortuna en rango muy superior al de sus compañeros. Los whigs habían honrado á Russell como á su jefe; y sus adversarios políticos habían confesado que cuando no se dejaba extraviar por amigos menos respetables y más arteros que él, no había en Inglaterra caballero más cumplido y bondadoso. La varonil firmeza y la cristiana dulzura con que había sufrido la muerte, la desolación de su ilustre casa, la desdicha del abandonado padre, el triste porvenir de sus huérfanos (1), y sobre todo la unión de femenil ternura y angelical paciencia en aquella que había sido más cara á la esforzada víctima, la que se había sentado á su lado con la pluma en la mano en la barra, la que había alegrado la tristeza de su calabozo y al llegar su último día había compartido con él las memorias del gran sacrificio, había ablandado los corazones de muchos que no tenían costumbre de compadecer al

(1) No es fácil decidir si, caso de no ser anulada la acusación de lord Russell, hubiera privado á su hijo de la sucesión al condado de Bedford. El viejo Conde consultó las opiniones de los primeros abogados de la época, que todavía pueden verse en los archivos, en Woburn. Es de notar que una de estas consultas lleva la firma de Pemberton, presidente del tribunal que condenó á lord Russell. Esta circunstancia parece demostrar que, para la familia, su conducta no había sido injusta ni cruel; y es lo cierto que, antes de la Revolución, ningún juez hubiera podido hacer más en ocasión semejante.

contrario. Que Russell tenía muchas buenas cualidades, que sus propósitos eran honrados, que se le había tratado con dureza, era admitido ahora hasta por abogados cortesanos que habían contribuído á hacer verter su sangre, y por teólogos cortesanos que habían hecho cuanto habían podido por mancillar su reputación. Por eso, cuándo el pergamino que anulaba su sentencia fué puesto sobre la mesa de aquella asamblea á la cual, ocho años antes, eran tan familiares su rostro y su voz, la excitación fué grande. Un anciano diputado whig intentó hablar, pero la emoción le dominó por completo. «No puedo—dijo—nombrar á Milord Russell sin perder la serenidad. Baste con nombrarlo. Yo no puedo decir más.» Muchos dirigieron los ojos hacia el lugar de la Cámara donde se sentaba Finch. La manera honrosísima como había abandonado un lucrativo empleo tan pronto vió que no podía conservarlo sin sostener la prerrogativa de dispensa, y la parte preeminente que había tenido en la defensa de los obispos, habían contribuído grandemente á hacerle perdonar sus faltas. En este día, sin embargo, no fué posible olvidar que había hecho los mayores esfuerzos, como abogado de la Corona, por obtener aquella sentencia que ahora iba á ser solemnemente revocada. Se levantó y trató de defender su conducta; pero ni sus argucias de legista ni aquella elocución fluida y sonora que era en su familia don hereditario, y de la cual ninguno de su familia tenía mayor parte que él, le valieron en esta ocasión. No estaba la Cámara de humor de escucharle, y repetidas veces fué interrumpido por gritos de «orden». Se le dijo que había sido tratado con gran indulgencia. No se había presentado ninguna acusación contra él. ¿Por qué, pues, so pretexto de vindicarse, intentaba arrojar deshonrosas

acusaciones sobre un hombre ilustre y disculpar un asesinato jurídico? Vióse obligado á sentarse, después de declarar que sólo trataba de defenderse del cargo de haberse extralimitado en el cumplimiento de sus deberes profesionales; que protestaba contra toda intención de atacar la memoria de Lord Russell, y que se alegraría sinceramente de que fuera anulada la acusación. Antes de levantarse la sesión se leyó el bill por segunda vez, y se hubiera pasado inmediatamente á la tercera lectura y aprobación, á no haber propuesto algunas adiciones y omisiones con el intento de hacer la reparación más completa. Las enmiendas fueron redactadas con gran rapidez; los Lores las aprobaron, y el Rey dió de buen grado su asentimiento (1).

III.

Anulación de otras acusaciones.—Caso de Samuel Johnson.

Este bill fué muy pronto seguido de otros tres que anulaban tres infames y horrendas sentencias: la sentencia contra Sidney, la sentencia contra Cornish y la sentencia contra Alicia Lisle (2).

Algunos whigs obtuvieron sin dificultad reparación de los daños sufridos en el último reinado. La sentencia de Samuel Johnson fué tomada en considera-

(1) Grey, *Debates*, marzo, 1688-89.

(2) Las actas ó leyes que anulaban las sentencias de Russell, Sidney, Cornish y Alicia Lisle eran de carácter privado. Por eso, en el *Libro de Estatutos* sólo se han impreso los títulos; pero las actas se hallarán en la *Colección de causas de Estado*, de Howell.

ción por la Cámara de los Comunes. Se resolvió que la pena de azotes que había sufrido era cruel, y que su degradación no tenía efectos legales. Esta última proposición no admitía duda, porque había sido degradado por los prelados nombrados para gobernar la diócesis de Londres durante la suspensión de Compton. Compton había sido suspendido por un decreto de la Comisión Eclesiástica, y los decretos de la Comisión Eclesiástica eran considerados universalmente como nulos. Johnson había sido, por tanto, despojado de sus vestiduras por personas que no tenían jurisdicción sobre él. Los Comunes pidieron al Rey que indemnizara al acusado mediante la concesión de algún beneficio eclesiástico (1). Guillermo, sin embargo, vió que no podía sin gran dificultad acceder á esta petición. Porque si bien Johnson era honrado, bravo y religioso, siempre había sido violento, revoltoso y camorrista; y desde que había sufrido por sus opiniones un martirio más terrible que la muerte, los defectos de su condición y de su inteligencia se habían desarrollado en términos de hacerle igualmente desagradable á los partidarios de la Alta y de la Baja Iglesia. Semejante á otros muchos hombres á quienes el placer, el lucro ó el peligro no pueden apartar del camino recto, él tomó equivocadamente las sugestiones de su orgullo y de su resentimiento por amonestaciones de la conciencia, y se engañó creyendo que al tratar con igual insolencia y aspereza á amigos y enemigos no hacía sino mostrar su cristiana fe y valor. Burnet por exhortarle á tener paciencia y perdonar las injurias tuvo en él un enemigo mortal. «Decid á su señoría—dijo el inflexible sacerdote—que se ocupe en sus negocios, y que me

(1) *Commons' Journals,* junio 24, 1689.

deje á mí atender á los míos» (1). Pronto empezó á susurrarse que Johnson estaba loco. Acusó á Burnet de ser autor del rumor, y se vengó escribiendo libelos tan violentos que contribuyeron poderosamente á confirmar la misma acusación, en vez de refutarla. Por eso el Rey creyó mejor darle, de su propia renta, liberal compensación por los perjuicios que los Comunes habían hecho llegar á su noticia, que no colocar en un puesto de categoría y de confianza pública á un hombre extravagante é irritable. Johnson recibió como gratificación un presente de mil libras esterlinas, y una pensión anual de trescientas reversible, despues de su muerte, á su hijo, al cual, además, se concedió un empleo público (2).

IV.

Procesos de Devonshire y de Oates.

Mientras los Comunes examinaban el caso de Johnson, los Lores estudiaban con severidad el proceso formado en el reinado anterior á uno de los de su clase, el Conde de Devonshire. Los jueces que le habían sentenciado sufrieron un minucioso interrogatorio, y se aprobó una resolución declarando que se habían infringido los privilegios de la nobleza y que el Tribunal del Banco del Rey, al castigar un golpe dado en un momento de arrebato, con una multa de

(1) Johnson refiere esta anécdota de sí mismo en su extravagante folleto titulado: *Notas sobre la Edición Fénix de la Carta Pastoral*, 1694.

(2) *Some Memorials of the Reverend Samuel Johnson*, al frente de la edición en folio de sus obras, 1710.

treinta mil libras, había violado la justicia común y la Magna Carta (1).

En los casos hasta ahora mencionados parece que todos los partidos estaban de acuerdo en considerar necesaria alguna reparación. Mas pronto se exaltaron las más fieras pasiones de whigs y toríes con las ruidosas reclamaciones de un malvado cuyos sufrimientos, por muy grandes que puedan parecer, no habían sido nada en comparación de sus crímenes. Oates había vuelto, como vuelve un fantasma del lugar del castigo, á presentarse en los lugares que había manchado con su culpa. Los tres años y medio trascurridos desde que había sufrido la pena de azotes, los había pasado en uno de los calabozos de Newgate, excepto cuando en ciertos días, los aniversarios de sus perjurios, había sido sacado de la prisión y expuesto en la picota. Sin embargo, todavía muchos fanáticos le miraban como mártir; y se decía que habían podido corromper á sus carceleros de tal suerte que, á pesar de las órdenes positivas del Gobierno, sus sufrimientos eran mitigados con multitud de atenciones. Mientras criminales que comparados con él eran inocentes enflaquecían con la mísera pitanza de la prisión, suplían la deficiencia de su comida pavos y solomillo, capones y lechones, pasteles de venado y cuévanos de vino con que le obsequiaban celosos protestantes (2). Cuando Jacobo huyó de Whitehall y en Londres todo era confusión, se propuso en el Consejo de Lores que había asumido provisionalmente la dirección de los negocios, que Oates fuera puesto en libertad. La pro-

(1) *Lords' Journals*, mayo 15, 1689.

(2) North, *Examen*, 224. Confirman el testimonio de North varias sátiras de la época, en prosa y verso. Vease también el εἰκὼν βροτολοίγου, 1697.

posición fué rechazada (1); pero los carceleros, no sabiendo á quién obedecer en aquel tiempo de anarquía, y deseando granjearse la voluntad de un hombre que en un tiempo había sido terrible enemigo y tal vez podía volverlo á ser, permitían á su prisionero andar libremente por la ciudad (2).

Sus desiguales piernas y su horrible cara, más horrible todavía desde que le habían cortado las orejas, se veían ahora diariamente en Westminster Hall y en el Tribunal de Peticiones (3). Se agarró á sus antiguos patronos, y en aquella media lengua que él fingía para hacer alarde de elegancia, les relató la historia de sus sufrimientos y sus esperanzas. Era imposible, decía, que ahora que había triunfado la buena causa pudieran olvidarse del descubridor del complot. «Carlos me dió novecientas libras al año. Guillermo me dará más, seguramente» (4).

En pocas semanas llevó su sentencia ante la Cámara de los Lores por un *writ* de error. Es ésta una

(1) MS. de Halifax en el Museo Británico.

(2) Epístola dedicatoria al εἰκὼν βασιλικὴ de Oates.

(3) En una canción del tiempo se encuentran los siguientes versos:

Come listen, ye Whigs, to my pitiful moan,
All you that have ears, when the Doctor has none.

Escuchad, oh whigs, mi triste lamento, vosotros los que tenéis orejas, cuando el Doctor no las tiene.

Mason debe haber recordado estos versos cuando escribía:

Witness, ye Hills, ye Johnsons, Scots, Shebbeares;
Hark to my call: for some of you have ears.

Díganlo los Hills, los Johnsons, los Scots, los Shebbeares; escuchad mi llamamiento, que algunos de vosotros tenéis orejas.

(4) North. *Examen*, 224, 254. North dice «seiscientas libras anuales.» Pero he tomado la cantidad mayor de la descarada petición que Oates dirigió á los Comunes, en 25 de julio de 1689. Véanse los *Journals*.

especie de apelación que no resuelve ninguna cuestión de hecho. Los Lores, al fallar judicialmente el *writ* de error, no eran competentes para examinar si el veredicto que declaraba culpable á Oates era ó no conforme á los testimonios. Lo único que tenían que considerar era si, suponiendo que el veredicto fuera conforme á los testimonios, la sentencia era legal. Pero hubiera sido difícil aun para un tribunal compuesto de magistrados veteranos, y era casi imposible para una asamblea compuesta de nobles, todos los cuales estaban muy prevenidos de un lado ó de otro, y entre los cuales, en aquel tiempo, no había uno solo cuyo espíritu hubiera tenido la disciplina que da el estudio de la jurisprudencia, fijarse tan sólo en la mera cuestión legal, prescindiendo de las circunstancias especiales del caso. En opinión de un partido, partido que aun entre los Pares whigs estaba probablemente en minoría, el apelante era un hombre que había prestado inestimables servicios á la causa de la libertad y de la religión, y á quien se había pagado teniéndolo preso largo tiempo, sacándolo á la vergüenza y haciéndole sufrir una tortura en que no era posible pensar sin estremecerse. La mayoría de la Cámara, procediendo con más justicia, le consideraba como el más falso, el más malvado y sin pudor de cuantos seres han deshonrado jamás la especie humana. La vista de aquella frente de bronce, los acentos de aquella mentirosa lengua, les privaban de todo dominio de sí mismos. Entre ellos había muchos, sin duda, que recordaban con vergüenza y remordimiento que habían sido víctimas de sus engaños, y que hasta en la última ocasión que había comparecido ante ellos les había inducido por el perjurio á derramar la sangre de un individuo de su ilustre clase. No era de esperar que una mul-

titud de caballeros sometidos á la influencia de tales sentimientos obrase con la fría imparcialidad de un tribunal de justicia. Antes de llegar á ninguna decisión en la cuestión legal que Tito había traído ante ellos, entablaron una serie de querellas con él. Había publicado un papel ensalzando sus méritos y sus sufrimientos. Los Lores encontraron algún pretexto para calificar esta publicación de infracción de privilegio, y le enviaron al tribunal del Mariscal de Palacio. Pidió Oates remisión de esta pena; pero se opuso una objeción á lo que pedía. Se había presentado como doctor en teología, y sus señorías se negaron á reconocerle como tal. Hiciéronle traer á su barra, y le preguntaron dónde se había graduado. Respondió: «en la universidal de Salamanca.» ¿No era éste nuevo ejemplo de sus embustes y desvergüenza? Su grado de Salamanca había sido durante muchos años tema favorito de todos los satíricos toríes, desde Dryden para abajo; y aun en el Continente el doctor de Salamanca era un sobrenombre muy en uso (1). Los Lores en su aborrecimiento á Oates llegaron hasta olvidar su propia dignidad tratando seriamente este ridículo asunto. Mandáronle borrar de su petición las palabras, «doctor en teologia.» Contestó que en conciencia no podía hacerlo, siendo por esto enviado nuevamente á la cárcel (2).

Indicaban con bastante claridad estos procedimientos preliminares cuál había de ser el resultado del *writ*. El abogado de Oates había hablado ya. Ningún abogado se presentó contra él. Se pidió á los jueces que dieran su opinión. Nueve eran los que

(1) Van Citters en sus despachos á los Estados Generales emplea este sobrenombre con toda gravedad para designar á Oates.
(2) *Lords' Journals*, mayo 30, 1689.

asistían, y entre ellos se hallaban los presidentes de los tres tribunales de derecho común. La respuesta unánime de estos graves, sabios y rectos magistrados fué que el Tribunal del Banco del Rey no tenía competencia para degradar á un sacerdote de sus sagradas órdenes, ni para dictar sentencia de cadena perpetua, y por tanto la sentencia de Oates era contraria á la ley y debía ser anulada. Es indudable que los Lores debían considerarse obligados á seguir esta opinión. Nada tiene que ver que supieran que Oates era el peor de los hombres. Para ellos, constituídos en tribunal de justicia, debía haber sido únicamente un Fulano de Tal ó un Mengano de Cual. Pero su indignación estaba violentamente excitada. No eran sus hábitos los más á propósito para el cumplimiento de los deberes judiciales. El debate giró casi por completo sobre asuntos á los cuales no debiera haberse hecho alusión alguna. Ni un solo Par se aventuró á afirmar que la sentencia era legal; pero se habló mucho del odioso carácter del apelante, de la impudente acusación que había formulado contra Catalina de Braganza, y de las malas consecuencias que podrían seguirse de que tan mal hombre quedara habilitado para ser testigo. «Solo hay un medio—dijo el Lord Presidente—de que yo consienta en anular su sentencia. Ha sido azotado desde Aldgate hasta Tyburn. Que sea azotado desde Tyburn hasta Aldgate.» Se procedió á votación. Veintitrés Pares votaron la anulación de la sentencia; treinta y cinco, por que fuera confirmada (1).

Este resultado produjo gran sensación, y no sin motivo. Surgió entonces una cuestión que podría con

(1) *Lords' Journals*, mayo 31, 1689; *Commons' Journals*, agosto 2; North, *Examen*, 224; *Diario de Narciso Luttrell.*

justicia excitar la ansiedad de todos los habitantes del reino. Era esta cuestión saber si el tribunal más alto, el tribunal de quien en última instancia dependían los más preciosos intereses de todo súbdito inglés, tenía libertad para decidir cuestiones judiciales fundándose en motivos que no lo fueran, y de despojar á un reclamante del derecho que la ley le concedía á causa de la depravación de su carácter moral. Sentían los hombres más entendidos de la Cámara de los Comunes, y Somers más que ninguno, que no se debía permitir al Tribunal supremo de apelación ejercer poder arbitrario bajo la forma de justicia ordinaria. Con Somers y los que razonaban como él, se aliaron en esta ocasión muchos débiles y ardientes fanáticos que todavía miraban á Oates como un bienhechor público, y que imaginaban que poner en duda la existencia de la conjuración papista era poner en duda la verdad de la religión protestante. En la misma mañana inmediata á la decisión de los Lores, fué objeto de amargas censuras, en la Cámara de los Comunes, la justicia de sus señorías. Tres días después fué presentada la cuestión por un consejero privado whig, sir Roberto Howard, diputado por Castle Rising. Pertenecía á la rama del Berkshire de su noble familia, rama que disfrutó en aquel siglo la distinción poco envidiable de ser maravillosamente fértil en malos rimadores. La poesía de los Howards del Berkshire fué tema de las burlas de tres generaciones de satíricos. Empezó la burla con la primera representación del *Ensayo*, y continuó hasta la última edición de la *Dunciada* (1). Pero sir Roberto, á pesar de sus

(1) Sir Robert fué el héroe original del *Ensayo* (Rehearsal), y era designado con el nombre de Bilboa. En la refundición de la *Dunciada* insertó Pope estos versos:

malos versos y de algunas flaquezas y vanidades que habían sido causa de que lo sacaran á la escena con el nombre de sir Positive Atall, tenía en el Parlamento la influencia que un sincero hombre de partido, de gran fortuna, ilustre nombre, palabra fácil y ánimo resuelto no puede menos de poseer (1). Cuando se levantó á llamar la atención de los Comunes sobre el caso de Oates, algunos toríes, animados por las mismas pasiones que habían prevalecido en la otra Cámara, le recibieron con fuertes silbidos. A pesar de insulto tan antiparlamentario, siguió adelante, y pronto se vió que la mayoría estaba con él. Algunos oradores elogiaron el patriotismo y el valor de Oates; otros insistieron mucho en un rumor muy extendido de que los *solicitors* que habían sido empleados contra él, en defensa de la Corona, habían distribuído grandes sumas de dinero entre los jurados. Acerca de estos puntos la opinión estaba muy dividida. Pero lo que no admitía duda era la ilegalidad de la sentencia. Los más eminentes jurisconsultos de la Cámara de los Comunes declararon que, en este punto, estaban completamente de acuerdo con la opinión emitida por los jueces en la Cámara de los Lores. Los que habían silbado al proponerse la cuestión, de tal modo se intimidaron, que no se atrevieron á pedir votación, siendo presentado sin el menor obstáculo un bill en que se anulaba la sentencia (2).

Los Lores se hallaban en situación embarazosa. El

And highborn Howard, more majestic sire,
With Fool of Quality completes the quire.

El Howard de ilustre cuna á quien alude Pope, era Eduardo Howard, el autor de los *British Princes*.

(1) *Clave del Ensayo;* Shadwell, *Sullen lovers;* Pepys, mayo 5, 8, 1668; Evelyn, feb. 16, 1684-85.

(2) Grey, *Debates*, y *Commons' Journals* de 4 y 11 de junio, 1689.

retractarse no era cosa agradable. Entablar una lucha con la Cámara Baja en una cuestión en que aquella Cámara tenía razón á todas luces y estaba apoyada juntamente por las opiniones de los sabios de la ley y por las pasiones del populacho, podría ser peligroso. Pareció oportuno adoptar un procedimiento medio. Se presentó una solicitud al Rey pidiéndole el perdón de Oates (1). Pero esta concesión sólo sirvió á poner las cosas peor que estaban. Tito, como todos los demás seres humanos, tenía derecho á la justicia, pero no era digno de clemencia. Si la sentencia pronunciada contra él era ilegal, debía haber sido anulada. Si era legal, no había motivo para eximirle de parte alguna de la pena. Los Comunes, con mucha razón, persistieron, aprobaron su bill y lo enviaron á los Pares. La única parte objetable de este bill era el preámbulo, que afirmaba no sólo que la sentencia era ilegal, proposición que aparecía demostrada con toda evidencia, sino también que el veredicto no era válido por haberse obtenido mediante corrupción, proposición que, verdadera ó falsa, no estaba probada por testimonio alguno

Los Lores se encontraban en un gran aprieto. Sabían que la razón no estaba de su parte. Sin embargo, estaban decididos á no proclamar, en su carácter de cuerpo legislativo, que se habían hecho reos de injusticia en su carácter jurídico. Intentaron otra vez un término medio. El preámbulo fué suavizado; se añadió una cláusula, estableciendo que Oates continuaría incapacitado para ser testigo; y el *bill* así enmendado fué devuelto á la Cámara Baja.

Los Comunes no se dieron por satisfechos. Rechazaron las enmiendas y pidieron una conferencia libre.

---

(1) *Lords' Journals* junio 6, 1689.

Dos tories eminentes, Rochester y Nottingham, ocuparon sus asientos en la Cámara Pintada, como *managers* de los Lores. A estos dos se unió Burnet, cuyas opiniones bien conocidas en contra del catolicismo contribuirían á dar más peso á lo que dijera en tal ocasión. Somers era el principal orador de la otra parte; y á su pluma debemos un extracto singularmente claro é interesante del debate.

Los Lores confesaron francamente que la sentencia del Tribunal del Banco del Rey no tenía defensa. Sabían que era ilegal, y por tal la habían tenido aun en el momento de confirmarla. Pero habían obrado atendiendo al bien general Acusaron á Oates de formular una acusación descaradamente falsa contra la reina Catalina; mencionaron otros ejemplos de su villanía, y preguntaron si hombre semejante había de quedar habilitado todavía para dar testimonio en un tribunal de justicia. La única excusa que, en opinión de los Lores, podría alegarse para Oates, era la de estar loco; y verdaderamente la increíble insolencia é insensatez de su conducta la última vez que había comparecido ante ellos, les confirmaba en la creencia de que habia perdido la cabeza y que no se le debían fiar las vidas de otros hombres. Los Lores no podían, pues, degradarse rescindiendo expresamente lo que habían hecho, ni podían consentir en declarar corrompido el veredicto sin otro testimonio que la voz general.

La réplica fué completa y triunfante. «Oates es ahora la parte menos importante de la cuestión. Dicen vuestras señorías que ha acusado falsamente á la Reina viuda y á otras personas inocentes. Sea así. Este bill no le da indemnidad alguna. Nosotros queremos desde luego que, si es culpable, sea castigado. Pero tanto para él como para todos los ingleses pedimos que el castigo sea con arreglo á la ley y no á la discreción

arbitraria de ningún tribunal. Pedimos que cuando un *writ* de error sea traído ante vuestras señorías, dicten sentencia con arreglo á las costumbres y estatutos conocidos del reino. Negamos que tengáis derecho alguno, en tales ocasiones, á tomar en consideración el carácter moral de un acusado ó el efecto político de una decisión. Vosotros mismos reconocéis que, sólo por pensar mal de este hombre, habéis confirmado una sentencia que teníais por ilegal. Los Comunes protestan contra esta atribución del poder arbitrario, y esperan que no os negaréis á corregir un error que vosotros mismos reconocéis como tal. Vuestras señorías indican la sospecha de que Oates está loco. El que un hombre esté loco puede ser razón muy buena para no castigarle en absoluto. Pero lo que no comprenden los Comunes es cómo puede ser razón para hacerle sufrir un castigo que sería ilegal aun cuando estuviera cuerdo. Vuestras señorías creen que no podrían justificadamente decir que un veredicto se ha obtenido por corrupción si legalmente no se ha podido probar así. Permitid que os recordemos que tenéis dos distintas funciones que cumplir. Sois jueces, y sois legisladores. Cuando juzgáis, vuestro deber es seguir estrictamente la ley. Cuando legisláis, tenéis derecho á admitir los hechos según la pública voz y fama. Vosotros invertís esta regla. Os mostráis poco escrupulosos donde debíais serlo mucho, y escrupulosos donde los escrúpulos no son necesarios. Como jueces, infrigís la ley por salvar una supuesta conveniencia. Como legisladores, no admitís ningún hecho sin pruebas técnicas de las que rara vez pueden obtener los legisladores» (1).

(1) *Commons' Journals*, agosto 2, 1689; Despacho de los Embajadores extraordinarios de Holanda á los Estados Generales, julio 30 (agosto 9).

Este razonamiento no tuvo respuesta ni podía tenerla. Los Comunes se entusiasmaron con su victoria en la discusión, y estaban orgullosos de cómo había quedado Somers en la Cámara Pintada. Le encargaron particularmente de asegurarse que el acta de la conferencia, tal como fuera hecha por él, había sido reproducida sin alteración en el *Diario*. Los Lores se abstuvieron prudentemente de insertar en sus memorias el relato de un debate donde habían sufrido tan gran derrota. Pero aunque conocedores de su falta y avergonzados de ella, no se les pudo obligar á hacer pública penitencia declarando en el preámbulo de la ley que habían cometido una injusticia. Había, sin embargo, una fuerte minoría. La resolución de adherirse venció por solo doce votos, diez de los cuales eran por procuración (1). Veintiún Pares protestaron. El bill fué retirado. Dos maestros de la Cancillería fueron enviados á anunciar á los Comunes la resolución final de los Pares. Los Comunes encontraron este procedimiento injustificable en la esencia y descortés en la forma. Determinaron replicar; y Somers redactó un excelente manifiesto en el que apenas se mencionaba el vil nombre de Oates, y en el que se exhortaba con gran encarecimiento y gravedad á tratar las cuestiones judiciales judicialmente, y á no hacer la ley so pretexto de administrarla (2). El miserable que por segunda vez había llevado la confusión al mundo político fué perdonado y puesto en libertad. Sus amigos de la Cámara Baja hicieron una solicitud al Trono pidiendo que se le concediera una pensión para vi-

---

(1) *Lords' Journals*, julio 30, 1689; *Diario de Narciso Luttrell*; *Diario de Clarendon*, julio 31, 1689.

(2) Véanse los *Commons' Journals* de 31 de julio y 13 de agosto de 1689

vir (1). Obtuvo en consecuencia unas trescientas libras anuales, suma que él creía no deber aceptar, y que tomó con el salvaje encono de la avidez defraudada.

V.

Bill de Derechos.

De la disputa acerca de Oates surgió otra que pudo haber tenido muy serías consecuencias. El instrumento que había declarado reyes á Guillermo y María era un instrumento revolucionario. Había sido obra de una asamblea desconocida en las leyes ordinarias, y nunca había recibido la regia sanción. Era, pues, necesario que este gran contrato entre gobernantes y gobernados, este título de propiedad por el cual tenía el Rey su trono y el pueblo sus libertades, fuera puesto en forma estrictamente regular. La Declaración de Derechos fué por tanto convertida en un bill de Derechos, el cual obtuvo pronta aprobación en los Comunes; pero en los Lores surgieron algunas dificultades.

La Declaración había concedido la corona primero á Guillermo y María juntamente, luégo al que de los dos sobreviviera, luégo á la posteridad de María, luégo á Ana y su posteridad, y últimamente á la posteridad de Guillermo por cualquier otra esposa diferente de María. El bill había sido redactado en exacta conformidad con la Declaración. No se fijaba quién había de suceder en el trono, si María, Ana y Guillermo

(1) *Commons' Journals*, agosto 0.

morían todos sin sucesión. Y, sin embargo, este caso que no estaba previsto distaba mucho de ser improbable. Y ciertamente fué lo que sucedió. Guillermo nunca había tenido hijos. Ana había sido madre varías veces, pero ninguno de sus hijos vivía. No sería muy extraño que, en el espacio de pocos meses, la enfermedad, la guerra ó la traición hicieran desaparecer á todos aquellos en quienes estaba asegurada la sucesión de la corona. ¿En qué estado quedaría entonces el país? ¿Á quién debería prestar obediencia? Cierto que el bill contenía una cláusula que excluía del trono á los papistas. Pero ¿podría semejante cláusula suplir el lugar de otra donde se designase nominalmente al sucesor? ¿Y si el inmediato heredero fuera un príncipe de la casa de Saboya menor de tres meses? Sería absurdo decir que semejante criatura era papista. ¿Debía, pues, ser proclamado rey? ¿Ó había de quedar la corona vacante hasta que llegara á edad que le permitiera escoger religión? ¿No podían estar en duda los hombres más honrados é inteligentes de si lo debían mirar como su soberano? ¿Y á quién debían de acudir para que les resolviera esta duda? No habría Parlamento, porque el Parlamento espiraba con el príncipe que lo había convocado. No habría más que anarquía, anarquía que podría terminar en la destrucción de la monarquía ó en la destrucción de las libertades públicas. Cediendo á razones tan poderosas, Burnet, inspirado por Guillermo, propuso en la Cámara de los Lores que, en caso de que el Rey no tuviera herederos, pasara la corona á una protestante cuyas creencias no podían inspirar duda alguna, Sofía, duquesa de Brunswick Lunenburg, nieta de Jacobo I, é hija de Isabel, reina de Bohemia.

Los Lores aceptaron unánimemente esta enmienda; pero los Comunes unánimemente la rechazaron. Nin-

gún escritor contemporáneo ha explicado satisfactoriamente la causa de esta resolución. Un historiador whig habla de las maquinaciones de los republicanos; otro de las maquinaciones de los jacobitas. Pero está fuera de duda que las cuatro quintas partes de los representantes del pueblo no eran jacobitas ni republicanos. Y, sin embargo, ni una sola voz se levantó en la Cámara Baja en favor de la cláusula que había sido aprobada por aclamación en la de los Pares (1). La explicación que parece más probable es que la gran injusticia cometida en el caso de Oates había irritado á los Comunes en términos de que se alegraran de tener ocasión de contender con los Lores. Hubo una conferencia. Ninguna de las dos Asambleas quería ceder. Cuando la disputa estaba en su período álgido, acaeció un suceso que parecía debía contribuir á restablecer la armonía. Ana dió á luz un hijo. El niño fué bautizado en Hampton Court con gran pompa y numerosas muestras de pública alegría. Guillermo fué uno de los padrinos. El otro fué el brillante Dorset, á cuyo techo se había acogido la Princesa en su angustia. El Rey dió su nombre á su ahijado, y anunció al esplendido círculo reunido en torno de la pila bautismal que desde aquel momento el infante sería llamado Duque de Gloucester (2). El nacimiento de este niño había disminuído grandemente el riesgo de

(1) Oldmixon acusa á los jacobitas; Burnet á los republicanos. Aunque Burnet tuvo parte importante en la discusión de este asunto, su relación de lo sucedido es en extremo inexacta. Dice que la cláusula fué objeto de un debate acalorado en la Cámara de los Comunes, y que Hampden la defendió con energía. Pero sabemos por el *Diario* (junio 19, 1689) que fué rechazada *nemine contradicente*. Los Embajadores holandeses la presentaron como «een propositie' twelck geen ingressie schynt te sullen vinden.»

(2) *London Gazette*, agosto 1.°, 1689; *Diario de Narciso Luttrell*.

que los Lores habían creído necesario precaverse. Podían, pues, haberse retractado sin enojo. Pero había lastimado su orgullo la severidad con que, en la Cámara Pintada, fuera censurada su decisión acerca del *writ* de error de Oates. Habíanles dicho con toda claridad, sentados frente á ellos al otro lado de la mesa, que eran jueces injustos; y hacía más irritante la acusación el tener ellos conciencia de que era merecida. No quisieron hacer concesión alguna, y dejaron que el Bill de Derechos fuera retirado (27).

VI.

Disputas acerca de un bill de indemnidad.

Pero la cuestión más acalorada de esta larga y borrascosa legislatura fué determinar qué castigo debía imponerse á los que, durante el intervalo entre la disolución del Parlamento de Oxford y la revolución, habían sido consejeros ó instrumentos de Carlos y Jacobo. Fué circunstancia feliz para Inglaterra que en esta crisis un príncipe que no pertenecía á ninguna de las dos facciones, que á ninguna amaba ni aborrecía y que para la realización de un gran designio necesitaba el concurso de ambas, fuese el moderador entre ellos.

Los dos partidos se encontraban ahora en situación muy semejante á la que habían ocupado veinte años antes. Cierto que el partido que entonces había estado abajo ahora estaba arriba; pero la analogía entre am-

(1) La historia de este bill puede seguirse en los *Diarios* de las dos Cámaras y en los *Debates* de Grey.

bas situaciones es de las más perfectas que pueden encontrarse en la historia. Así la restauración como la revolución fueron hechas por coaliciones. En la restauración, los políticos especialmente celosos por la libertad asistieron al restablecimiento de la monarquía. en la revolución, los políticos que mostraban peculiar celo por la monarquía ayudaron á vindicar la libertad. Los *Caballeros* no hubieran podido hacer nada, en la primera ocasión, sin la ayuda de puritanos que peleaban por el Covenant; ni hubieran podido los whigs, en la segunda, hacer resistencia eficaz al poder arbitrario, si no hubieran tenido detrás aquellos mismos que muy poco tiempo antes condenaban la resistencia al poder arbitrario como un pecado mortal. Entre los que en 1660 habían resistido á la familia real, se distinguía Hollis, quien en tiempo de la tiranía de Carlos I había obligado al Speaker á permanecer en la silla á viva fuerza, mientras el ugier de la vara negra golpeaba la puerta solicitando en vano ser admitido; Ingoldsby, cuyo nombre figuró al pie de la memorable sentencia de muerte; y Prynne, á quien Laud hizo cortar las orejas, y el cual en cambio tuvo parte principal en hacer cortar la cabeza á Laud. De los siete que en 1688 firmaron la invitación para Guillermo, estaban Compton, que durante largo tiempo había defendido como un deber la obediencia á Nerón; Danby, que había sido acusado por intentar establecer el despotismo militar, y Lumley, cuyos sabuesos habían encontrado el rastro de Monmouth en su triste y último escondrijo entre los helechos. Así en 1660 como en 1688, mientras la suerte de la nación estaba en la balanza, hubo mutuo cambio de perdón entre las hostiles facciones. En ambos casos la reconcialición que había parecido cordial en la hora del peligro, resultó falsa é ilusoria en

la hora del triunfo. Tan pronto como Carlos II llegó á Whitehall, el *Caballero* dió al olvido el buen servicio que recientemente le habían prestado los presbiterianos, y sólo recordó sus antiguas ofensas. Tan pronto Guillermo fué rey, gran número de whigs empezaron á pedir venganza de lo que les habían hecho sufrir los toríes cuando la conspiración de Rye House. En ambas ocasiones costó trabajo al Soberano salvar al partido vencido de la furia de sus triunfantes parciales; y en ambas ocasiones los que vieron defraudadas sus esperanzas de venganza, murmuraron con acritud contra el Gobierno, que había sido tan débil é ingrato que protegía á sus enemigos en contra de sus amigos.

Ya en 25 de marzo llamó Guillermo la atención de los Comunes acerca de la conveniencia de calmar el espíritu público por medio de una amnistía. Manifestó su deseo de que lo más pronto posible le presentaran para sancionarlo un bill de perdón y olvido general, sin que se hicieran excepciones, fuera de aquellas que se creyesen absolutamente necesarias para la vindicación de la justicia pública y seguridad del Estado. Los Comunes acordaron, por unanimidad, darle gracias por esta muestra de paternal benevolencia, pero dejaron trascurrir muchas semanas sin dar ningún paso encaminado á realizar el deseo de Guillermo. Cuando al fin se volvió á tratar este asunto, fué de manera tal, que claramente demostraba que realmente la mayoría no tenía intención de poner término á la ansiedad que amargaba la vida de todos aquellos toríes sabedores de que, en su celo por la prerrogativa, habían rebasado algunas veces la línea trazada por la ley. Establecieron doce categorías, algunas de las cuales eran tan extensas que comprendían decenas de millares de delincuentes; y la Cámara resolvió

hacer algunas excepciones en cada una de estas categorías. Vino luégo el examen de los casos individuales. Gran número de acusados y testigos fueron llamados á la barra. Los debates fueron largos y animados, y pronto se vió claramente que la obra era interminable. Trascurrió el verano: se acercaba el otoño; la legislatura no podía durar mucho más tiempo; y de las doce investigaciones distintas, instituídas por los Comunes, sólo tres habían llegado á su término. Fué necesario prescindir del bill por aquel año (1).

VII.

Ultimos días de Jeffreys.

Entre los muchos acusados cuyos nombres se mencionaron en el curso de estas averiguaciones, había uno que era único y sin rival en culpabilidad é infamia, y á quien whigs y toríes deseaban igualmente hacer sufrir el último rigor de la ley. En aquel día terrible que fué seguido de la Noche Irlandesa, el rugido de una gran ciudad que había visto burlada su venganza, había seguido á Jeffreys hasta el puente levadizo de la Torre. Su prisión no era estrictamente legal, pero al principio aceptó con agradecimiento y bendiciones la protección que aquellos negros muros, famosos por tantos crímenes y tristezas, le ofrecían contra la furia de la multitud (2). Pronto comprendió,

(1) Véanse los *Debates* de Grey y los *Commons' Journals* desde marzo hasta julio. Las doce categorías se hallarán en los *Diarios* de 23 y 29 de mayo y en el de 8 de junio.

(2) Halifax, MS. en el Museo Británico.

sin embargo, que su vida continuaba en peligro inminente. Por algún tiempo se lisonjeó con la esperanza de que un edicto de *Habeas Corpus* le libertaría del encierro, y que podría refugiarse en algún país extraño, y ocultarse con parte de sus mal adquiridas riquezas al aborrecimiento de la humanidad; pero mientras el Gobierno no se estableciera no había tribunal competente para dar un edicto de *Habeas Corpus*, y tan pronto como el Gobierno se estableció la ley de *Habeas Corpus* fué suspendida (1) Es dudoso que legalmente se pudiera declarar a Jeffreys reo de asesinato. Pero moralmente era reo de tantos asesinatos, que si no hubiera habido otra manera de hacerle pagar con la vida, la nación en masa hubiera pedido á voz en grito un acta de acusación retroactiva. No ha figurado nunca entre los defectos de los ingleses el ensañamiento con los vencidos; pero el odio que Jeffreys inspiraba no tenía paralelo en nuestra historia, y participaba grandemente de la ferocidad del mismo Jeffreys. El pueblo se mostraba, en todo lo relativo á Jeffreys, tan cruel como él mismo y gozaba en su desgracia como él se había gozado en los sufrimientos de los acusados escuchando la sentencia de muerte, y de las familias obligadas á vestir luto. El populacho se reunió frente á su abandonado palacio en Duke Street, y leyeron delante de la puerta, en medio de grandes carcajadas, los edictos que anunciaban la venta de sus bienes. Hasta mujeres delicadas á quienes hacía derramar lágrimas la suerte de ladrones y salteadores, no respiraban más que venganza contra él. Las sátiras á él relativas que se pregonaban por la ciudad se distinguían por un ensañamiento, raro aun

(1) *Vida y muerte de Jorge Lord Jeffreys;* Discurso de Finch en los *Debates* de Grey, marzo 1.°, 1688 89.

en aquellos días. La horca hubiera sido muerte muy dulce para él; una fosa debajo del patíbulo, sepultura demasiado honrada: debía morir azotado sobre la rastra en que llevaban los reos al suplicio; debía sufrir la tortura como un indio; debían devorarle vivo. Los poetas callejeros se distribuían todos sus miembros con ferocidad propia de caníbales, y calculaban las libras de chuletas que podrían sacarse de su bien cebado cuerpo. Y aun hay más. La rabia de sus enemigos era tal, que proclamaban, en lenguaje casi nunca oído en Inglaterra, su deseo de que fuera al lugar de las lamentaciones, allí donde rechinan los dientes, á sufrir las roeduras del gusano que nunca muere y el fuego que nunca se apaga Exhortábanle á que se ahorcara con sus ligas á que se cortara el cuello con su navaja de afeitar. Redactaban horribles plegarias para que no pudiera arrepentirse, para que al morir continuara siendo el malvado Jeffreys de corazón empedernido (1). Su espíritu, tan bajo en la adversidad como había sido insolente é inhumano en la fortuna, desfalleció bajo el peso del público aborrecimiento. Su constitución, mala de origen y muy quebrantada por la intemperancia, fué completamente destruída por la desgracia y la ansiedad Padecía una cruel enfermedad interna que los más hábiles cirujanos de aquel siglo apenas tenían medio de aliviar. Sólo le quedó un consuelo, la bebida. Hasta cuando tenía que ju-

(1) Véanse, entre otras muchas piezas, la *Elegía de Jeffreys*, la *Carta al Lord Canciller exponiéndole los sentimientos del pueblo*, la *Elegía á Dangerfield*, el *Fantasma de Dangerfield á Jeffreys*, la *Humilde petición de las viudas y huérfanos del Oeste*, el *Descubrimiento y confesión del Lord Canciller hecho durante su enfermedad en la Torre*, el *Ceremonymonger* de Hickeringill, una hoja titulada: «¡Oh raro espectáculo! ¡Oh rara vista! ¡Oh extraño monstruo, sin semejante en Europa! Puede verse cerca de Tower Hill, algunas puertas más allá de la cueva del León.»

gar causas y asistir á consejos, rara vez iba á la cama sereno. Ahora que nada ocupaba su mente como no fueran terribles recuerdos y terribles presentimientos, se abandonó sin reserva á su vicio favorito. Muchos creían que se entregaba á los excesos con ánimo de acortar su vida. Mejor le era, decían, morirse de una borrachera que morir ahorcado á manos de Ketch (1) ó ser despedazado por el populacho.

Vino á sacarle un día de un acceso de abyecta desesperación una sensación agradable, seguida inmediatamente de un triste desengaño. Habían traído para él un encargo á la Torre: parecía un barrilito de ostras de Colchester, una de sus golosinas favoritas. Se conmovió en extremo; porque hay momentos en que los que son menos dignos de afección, se complacen en creer que la inspiran. «A Dios gracias, exclamó, todavía me quedan algunos amigos.» Abrió el barril y de entre un montón de conchas cayó una gruesa soga (2).

No aparece que ninguno de lo aduladores ó bufones á quienes había enriquecido con el despojo de sus víctimas, viniera á consolarle en el día de la desgracia. Pero no le dejaron en completa soledad. Juan Tutchin, á quien él había sentenciado á ser azotado cada quince días durante siete años, encontró medio de entrar en la Torre y se presentó ante el caído opresor. El pobre Jeffreys, humillado hasta el polvo se mostró abyectamente cortés é hizo traer vino. «Me alegro mucho, señor, dijo, de veros.—También yo me alegro, respondió el vengativo whig, de ver á vuestra señoría en este sitio.—Yo servía á mi amo, dijo Jeffreys: mi conciencia me obligaba á hacerlo

(1) El verdugo.—N. de T

(2) *Vida y muerte de Jorge Lord Jeffreys.*

sía—¿Dónde teníais la conciencia,» dijo Tutchin, «cuando dictasteis aquella sentencia contra mí en Dorchester?» — «En mis instrucciones,» respondió Jeffreys con pretendida adulación, «se me ordenaba no mostrar clemencia á hombres como vos, hombres de talento y de valor. Cuando volví á la corte fuí reprendido por mi lenidad» (1). Hasta Tutchin, no obstante su condición dura y sus grandes sufrimientos, parece haberse ablandado un tanto ante el lamentable espectáculo que al principio contemplara con vengativo placer. Negó siempre que fuera él quien había enviado el barril de ostras de Colchester á la Torre.

Un hombre más benévolo, Juan Sharp, el excelente deán de Norwich, se impuso el deber de visitar al preso. Era una tarea dolorosa; pero Sharp había sido tratado por Jeffreys en otro tiempo con toda la bondad que el carácter de Jeffreys permitía, y una ó dos veces había conseguido, aguardando pacientemente á que pasara la tormenta de maldiciones é invectivas y aprovechando hábilmente el momento de buen humor, mitigar algo los sufrimientos de familias infelices. El preso fué sorprendido agradablemente. «¡Cómo!» dijo, «os atrevéis á reconocerme ahora?» En vano, sin embargo, trató el amable teólogo de imponer saludable arrepentimiento á aquella conciencia encallecida. Jeffreys, en vez de reconocer su culpa, protestaba con vehemencia contra la injusticia de la humanidad. «La gente me llama asesino por hacer lo que entonces era aplaudido por algunos que ahora ocupan lugar eminente en el favor público. Me llaman borracho porque tomo punch para hacer más llevadera la agonía.» No quiso admitir que como presi-

(1) El mismo Tutchin lo refiere así en las *Bloody Assizes.*

dente de la Comisión eclesiástica hubiera hecho nada que fuera digno de censura. Sus colegas, dijo, eran los verdaderos criminales, y ahora todos le echaban á él la culpa. Habló con peculiar aspereza de Sprat, el cual indudablemente había sido el más humano y moderado del Consejo.

Pronto se vió claramente que el malvado juez sucumbía bajo el peso de los sufrimientos físicos é intelectuales. El doctor Juan Scott, prebendado de San Pablo, sacerdote de gran santidad y autor de la *Vida Cristiana*, obra un tiempo muy conocida, fué llamado, por recomendación, tal vez, de su íntimo amigo Sharp, á la cabecera del moribundo. En vano fué, sin embargo, que Scott hablase, como ya Sharp lo había hecho, de las horribles carnicerías de Dorchester y Taunton. Hasta el último instante, Jeffreys continuó repitiendo que los que le tenían por cruel no sabían las órdenes que llevaba, que merecía elogio en vez de censura, y que su clemencia le había hecho incurrir en el más completo desagrado de su amo (1).

La enfermedad, asistida de bebidas fuertes y de la desgracia, acabó pronto su obra. El estómago del paciente rechazaba todo alimento. En pocas semanas, de fuerte y hasta corpulento que era, se convirtió en un esqueleto. El 18 de abril murió, á los cuarenta y un años de edad. Había sido Chief Justice del Banco del

(1) Véase la *Vida del Arzobispo Sharp*, por su hijo. Lo que pasó entre Scott y Jeffreys fué relatado por Scott á sir Joseph. Véase Tindal, *Historia;* Eachard, III, 932. El que informó á Eachard, cuyo nombre no se dice, pero que, al parecer, había tenido buenas ocasiones de saber la verdad, dice que Jeffreys murió, no como el vulgo creía, de excesos cometidos en la bebida, sino de mal de piedra. La distinción parece de escasa importancia. Es cierto que Jeffreys era muy intemperante, y la intemperancia agrava notablemente la enfermedad que él padecía.

Rey á los treinta y cinco, y Lord Canciller á los treinta y siete. En toda la historia del foro inglés no hay otro ejemplo de elevación tan rápida ni de tan terrible caída. Su extenuado cuerpo fué depositado con el mayor secreto cerca del cadáver de Monmouth en la capilla de la Torre (1).

La caída de este hombre, un tiempo tan grande y tan temido: el horror con que era mirado por todas las personas respetables de su propio partido; la manera como los individuos menos respetables de aquel partido negaron toda complicidad con él en su desgracia, echándole toda la culpa de los crímenes que le habían excitado á cometer, debía haber servido de lección á aquellos amigos intemperantes de la libertad que clamaban por una nueva proscripción. Pero fué una lección de que muchos de ellos no hicieron caso.

---

(1) Véase la *Relación verídica y minuciosa de la muerte de Jorge Lord Jeffreys*, con licencia del día de su muerte. El infame Le Noble no se cansaba de repetir que Jeffreys había sido envenenado por el usurpador. Copiaré un breve pasaje para muestra de las calumnias de que Guillermo era objeto: «Il envoya—dice Pasquin— ce fin ragout de champignons au Chancelier Jeffreys, prisonnier dans la Tour, qui les trouva du meme goust, et du meme assaisonnement que furent les derniers dont Agrippine regala le bon-homme Claudius son époux, et que Neron appella depuis la viande des Dieux.» Marforio pregunta: «Le Chancelier est donc mort dans la Tour?» Y responde Pasquin: «Il estoit trop fidele a son Roi légitime, et trop habile dans les loix du royaume, pour échapper a l'Usurpateur qu'il ne vouloit point reconnoistre. Guillemot prit soin de faire publier que ce malheureux prisonnier estoit attaqué d'une fievre maligne: mais, a parler franchement, il vivroit peutestre encore, s'il n'avoit rien mangé que de la main de ses anciens cuisiniers.» —*Le Festin de Guillemot*, 1689. Dangeau (mayo 7) menciona el rumor de que Jeffreys se había envenenado.

VIII.

Los whigs descontentos del Rey.

Desde el principio de su reinado habían visto con disgusto que el Rey nombrase algunos toríes y equilibristas para altos empleos; y el descontento excitado por estos nombramientos se aumentó con su tentativa para obtener una amnistía general. No era hombre, ciertamente, que se hiciera popular con los vengativos fanáticos de cualquier facción. Porque entre las particularidades de su carácter figuraba cierta clemencia sin gracia que rara vez conciliaba á sus enemigos, que á menudo irritaba á sus partidarios, y en la cual él obstinadamente persistía sin ocuparse de la ingratitud de aquellos á quienes había salvado de la muerte, ni de la furia de aquellos cuya venganza había burlado. Algunos whigs hablaban ahora de él tan mal como jamás habían hablado de ninguno de sus tíos. Era un Estuardo después de todo, y por algo lo era. Como los demás de su raza, era amante del poder arbitrario. En Holanda había conseguido, con la forma de una política republicana, hacerse casi tan absoluto como los antiguos condes hereditarios. A consecuencia de una extraña combinación de circunstancias, durante breve tiempo, su interés había coincidido con el del pueblo inglés; pero aunque había sido un libertador por accidente, era por naturaleza un déspota. No simpatizaba con los justos resentimientos de los whigs. Tenía puesta la mira en cosas que los whigs no consentirían nunca realizar á ningún soberano. Sabía que los toríes eran

los únicos instrumentos para su propósito. Por eso desde el momento que se sentó en el trono los había favorecido indebidamente. Trataba ahora de conseguir la indemnidad para aquellos mismos delincuentes á quienes pocos meses antes había presentado en su Declaración como merecedores de ejemplar castigo. En noviembre había dicho al mundo que los crímenes en que aquellos hombres habían tenido parte, habían hecho que fuera un deber en los súbditos violar su juramento de obediencia, en los soldados abandonar sus banderas, en los hijos hacer la guerra á sus padres. ¿Con qué lógica podía, pues, recomendar que se cubriesen semejantes crímenes con un olvido general? ¿Y no había razón fundada para temer que deseara salvar á los agentes de la tiranía de la suerte que merecían, en la esperanza de que, en alguna ocasión futura, pudieran servirle tan incondicionalmente como habían servido á su suegro? (1).

IX.

Intemperancia de Howe.

Entre los miembros de la Cámara de los Comunes que estaban animados por estos sentimientos, el más

(1) Entre las numerosas composiciones en que los descontentos whigs dieron suelta a su enojo, ninguna hay más curiosa que el poema titulado: *La sombra de Carlos II.* Carlos, dirigiéndose a Guillermo, dice: «Salud, mi bienaventurado sobrino, á quien la suerte órdena del reinado de Estuardo colmar la medida. Que cuantos males ideó toda nuestra raza tengan contigo entero cumplimiento: tú estás destinado á poner cima á lo que desde hace ochenta años es objeto de nuestros afanes.»

intransigente y audaz era Howe. Llegó hasta proponer en una ocasión que se abriese información acerca de los acuerdos del Parlamento de 1685, y que se arrojase alguna nota de infamia sobre todos los que en aquel Parlamento hubieran votado con la Corte. Esta absurda é inconveniente proposición fué rechazada por los individuos más respetables del partido whig, y combatida vigorosamente por Birch y Maynard (1). Howe se vió obligado á ceder; pero no era hombre que se dejara vencer por los obstáculos, y se encontraba animado por el aplauso de muchos miembros entusiastas de su partido, que estaban muy lejos de prever que, después de haber sido el más rencoroso y destituído de principios de todos los whigs, llegaría á ser, antes de mucho, el más rencoroso y sin principios de todos los toríes.

X.

Su ataque contra Caermarthen

Este ingenioso, inquieto y malicioso político, no obstante ocupar él un puesto lucrativo en la Casa Real, declamaba uno y otro día contra la manera como se habían provisto los grandes empleos del Estado, y sus declamaciones encontraban eco, en tono menos acerado y violento, en otros oradores. Nadie, decían, que hubiera sido ministro de Carlos ó de Jacobo debía ser ministro de Guillermo. El primer ataque fué dirigido contra el Lord Presidente Caermarthen. Howe propuso que se presentara una instancia

---

(1) Grey, *Debates*, junio 12, 1689.

al Rey pidiendo que todas aquellas personas que hubieran sido alguna vez acusadas por los Comunes fueran arrojadas de los consejos y de la presencia de S. M. Repetidas veces se aplazó el discutir esta proposición. Cuando el resultado aun estaba dudoso, envió Guillermo á Dykvelt á quejarse á Howe de su conducta. Howe permaneció inflexible. Era lo que vulgarmente se llama un hombre desinteresado; es decir, que para él no valía tanto el dinero como el placer de desahogar su mal humor y de producir efecto. «Estoy haciendo un servicio al Rey, dijo; le estoy librando de falsos amigos; y en cuanto á mi empleo, no será nunca una mordaza que me impida decir lo que pienso.» Hízose la proposición, pero fué completamente derrotada. En realidad, la proposición de que la mera acusación, sin llegar nunca á la prueba, debia considerarse como prueba decisiva de culpabilidad, era contraria á la justicia natural. Las faltas de Caermarthen habían sido grandes sin duda; pero habían sido exageradas por el espíritu de partido, habían sido expiadas por severos sufrimientos, y redimidas con grandes y recientes servicios. En el tiempo en que alzó en armas el gran condado de York contra el papismo y la tiranía, algunos de los whigs más eminentes le habían asegurado que todas las antiguas querellas serían dadas al olvido. Howe, por su parte, sostenía que las frases corteses cambiadas en el momento del peligro nada significaban. «Cuando tengo una víbora en la mano, decía, la trato con suavidad; pero tan pronto la tengo en el suelo, le pongo el pie encima y la aplasto.» El Lord Presidente, sin embargo, encontró ayuda tan poderosa, que después de una discusión que duró tres días, sus enemigos no se aventuraron á pedir la opinión de la Cámara en la proposición contra él. En el

curso del debate surgió incidentalmente una grave cuestión constitucional. Era ésta el determinar si podía alegarse el indulto, en la barra, contra una acusación parlamentaria. Los Comunes resolvieron, sin votación, que no podía alegarse un indulto en tal sentido (1).

XI.

Ataque contra Halifax.

El ataque inmediato fué dirigido contra Halifax: era su posición mucho más envidiable que la de Caermarthen, el cual, so pretexto de su mala salud, se había retirado casi por completo de los negocios. Halifax era mirado generalmente como principal consejero de la Corona, y se le hacía especialmente responsable de todas las faltas que se habían cometido en lo relativo á Irlanda. Los males que habían traído la ruina de aquel reino podían haberse evitado, á lo que se decía, con oportunas precauciones, ó haber sido remediadas con vigoroso esfuerzo. Pero el Gobierno no había previsto nada: había hecho poco, y aquello poco no se había hecho á su debido tiempo ni de la manera debida. Se habían empleado negociaciones en vez de tropas, en el tiempo en que algunas tropas podían haber sido suficientes; y habían enviado algunas tropas en el tiempo en que hacían falta muchas. Las tropas que habían sido enviadas iban mal equipadas y mal mandadas. Tales eran, exclamaban los whigs

---

(1) Vénse los *Commons' Jcurnals* y los *Debates* de Grey de 1.º, 3 y 4 de junio de 1689; *Vida de Guillermo*, 1701.

más vehementes, los naturales frutos de aquel gran error que había cometido el rey Guillermo el primer día de su reinado. Había puesto en tóries y equilibristas una confianza que no merecían. Había confiado, en especial, la dirección de los asuntos de Irlanda al equilibrista de los equilibristas, á un hombre cuyo talento nádie disputaba, pero que no tenía firme adhesión al nuevo gobierno, que ciertamente era incapaz de ser firme partidario de gobierno alguno, que siempre había permanecido entre dos opiniones y que hasta el momento de la fuga de Jacobo no había renunciado á la esperanza de calmar á los descontentos de la nación sin llegar á un cambio de dinastía. Howe, en veinte ocasiones distintas, designó á Halifax como causante de todas las calamidades del país. Lenguaje semejante empleaba Monmouth en la Cámara de los Lores. Aunque era primer Lord del Tesoro, no se cuidaba de los asuntos financieros, para los cuales era completamente inepto y de los que muy pronto se había cansado. Su único afán era perseguir á los tóries. Dijo al Rey claramente que sólo los whigs debían ser empleados en el servicio público. Fría y categórica fué la respuesta de Guillermo. «He hecho por vuestros amigos cuanto puedo hacer sin peligro del Estado, y no haré nada más» (1). El único efecto de esta reprimenda fué hacer que Monmouth se mostrase más faccioso que nunca. Contra Halifax especialmente intrigaba y arengaba con animosidad infatigable. Los otros whigs que eran Lores del Tesoro, Delamere y Capel, tenían casi igual deseo de que el Canciller privado fuera arrojado de la administración; y envidias y antipatías personales impulsaron al Lord Presidente

---

(1) Burnet, MS. Harl. 6584: Avaux á De Croissy, junio 16 (26), 1689.

á conspirar con sus propios acusadores contra su rival.

No puede hoy fijarse con toda certidumbre el fundamento de las acusaciones que por este tiempo se arrojaban sobre Halifax. Sus enemigos, no obstante haber interrogado numerosos testigos y aunque arrancaron á Guillermo el permiso para inspeccionar las minutas del Consejo Privado, no pudieron encontrar testimonio en que fundar una acusación determinada (1). Pero era innegable que el Lord Canciller Privado había sido ministro de Irlanda, y que Irlanda estaba casi perdida. Es innecesario, y seguramente es absurdo, suponer, como lo hicieron muchos whigs, que su administración dió mal resultado porque él no deseaba que lo diera bueno. Lo que parece cierto es que las dificultades de la situación eran grandes, y que él con todo su ingenio y elocuencia no tenía condiciones para luchar con aquellas dificultades. Toda la máquina del gobierno estaba desquiciada, y no era él capaz de arreglarla. Para esto era necesario, no lo que él tenía en gran medida, ingenio, gusto, amplitud de comprensión, sutileza para establecer distinciones; sino lo que él no tenía, decisión pronta, infatigable energía y resolución obstinada. Era su caracter, poniendo las cosas en lo mejor, demasiado blando para empresa como la que ahora tenía que hacer, y había contribuido recientemente á aumentar su debilidad un terrible sufrimiento. Había perdido dos hijos en menos de un año. Todavía se conserva una carta en que, por este tiempo, se quejaba á su ilustre amiga Lady Russell de la desolación de su hogar y de la cruel ingratitud de los whigs. Poseemos también

(1) Para las minutas del Consejo Privado, véanse los *Commons' Journals* de 22 y 28 de junio, y de 3, 5, 13 y 16 de julio.

la respuesta en la cual ella le exhorta con dulzura á buscar consuelo donde, en momentos de prueba no menos terribles, lo había encontrado ella también (1).

El primer ataque contra Halifax fué hecho en la alta Cámara. Algunos Lores whigs, entre los cuales se distinguía el caprichoso y petulante primer Lord del Tesoro, propusieron que se pidiera al Rey el nombramiento de un nuevo Speaker. Los amigos de Halifax presentaron y ganaron la cuestión previa (2). Próximamente tres semanas después, sus perseguidores propusieron en la Cámara de los Comunes, constituída en comité, una resolución en que no se le acusaba de ningún crimen particular por omisión ni comisión, sino que se declaraba sencillamente la conveniencia de que fuera separado del servicio de la Corona. El debate fué muy animado; los políticos moderados de ambos partidos no querían arrojar un estigma deshonroso sobre un hombre que no era ciertamente irreprochable, pero que se distinguía por su talento y sus amables cualidades. Sus acusadores comprendieron que no podrían hacer triunfar su proposición, y trataron de escapar de una decisión que ciertamente iba á serles contraria, proponiendo que el Presidente quedara encargado del asunto. Pero su táctica fué desconcertada por la conducta hábil y prudente de Lord Eland, hijo único del Marqués á la sazón. «Mi

(1) La carta de Halifax á Lady Russell es de 23 de julio de 1689, quince días próximamente después que había sido atacado en los Lores, y una semana antes de que lo fuera en los Comunes.

(2) Véanse los *Lords' Journals* de 10 de julio de 1689, y una carta de Londres fechada el 11 (21) y trasmitida por Croissy á Avaux. D. Pedro de Ronquillo hace mención de este ataque de los Lores whigs contra Halifax en un despacho cuya fecha no he podido precisar.

padre no ha merecido—dijo el joven aristócrata—que se juegue con él de esta manera. Si le creéis culpable, decidlo. Inmediatamente se someterá á vuestro veredicto. El ser arrojado de la corte no le asusta. Gracias á la bondad divina, no necesita de los empleos para vivir conforme á su estado.» Se procedió á votación, y Halifax fué absuelto por una mayoría de catorce votos (1).

XII.

Preparativos para la campaña de Irlanda.

Si la votación se hubiera aplazado algunas horas, la mayoría probablemente hubiera sido mucho mayor. Los Comunes votaron bajo la impresión de que Londonderry se había rendido y que se había perdido

(1) Esto fué el sábado 3 de agosto. Como la votación era en comité, no aparecen las cifras en los *Journals*. Clarendon, en su *Diario*, dice que hubo once votos de mayoría. Pero Narciso Luttrell, Oldmixon y Tindal convienen en decir que fueron catorce. La mayor parte de lo poco que he podido encontrar acerca del debate, está en un despacho de D. Pedro de Ronquillo. «Se resolvió—dice—que el sábado en comity de toda la casa, se tratase del estado de la nación para representarle al Rey. Empezóse por acusar al Marqués de Olifax; y reconociendo sus émulos que no tenían partido bastante, quisieron remitir para otro día esta moción; pero el Conde de Elan, primogénito del Marqués de Olifax, miembro de la casa, les dijo que su padre no era hombre para andar peloteando con él, y que si tuviese culpa lo acabasen de castigar; que él no había menester estar en la corte para portarse conforme á su estado, pues Dios le había dado abundantemente para poderlo hacer; con que por pluralidad de voces venció su partido.» Sospecho que lord Eland aludía en son de burla á la pobreza de algunos de los perseguidores de su padre y á la avidez de otros.

toda Irlanda. Apenas se había levantado la sesión, cuando llegó un correo anunciando que la barricada del Foyle había sido rota Siguióle inmediatamente un segundo, que anunció el levantamiento del sitio, y un tercero, que trajo la nueva de la batalla de Newton Butler. La esperanza y el entusiasmo sucedieron al disgusto y desaliento (1). Ulster estaba en salvo, y confiadamente se esperaba que Schomberg recobraría en poco tiempo tiempo Leinster, Connaught y Munster. Actualmente estaba pronto á partir. El lugar designado para la partida era el puerto de Chester. Allí estaba reunido el ejército que había de mandar, y el Dee estaba cubierto de navíos de guerra y de trasportes. Desgraciadamente, casi todos los soldados ingleses que tenían experiencia de la guerra habían sido enviados á Flandes. Lo principal de la fuerza destinada á Irlanda se componía de gente que acababa de dejar el arado y el trabajo de la era. Había, sin embargo, una excelente brigada de tropas holandesas, al mando de un oficial experimentado, el Conde de Solmes. Cuatro regimientos, uno de caballería y tres de infantería, se habían formado con los refugiados franceses, entre los cuales había muchos ya acreditados en el servicio de las armas. Nadie mostró mayor empeño, en que se organizaran estos regimientos que el Marqués de Ruvigny. Durante muchos años había sido servidor eminente, fiel y útil del Gobierno francés. Era su mérito tenido en tan alto aprecio en Versalles, que había sido solicitado para aceptar indulgencias que casi ningún otro hereje podía por ninguna solicitación obtener. Si hubiera preferido continuar en

(1) Este cambio en el estado de los ánimos, que siguió inmediatamente al debate de la proposición para que saliera Halifax es mencionado por Ronquillo.

su país natal, se le hubiera permitido á él y á los de su casa adorar á Dios en secreto, segun el rito de su religión. Pero Ruvigny rechazó todos los ofrecimientos, unió su suerte á la de sus hermanos, y á los ochenta años cumplidos dejó Versalles, donde todavía podía haber sido favorito, por una modesta habitación en Greenwich. Aquella casa fué durante los últimos meses de su vida el centro donde se reunían los más distinguidos entre sus compañeros de emigración. El talento del Marqués, su experiencia y su esplendidez le hacían el jefe incuestionable de los refugiados. Al mismo tiempo era medio inglés, porque su hermana había sido Condesa de Southampton, y él era tío de lady Russell. Desde hacía mucho tiempo había cesado Ruvigny de ser hombre de acción. Pero sus dos hijos, dotados ambos de gran valor, pusieron sus espadas al servicio de Guillermo. El más joven, que llevaba el nombre de Caillemote, fué nombrado coronel de uno de los regimientos hugonotes de infantería. Los otros dos estaban mandados por La Melloniere y Cambon, oficiales de gran fama. El regimiento de caballería fué organizado por el mismo Schomberg y llevaba su nombre. Ruvigny vivió justamente el tiempo preciso para ver terminados estos arreglos (1).

---

(1) Respecto á Ruvigny, véanse las *Memorias* de Saint-Simon de 1697; Burnet, I, 366. También se encuentran algunas noticias interesantes acerca de él y de los regimientos hugonotes en una relación escrita por un refugiado francés llamado Dumont. Esta relación que esta manuscrita, y que al citarla llamaré MS. Dumont, me fué prestada generosamente por el Deán de Ossory.

XIII.

Schomberg.

El general á quien se había confiado el mando de la expedición contra Irlanda había conseguido granjearse de manera maravillosa el afecto y estimación de la nación inglesa. Le habían hecho duque, caballero de la Jarretiera y maestre de la artillería: fué puesto ahora á la cabeza de un ejército, y, sin embargo, no excitaba su elevación aquella envidia que tan frecuentemente se mostraba cuando concedían á Bentinck, Zulestein ó Auverquerque alguna muestra del favor real. La pericia de Schomberg era universalmente reconocida. Era mirado por todos los protestantes como un confesor de su fe que, excepto el martirio, lo había sufrido todo en defensa de la verdad. Por su religión había renunciado una espléndida renta y entregado el bastón de mariscal de Francia, y cerca de los ochenta años de edad había comenzado nuevamente la vida como un soldado aventurero sin fortuna. Como no tenía relación con las Provincias Unidas y nunca había pertenecido á la pequeña corte del Haya, la preferencia concedida á él en perjuício de los capitanes ingleses era atribuída con justicia, no á parcialidad personal ó nacional, sino á sus virtudes y talentos. Su porte difería completamente del de los otros extranjeros que recientemente fueran creados Pares de Inglaterra. Éstos, con muchas cualidades respetables, eran, en gustos, maneras y aficiones, holandeses, y no pudieron adaptarse al tono de la sociedad á que habían sido trasladados. Schomberg

era un ciudadano del mundo: había viajado por toda Europa; había mandado ejércitos en el Mosa, en el Ebro y en el Tajo; había brillado en el espléndido círculo de Versalles, y había gozado gran favor en la corte de Berlín. Muchas veces había pasado entre nobles franceses por uno de ellos. Había estado algún tiempo en Inglaterra; hablaba el inglés con notable perfección, se acomodaba fácilmente á las costumbres inglesas; y muchas veces se le veía en el Parque paseando en compañía de ingleses. Cuando joven había sido de costumbres moderadas, y su templanza tuvo la debida recompensa: una vejez singularmente sana y vigorosa. A los ochenta años conservaba una gran afición á los placeres inocentes: conversaba con gran cortesía y viveza; sus trenes y su mesa eran del mejor gusto, y no había corneta de caballería que no envidiase la gracia y dignidad con que manejaba su corcel el veterano al presentarse en Hyde Park á la cabeza de su regimiento (1). La Cámara de los Comunes, con general aprobación, le había indemnizado sus pérdidas y recompensado sus servicios mediante una concesión de cien mil libras esterlinas. Antes de partir para Irlanda solicitó permiso para expresar su gratitud por tan magnífico presente. Pusieron una silla para él dentro de la barra. Ocupó su puesto, teniendo la maza á la derecha: se levantó á hablar, y en algunas frases elegantes dió gracias y se despidió. Contestó el Speaker que los Comunes no podrían olvidar nunca la obligación en que estaban con su Gracia, que ellos le veían con placer á la cabeza de un ejército inglés, que tenían entera con-

(1) Véase el *Abrégé de la Vie de Frederic Duc de Schomberg* por Lunacy, 1690; las *Memorias del Conde Dohna*, y la nota de Saint-Simon al *Diario* de Dangeau, julio 30, 1690.

fianza en su celo y pericia, y que donde quiera que se hallase, siempre sería objeto especial de su cariño. El precedente sentado en esta interesante ocasión fué seguido con la más escrupulosa minuciosidad ciento veinticinco años después en una ocasión más interesante todavía. En el mismo sitio exactamente donde en julio de 1689 había manifestado Schomberg su reconocimiento á la liberalidad de la nación, fué puèsta una silla en julio de 1814 para un guerrero todavía más ilustre, que vino á dar gracias por una prueba todavía más espléndida de la pública gratitud. Pocas cosas ilustran de manera tan notable el carácter peculiar del gobierno y el pueblo inglés, como la circunstancia de que la Cámara de los Comunes, asamblea popular, haya seguido, aun en un momento de alegre entusiasmo, las antiguas formas con la escrupulosa exactitud de un colegio de heraldos; que el sentarse y levantarse, cubrirse y descubrirse se hayan regido por la misma etiqueta exactamente en el siglo XIX que en el siglo XVII, y que la misma maza que había sido colocada á la derecha de Schomberg haya sido colocada en la misma posición á la derecha de Wellington (1).

XIV.

Vacaciones del Parlamento.

El 20 de agosto, el Parlamento, que constantemente venía trabajando desde hacía siete meses, suspendió sus sesiones de Real orden para disfrutar una breve

---

(1) Véanse los *Commons' Journals* de 16 de julio, 1689, y de 1.° de julio de 1814.

vacación. El mismo número de la *Gaceta* que anunciaba que las Cámaras habían cesado de reunirse, anunciaba también el desembarco de Schomberg en Irlanda (1).

XV.

Estado de Irlanda.—Consejo de Avaux.

Durante las tres semanas que precedieron á su desembarco, el desaliento y confusión en el Castillo de Dublín habían llegado á su colmo. Los desastres se habían sucedido con tal rapidez, que el espíritu de Jacobo, nunca muy firme, había caído en completa postración. Supo primero que Londonderry había recibido socorros; luégo que uno de sus ejércitos había sido derrotado por los de Enniskillen, después que otro estaba en retirada ó más bien en fuga en Ulster, reducido su número y quebrantado su espíritu; luégo que Sligo, llave de Connaught, había sido abandonada á la colonia inglesa. Habíale sido imposible subyugar á los colonos aun en el tiempo en que se habían visto casi sin ayuda. Bien podía, pues, dudar de la posibilidad de luchar con ellos, cuando tenían á sus espaldas un ejército inglés al mando del primer general de la época. El infeliz Príncipe durante algunos días pareció sumido en la desesperación. En Avaux produjo el peligro efecto muy diferente. Esta, pensaba él, era la ocasión de convertir la guerra entre ingleses é irlandeses en guerra de extirpación, y de hacer

(1) *Diarios* de los Lores y de los Comunes, 20 de agosto de 1689; *London Gazette*, agosto 22.

imposible para siempre que las dos naciones pudieran estar unidas bajo un gobierno. Con esta mira sometió fríamente al Rey una proposición cuya atrocidad es casi increíble. Era preciso hacer una Saint-Barthelemy. Fácilmente se encontraría un pretexto. No ofrecía duda que conforme se supiera que Schomberg estaba en Irlanda, habría alguna excitación en aquellas ciudades meridionales cuya población se componía principalmente de ingleses. Cualquier disturbio, donde quiera que ocurriese, serviría de excusa para una matanza general de protestantes en Leinster, Munster y Connaught (1). Como el Rey no se horrorizó al principio al oir esta idea (2), el enviado volvió, á los pocos días, á hablar del asunto, é instó á S. M. á que diera las órdenes necesarias. Entonces Jacobo, con un calor que le honra, declaró que nada le induciría á cometer crimen semejante. «Este pueblo se compone de súbditos míos, y yo no puedo llebar mi crueldad hasta hacerlos degollar mientras vivan pacíficamente bajo mi gobierno.—«No hay nada de cruel,» respondió el encallecido diplomatico, «en lo que yo recomiendo. Vuestra Majestad debe considerar que la clemencia con los protestantes es crueldad con los católicos.» Jacobo, sin embargo, no estaba dispuesto á ceder, y Avaux se retiró de muy mal humor. Creía que las protestas de humanidad del Rey eran hipócritas y que si no se habían dado las órdenes para la matanza era solamente porque S. M. con-

(1) «J'estois d'avis qu' apres que la descente seroit faite, si on apprenoit que des Protestans se fussent soulevez en quelques endroits du royaume, on fit main basse sur tous généralement.»—Avaux, julio 31 (agosto 10), 1689.

(2) «Le Roy d'Angleterre m'avoit écouté assez paisiblement la première fois que je luy avois proposé ce qu'il y avoit á faire contre les Protestans.»—Avaux, agosto 4 (14).

fiaba en que los católicos de todo el país caerían sobre los protestantes sin aguardar tales órdenes (1). Pero Avaux se equivocaba de medio á medio. No es extraño que haya supuesto á Jacobo tan profundamente inmoral como él. Pero es extraño que hombre de tanto talento hubiera olvidado que Jacobo y él tenían puesta la mira en objetos completamente diferentes. El objeto de la política del Embajador era hacer eterna la separación entre Inglaterra é Irlanda. El objeto de la política del Rey era unir á Inglaterra é Irlanda bajo su cetro; y no podía ignorar que si había una matanza general de protestantes en las tres provincias y se sospechaba que él la había autorizado ó aprobado, á los quince días, ni aun en Oxford, quedaría un jacobita (2).

Precisamente por este tiempo el horizonte, que para Jacobo parecía negro por todas partes, comenzó á despejarse. El peligro que á él lo había postrado había levantado al pueblo irlandés. Seis meses antes se habían alzado como un solo hombre contra los sajones; el ejército formado por Tyrconnel era, proporcionalmente á la población, el mayor que se había visto en Europa. Pero aquel ejército había sufrido una larga

---

(1) Avaux, agosto 4 (14). Dice: «Je m'imagine qu'il est persuadé que, quoiqu il ne donne point d'ordre sur cela, la plupart des Catholiques de la campagne se jetteront sur les Protestans.»

(2) Luis XIV, agosto 27 (set. 6), reprende á Avaux, aunque muy suavemente, por haber propuesto la matanza de toda la población protestante de Leinster, Connaught y Munster. «Je n'approuve pas cependant la proposition que vous faites de faire main basse sur tous les Protestans du royaume, du moment qu'en quelque endroit que ce soit, ils se seront soulevez: et, outre que la punition d'une infinité d'innocens pour peu de coupables ne seroit pas juste, d'ailleurs les représailles contre les Catholiques seroient d'autant plus dangereuses, que les premiers se trouveront mieux armez et soutenus de toutes les forces d'Angleterre.»

serie de derrotas y desastres no rescatados por un solo hecho de armas brillante. Estaba en uso, en Inglaterra y en el Continente, atribuir aquellas derrotas y bochornosos desastres á la cobardía de la raza irlandesa (1). Que esto era un gran error, lo prueba suficientemente la historia de cuantas guerras se han hecho en toda la Cristiandad durante cinco generaciones. La primera materia que sirve para la formación de un buen ejército existía en gran abundancia entre los irlandeses. Avaux informó á su Gobierno de que eran muy hermosos, altos y bien formados; que tenían valor personal; que sentían sincero amor á la causa que les había hecho tomar las armas; que aborrecían profundamente á los colonos. Después de elogiar su fuerza y buen ánimo, pasaba á explicar por qué sucedía que con toda su fuerza y valor siempre eran derrotados. Era falso, decía, suponer que la acción personal, el valor salvaje ó el patriótico entusiasmo pudieran suplir en el campo de batalla la falta de disciplina. La infantería estaba mal armada y mal disciplinada. Se les dejaba saquear donde quiera que iban. Habían contraído todos los hábitos propios de bandidos. Apenas había entre ellos un oficial capaz de enseñarles el cumplimiento de su deber. Sus coroneles eran, en general, de buenas familias, pero nunca habían servido. Los capitanes eran carniceros, sastres, zapateros. Casi ninguno se ocupaba del estado de los uniformes ni de la disciplina de los individuos puestos bajo su mando. Los dragones no eran mucho mejores que la infantería. Pero la caballería

---

(1) Ronquillo, agosto 9 (19), hablando del sitio de Londonderry, manifiesta su asombro de «que una plaza sin fortificazion y sin gentes de guerra aya hecho una defensa tan gloriosa, y que los sitiadores, al contrario, ayan sido tan poltrones.»

era, con algunas excepciones, excelente. Casi todos los *gentlemen* irlandeses que tenían alguna experiencia militar eran oficiales de caballería; y, gracias á los esfuerzos de estos oficiales, se habían organizado y disciplinado algunos regimientos, que Avaux declaraba iguales á los mejores que había visto. Era, pues, evidente, que la ineficacia de la infantería y de los dragones debía atribuirse á los vicios, no del carácter irlandés, sino de la administración irlandesa (1).

Los acontecimientos ocurridos en el otoño de 1689 prueban suficientemente que la raza malhadada, que enemigos y aliados convenían generalmente en mirar con injusto desprecio, tenía, juntamente con

---

(1) Esta descripción del ejército irlandés está compilada de gran número de cartas escritas por Avaux á Luis XIV y á sus ministros. Copiaré algunos de los pasajes más notables: «Les plus beaux hommes — dice Avaux hablando de los irlandeses — qu'on peut voir. Il n'y en a presque point au dessous de cinq pieds cinq á six pouces.» Se recordará que el pie francés es más largo que el nuestro. «Ils sont trés bien faits: mais ils ne sont ny disciplinez ny armez, et de surplus sont de grands voleurs.» «La plupart de ces régimens sont levez par des gentilshommes qui n'ont jamais esté á l'armée. Ce sont des tailleurs, des bouchers, des cordonniers, qui ont formé les compagnies et qui en sont les capitaines.» «Jamais troupes n'ont marché comme font celles-cy. Ils vont comme des bandits, et pillent tout ce qu'ils trouvent en chemin.» «Quoiqu'il soit vrai que les soldats paroissent fort résolus á bien faire, et qu'ils soient fort animez contre les rebelles, néantmoins il ne suffit pas de cela pour combattre... Les officiers subalternes sont mauvais, et, á la réserve d'un trés petit nombre, il n'y en a point qui ayt soin des soldats, des armes, et de la discipline.» «On a beaucoup plus de confiance en la cavalerie, dont la plus grande partie est assez bonne.» Avaux menciona con particular elogio varios regimientos de caballería. De dos de éstos dice: «On ne peut voir de meilleur régiment.» La exactitud del juicio que había formado de la infantería y de la caballería, se probó de una manera señalada, después de su partida de Irlanda, en la batalla del Boyne.

las faltas inseparables de la pobreza, de la ignorancia y de la superstición. algunas bellas cualidades que no siempre se han encontrado en sociedades más prósperas é ilustradas. Las malas nuevas, que aterrorizaron y trastornaron á Jacobo, conmovieron á toda la población de las provincias meridionales, como el toque de un clarín que los llamase á la batalla. Que Ulster se había perdido, que venían los ingleses, que se acercaba la lucha mortal entre las dos naciones hostiles, esto era lo que se anunciaba desde todos los altares de veintitrés condados. Sólo quedaba una última esperanza; y si aquella salía fallida, no habría más que la despótica, la cruel dominación de la colonia sajona y de la Iglesia herética. El sacerdote católico que acababa de tomar posesión de la casa, del curato y del presbiterio, el *squire* católico que acababa de ser conducido en hombros de los colonos que le aclamaban á la morada de sus padres, se verían arrojados de sus casas y reducidos á vivir de las limosnas que los campesinos, oprimidos también y en condición miserable, pudieran darles. Nuevas confiscaciones completarían la obra de la ley de colonización, y los parciales de Guillermo se apoderarían de cuanto habían dejado los parciales de Cromwell. Estos temores produjeron tal explosión de entusiasmo patriótico y religioso, que difirió por algún tiempo el inevitable día de la sumisión. Sorprendióse Avaux de la energía que en circunstancias tan difíciles desplegaron los irlandeses. Era ciertamente la salvaje é inconsistente energía de un pueblo semibárbaro: fué pasajera; fué muchas veces mal dirigida, pero aunque pasajera y mal dirigida, hizo maravillas. El Embajador francés se vió obligado á declarar que aquellos oficiales, de cuya incompetencia y falta de actividad se había quejado tantas veces, habían sacudido de pronto su letargo.

Los reclutas acudían á millares. Las filas, cuyo contingente había disminuído bajo los muros de Londonderry, se encontraron pronto cubiertas con exceso. Hiciéronse grandes esfuerzos para dar armas y vestidos á las tropas; y en el breve espacio de quince días todo presentaba nuevo y más alegre aspecto (1).

XVI.

Melfort enviado á Francia.

Los irlandeses pidieron al Rey, en cambio de lo que hacían por su causa, una concesión que en modo alguno le fué agradable. La impopularidad de Melfort había llegado á un grado tal, que apenas si su persona estaba segura. No tenía ningún amigo que dijese una palabra en favor suyo. Los franceses le odiaban. En todas las cartas que llegaban á Dublín de Inglaterra ó de Escocia, se le presentaba como el genio malo de la casa de Estuardo. Fué necesario, en gracia á su propia seguridad, prescindir de sus servicios. No faltó un honroso pretexto. Se le ordenó salir para Versalles con el encargo de representar allí el estado de los asuntos de Irlanda, é implorar del Gobierno francés que enviara sin dilación seis ó siete mil hombres

---

(1) Citaré uno ó dos pasajes de los despachos escritos por Avaux en este tiempo. En 7 (17) de setiembre dice: «De quelque costé qu'on se tournat, on ne pouvoit rien prevoir que de désagréable. Mais dans cette extrémité chacun s'est évertué. Les officiers ont fait leurs recrues avec beaucoup de diligence.» Tres días despues dice: «Il y à quinze jours que nous n'espérions guére de pouvoir mettre les choses en si bon estat: mais my Lord Tyrconnel et tous les Irlandais ont travaillé avec tant d'empressement qu'on s'est mis en estat de deffense.»

de infantería veterana. Hizo entrega de los sellos, que con gran placer de los irlandeses pasaron á manos de un irlandés, sir Richard Nagle, que se había distinguido como fiscal general y speaker de la Cámara de los Comunes. Melfort se puso en camino á favor de la noche; porque era tál la irritación del populacho contra él, que no podía, sin peligro, dejarse ver de día en las calles de Dublín. A la mañana siguiente salía Jacobo de su capital en dirección opuesta, yendo al encuentro de Schomberg (1).

XVII.

Desembarca Schomberg en Ulster

Schomberg había desembarcado en Antrim. La fuerza que había traído no pasaba de diez mil hombres. Pero esperaba que se le unieran los colonos armados y los regimientos que estaban al mando de Kirke. Los políticos de café en Londres tenían grandes esperanzas de que tal general con semejante ejército reconquistaría muy pronto la isla. Desgraciadamente, pronto se vió que los medios que se le habían dado eran de todo punto inadecuados á la empresa que debía realizar: una serie de calamidades imprevistas le privó en poco tiempo de la mayor

(1) Avaux, agosto 20 (30), agosto 25 (set. 4), agosto 26 (set. 5); *Vida de Jacobo*, II, 373; Vindicación de Melfort por él mismo, en los *Nairne Papers*. Avaux dice: «Il pourra partir ce soir á la nuit: car je vois bien qu'il apprehende qu'il ne sera pas sur pour luy de partir en plein jour.»

parte de estos medios, y toda la campaña se redujo á una larga lucha mantenida por su prudencia y resolución contra el más extremado rigor de la fortuna.

XVIII.

Toma de Carrickfergus.

Marchó primero á Carrickfergus. Tenían aquella ciudad por Jacobo dos regimientos de infantería. Schomberg batió los muros; y los irlandeses, después de resistir durante una semana, capitularon. Prometió dejarles partir sin ser molestados, pero no le fué fácil cumplir su palabra. La población de la ciudad y de las cercanías se componía casi toda de protestantes de origen escocés. Durante la breve dominación de la raza nativa habían sufrido mucho, y ahora se mostraban ansiosos de tomar la revancha de lo que habían sufrido. Reuniéronse en grandes multitudes, gritando que nada tenían que ver con la capitulación y que querían tomar venganza. Pronto pasaron de las palabras á los golpes. Los irlandeses, desarmados, despojados y maltratados, se acogieron implorando protección á los oficiales y soldados ingleses. Schomberg pudo con dificultad impedir una matanza, arrojándose con su caballo, pistola en mano, entre la multitud de enfurecidos colonos (1).

De Carrickfergus, prosigió Schomberg á Lisburn, y de allí, á través de ciudades que habían quedado sin

(1) Story, *Historia imparcial de las guerras de Irlanda*, 1693; *Vida de Jacobo*, tomo II, 374; Avaux, set. 7 (17), 1689; *Diario de Nihell*, impreso en 1689 y reimpreso por Macpherson.

un solo habitante, y por llanuras donde no se veía una vaca, ni un carnero, ni un haz de trigo, á Loughbrickland. Allí se le unieron tres regimientos de gente de Enniskillen, cuyos trajes, caballos y armas tenían rara apariencia á la vista acostumbrada á la pompa de las revistas, pero que en valor natural no eran inferiores á ninguna tropa del mundo, y que durante meses enteros de constante alerta é incesante pelear habían adquirido muchas de las cualidades esenciales del soldado(1).

XIX

Avanza Schomberg hacia el interior de Leinster.

Schomberg continuó avanzando hacia Dublín á través de un desierto. Las pocas tropas irlandesas que quedaban al Mediodía de Ulster se retiraban delante de él destruyendo cuanto encontraban á su paso. Newry, distrito protestante, próspero un tiempo y bien edificado, sólo ofreció á sus ojos un montón de humeantes cenizas. Carlingford también había perecido. El sitio donde había estado la ciudad se conocía únicamente por las macizas ruinas del antiguo castillo normando. Los que se aventuraron á alejarse del campo referían que el país, en toda la extensión explorada por ellos, era una soledad. Había cabañas, pero no inquilinos: había ricos pastos, pero no había ganado lanar ni vacuno: había campos de trigo, pero la cosecha yacía en el terreno embebida por la lluvia (2).

(1) Story, *Impartial History*.
(2) Ibid.

XX.

Acampan á corta distancia los ejércitos inglés é irlandés.

Mientras Schomberg avanzaba á través de una vasta soledad, las fuerzas irlandesas acudían rápidamente de todas partes. El 10 de setiembre fué desplegado el estandarte real de Jacobo en la Torre de Drogheda; y á su sombra pronto se reunieron veinte mil combatientes, la infantería en general mala, la caballería generalmente buena, pero infantería y caballería llenas de celo por su país y su religión (1). Las tropas, como de ordinario, eran acompañadas de gran multitud de campesinos armados de guadañas, medias picas y cuchillos. Por este tiempo Schomberg había llegado á Dundalk. La distancia entre los dos ejércitos no era más que una larga jornada. Se esperaba, pues, generalmente, que una batalla campal decidiría en seguida la suerte de la isla.

En ambos campos, todos los que no conocían la guerra se mostraban muy deseosos de combatir, al paso que los pocos que tenían gran reputación en la ciencia militar eran contrarios á esta idea. Ni Rosen ni Schomberg querían jugarlo todo á un azar. Cada uno de ellos conocía íntimamente los defectos de su propio ejército, y ninguno de los dos estaba bien enterado de los defectos del ejército del otro. Rosen estaba

---

(1) Avaux, set. 10 (20), 1689; Story *Impartial History; Life of James*, II, 377, 378. Orig. Mem. Story y Jacobo convienen en calcular el ejército irlandés en unos veinte mil hombres. Véase también Dangeau, oct. 28, 1689.

cierto de que la infantería irlandesa estaba peor equipada, peor mandada y peor disciplinada que cuanta infantería había visto desde el golfo de Bothnia hasta el Atlántico; y suponía que las tropas inglesas estaban bien disciplinadas y tenían, como sin duda debieran haber tenido, provisión abundante de todo lo necesario. El número, pensaba él acertadamente, significaría muy poco contra una gran superioridad de armas y disciplina. Así, pues, aconsejó á Jacobo la retirada, y hasta abandonar Dublín al enemigo, más bien que aventurarse á dar una batalla, cuya pérdida sería perderlo todo. Athlone era el mejor sitio de todo el reino para mantenerse en él. El paso del Shannon se podría defender hasta que llegaran de Francia los socorros que Melfort había ido á solicitar, y aquellos socorros cambiarían totalmente el carácter de la guerra. Pero los irlandeses, con Tyrconnel á la cabeza, se mostraban unánimes contra la idea de retirar. La nación entera se hallaba en un momento de excitación. Jacobo, muy complacido con el entusiasmo de sus súbditos, declaró terminantemente que no se deshonraría dejando la capital á los invasores sin descargar un solo golpe (1).

XXI.

Niégase Schomberg á presentar batalla.—Fraudes de la administración inglesa.

A los pocos días se vió claramente que Schomberg había determinado no pelear. Sus razones eran de peso. Tenía algunas buenas tropas holandesas y fran-

(1) *Life of James*, II, 377, 378. Orig. Mem.

cesas. Los de Enniskillen, que se le habían incorporado, habían hecho el aprendizaje militar, si bien de una manera algo irregular. Pero el grueso de su ejército consistía en aldeanos ingleses recién salidos de sus cabañas. Los mosqueteros tenían todavía que aprender á cargar los mosquetes; los dragones tenían todavía que aprender á manejar sus caballos, y estos reclutas inexpertos estaban mandados en su mayor parte por oficiales tan inexpertos como ellos. Sus tropas no eran, pues, en general, superiores en disciplina á las irlandesas, y en número eran muy inferiores. Y aun había más: encontraba que sus soldados estaban casi tan mal armados, tan mal alojados, tan mal vestidos como los celtas contra quienes combatían. La riqueza de la nación inglesa y las liberales concesiones del Parlamento inglés le daban derecho á esperar que se encontraría abundantemente provisto de todas las municiones de guerra. Pero sufrió un cruel desengaño. Desde la muerte de Cromwell la administración venía siendo cada vez más inútil, cada vez más corrompida, y ahora la revolución hizo madurar lo que la restauración había sembrado. Una multitud de empleados negligentes ó rapaces, formada en tiempo de Carlos y Jacobo, despojaban, mataban de hambre y envenenaban los ejércitos y escuadras de Guillermo. De éstos era el más importante Enrique Shales, que en el reinado anterior había sido comisario general del campo de Hounslow. No es fácil censurar al nuevo Gobierno por continuar haciendo uso de sus servicios, porque en su departamento aventajaba por su experiencia notablemente á cualquier otro inglés. Por desgracia, en la misma escuela en que había adquirido su experiencia había aprendido todo el arte de robar al público. La carne y el aguardiente que él daba eran tan

malos, que los soldados no los probaban de puro asco: las tiendas estaban podridas, las ropas eran insuficientes, los mosquetes se rompían al manejarlos. Se pusieron en cuenta al Gobierno gran número de zapatos; pero dos meses después de haberlos pagado el Tesoro aun no habían llegado á Irlanda. Se carecía casi por completo de medios de trasporte para el bagaje y la artillería. Habíase comprado buen número de caballos con el dinero público en Inglaterra, y habían sido enviados á las orillas del Dee. Pero Shales los cedió para el trabajo de la recolección á los labradores de Cheshire y se había embolsado el alquiler, dejando que las tropas de Ulster se arreglaran como pudieran (1). Schomberg creyó que si corría el riesgo de una batalla con un ejército mal disciplinado y mal provisto, contra fuerzas superiores, podría muy bien ser derrotado, y sabía que la derrota podía ser seguida de la pérdida de un reino, de la pérdida tal vez de tres reinos. Resolvióse, pues, á permanecer á la defensiva hasta que sus soldados se disciplinaran y hasta que llegasen refuerzos y provisiones.

Se atrincheró cerca de Dundalk de tal manera, que no pudieran obligarle á combatir contra su voluntad. Jacobo, envalentonado por la precaución de su adversario, y desatendiendo el consejo de Rosen, avanzó hasta Ardee; se presentó á la cabeza de todo el ejército irlandés delante de las líneas inglesas; formó la caballería, la infantería y la artillería en orden de batalla, é hizo desplegar su bandera. Los ingleses estaban impacientes por acometer. Pero su General había tomado una determinación, y no era hombre á quien conmovieran las bravatas del enemigo ni las

(1) Véase Grey, *Debates*, nov. 26, 27, 28, 1689, y el *Diálogo entre un Lord Lugarteniente y uno de sus delegados*, 1692.

murmuraciones de sus propios soldados. Durante algunas semanas permaneció seguro dentro de sus defensas, mientras los irlandeses se hallaban á algunas mi las de distancia. Dedicóse con asiduidad á disciplinar aquellos reclutas que formaban la mayor parte de su ejército; ordenaba á los mosqueteros ejercitarse constantemente en hacer fuego, tirando unas veces al blanco y otras veces en pelotones; y á juzgar por la manera como lo hacían al principio, se vió claramente que había obrado con prudencia al no hacerlos entrar en batalla. Vióse que de cuatro soldados ingleses no había uno que supiera en absoluto manejar su arma, y el que conseguía descargarla, en cualquier dirección que fuese, creía haber hecho una gran hazaña.

XXII.

Conspiración entre las tropas francesas al servicio de Inglaterra.

Mientras el Duque se ocupaba en estas cosas, los irlandeses observaban su campo sin atreverse á atacarlo Pero pronto aparecieron dentro de aquel campo dos males más terribles que el enemigo: la traición y la peste. Entre las mejores tropas que tenía á su mando figuraban los desterrados franceses. Y entonces surgió una grave duda tocante á su fidelidad. El verdadero refugiado hugonote era ciertamente de fiar. El disgusto con que el más celoso protestante inglés miraba la casa de Borbón y la Iglesia de Roma era un sentimiento apenas perceptible en compara-

ción del odio inextinguible que ardía en el pecho del calvinista de Languedoc perseguido, dragonado, expatriado. Los irlandeses habían notado ya que los herejes franceses no daban ni recibían cuartel (1). Sin embargo, sucedía entonces que con aquellos emigrados que habían sacrificado todo por la religión reformada, se mezclaban otros de clase muy diferente: desertores que habían abandonado sus estandartes en los Países Bajos, y que habían dado color á su crimen fingiendo ser protestantes y que su conciencia no les permitía combatir por el perseguidor de su Iglesia. Algunos de éstos, esperando con una segunda traición obtener perdón y recompensa, se pusieron en correspondencia con Avaux. Las cartas fueron interceptadas, y se descubrió un formidable complot. Resultó que, si Schomberg hubiera sido débil y hubiera cedido á las importunidades de los que le pedían que diera la batalla, varias compañías francesas en lo más empeñado de la acción hubieran hécho fuego sobre los ingleses y se hubieran pasado al enemigo. Semejante defección muy bien hubiera podido producir pánico general en un ejército mejor que el que estaba acampado bajo los muros de Dundalk. Fué necesario mostrar gran severidad. Seis de los conspiradores fueron ahorcados. Doscientos de sus cómplices, enviados en hierros á Inglaterra. Aun después de esto fueron mirados durante largo tiempo los refugiados por el resto del ejército con injusta suspicacia, bien natural por lo demás. Durante algunos días hubo razón fundada para temer que el enemigo

(1) *Diario de Nihe'l*. En una carta á Avaux, escrita poco después del desembarco de Schomberg, dice un oficial francés: «Les Huguenots font plus de mal que les Anglois, et tuent force Catholiques pour avoir fait résistance.»

se divirtiese con el espectáculo de una lucha sangrienta entre los soldados ingleses y los franceses, sus aliados (1).

XXIII.

Pestilencia en el ejército inglés.

Pocas horas antes de la ejecución de los principales conspiradores, hubo una revista general del ejército, y se observó que las filas de los batallones ingleses parecían haber disminuído. Desde el primer día de la campaña había habido muchos enfermos entre los reclutas. Pero hasta la época del equinoccio la mortandad no llegó á ser alarmante. Las lluvias otoñales en Irlanda son, en general, muy copiosas; y este año fueron más copiosas que de ordinario. En todo el país diluviaba, y el campamento del Duque se convirtió en un pantano. Los de Enniskillen estaban aclimatados. Los holandeses eran de una tierra que, según decía un ingenio de aquel siglo, rezuma cincuenta pies de agua. Tenían sus chozas secas y limpias, y los mandaban oficiales experimentados y cuidadosos que no les permitían omitir precaución alguna. Pero los aldeanos de Yorkshire y Derbyshire no tenían el cuerpo preparado para resistir tan perniciosa influencia, ni habilidad que les protegiera contra ella. Las malas provisiones que les daba la administración

---

(1) Story; Relación trasmitida por Avaux á Seignelay, nov. 26 (dic. 6), 1689; *London Gazette*, oct. 14, 1689. Es un hecho curioso que, aunque Dumont se hallaba en el campo atrincherado de Dundalk, no mencione en su manuscrito la conspiración de los franceses.

agravaban las enfermedades engendradas por el aire. Se carecía casi en absoluto de medicinas. Los cirujanos eran muy contados. Los cofres de medicinas apenas contenían más que hilas y emplastos para las heridas. Los ingleses enfermaban y morían á centenares. Aun aquellos á quienes no alcanzaba la pestilencia estaban enervados y abatidos, y en vez de desplegar la energía, que es el patrimonio de nuestra raza, aguardaban su destino con la indiferente apatía de los asiáticos. En vano Schomberg trataba de enseñarles á mejorar las condiciones de sus viviendas, y á cubrir la tierra mojada en que yacían con una espesa capa de helechos. El ejercicio era para ellos más terrible que la muerte. No era de esperar que hombres que no se asistían á sí propios se cuidaran de los demás. Nadie imploraba ni mostraba compasión. La familiaridad con los fúnebres espectáculos produjo una dureza de corazón y una desesperada impiedad, de que no se hallará ejemplo fácilmente en la historia de las enfermedades contagiosas. Los gemidos de los enfermos eran ahogados por las blasfemias y el ruido de la orgía á que se entregaban sus camaradas. No era raro ver sentado sobre el cadaver de un infeliz que había muerto por la mañana, otro infeliz destinado á morir antes de la noche, maldiciendo, entonando canciones licenciosas y bebiendo aguardiente á la salud del diablo. Cuando recogían los cadáveres para darles sepultura, los vivos murmuraban. Un muerto, decían, era un buen abrigo y un buen asiento. ¿Por qué, pues, habiendo provisión abundante de tan útiles objetos se había de exponer á la gente al aire frío y se les había de obligar á acostarse en el húmedo suelo? (1).

---

(1) Story, *Impartial History*; MS. Dumont. En muchos folle-

Muchos de los enfermos fueron enviados por los bajeles ingleses de la costa á Belfast, donde había sido preparado un gran hospital. Pero más de la mitad no llegaron al término del viaje. Algunos barcos permanecieron largo tiempo en la bahía de Carrickfergus cargados de cadáveres, y exhalando el hedor de la muerte sin un solo vivo á bordo (1).

El ejército irlandés padeció mucho menos á efecto del terrible azote. El campesino de Munster ó de Connaught se encontraba tan bien en el campamento como si hubiera estado en su propia cabaña de lodo aspirando los vapores del vecino tremedal. Naturalmente veía con alegría los sufrimientos de los heréticos sajones, y se lisonjeaba de que serían destruídos sin descargar un solo golpe. Oía con deleite los cañones haciendo descargas todo el día sobre las tumbas de los oficiales ingleses, hasta que al fin los entierros fueron demasiado numerosos para ser celebrados con pompa militar, y al triste estampido del cañón sucedió un silencio todavía más triste.

La superioridad numérica quedó entonces tan decididamente del lado de Jacobo, que pudo sin peligro destacar cinco regimientos de su ejército y enviarlos á Connaught. Sarsfield los mandaba. No ocupaba ciertamente en la estimación real el puesto que merecía. El Rey, con aire de superioridad intelectual que debe haber hecho morder los labios á Avaux y á Rosen, le declaró buen muchacho, pero no muy bien dotado de inteligencia. No sin gran dificultad pudo el Embajador conseguir de S. M. que ascendiera al rango de

---

tos contemporáneos en prosa y verso se menciona la vida impía y disoluta de los soldados en todo el tiempo que duró la epidemia. Véase, en especial, una sátira titulada: *Reformation of Manners*, part. II.

(1) Story, *Impartial History*.

brigadier al mejor oficial del ejército irlandés. Sarsfield justificó ahora plenamente la favorable opinión que de él habían formado sus protectores franceses. Desalojó á los ingleses de Sligo, y aseguró eficazmente Galway, que había estado en gran peligro (1).

No se hizo, sin embargo, ningún ataque contra las trincheras inglesas de las inmediaciones de Dundalk. En medio de dificultades y desastres que de hora en hora se multiplicaban, las grandes cualidades de Schomberg se mostraban cada vez de manera más ventajosa. Ni en el apogeo del triunfo, en el campo de Montes Claros, ni bajo los muros de Maestricht se había hecho tan digno de la admiración de la humanidad. Su resolución se mantuvo inquebrantable, su prudencia nunca se durmió. Su carácter, á despecho de múltiples vejaciones y provocaciones, se mantenía siempre alegre y sereno. El efectivo de las fuerzas que mandaba, aun considerando como tales á cuantos no yacían tendidos en el suelo sufriendo la fiebre, no pasaba de cinco mil hombres. Estos apenas podían atender al cumplimiento de sus deberes ordinarios; y, sin embargo, era necesario agobiarlos con dobles deberes. Con todo, tan soberanas eran las disposiciones del anciano, que con esta pequeña fuerza hizo frente durante algunas semanas á veinte mil soldados á quienes acompañaba una multitud de bandidos armados.

---

(1) Avaux, oct. 11 (21), nov. 14 (24) 1689; Story, *Impartial History; Life of James*, II, 382, 383. Orig. Mem.; Nihell, *Journal*.

XXIV.

Los ejércitos inglés é irlandés se retiran á cuarteles de invierno.

Por fin, á principios de noviembre, se dispersaron los irlandeses, retirándose á cuarteles de invierno. El Duque entonces levantó su campo y se retiró á Ulster. Justamente cuando los restos de su ejército se ponían en movimiento, corrió el rumor de que el enemigo se acercaba con grandes fuerzas. De confirmarse este rumor, el peligro hubiera sido extremado. Pero los regimientos ingleses, aunque habían quedado reducidos á la tercera parte de su contingente, y aunque los soldados que estaban mejor de salud apenas podían sostener las armas, mostraron extraña alegría y entusiasmo á la idea de una batalla, y juraron que los papistas pagarían caro lo que les habían hecho sufrir en aquel mes. « Á nosotros los ingleses, decía Schomberg identificándose con buena gracia con la gente del país que le había adoptado, no nos falta valor para combatir. Lástima que no tengamos igualmente algunas otras partes de lo que constituye el deber de un soldado.»

La alarma resultó falsa; el ejército del Duque partió sin ser molestado; pero el camino por donde se retiraba presentaba un espectáculo triste y lamentable. Una larga fila de carros cargados de enfermos caminaba dando enormes tumbos sobre el áspero pavimento. A cada vaivén algún infeliz exhalaba el último aliento. El cadáver era arrojado al camino, donde quedaba insepulto para ser presa de los zorros

y de los cuervos. El número total de los que murieron en el campo de Dundalk, en el hospital de Belfast, en el camino y en el mar ascendió á más de seis mil. Los que sobrevivieron fueron acuartelados para el invierno en las ciudades y aldeas de Ulster. El Duque fijó su cuartel general en Lisburn (1).

XXV.

Diversidad de opiniones acerca de la conducta de Schomberg.

Su conducta fué juzgada diferentemente. Personas discretas y sinceras declaraban que se había excedido á sí mismo, y que no había otro capitán en Europa que con soldados bisoños, con oficiales ignorantes, con provisiones escasas, teniendo que luchar á un tiempo con un ejército enemigo de gran superioridad numérica, con una infame administración, con un nido de traidores en su propio campo, y con una enfermedad más mortífera que la espada, hubiera llegado al término de la campaña sin perder una bandera ni un cañón. Por otra parte, muchos de aquellos mayores y capitanes recién nombrados, cuya ineptitud había aumentado las perplejidades del General y que no tenían más aptitud para los cargos que de-

(1) Story, *Impartial History; Despachos de Schomberg; Diario de Nihell; Vida de Jacobo;* Burnet, II 20; *Diario* de Dangeau durante este otoño; Relacion enviada por Avaux á Seignelay y MS. Dumont. El mentir de la *London Gazette* llega á lo monstruoso. Durante todo el otoño dice constantemente que las tropas se encuentran en buen estado. En el disparatado drama titulado el *Viaje Real*, representado para diversión del populacho de Londres en 1689, salen los irlandeses atacando á algunos ingleses enfermos de la epidemia. Los ingleses ponen en fuga á sus contrarios, y luégo caen muertos.

sempeñaban que el valor personal, murmuraban de la pericia y de la paciencia que les habían salvado la vida. Sus quejas encontraron eco al otro lado del Canal de San Jorge. Algunos de los que murmuraban, aunque injustos, tenían excusa. Los padres que habían enviado un valiente mancebo que se ponía por primera vez el uniforme é iba á hacerse un nombre glorioso, tenían excusa si, al saber que había muerto sobre un montón de paja, sin asistencia médica, y que había sido enterrado en un pantano sin ninguna ceremonia cristiana ni militar, su aflicción les hacía quejarse sin razón. Pero á las quejas de las familias de los muertos se mezclaban otras mucho menos dignás de respeto. Todos los aficionados á oir y decir noticias calumniaban al General que tan pocas les proporcionaba. Porque los hombres de esta clase son tan ávidos de excitación, que mucho más fácilmente perdonan al caudillo que pierde una batalla que al que no la quiere aceptar. Los políticos que emitían sus oráculos desde la más espesa nube de humo de tabaco del café de Garroway, preguntaban con aire inteligente, sin entender una palabra de la guerra en general, ni de la guerra de Irlanda en particular, por qué Schomberg no peleaba. No podían atreverse á decir que no entendía su profesión. Sin duda que había sido un gran oficial, pero era muy viejo; parecía llevar bien los años, pero sus facultades no eran lo que habían sido en otro tiempo: le faltaba la memoria, y era bien sabido que algunas veces olvidaba por la tarde lo que había hecho por la mañana. Puede dudarse que haya existido jamás un ser humano cuyo espíritu estuviera tan firme á los ochenta años como á los cuarenta. Pero que las facultades intelectuales de Schomberg habían sufrido muy poco á causa de los años, se prueba suficientemente con sus despachos, que toda-

vía se conservan, y que son modelos de estilo militar, terso, perspicuo, lleno de hechos importantes y razones de peso encerradas en el menor número de palabras posible. En aquellos despachos alude algunas veces sin enojo, pero con tranquilo desdén, á las censuras arrojadas sobre su conducta por hueros charlatanes, que no habiendo visto nunca ninguna operación militar más importante que el relevo de la guardia en Whitehall, imaginaban que el ganar grandes victorias en una situación cualquiera, y contra cualquier número de enemigos, era la cosa más fácil del mundo; ó por testarudos patriotas que estaban convencidos de que un carretero ó un aldeano inglés que no había aprendido todavía á cargar un fusil ni manejar una pica, valía por cinco mosqueteros de la casa real de Luis XIV (1).

XXVI.

Asuntos marítimos.

Si poco satisfactorios habían sido los resultados de la campaña de Irlanda, menos lo fueron todavía los resultados de las operaciones marítimas del año. Habíase esperado confiadamente que por mar, Inglaterra, aliada con Holanda, tendría superioridad sobre el poder de Luis XIV; pero todo salió mal. Herbert, después de la escaramuza sin importancia de Bantry Bay, había regresado con su escuadrilla á Portsmouth. Allí encontró que no había perdido nada de la buena

(1) Véanse sus despachos en el apéndice á las *Memorias* de Dalrymple.

opinión en que le tenían el público y el Gobierno. La Cámara de los Comunes le dió gracias por sus servicios, y recibió muestras señaladas del favor de la Corona. No había asistido á la coronación, y por tanto, había perdido su parte en las recompensas que con motivo de aquella solemnidad se habían distribuído entre los principales agentes de la revolución. La omisión fué reparada entonces, y fué creado conde de Torrington. El Rey fué á Portsmouth, comió á bordo del navío almirante, manifestó la más completa confianza en el valor y lealtad de la armada, armó caballeros á dos valientes capitanes, Cloudesley Shovel y Juan Ashby, y mandó que se distribuyera un donativo entre los marineros (1).

XXVII.

Mala administración de Torrington.

No es justo censurar á Guillermo por tener en gran opinión á Torrington. Porque éste era mirado generalmente como uno de los oficiales más bravos y entendidos de la armada. Había sido ascendido al grado de contralmirante de Inglaterra por Jacobo, que si de algo entendía era de marina. Torrington había dejado aquel y otros puestos lucrativos, cuando vió que no podía conservarlos sino sometiéndose á ser instrumento de la cábala jesuítica. Nadie había tomado parte más activa, más arriesgada ni más útil en que se hiciera la revolución. Parecía, pues, que nadie tenía más legítimo derecho á ser

(1) *London Gazette*, mayo 20, 1689.

puesto al frente de la administración marítima. Y sin embargo, nadie era más incapaz para aquel puesto. Su moral había sido siempre relajada. Tan relajada, que la firmeza con que en el reinado anterior había abrazado la causa de su religión había excitado gran sorpresa. Cierto que su gloriosa desgracia parecía haber producido efecto saludable en su carácter. En la pobreza y el destierro se había levantado de la voluptuosidad hasta el heroísmo. Pero tan pronto como volvió la prosperidad, el héroe volvió á ser hombre voluptuoso, y la caída fué profunda é irremediable. El temple de su espíritu, que durante algún tiempo se había mantenido firme, de tal modo se relajó ahora con el vicio, que fué totalmente incapaz de toda abnegación ó de todo ejercicio violento. Todavía conservaba el valor del marinero; pero tanto para almirante como para primer lord del Almirantazgo, era completamente incapaz. Uno y otro mes la escuadra que debía haber sido terror de los mares se mantenía en puerto, mientras él se estaba divirtiendo en Londres. Los marineros, jugando del vocablo con su nuevo título, le daban el nombre de Lord *Tarry-in town* (el que se detiene en la ciudad). Cuando venía á bordo, le acompañaba un enjambre de cortesanas. Apenas había hora del día ó de la noche en que no se hallara bajo la influencia del vino. Siendo insaciable de placer, se hizo naturalmente insaciable de riquezas. Durante largo tiempo había acostumbrado á exigir el más abyecto homenaje de los que estaban sometidos á su mando. Su barco era un pequeño Versalles. Hacía que los capitanes asistieran á su camarote cuando se acostaba, y que se reunieran todas las mañanas cuando se iba á levantar. Hasta llegó á permitir que le vistieran. Uno de ellos peinaba su flotante peluca, otro estaba pronto con la casaca bordada. Con

semejante jefe no podía haber disciplina. Los marineros pasaban el tiempo armando escándalos entre el populacho de Portsmouth. Los oficiales que granjeaban su favor con adulación y servilismo, fácilmente obtenían licencias y pasaban semanas enteras en Londres, de francachela en las tabernas, corriendo las calles ó haciendo el amor á las damas enmascaradas en el patio del teatro. Pronto comprendieron los proveedores con quién tenían que habérselas, y enviaron á la armada barriles de carne que los perros no hubieran tocado, y toneles de cerveza que olía peor que la aguada. En tanto, el Canal de la Mancha estaba á merced de los piratas franceses. Nuestros buques mercantes eran abordados á la vista de las fortificaciones de Plymouth. La flota cargada de azúcar procedente de Indias perdió siete barcos. El valor total de las presas hechas por los cruceros enemigos en la inmediata vecindad de nuestra isla, mientras Torrington estaba entregado á las delicias del vino y de su harém, fué calculado en seiscientas mil libras. Era tan difícil obtener el convoy de un barco de guerra, como no fuera dando inmensas cantidades, que nuestros comerciantes se vieron obligados á alquilar los servicios de buques holandeses armados en corso, encontrando mucho más útiles y menos codiciosos estos mercenarios extranjeros que los oficiales de nuestra real armada (1).

---

(1) *Commons' Journals*, nov. 13 y 23, 1689; Grey, *Debates*, nov. 13, 14, 18 y 23, 1689. Véanse, entre otros muchos pasquines, la *Parable of the Bearbaiting*, la *Reforma de las costumbres*, sátira, los *Plañideros de burlas*, sátira. Véase también el *Diario de Pepys en Tánger*, oct. 15, 1683.

XXVIII.

Asuntos del Continente.

El único departamento donde no se podía encontrar falta alguna era el de Negocios Extranjeros. Allí era Guillermo su propio ministro; y donde él era ministro, no había dilaciones, ni errores, ni traiciones, ni trampas. Las dificultades con que tenía que luchar eran grandes ciertamente. Aun en el Haya tenía que combatir una oposición que toda su prudencia y firmeza, con el vigoroso apoyo de Heinsius, apenas bastaba á dominar. Los ingleses no sabían que mientras ellos murmuraban de la parcialidad de su soberano por la tierra donde había nacido, un partido muy fuerte en Holanda murmuraba de su parcialidad por su tierra adoptiva. Los embajadores holandeses en Westminster se quejaban de que las condiciones de la alianza que proponía eran atentatorias á la dignidad y perjudiciales á los intereses de la República; que en tratándose del honor de la bandera inglesa se mostraba Guillermo escrupuloso y obstinado; que insistía enérgicamente en un artículo prohibiendo todo comercio con Francia, el cual no podía menos de sentirse gravemente en la Bolsa de Amsterdam; que cuando ellos manifestaban la esperanza de que sería revocada el acta de navegación, él se echaba á reir, diciéndoles que no pensaran en semejante cosa. Guillermo consiguió cuanto deseaba, y se hizo un contrato solemne, por el cual Inglaterra y la Federación Bátava se obligaban á formar estrecha alianza contra Francia y á no hacer la paz sino por mutuo consenti-

miento. Pero uno de los plenipotenciarios holandeses declaró su temor de ser un día acusado de traición por haber concedido tanto; y fácilmente se conocía que la firma del otro había sido trazada con mano temblorosa de emoción (1).

En tanto, por los hábiles manejos de Guillermo se había concluído un tratado de alianza entre los Estados Generales y el Emperador. España é Inglaterra se adhirieron á este tratado; y de este modo las cuatro grandes potencias, que desde hacía tiempo estaban unidas por una amistosa inteligencia, se encontraron ligadas por un contrato formal (2).

Pero antes de que aquel contrato estuviera firmado y sellado, todas las partes contratantes se hallaban en armas. A principios de 1689 la guerra devastaba todo el Continente, desde el Hemus á los Pirineos. Francia, atacada por todas partes á un tiempo, hizo en todas partes una vigorosa defensa; y sus aliados turcos distrajeron un gran ejército alemán en Servia y Bulgaria. En conjunto, los resultados de las operaciones militares del verano no fueron desfavorables á los confederados. Al otro lado del Danubio, los cristianos mandados por el príncipe Luis de Baden consiguieron una serie de victorias sobre los musulmanes. En los desfiladeros del Rosellón, las tropas francesas lucharon, sin alcanzar ninguna ventaja de-

---

(1) La mejor relación de estas negociaciones se hallará en Wagenaar, LXI. Pudo ver los papeles de Witsen, de los que hace largas citas. Witsen fué el que firmó presa de violenta agitación, «zo als—dice—myne beevende hand getuigen Kan.» Los tratados se hallarán en el *Corps Diplomatique* de Dumont. Se firmaron en agosto de 1689.

(2) El tratado entre el Emperador y los Estados Generales está fechado á 12 de mayo de 1689. Se hallará en el *Corps Diplomatique* de Dumont.

cisiva, contra el marcial paisanaje de Cataluña. Un ejército alemán á las órdenes del Elector de Baviera, ocupó el arzobispado de Colonia. Otro estaba mandado por Carlos, duque de Lorena, soberano que, arrojado de sus dominios por las armas de Francia, se había hecho soldado de fortuna y había alcanzado como tal honra y venganza. Marchó contra los devastadores del Palatinado, les obligó á retirarse á la otra orilla del Rhin, y después de un largo asedio tomó la importante y bien fortificada plaza de Mentz.

Entre el Sambre y el Mosa, los franceses, mandados por el mariscal Humieres, combatieron con los holandeses mandados por el Príncipe de Waldeck, oficial que servía desde largo tiempo con fidelidad y talento, aunque no siempre con buena fortuna, y el cual ocupaba alto puesto en la estimación de Guillermo. A las órdenes de Waldeck estaba Marlborough, á quien Guillermo había confiado una brigada inglesa formada con los mejores regimientos del antiguo ejército de Jacobo. Segundo de Marlborough en el mando, y segundo también en talento profesional, era Tomás Talmash, valiente soldado destinado á un fin que no se puede mencionar sin indignación y vergüenza. Entre el ejército de Waldeck y el ejército de Humieres no hubo ninguna acción general; pero en una serie de combates quedó la ventaja del lado de los confederados.

XXIX.

Escaramuza de Walcourt.

Ocurrió el más importante de estos combates en Walcourt. Los franceses atacaron un puesto avanzado defendido por la brigada inglesa; fueron rechazados vigorosamente y obligados á retirar en confusión, abandonando algunas piezas de campaña á los vencedores, y dejando más de seiscientos cadáveres. Marlborough, en ésta como en todas las ocasiones semejantes, se condujo como valiente y entendido capitán. Los Coldstream Guards mandados por Talmash, y el regimiento que es ahora el diez y seis de línea, mandado por el coronel Roberto Hodges, se distinguieron notablemente. También el regimiento real que pocos meses antes había alzado el estandarte de la rebelión en Ipswich, demostró en este día que al perdonar Guillermo aquella gran falta había demostrado tanta prudencia como generosidad. El testimonio que daba Waldeck en su despacho del valeroso comportamiento de los isleños, fué leído con gran deleite por sus compatriotas. Cierto que el combate no pasaba de una escaramuza, pero una escaramuza empeñada y sangrienta. Nadie recordaba ningún encuentro tan serio entre ingleses y franceses; y nuestros antepasados sentían el natural entusiasmo al ver que muchos años de inacción y vasallaje no habían disminuído, al parecer, el valor de la nación (1).

---

(1) Véase el despacho de Waldeck en la *London Gazette*, agosto 26, 1689; *Historical Records of the First Regiment of Foot*; Dangeau, agosto 28; *Monthly Mercury*, set. 1689.

XXX.

Acusaciones contra Marlborough.

Los jacobitas, sin embargo, descubrieron en los sucesos de la campaña materia abundante de acusación. Marlborough era, y no sin motivo, objeto de su odio más acendrado. En su conducta en el campo de batalla, la misma malicia poco podría censurar; pero había otras partes de su conducta que ofrecían un buen blanco á la murmuración. La avaricia es rara vez el vicio de un joven; rara vez lo es de un grande hombre; pero Marlborough fué uno de los pocos que en los albores de la juventud tuvieron más amor al lucro que á las mujeres y al vino, y que en el apogeo de la grandeza amaron más el lucro que el poder y la fama. Todos los dones preciosos que la naturaleza le había prodigado tenían para él valor en razón de lo que le producían. Á los veinte años sacaba dinero de su hermosura y robustez. Á los sesenta hacía dinero con su genio y su gloria. Los aplausos que justamente merecía su conducta en Walcourt no pudieron ahogar completamente las voces de los que murmuraban que donde quiera que se pudiese ganar ó ahorrar un escudo era el héroe un Euclio, un Harpagón; que aunque sacaba una gran cantidad so pretexto de tener mesa franca, nunca convidaba á comer á un oficial; que las listas de sus revistas eran fraudulentas; que cobraba las pagas de soldados muertos desde hacía mucho tiempo, de soldados que habían muerto á su vista en Sedgemoor cuatro años antes; que había veinte nombres de esta clase en un escuadrón, y treinta y seis en otro. Sólo la unión de

valor indomable y facultades superiores de inteligencia, juntamente con un carácter dulce y modales afectuosos, puede haberle permitido ganar y conservar, á despecho de defectos tan contrarios al carácter militar, la buena voluntad de sus soldados (1).

XXXI.

El papa Alejandro VIII sucede á Inocencio XI.

Hacia el tiempo en que los ejércitos contendientes se retiraban en todas partes de Europa á cuarteles de invierno, un nuevo pontífice subía á la catedra de San Pedro. Inocencio XI había muerto. Raro en verdad había sido su destino. Su sincero y ferviente amor á la Iglesia de que era cabeza le había inducido, en una de las más tristes circunstancias de la historia eclesiástica, á aliarse con sus mortales enemigos. La noticia de su muerte fué recibida con inquietud y alarma por príncipes y repúblicas protestantes, y con alegría y esperanza en Versalles y en Dublín. Luis XIV envió inmediatamente á Roma un embajador extraordinario de alto rango. Se hizo retirar la guarnición francesa que había en Avignon. Cuando los votos del cónclave se unieron en favor de Pedro Ottoberoni, antiguo cardenal que tomó el nombre de Alejandro VIII, el representante de Francia asistió á la instalación, llevó la capa pluvial del nuevo pontí-

(1) Véase el *Dear Bargain*, libelo jacobita impreso clandestinamente en 1690 «Después de este bribón (Marlborough)—dice el autor—no puedo mencionar ningún otro! Todos son inocentes comparados con él, hasta el mismo Kirke.»

fice, y puso en manos de Su Santidad una carta en la que el Rey Cristianísimo declaraba renunciar al odioso privilegio de proteger ladrones y asesinos. Alejandro llevó la carta á los labios, abrazó al portador, y habló lleno de entusiasmo de inmediata reconciliación. Luis XIV empezó á alimentar la esperanza de que la influencia del Vaticano podría emplearse en disolver la alianza entre la casa de Austria y el hereje usurpador del trono inglés. Jacobo fué todavía más allá. Llevó su necedad hasta creer que el nuevo Papa le daría dinero, y ordenó á Melfort, que había terminado entonces su misión en Versalles, que corriese á Roma y pidiera á Su Santidad que contribuyese con algo para la buena obra de mantener la religión pura en las Islas Británicas. Mas pronto se vió que aun cuando Alejandro emplease lenguaje diferente del de su predecesor, estaba determinado á seguir en lo esencial su política. La causa original de la contienda entre la Santa Sede y Luis XIV no había desaparecido. El Rey continuaba nombrando prelados; el Papa continuaba negándoles la institución; y la consecuencia era que la cuarta parte de las diócesis de Francia tuvieran obispos que no podían desempeñar ninguna función episcopal (1).

---

(1) Véanse los números del *Mercurio* de set. 1689 y de los cuatro meses siguientes Véase también el *Mercurius Reformatus* de Welwood de 18 y 25 de set. y 8 de octubre, 1689. Las instrucciones de Melfort y sus memoriales al Papa y al Cardenal de Este se encuentran en los *Nairne Papers;* y algunos extractos han sido impresos por Macpherson.

XXXII.

División entre el clero de la alta Iglesia con motivo de los juramentos.

No menos dividida estaba por este tiempo la Iglesia anglicana que la galicana. Habíase fijado el 1.º de agosto, por ley del Parlamento, para que antes de que terminara, todos los clérigos y beneficiados, y todas las personas que tuvieran empleos académicos, so pena de separación, jurasen obediencia á Guillermo y María. Durante el principio del verano, los jacobitas esperaban que el número de *nonjurors* fuera tan considerable que causara serias alarmas y dificultades al Gobierno. Pero esta esperanza se vió defraudada. Pocos ciertamente eran whigs entre el clero. Pocos eran toríes de aquella escuela moderada que reconocía con repugnancia y con reserva que los abusos extremos pueden algunas veces justificar que una nación acuda á remedios extremos. La gran mayoría de los eclesiásticos aun sostenía la doctrina de la obediencia pasiva; pero aquella mayoría estaba ahora dividida en dos secciones. Una cuestión que antes de la revolución no había salido del terreno especulativo, y que por tanto, aunque algunas veces surgiera incidentalmente, la mayoría de las personas la habían examinado sólo muy por encima, había llegado á ser importantísima en la práctica. Admitida la doctrina de la obediencia pasiva, ¿á quién se debía aquella obediencia? Mientras el derecho hereditario y la posesión habían estado unidos, no había lugar á duda; pero en la actualidad el derecho hereditario y la posesión es-

taban separados. Un príncipe elevado por la revolución reinaba en Westminster, aprobaba leyes, nombraba magistrados y prelados, mandaba ejércitos y escuadras. Sus jueces fallaban las causas. Sus sheriffs arrestaban á los deudores y ejecutaban á los criminales. La justicia, el orden, la propiedad cesarían de existir, y la sociedad se convertiría en un caos, si no fuera por su Gran Sello. Otro príncipe, depuesto por la revolución, vivía fuera del país. No podía ejercer ninguno de los poderes ni cumplir ninguna de las obligaciones de un gobernante, y al parecer sólo podía ser restaurado por medios tan violentos como los que se habían empleado para expulsarlo. ¿A cuál de estos dos príncipes debían los cristianos obediencia?

XXXIII.

Argumentos en favor del juramento.

Una gran parte del clero entendía que la letra de la Escritura les ordenaba someterse al soberano que estaba en posesión, sin entrar á discutir su título. Los poderes que el Apóstol, en el texto más familiar á los teólogos anglicanos de aquel siglo, declara ser ordenados por Dios, son no sólo los poderes cuyo origen legítimo puede demostrarse, sino los poderes que existen. Cuando se preguntó á Jesús si el pueblo elegido podía legalmente dar tributo á César, no contestó, preguntando á los que le proponían la cuestión, si César podía presentar un árbol genealógico demostrando que él descendía de la antigua estirpe real de Judá, sino si la moneda que tenían escrúpulo en depositar en el tesoro de César llevaba el cuño de César;

en otros términos: si César poseía la autoridad efectiva y cumplía las funciones de gobernante.

Sostiénese generalmente, con mucha apariencia de razón, que el comentario más digno de fe al texto de los Evangelios y de las Epístolas se encuentra en la práctica de los primitivos cristianos, siempre que aquella práctica se puede determinar fijamente; siendo así que los tiempos en que la Iglesia, según universalmente se reconoce, se mantuvo en el más alto grado de pureza, fueron tiempos de frecuentes y violentos cambios políticos. Uno de los Apóstoles vió arrojar del trono, por lo menos, cuatro emperadores en poco más de un año. Gran número de mártires del siglo III podrían recordar diez ó doce revoluciones. Aquellos mártires deben haber tenido ocasión frecuente de determinar cuáles eran sus deberes para con un príncipe recién elevado al poder por una insurrección triunfante. Que el temor del castigo les impidiese hacer lo que juzgaban justo, es una acusación que ningún infiel, discutiendo de buena fe, podría lanzar contra ellos. Y sin embargo, si hay alguna proposición que con perfecta confianza pueda afirmarse tocante á los primeros cristianos, es ésta: que nunca negaron obediencia á ningún gobernante efectivo á causa de la ilegitimidad de su título. Cierto que en una ocasión reclamaban el poder supremo veinte ó treinta competidores. No había provincia desde Bretaña hasta Egipto que no tuviera su augusto. Todos estos pretendientes no podían ser legítimos emperadores. Sin embargo, no resulta que en ningún lugar hayan tenido escrúpulo los fieles en someterse á la persona que ejercía allí las funciones imperiales. Mientras el cristiano de Roma obedecía á Aureliano, el cristiano de Lyon obedecía á Tétrico, y el cristiano de Palmira obedecía á Zenobia. «Día y noche—tales son las palabras que el

gran Cipriano, obispo de Cartago, dirigía al representante de Valeriano y Galieno,—día y noche, nosotros los cristianos rogamos al único Dios verdadero por la seguridad de nuestros emperadores.» Sin embargo, aquellos emperadores habían derribado pocos meses antes á su predecesor Emiliano, quien á su vez había derribado á su predecesor Galo, el cual había subido al poder por encima de las ruinas de su predecesor Decio, el cual había dado muerte á su predecesor Filipo, el cual había dado muerte á su predecesor Gordiano. ¿Era posible creer que un santo que en el breve espacio de trece ó catorce años había profesado leal obediencia á esta serie de rebeldes y regicidas, hubiera hecho un cisma en la Iglesia cristiana por no reconocer como reyes á Guillermo y María? Cien veces los teólogos anglicanos que habían jurado fidelidad á los nuevos reyes desafiaron á sus más escrupulosos hermanos á que citaran un solo ejemplo en que la Iglesia primitiva hubiera negado obediencia á un usurpador triunfante, y cien veces habían evadido éstos el reto. Los *nonjurors* poco tenían que decir en este punto, excepto que los precedentes no tenían fuerza cuando se oponían á los principios, proposición que no estaba bien en una escuela que siempre había profesado reverencia casi supersticiosa á la autoridad de los Padres de la Iglesia (1).

(1) Véase la *Respuesta de un nonjuror al desafío del Obispo de Sarum* en el Apéndice á la Vida de Kettlewell. Entre los MSS. de Tanner de la biblioteca Bodleiana, hay un papel que me aventuro á citar por haberlo creído Sancroft digno de que se conservara. Su autor, vehemente enemigo del juramento, después de intentar evadir por una multitud de lamentables artificios el argumento presentado por un clérigo más condescendiente, relativo á la práctica de la primitiva Iglesia, prosigue de este modo: «Supongamos que tódos los cristianos de los primeros siglos, desde el tiempo de los mismos Apóstoles, hayan dado tan poca impor-

No debían inspirar gran respeto los precedentes sacados de épocas posteriores y más corrompidas. Pero aun en la historia de épocas posteriores y más corrompidas, no podían fácilmente los *nonjurors* encontrar ningún precedente que sirviera á su propósito. En nuestro propio país han ocupado el trono muchos reyes que no tenían derecho hereditario; pero nunca se había creído incompatible con el deber de un cristiano el ser vasallo leal de tales reyes. La usurpación de Enrique IV, la usurpación, más odiosa, de Ricardo III, no habían producido cisma alguno en la Iglesia. Tan pronto como el usurpador se aseguró en el trono, los obispos le habían hecho homenaje de sus dominios: las convocaciones le habían presentado instancias y concedido subsidios, y nunca había declarado ningún casuista que semejante acatamiento á un príncipe reinante fuera pecado mortal (1).

---

tancia á los juramentos prestados á príncipes anteriores como él indica; ¿ha de decir por eso que semejante práctica se tome como regla? Hombres, por otra parte, de principios muy ortodoxos han hecho cosas malas, y muchas veces las han defendido.» El argumento de la práctica de los primitivos cristianos aparece muy bien presentado en un folleto que lleva por título: *La doctrina contraria á la resistencia, ó de la obediencia pasiva, no tiene relación alguna con las controversias existentes en la actualidad entre guillermistas y jacobitas, por un gentleman laico, de la comunión de la Iglesia de Inglaterra, según ha sido establecida por la ley*, 1689.

(1) Una de las comunicaciones más lisonjeras, jamás votada por una *Convocación*, fué la dirigida á Ricardo III. Se hallará en Wilkin, *Concilia*. Dryden, en su hermoso *rifacimento* de uno de los más bellos pasajes del prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, hace que el buen párroco renuncie su beneficio antes que reconocer al Duque de Lancaster como rey de Inglaterra. Ni en el poema de Chaucer, ni en parte alguna, hay el menor fundamento para semejante ficción. Dryden quería escribir algo que lastimara á los que entre el clero hubieran jurado, para lo cual atribuyó á un sacerdote católico del siglo XIV una superstición nacida entre los sacerdotes anglicanos del siglo XVII.

La enseñanza de las autoridades de la Iglesia anglicana aparecía en estricta armonía con la práctica de todo el mundo cristiano. La homilía sobre la rebelión voluntaria, discurso que prescribe sin limitación alguna el deber de obedecer á los gobernantes, no habla más que de los gobernantes de hecho. Y, lo que aun es más, se dice al pueblo distintamente en aquella homilía que está obligado á obedecer, no sólo á su príncipe legítimo, sino á cualquier usurpador á quien Dios, enojado, les envíe en castigo de sus pecados. Y seguramente sería el colmo del absurdo decir que debemos aceptar con sumisión los usurpadores que Dios, irritado, nos envíe, pero que debemos obstinadamente negar nuestra obediencia á los usurpadores que nos envíe en señal de gracia. Concedamos que fuera un crimen invitar á venir al Príncipe de Orange, un crimen unírsele, un crimen hacerle rey; sin embargo, ¿qué es toda la historia del pueblo hebreo y de la Iglesia cristiana sino la narración de una serie de casos en que la Providencia ha hecho salir el bien del mal? ¿Y qué teólogo afirmaría que, en tales casos, por aborrecimiento del mal, debemos rechazar el bien?

Fundándose en estas razones un gran cuerpo de teólogos, que seguían sosteniendo la doctrina de que resistir al soberano debe ser siempre acción culpable, declaraban que Guillermo era ahora el soberano á quien sería pecado resistir.

XXXIV.

Argumentos en contra del juramento.

Á estos argumentos replicaban los *nonjurors* que al hablar San Pablo de los poderes existentes habría querido decir de los legítimos poderes existentes; y que dar otra interpretación á sus palabras sería ultrajar el sentido común, deshonrar la religión, escandalizar á los creyentes poco firmes, y dar ocasión de triunfo á los burlones. Debía ser contrario á los sentimientos de toda la humanidad que tan pronto como un rey, por evidente que fuera su derecho, por muy sabia que fuera su administración, es arrojado del trono por traidores, todos sus servidores están obligados á abandonarle y á ponerse del lado de sus enemigos. En todas las edades y naciones, la fidelidad á una buena causa en la desgracia ha sido mirada como una virtud. En todas las edades y naciones, el político cuya práctica fuera estar siempre del lado del vencedor, había sido mirado con desprecio. Esta nueva manera de ser tory era peor que ser whig. Romper los lazos de la obediencia porque el rey fuese un tirano, era sin duda muy gran pecado; pero era un pecado para el cual se podían encontrar nombres y pretextos especiosos, y en el que fácilmente podía incurrir cualquier hombre valiente y generoso, no instruído en la verdad divina ni custodiado por la divina gracia. Pero romper los lazos de obediencia solamente porque el soberano fuera desgraciado, no sólo era acción mala, sino vil. ¿Podía ningún incrédulo inferir mayor insulto á las Escrituras, que asegurar que

las Escrituras habían impuesto á los cristianos como deber sagrado lo que la luz de la naturaleza había enseñado á los gentiles á mirar como el último exceso de bajeza? En la Escritura se halla la historia de un rey de Israel, arrojado de su palacio por un hijo desnaturalizado, y obligado á huir allende el Jordán. David, como Jacobo, tenía el derecho; Absalón, como Guillermo, tenía la posesión. ¿Se atrevería ningún conocedor de la Sagrada Escritura á afirmar que la conducta de Shimei en aquella ocasión se proponía como modelo para ser imitada, y que Barcillai, que lealmente siguió á su señor fugitivo, resistiría á los mandatos de Dios y se condenaba por semejante hecho? ¿Podría afirmar seriamente ningún hijo verdadero de la Iglesia anglicana que el que fuera ferviente realista hasta después de la batalla de Naseby, que entonces se pasara al Parlamento, que tan pronto como se había expurgado el Parlamento se hubiera hecho servidor obsequioso del *Rump*, y que tan pronto como el *Rump* había sido arrojado se declarase súbdito fiel del Protector, era más digno del respeto de los cristianos que el firme caballero veterano que se mantenía fiel á Carlos I en la prisión y á Carlos II en el destierro, y que estaba pronto á poner en peligro hacienda, libertad y vida, antes que reconocer, de palabra ó por obra, la autoridad de cualquiera de los gobiernos que durante aquellos tiempos calamitosos habían obtenido la posesión de un poder que no les correspondía legítimamente? ¿Y qué diferencia había entre aquel caso y el que había surgido ahora? Que Cromwell había tenido tanto poder como Guillermo, mucho más que Guillermo, era completamente cierto. Que el poder de Guillermo, lo mismo que el de Cromwell, tenía origen ilegítimo, no lo pondría en duda ningún teólogo que sostuviera la doctrina contraria á la resistencia.

¿Cómo, pues, era posible que semejante teólogo negase el deber de la obediencia á Cromwell, y, sin embargo, afirmase que se debía á Guillermo? Suponer que semejante contradicción fuera sincera, no sería caridad, sino debilidad. Los que estaban resueltos á cumplir la ley del Parlamento harían mejor en hablar claro y decir lo que todo el mundo sabía: que cumplían aquella ley simplemente por salvar sus beneficios. El motivo era sin duda muy poderoso. Que un clérigo que fuera esposo y padre pensara con terror en el 1.° de agosto y 1.° de febrero, era natural. Pero sería bien que recordase que por terrible que fuera el día de la suspensión y el día del despojo, vendrían seguramente otros dos días más terribles todavía: el día de la muerte y el día del juicio (1).

Este razonamiento aumentaba no poco la perplejidad del clero que iba á jurar. Nada les producía tanto efecto como la analogía, que los *nonjurors* no se cansaban nunca de señalar, entre la usurpación de Cromwell y la usurpación de Guillermo. Porque no había en aquel siglo ningún partidario de la alta Iglesia que no se creyese reducido á reconocer un absurdo si se hubiera visto precisado á decir que la Iglesia había mandado á sus hijos que obedeciesen á Cromwell. Y, sin embargo, era imposible demostrar que Guillermo estuviera más plenanente en posesión del poder supremo que Cromwell lo había estado. Los partidarios del juramento evitaban, pues, la discusión de este punto con los *nonjurors*, tan cuidadosamente como los *nonjurors* evitaban el discutir la cuestión de la práctica

(1) Véase la *Defensa de la Profesión de fe que el muy Reverendo Padre en Dios, Juan Lake, lord obispo de Chichester, hizo en el lecho de muerte, respecto á la obediencia pasiva y los nuevos juramentos*, 1690.

de la primitiva Iglesia con los partidarios del juramento.

Lo cierto es que la teoría de gobierno enseñada desde hacía largo tiempo por el clero era tan absurda, que á nada que no fuera absurdo podía conducir. Tanto que jurase como que se negase á jurar, el sacerdote que abrazase aquella teoría se encontraba igualmente imposibilitado de dar una explicación racional de su conducta. Si juraba, sólo podía vindicar su juramento estableciendo proposiciones contra las cuales todo corazón honrado instintivamente se subleva, proclamando que Cristo había mandado á la Iglesia abandonar la causa legítima tan pronto como aquella causa cesara de prosperar, y fortalecer la maldad triunfante contra la virtud oprimida. Y, sin embargo, aun con ser tan fuertes las objeciones á esta doctrina, las que se oponían á la doctrina de los *nonjurors* eran, si cabe, más fuertes todavía. Según éstos, una nación cristiana debe siempre hallarse en estado de esclavitud ó en estado de anarquía. Algo puede decirse en defensa del hombre que sacrifica la libertad al mantenimiento del orden. Algo puede decirse en defensa del que sacrifica el orden á la conservación de la libertad. Porque la libertad y el orden son dos de los mayores beneficios que puede disfrutar una sociedad; y cuando desgraciadamente son incompatibles, los que abrazan cualquiera de estas dos causas deben ser tratados con mucha indulgencia. Pero el *nonjuror* no sacrificaba la libertad al orden ni el orden á la libertad, sino juntamente la libertad y el orden á una superstición tan estúpida y degradante como el culto egipcio de los gatos y de las cebollas. Mientras una persona particular, que sólo se diferenciaba de otras personas por el mero accidente del nacimiento, ocupaba el trono, aunque fuera un

Nerón, no debía nadie insubordinarse contra él. Cuando cualquiera otra persona ocupase el trono, aun cuando fuera un Alfredo, no se le debía obedecer. Nada importaba que la administración de la dinastía que tenía el derecho hereditario fuera insensata é infame, ni que fuera prudente y virtuosa la del Gobierno salido de la revolución. Ni podía fijarse limitación de tiempo contra el derecho de la familia expulsada. El trascurso de los años, el trascurso de siglos no introducían cambio alguno. Hasta el fin del mundo debían los cristianos regir su conducta política simplemente según la genealogía de su gobernante. El año 1800, el año 1900 podrían encontrar príncipes que fundaran su derecho en los votos de la Convención, y los cuales reinaran en paz y prosperidad. Nada importaba: seguirían siendo usurpadores; y si en el siglo XX ó en el siglo XXI cualquier persona que pudiera ostentar mejor derecho por parentesco á la Corona reclamaba de una remota posteridad que le reconociese como rey, el llamamiento debía ser obedecido so pena de eterna perdición.

Bien podía un whig alegrarse á la idea de que las controversias que habían surgido entre sus adversarios habían demostrado la excelencia de su credo político. Ambas partes contendientes, durante largo tiempo habían estado de acuerdo en acusarle de un error impío; ahora le habían vindicado eficazmente y se habían refutado entre sí. El partidario de la alta Iglesia que prestaba los juramentos había demostrado con argumentos irrefutables, sacados de los Evangelios y las Epístolas, de la práctica uniforme de la Iglesia primitiva y de las explícitas declaraciones de la Iglesia anglicana, que los cristianos no estaban obligados en todos los casos á prestar obediencia al príncipe que tenía el derecho hereditario. El

partidario de la alta Iglesia que no prestase los juramentos había demostrado, con igual evidencia, que los cristianos no estaban obligados en todos los casos á obedecer al príncipe reinante. De aquí se deducía que para que un Gobierno tuviera derecho á la obediencia de los súbditos, se necesitaba algo más que la mera legitimidad, y algo más también que la mera posesión. Cuál fuera esto, los whigs no tenían inconveniente en declararlo. En su opinión, el fin para que habían sido instituídos todos los gobiernos era la felicidad de la sociedad. Mientras el magistrado fuese, en lo esencial, no obstante algunas faltas, un ministro del bien, la razón enseñaba á la humanidad á obedecerle; y la religión, sancionando solemnemente la enseñanza de la razón, ordenaba á la humanidad reverenciarle como encargado de una misión divina. Pero si resultaba ser un ministro malo, ¿por qué razón se le había de considerar como representante divino? Los toríes que admitían el juramento habían demostrado que no se le debía considerar así en atención al origen de su poder: los toríes que no lo admitían habían demostrado con igual claridad que no se le debía considerar así en atención á la existencia de ese mismo poder.

Algunos whigs de carácter duro y violento hacían ostentoso alarde de su triunfo, burlándose con implacable insolencia del clero indeciso y dividido. Generalmente fingían mirar al *nonjuror* con despreciativa lástima como fanático estúpido y perverso, pero sincero, cuya absurda práctica estaba en armonía con su absurda teoría, y el cual podía alegar como excusa de la alucinación que le impulsaba á arruinar su país, que la misma alucinación le había impulsado á causar su propia ruina. Reservaban sus más sangrientas burlas para aquellos teólogos que habiéndose

distinguido cuando el bill de Exclusión y la conspiración de Rye House por su celo en favor del derecho divino é incontrastable del soberano hereditario, estaban ahora prontos á jurar fidelidad á un usurpador.

¿Era éste, pues, el verdadero sentido de todas aquellas sublimes frases que durante veintinueve años habían resonado en innumerables púlpitos? ¿Por ventura los millares de clérigos que tan altamente se habían alabado de la inalterable lealtad de su orden querían significar tan sólo que su lealtad no cambiaría hasta el primer cambio de fortuna? Era ocioso, no era decente en ellos pretender que su conducta actual estuviera conforme con su anterior lenguaje. Si algún reverendo doctor se hubiera al fin convencido de que había estado en el error, debía seguramente, con una franca retractación, reparar en lo posible la honra de los perseguidos, de los calumniados, de los asesinados defensores de la libertad. Si estaba todavía convencido de la bondad de sus antiguas opiniones, debía compartir varonilmente la suerte de los *nonjurors*. El que confiesa un error, decían, es digno de respeto; es también digno de respeto el que sufre animosamente por el error; pero no es posible respetar á un ministro de la religión que, al mismo tiempo que asegura que todavía profesa los principios de los toríes, pone en salvo su beneficio prestando un juramento que sólo se puede aceptar honradamente, dentro de los principios whigs.

Estos reproches, que tal vez no fueran del todo injustos, eran inoportunos. Los más prudentes y moderados whigs, conociendo que el trono de Guillermo no podía sostenerse firmemente si no tenía base más ancha que su propio partido, se abstuvieron en esta ocasión de burlas é insultos, y trataron de vencer los escrúpulos y calmar la irritación del clero. El poder

colectivo de los rectores y vicarios de Inglaterra era inmenso; y era mucho mejor que jurasen fundándose en la más fútil razón que pudiera encontrar un sofista, que no que se negaran á jurar.

XXXV.

La gran mayoría del clero presta los juramentos.

Pronto se vió claramente que las razones en pro del juramento, estando sostenidas como lo estaban por algunos de los motivos más poderosos que pueden influir en la mente humana, habían prevalecido. Las veintinueve trigésimas partes del clero, próximamente, se sometieron á la ley. La mayoría de los clérigos de la capital, que formaban entonces clase aparte y que se distinguían del clero rural tanto por la liberalidad de sus sentimientos como por su elocuencia y saber, mostraron muy pronto su adhesión al Gobierno con todas las señales de cordial afección. Ochenta de éstos acudieron juntos, antes de que espirara el plazo, á Westminster Hall, donde prestaron el juramento. La ceremonia fué tan larga, que casi no se hizo otra cosa aquel día en el Tribunal de la Cancillería y en el Banco del Rey (1). Pero la generalidad cumplieron tarde y de mala gana. Muchos, á no dudar, sacrificaron deliberadamente sus principios en aras del interés. La conciencia les decía que estaban cometiendo un pecado. Pero no tenían fortaleza bastante para renunciar á la casa parroquial, al jar-

(1) *London Gazette*, junio 30, 1689, *Diario de Narciso Luttrell*. «Los hombres más eminentes,» dice Luttrell.

dín, á las tierras beneficiales y á irse sin saber dónde encontrarían comida y techo para ellos y para sus hijos. Muchos juraron con dudas y recelos (1). Algunos declararon en el momento de prestar el juramento, que no prometían no someterse á Jacobo si alguna vez se hallaba en condiciones de reclamar su obediencia (2). Algunos clérigos del Norte se dirigían en 1.º de agosto á jurar en compañía, cuando se enteraron en el camino de la batalla que se había dado cuatro días antes en el desfiladero de Killiecrankie. Inmediatamente dieron vuelta, y no volvieron á salir de sus casas con este objeto hasta que no hubo duda de que la victoria de Dundee no había introducido cambio alguno en el estado de los negocios públicos (3). Aun de aquellos cuya inteligencia estaba plenamente convencida de que la obediencia se debía al Gobierno existente, muy pocos besaban el libro con el entusiasmo con que anteriormente habían empeñado su fe á Carlos y á Jacobo. Pero al fin ello se hizo. Diez mil clérigos habían invocado solemnemente el testimonio del cielo al prometer que serían fieles súbditos de Guillermo; y si bien esta promesa en modo alguno debía considerarse como prenda de que le apoyarían vigorosamente, les despojaba por lo menos de gran parte del poder que tenían de hacerle daño. No podían, sin perder enteramente aquel público respeto de que dependía su influencia, atacar, como no fuese de una manera indirecta y tímidamente precavida, el trono de aquel á

(1) Véase en la *Vida de Kettlewell*, III, 72, la retractación redactada por él para un clérigo que había jurado, y que después se arrepintió de haberlo hecho.

(2) Véase la relación de la conducta del Dr. Dove en el *Diario* de Clarendon, y la relación de la conducta del Dr. Marsh en la *Vida de Kettlewell*.

(3) *Anatomía de un tory jacobita*, 1690.

quien en presencia de Dios se habían comprometido á obedecer como á su rey. Algunos de ellos, es cierto, leían las oraciones por los nuevos soberanos en un tono especial cuyo significado no podía ser dudoso (1). Otros llevaban todavía más allá la falta de decoro. Así, un miserable, acabando de hacer la oración por Guillermo y María en el acto más solemne del culto, brindó por su condenación. Otro, después de ejecutar el servicio divino en un día de ayuno designado por la autoridad de los soberanos, hizo que á la comida le sirvieran un pastel de pichón, diciendo, al trincharlo, que ojalá fuera el corazón del usurpador. Pero tan audaz infamia era rara sin duda, y más bien perjudicaba á la Iglesia que al Gobierno (2).

XXXVI.

Los "Nonjurors." – Ken.

Los clérigos é individuos de las universidades que sufrieron la pena impuesta por la ley fueron próximamente en número de cuatrocientos. Los principales en dignidad eran el Primado y seis de sus sufragáneos, Turner de Ely, Lloyd de Norwich, Frampton de Gloucester, Lake de Chichester, White de Peterborough y Ken de Bath y Wells. Tomás de Worcester hubiera sido el s ptimo, pero murió tres semanas antes del día de la suspensión. En su lecho de muerte conjuró al clero de su diócesis á que se mantuviera

(1) *Diálogo entre un whig y un tory.*

(2) *Diario de Narciso Luttrell,* nov. 1691, feb., 1692.

fiel á la causa del derecho hereditario, y declaró que los teólogos que trataban de demostrar que se podía prestar juramento sin apartarse de las buenas doctrinas de la Iglesia de Inglaterra, razonaban, en su opinión, más jesuíticamente que los mismos jesuitas (1).

Ken, el cual en cualidades intelectuales y morales era el primero entre los prelados que se negaban á jurar, vaciló durante largo tiempo. Pocos había en el clero en mejores condiciones para someterse al nuevo Gobierno. Porque en la época en que la condenación de la resistencia y el elogio de la obediencia pasiva eran los temas favoritos de sus colegas, él apenas había aludido á la política en el púlpito. Declaró que los argumentos en favor del juramento eran muy poderosos. Llegó hasta declarar que sus escrúpulos desaparecerían por completo si pudiera convencerse de que Jacobo había entrado en algún compromiso para ceder Irlanda al Rey de Francia. Es, pues, evidente que la diferencia entre Ken y los whigs no era una diferencia de principio. Él creía, como ellos, que el mal gobierno llevado hasta cierto punto, justificaba que se trasladase la obediencia á otro señor, y dudaba únicamente si el mal gobierno de Jacobo había llegado en efecto hasta ese punto. Y lo que aun es más, el buen obispo empezó á preparar una pastoral explicando sus razones para prestar el juramento. Pero antes de terminarla tuvo noticias que le convencieron de que Irlanda no había sido ofrecida á Francia; se multiplicaron sus dudas; arrojó al fuego la carta sin concluir, é imploró de sus menos escrupulosos amigos que no le hicieran ir más allá. Estaba seguro, decía, de que ellos habían obrado con rectitud; se

(1) *Vida de Kettlewell*, III, 4.

alegraba de que hubieran podido hacer con tranquilidad de conciencia lo que él no podía; comprendía la fuerza de sus razonamientos; sólo le faltaba persuadirse, y no quería escucharles más tiempo por miedo de persuadirse completamente; porque si juraba y renacían luego sus escrúpulos, sería el más desdichado de los hombres. Ni por la riqueza, ni por su palacio, ni por la dignidad de Par quería correr el más leve riesgo de sentir jamás la tortura del remordimiento. Es un hecho curioso que de los siete prelados que no juraron, el único cuyo nombre es de gran peso estuviera á punto de jurar, y no lo hiciera, según él mismo reconoció, no por la fuerza de la razón, sino por una escrupulosidad excesiva que no aconsejaba imitar á los demás (1).

---

(1) Véase la Carta de Turner á Sancroft, fechada el día de la Ascensión de 1689. El original se encuentra en los MSS. Tanner de la Biblioteca Bodleiana. Pero se hallará esta carta con otras muchas cosas curiosas en la *Vida de Ken por un laico*, publicada recientemente. Véase tambien la *Vida de Kettlewell*, I I. 95; y la carta de Ken á Burnet, fechada en 5 de oct. 1689, en la *Vida de Ken* por Hawkins. «Estoy segura—escribía Lady Russell al doctor Fitzwilliam—de que el Obispo de Bath y Wells excitó á otros á que jurasen, y aunque él no haya podido convencerse á sí mismo, se alegra de que los demás juren.» Ken declaró que no había aconsejado á nadie que jurase, y que su costumbre había sido siempre remitir á los que le pedían consejo á sus propios estudios y oraciones. Se hallará que la afirmación de Lady Russell y la negativa de Ken vienen á decir casi lo mismo, si se atiende á la situación especial y á los sentimientos de cada uno, circunstancias que deben tenerse en cuenta, aun al pesar el testimonio de los más veraces testigos. Ken, resuelto por último á unir su suerte á la de los *nonjurors*, trató, como era natural, de vindicar su consecuencia hasta donde se lo permitió su honradez. Lady Russell, deseando inducir á su amigo á que jurase, hablaba, como era natural, de la buena disposición de Ken en tal sentido, cuanto honradamente podía hacerlo. Fué demasiado lejos, al usar la palabra «excitaba.» Por otra parte, es claro que Ken, remitiendo los que le pregunta-

Entre los sacerdotes que se negaron á jurar había algunos hombres eminentes en el mundo del saber, tales como gramáticos, cronólogos, canonistas y anticuarios, y muy pocos que se distinguieran por el ingenio y elocuencia; pero apenas puede nombrarse uno capaz de discutir cualquier gran cuestión de moral ó de política, uno cuyos escritos no indiquen ó gran debilidad ó gran inconsecuencia de espíritu. Los que miren con desconfianza la opinión de un whig en este punto, concederán probablemente algún peso al juicio que muchos años después de la revolución expresaba un filósofo de quien los tories se enorgullecen con justicia. Johnson, después de examinar los celebrados teólogos que habían creído culpable rendir obediencia á Guillermo III y á Jorge I, declaró que en todo el cuerpo de los *nonjurors* sólo había uno, y nada más que uno, capaz de razonar (1).

---

ban á sus propios estudios y oraciones, les daba á entender que, en su opinión, el juramento era legal para aquellos que, después de un detenido examen, lo encontraban legal. Si le hubieran preguntado si legalmente podían cometer perjurio ó adulterio, es seguro que no les contestaría que examinaran el punto maduramente empleando la dirección divina, sino que se abstuvieran so pena de eterna perdición.

(1) Véase la conversación de 9 de junio de 1784 en la *Vida de Johnson* de Boswell, y la nota. Boswell, con su ordinaria falta de sentido, asegura que no es posible que Johnson haya recordado que los siete obispos tan justamente célebres por su magnánima resistencia al poder arbitrario, habían sido, sin embargo, *nonjurors*.» De los siete, sólo cinco fueron *nonjurors*; y sólo Boswell puede haber ignorado que un hombre puede muy bien resistir al poder arbitrario, y sin embargo no razonar bien. Y todavía hay más: la resistencia hecha por Sancroft y los otros obispos *nonjurors* al poder arbitrario, mientras continuaban sosteniendo que la resistencia era culpable, es la prueba más decisiva de que eran incapaces de razonar. Se recordará que estaban dispuestos á despojar de todo el poder real á Jacobo y á concedérselo á Guillermo con el título de regente. Su único escrúpulo era acerca de la palabra rey.

XXXVII.

Carlos Leslie.

El *nonjuror* en favor del cual establecia Johnson esta excepción, era Carlos Leslie; el cual antes de la revolución había sido canciller de la diócesis de Connor en Irlanda. Había figurado en primer término entre los que hacían oposición á Tyrconnel; en su calidad de justicia de paz de Monaghan, se negó á reconocer á un papista como sheriff de aquel condado, y había tenido el valor de hacer prender por actos de bandidaje á algunos oficiales del ejército irlandés. Pero la doctrina que condena la resistencia, tal como había sido enseñada por los teólogos anglicanos en tiempo de la conjuración de Rye House, se hallaba inalterablemente fija en su espíritu. Cuando la situación de Ulster llegó á ser tal que el protestante que permaneciera allí no podía menos de ser ó rebelde ó mártir, Leslie huyó á Londres. Con su talento y sus relaciones hubiera podido obtener fácilmente cualquier alto empleo en la Iglesia anglicana. Pero él ocupó su puesto en la primera fila de la cohorte jacobita, y permaneció allí firmemente á través de todos los peligros y vicisitudes de treinta y tres años de

---

Me sorprende que Johnson haya declarado á Guillermo Law mal dialéctico. Law incurrió, es cierto, en grandes errores; pero eran errores de que no podía haberle preservado la lógica. En pura habilidad dialéctica pocos le eran superiores. Ningún whig podrá negar de buena fe que más de una vez salió victorioso de Hoadley. Pero Law no pertenece á la generación de que tengo que tratar.

turbulencias. Aunque empeñado constantemente en controversias teólogicas con deístas, judíos, socinianos, presbiterianos, papistas y cuákeros, encontró tiempo para ser uno de los escritores políticos más fecundos de su siglo. De todo el clero *nonjuror* él era el que en mejor disposición se hallaba para discutir cuestiones constitucionales. Porque antes de haber recibido las órdenes, había residido largo tiempo en el Temple, ocupado en estudiar la historia y la legislación inglesa; mientras la mayoría de los otros jefes del cisma habían pasado el tiempo estudiando las actas del Concilio de Calcedonia ó tratando de encontrar la sabiduría en el Targum de Onkèlos (1).

XXXVIII.

Guillermo Sherlock.

En 1689, sin embargo, Leslie era casi desconocido en Inglaterra. Entre los clérigos que incurrieron en la pena de suspensión en 1.° de agosto de aquel año, el principal en la estimación popular era, sin disputa, el doctor Guillermo Sherlock. Tal vez nunca ha poseído ningún simple presbítero de la Iglesia anglicana mayor autoridad sobre sus hermanos que la que Sherlock tenía en tiempo de la revolución. No figuraba en primera línea entre sus contemporáneos como erudito, como predicador, como escritor de teología ó de política; pero en todas estas materias se había distinguido. La gran claridad y animación de

(1) Ware, *Historia de los escritores de Irlanda*, continuada por Harris.

su estilo han sido elogiadas por Prior y Addison. La facilidad y asiduidad con que escribía se demuestran suficientemente con el volumen y las fechas de sus obras. Cierto que había entre el clero hombres de genio más brillante y de más extenso saber; pero durante un largo período no hubo ninguno que representase de manera tan completa su orden, ninguno que en todas las cuestiones expresara con más exactitud la opinión del clero anglicano sin ningún matiz de la doctrina latitudinaria, de puritanismo ni de papismo. En tiempo del bill de Exclusión, cuando los disidentes tenían gran poder en el Parlamento y en el país, había escrito con gran energía contra la disidencia religiosa. Cuando se descubrió la conjuración de Rye House había defendido celosamente de palabra y por escrito la doctrina que condena la resistencia. Sus servicios á la causa del episcopado y de la monarquía eran tenidos en tan gran estimación, que fué nombrado maestro del Temple. Carlos le concedió también una pensión, que Jacobo le quitó muy pronto; pues si bien Sherlock se creía obligado á prestar obediencia pasiva al poder civil, se consideraba con igual obligación de combatir los errores religiosos, y era el más perspicaz y laborioso de aquella hueste de polemistas que en el día del peligro defendieron varonilmente la fe protestante. En poco más de dos años publicó diez y seis tratados, algunos de los cuales formaban libros grandes, contra las exageradas pretensiones de Roma. No contento con las fáciles victorias que obtenía sobre tan débiles antagonistas como los instalados en Clerkenwell y el barrio de Saboya, tuvo el valor de medir sus fuerzas con campeón tan formidable como Bossuet, y salió decorosamente de la lucha. Sin embargo, Sherlock seguía sosteniendo que ninguna opresión podía

justificar en los cristianos la resistencia á la autoridad real. Cuando la Convención iba á reunirse, recomendó vivamente en un folleto, que se consideró como manifiesto de una gran parte del clero, que Jacobo fuese invitado á volver en tales condiciones, que se pudieran considerar como seguras las leyes y la religión del país (1). La votación que puso á Guillermo y María en el trono llenó á Sherlock de tristeza y enojo. Dícese que exclamó que si la Convención estaba resuelta á hacer una revolución, el clero encontraría cuarenta mil leales de la Iglesia que hicieran una restauración (2). Emitió su opinión con claridad y energía contra los nuevos juramentos. Declaró no comprender cómo podía ser objeto de duda para un hombre honrado que por los poderes existentes entendiera San Pablo otra cosa que los poderes legítimos y ningunos más. En 1689 no citaban los jacobitas nombre alguno con tanto orgullo y cariño como el de Sherlock. Antes de que terminara el año de 1690 excitaba aquel nombre sentimientos muy diferentes.

XXXIX.

Jorge Hickes.

Algunos otros *nonjürors* merecen particular mención. Entre ellos ocupaba alto rango Jorge Hickes, deán de Worcester. De todos los ingleses de su tiempo, él era el más versado en las antiguas lenguas teutónicas, y su conocimiento de la primitiva literatura cristiana era también extenso. En cuanto

(1) *Carta á un miembro de la Convención*, 1689.

(2) Notas de Johnson á la edición Fénix de la *Carta Pastoral* de Burnet, 1692.

á su capacidad para las cuestiones políticas, baste decir que su argumento favorito en favor de la obediencia pasiva estaba tomado de la historia de la legión tebana. Era hermano menor de aquel infortunado Juan Hickes á quien habían encontrado oculto en la fábrica de cerveza de Alicia Lisle. A pesar de todas las súplicas, Jacobo había condenado á entrambos, Juan Hickes y Alicia Lisle, á muerte. Los que no conocían lo arraigado de los principios del Deán creían que tal vez sintiera algún resentimiento por este motivo, porque no era hombre de carácter blando ni generoso, y durante muchos años conservaba el mortificante recuerdo de pequeñas injurias. Pero era firme en su fe religiosa y política: reflexionó que los acusados eran disidentes, y se sometió á la voluntad del ungido del Señor, no sólo con paciencia, sino hasta con gusto. Hízose ciertamente súbdito más amante que nunca desde el tiempo en que su hermano fué ahorcado y la bienhechora de su hermano decapitada. Mientras casi todos los otros clérigos, asustados con la Declaración de Indulgencia y los actos de la Comisión Eclesiástica, empezaban á creer que habían llevado demasiado lejos la doctrina que condena la resistencia, él escribía una vindicación de su leyenda favorita, y trataba de convencer á las tropas de Hounslow que si Jacobo quisiera matarlos á todos como había hecho Maximiano con la legión tebana por negarse á incurrir en la idolatría, sería su deber arrojar las armas y recibir sumisos la corona del martirio. Debe decirse, para hacer justicia á Hickes, que toda su conducta después de la revolución demostró que su servilismo no era resultado de temor ni de codicia, sinó de mero fanatismo (1).

(1) Para formarse idea del carácter de Hickes, nada mejor que

XL.

Jeremías Collier.

Jeremías Collier, que había perdido su empleo de predicador del tribunal de archivos, era hombre de clase muy superior. Muy acreedor es á que se le mencione con agradecimiento y respeto, porque á su elocuencia y valor se ha de atribuir principalmente la purificación de nuestra literatura ligera de aquella negra mancha adquirida en el tiempo de la reacción antipuritana. Él era, en toda la fuerza de la palabra, un hombre bueno. Era también hombre de eminentes cualidades, gran maestro en la sátira y gran maestro de retórica (1). Su lectura también, aunque indigesta, era de inmensa extensión. Pero su inteligencia era limitada; su razonamiento, aun cuando tenía la fortuna de defender una buena causa, era singularmente fútil y trivial, y el orgullo, no personal, sino de clase, casi le había vuelto el seso. Para él, un sacerdote era el primero de todos los seres humanos, excepto los obispos. Los mejores y más grandes entre los laicos debían reverencia y sumisión

---

sus numerosos escritos de controversia, particularmente el *Joviano*, escrito en 1684, y *La Legión Tebana no es fábula*, escrita en 1687, si bien no se publicó hasta 1714; y sus discursos sobre el doctor Burnet y el doctor Tillotson, 1695. Su fama literaria está fundada en obras de género muy diferente.

(1) Los *Tratados* de Collier sobre la escena son, en conjunto, sus mejores obras. Pero hay muchas cosas notables en sus folletos políticos. Su *Persuasive to Consideration, tendered to the Royalists, particularly those of the Church of England*, me parece una de las mejores producciones de la prensa jacobita.

al individuo menos respetable del clero. Por muy ridículo que fuera el hombre que hubiera recibido las sagradas órdenes, era impiedad reirse de él. Hasta tal punto llevaba Collier su intransigencia en esta parte, que consideraba profano el hacer la menor censura aun de los ministros de falsas religiones. Establecía como regla que siempre debían mencionarse con respeto los muftís y los augures. Censuraba á Dryden por burlarse de los hierofantes de Apis. Elogiaba á Racine por realzar el carácter de un sacerdote de Baal. Elogiaba á Corneille por no sacar á la escena aquel sabio y reverendo teólogo Tiresias en la tragedia de *Edipo*. Collier confesaba que esta omisión destruía el efecto dramático de la pieza; pero la sagrada función era solemne en demasía para que se jugara con ella. Y, lo que todavía es más, aun cuando parezca increíble: encontraba muy propio en los laicos que se burlaran de los predicadores presbiterianos. En verdad, su jacobismo no pasaba casi de ser una de las formas en que se manifestaba su celo por el decoro de su profesión. Aborrecía la revolución, no tanto por ser un levantamiento de los súbditos contra su rey, como por ser un levantamiento de los laicos contra la casta sacerdotal. Las doctrinas proclamadas desde el púlpito durante treinta años habían sido tratadas con desprecio por la Convención. Un gobierno nuevo fuera establecido en oposición contra los deseos de los Pares espirituales de la Cámara de los Lores y del clero de todo el país. Una asamblea secular se había abrogado el dictar una ley ordenando á obispos y arzobispos, rectores y vicarios, á abjurar, so pena de ser despojados de sus beneficios, lo que habían enseñado toda su vida. Fuera cualquiera la conducta de espíritus serviles, Collier estaba resuelto á no aparecer en el triunfo de los victoriosos enemigos

de su orden. Sabría arrostrar hasta lo último, con la autoridad que corresponde á un embajador del cielo, la ira de los príncipes y poderosos de la tierra.

XLI.

Enrique Dodwell.

En talento era Collier el primero de los *nonjurors*. En erudición el primer puesto corresponde á Enrique Dodwell, quien por el imperdonable crimen de tener una pequeña hacienda en el condado de Mayo había sido condenado por el Parlamento católico de Dublín. Era profesor de historia antigua de la cátedra fundada por Camden en la universidad de Oxford, y había adquirido ya gran fama por sus investigaciones cronológicas y geográficas; pero aunque nunca llegó á ordenarse, era la teología su estudio favorito. Era, á no dudar, hombre sincero y piadoso. Había leído innumerables volúmenes en varias lenguas, y había adquirido realmente más conocimientos de los que sus débiles facultades podían resistir. La débil llama de su inteligencia quedó ahogada por el exceso mismo de combustible. Algunos de sus libros parecen escritos en una casa de locos, y aun cuando abundan en pruebas de su inmensa lectura, le rebajan al nivel de Jacobo Naylor y Ludovico Muggleton. Empezó una disertación encaminada á demostrar que el derecho internacional era una revelación divina hecha á la familia salvada en el arca. Publicó un tratado sosteniendo que el casamiento entre un miembro de la Iglesia anglicana y un disidente era nulo y que los cónyuges eran para el cielo culpables de adulterio.

Defendía el uso de la música instrumental en el culto público, fundándose en que las notas del órgano tenían poder de contrarrestar la influencia de los diablos en la médula espinal de los seres humanos. En este tratado observaba que había grandes autoridades en favor de la opinión que la médula espinal, una vez descompuesta, se tornaba en una serpiente. Creía innecesario decidir si esta opinión era ó no exacta. Tal vez, decía, los hombres eminentes en cuyas obras se contenía habían querido expresar, por medio de esta figura, la gran verdad de que la antigua serpiente influye principalmente en nosotros á través de la médula espinal (1). Las reflexiones de Dodwell sobre el estado de los seres humanos después de la muerte, son todavía, si cabe, más extraordinarias. Dice que nuestras almas son naturalmente mortales El aniquilamiento es el fin de la mayor parte de la humanidad, de los gentiles, de los mahometanos, de los niños que mueren sin bautizar. El don de la inmortalidad se contiene en el sacramento del bautismo, mas para la eficacia del sacramento es de absoluta necesidad que vierta el agua sobre la cabeza del bautizado y pronuncie las palabras un sacerdote que haya sido ordenado por un obispo. En el curso natural de las cosas, por tanto, todos los presbiterianos, independientes, baptistas y cúakeros cesarían de existir como los animales inferiores. Pero era Dodwell demasiado celoso por

(1) Véase Brokesby *Vida de Dodwell*. Debo declarar que del *Discurso contra los matrimonios entre individuos de diferentes sectas* sólo conozco el extenso extracto que trae Brokesby. El tal discurso es rarísimo. Primero se imprimió sirviendo de prefacio á un sermón pronunciado por Leslie. Cuando Leslie reunió sus obras, omitió el *Discurso*, tal vez par estar avergonzado de él. El *Tratado de la legalidad de la música instrumental* sí lo he leído, y es de lo más disparatado que darse puede.

la Iglesia anglicana para dejar á los disidentes sin otro castigo. Les informa de que por haber tenido ocasión de oir predicar el Evangelio, y haber podido, á no ser por su perversidad, recibir el bautismo episcopal, Dios, por un acto extraordinario de su poder, les concederá la inmortalidad á fin de que sean atormentados por siempre jamás (1).

Nadie aborreció más la doctrina latitudinaria de aquellos tiempos, cuya influencia iba en aumento, que Dodwell. Sin embargo, nadie tenía más razón de alegrase de su triunfo. Porque á principios del siglo XVII el pensador que se hubiera atrevido á afirmar que el alma humana es por su naturaleza mortal, y que en la gran mayoría de los casos muere en efecto con el cuerpo, hubiera sido quemado vivo en Smithfield. Aun en tiempos que Dodwell podía muy bien recordar, los herejes como él se hubieran creído afortunados si escapaban con vida còn las espaldas desolladas, cortadas las orejas, las narices hendidas, atravesada la lengua con un hierro candente, saltados los ojos á golpes de baqueta. Con los *nonjurors*, sin embargo, el autor de esta teoría era siempre el gran Mister Dodvell; y algunos, que juzgaban culpable tenacidad el tolerar un *meetiug* presbiteriano, creían

(1) Dodwell nos dice que el título de la obra en que promulgó primero esta teoría fué redactado con gran esmero y precisión. Trascribiré, pues, la portada. «Discurso epistolar probando, según la Escritura y los Santos Padres, que el alma es de naturaleza mortal, pero que se inmortaliza á voluntad de Dios para premiar ó castigar por su unión con el Divino Espíritu Bautismal; donde además se demuestra que nadie tiene poder para dar este divino espíritu de inmortalidad, desde los Apóstoles, sino los obispos, por H. Dodwell.» El doctor Clarke, en una carta á Dodwell (1706), dice que este *Discurso epistolar* es «un libro que contrista á todas las personas piadosas y regocija á todos los profanos.»

al mismo tiempo gran atentado contra la libertad el censurar á un jacobita sabio y piadoso por negar una doctrina de tan escasa importancia en un punto de vista religioso como el de la inmortalidad del alma (1).

XLII.

Kettlewell y Fitzwilliam.

Otros dos *nonjurors* merecen especial mención, no tanto en razón de su talento y saber, como en razón de su rara integridad y de su no menos raro candor. Son estos Juan Kettlewell, rector de Coleshill, y Juan Fitzwilliam, canónigo de Windsor. Es de notar que los dos habían tenido trato frecuente con Lord Russell, y que ambos, si bien difiriendo de él en opiniones políticas, y desaprobando enérgicamente la parte que había tomado en la conjuración whig, tenían la más alta idea de su carácter y habían lamentado sinceramente su muerte. Lord Russell envió á Kettlewell un mensaje cariñoso desde el cadalso en Lincoln's Inn Fields. Lady Russell hasta su último día amó, reverenció y confió en Fitzwilliam, el cual cuando ella era niña había sido amigo de su padre, el virtuoso Southampton. Ambos clérigos convinieron en negarse á jurar: pero á partir de aquel momento siguieron diferente camino. Kettlewell era uno de los miembros más activos de su partido: no retrocedía ante ningún trabajo que redundara en beneficio de la causa comun, con la sola condición de

(1) Véanse los *Rehearsals* de Leslie, números 236 y 237.

que pudiera hacerlo un hombre honrado; y defendió sus opiniones en varios folletos que dan idea mucho más alta de su sinceridad que de su criterio ó agudeza (1). Fitzwilliam creyó que había hecho bastante con renunciar á su hermosa casa y jardín inmediato á la capilla de San Jorge, consagrándose á sus libros en un pequeño alojamiento en una buhardilla. No podía con tranquilidad de conciencia reconocer á Guillermo y María; pero tampoco se creía obligado á estar siempre conspirando contra ellos; y pasó los últimos años de su vida bajo la poderosa protección de la casa de Bedford en tranquilo y estudioso retiro (2).

XLIII.

Carácter general de los "Nonjurors."

Entre los clérigos menos distinguidos que perdieron sus beneficios, había indudablemente muchos hombres honrados; pero es cierto que el carácter moral de los *nonjurors*, como clase, no estaba á gran altura. Parece injusto acusar de relajación de principios á personas que indudablemente hicieron por sus

---

(1) Véanse sus obras y su vida, que es curiosísima, compilada de los papeles de sus amigos Hickes y Nelson.

(2) Véase la correspondencia de Fitzwilliam con lady Russell, y su declaración en el juicio de Ashton, en las *Causas de Estado*. La única obra publicada por Fitzwilliam, al menos que yo sepa, es un sermón sobre la conjura de Rye House, pronunciado algunas semanas después de la ejecución de Russell. Hay en este sermón algunas frases, que no deja de extrañarme hayan podido perdonar la viuda y la familia.

principios un gran sacrificio, Y sin embargo, la experiencia demuestra plenamente que muchas personas que son capaces de hacer un gran sacrificio cuando se exaltan con el calor de la lucha y está fija en ellas la atención pública, no son capaces de perseverar largo tiempo en la práctica diaria de oscuras virtudes. No deja de ser probable que haya habido fanáticos que dieran sus vidas por una religión que nunca había podido contener su venganza ó sus licenciosas pasiones. Sabemos ciertamente por algunos Padres de altísima autoridad que, aun en los siglos más puros de la Iglesia, algunos confesores de la fe que se habían negado varonilmente á salvarse de los tormentos y de la muerte quemando incienso en el altar de Júpiter, fueron después escándalo del nombre cristiano por sus grandes faltas y sus costumbres relajadas (1). En cuanto á los sacerdotes *nonjurors*, es justo hacerles grandes concesiones. Se hallaban indudablemente en situación dificilísima. En general, un cisma que divide una sociedad religiosa, divide á los legos lo mismo que al clero. Los pastores separatistas llevan, pues, consigo, una gran parte de sus rebaños, y tienen por tanto asegurada la subsisten-

(1) Cipriano en una de sus *Epistolas* dice así, dirigiéndose á los confesores: «Quosdam audio inficere numerum vestrum, et laudem præcipui nominis prava sua conversatione destruere... Cum quanto nominis vestri pudore delinquitur quando alius aliquis semulentus et lasciviens demoratur; alius in eam patriam unde extorris est regreditur, ut deprehensus non jam quasi Christianus, sed quasi nocens pereat.» Todavía emplea lenguaje más fuerte en el libro de *Unitate Ecclesiæ*: «Neque enim confessio immunem facit ab insidiis diaboli, aut contra tentationes et pericula, et incursus atque impetus sæculares adhuc in sæculo positum perpetua securitate defendit; cæterum nunquam in confesioribus fraudes et stupra et adulteria postmodum videremus, quæ nunc in quibusdam videntes ingemiscimus et dolemus.»

cia. Pero el cisma de 1689 apenas alcanzó más que al clero. La ley exigía al rector prestar los juramentos ó abandonar su beneficio; pero ningún juramento, ningún reconocimiento del derecho de los nuevos reyes se exigía á los fieles para poder asistir al servicio divino, ó para recibir la eucaristía. Ni uno solo, pues, de cada cincuenta entre aquellos laicos que desaprobaban la revolución se creía obligado á abandonar su asiento en la antigua Iglesia, donde aún se leía la antigua liturgia y donde todavía se usaban las antiguas vestiduras, y á seguir al expulsado sacerdote á un conventículo, que tampoco estaba protegido por el acta de tolerancia. De esta manera la nueva secta era una secta de predicadores sin auditorio; y semejantes predicadores no podían ganarse la vida predicando. Cierto que en Londres y en algunas otras grandes ciudades, aquellos jacobitas entusiastas que no se contentaban sino oyendo nombrar, al decir la oración, al rey Jacobo y al Príncipe de Gales, eran bastante numerosos para formar algunas pequeñas congregaciones que se reunían en secreto, y con temor constante de los *constables*, en habitaciones tan ruines que las casas de reunión de los puritanos disidentes eran palacios comparadas con ellas. Hasta Collier, que tenía todas las cualidades que atraen grandes auditorios, se veía reducido á ser ministro de un pequeño grupo de descontentos, cuyo oratorio se hallaba en un piso segundo de la City. Pero los clérigos *nonjurors* que podían sacar para vivir oficiando en en estos lugares, eran muy pocos. De los demás, algunos tenían medios de vivir independientes: otros vivían de las letras: uno ó dos practicaban la medicina. Tomás Wagstaffe, por ejemplo, que había sido canciller de Lichfield, tenía muchos enfermos y se hizo notar por visitar siempre vestido con el traje sa-

cerdotal (1). Pero estos casos eran excepcionales: la pobreza cuando se trabaja es un estado que en nada se opone á la virtud; pero el peligro está en ser pobre y no tener qué hacer; y la mayoría de los clérigos que se habían negado á jurar se encontraron en el mundo sin tener que comer ni tener que hacer. Como era natural, se hicieron mendigos y haraganes. Considerándose como mártires que sufrían por una causa pública, no se avergonzaban de pedir una guinea á cualquier buen anglicano. La mayor parte de ellos se pasaban la vida recorriendo los cafés toríes, hablando mal de los holandeses, oyendo y propalando rumores de que antes de un mes estaría S. M. sin falta en territorio inglés, y pensando en quién tendría la sede de Salisbury cuando Burnet fuese ahorcado. Mientras estuvo abierto el Parlamento, los pasillos y el Tribunal de peticiones estaban llenos de párrocos destituídos que preguntaban quién vencía y cómo había estado la última votación. Muchos de los teólogos expulsados encontraron colocación como capellanes, ayos y directores espírituales en las casas de los jacobitas opulentos. En una situación de esta clase un hombre de carácter puro y noble, tal como era Ken entre los *nonjurors* y Watts entre los disidentes, puede conservar su dignidad y pagar con creces, mediante su ejemplo y sus enseñanzas, los beneficios que recibe. Mas para una persona cuya virtud no es de fino temple, esta manera de vivir está llena de peligros. Si es de condición pacifica, se expone á convertirse en parásito servil, perezoso y sensual. Si es de

(1) Se hallarán muy curiosas noticias acerca de los *nonjurors* en las *Biographical Memoirs* de William Bowyer, impresor, que forman el tomo I de las *Anécdotas Literarias del siglo* XVIII, de Nichols. En la Biblioteca Bodleiana se conserva una de las recetas de Wagstaffe.

natural activo y ambicioso, es de temer que llegue al conocimiento de aquellas malas artes con las cuales, más facilmente que con fieles servicios, se hacen los servidores agradables ó temibles. Descubrir el lado flaco de todos los caracteres, halagar todas las pasiones y prejuicios, sembrar la discordia y la envidia donde debían existir el amor y la confianza, vigilar el momento de indiscreta franqueza para arrancar secretos de importancia á la prosperidad y el honor de las familias, tales son las prácticas por las cuales espirítus perspicaces y revoltosos se han vengado muchas veces de la humillación de la dependencia. La voz pública acusaba sin rebozo á muchos *nonjurors* de pagar la hospitalidad de sus bienhechores con infamia semejante á la del hipócrita descrito por Moliére en su obra maestra. Tanto es así, que cuando Cibber arregló aquella hermosa comedia á la escena inglesa, hizo que su Tartuffe fuera un *nonjuror:* y Johnson, de quien nadie supondrá que estuviera prevenido contra los *nonjurors*, declaró francamente que Cibber no les había hecho ninguna injusticia (1).

---

(1) La comedia de Cibber, tal como él la escribió, dejó de ser popular cuando los jacobitas cesaron de ser formidables, y hoy sólo es conocida entre los curiosos. En 1768 Bickerstaffe la refundió con el título de *El Hipócrita,* y sustituyó el Doctor Cantwell *el Metodista,* por el Doctor Wolf *el Nonjuror*. «Yo no creo, decía Johnson, que el carácter del hipócrita sea perfectamente aplicable á los metodistas, así como era muy aplicable á los *nonjurors*.» Boswell le preguntó si era cierto que los clérigos *nonjurors* intrigaban con las esposas de sus protectores. «Me temo, dijo Johnson, que muchos lo hayan hecho.» Esta conversación pasó en 27 de marzo de 1775. No era sólo en el descuido de la conversación donde Johnson manifestaba su opinión poco favorable á los *nonjurors*. En su *Vida de Fenton*, el cual fué *nonjuror*, se encuentran estas notables palabras: «Debe recordarse que conservó su nombre libre de toda mancha, y que nunca descendió, como otros muchos de su misma secta, al empleo de

No puede haber duda que el cisma causado por los juramentos hubiera sido mucho más formidable si en esta crisis se hubiera hecho algún cambio notable en el gobierno ó en el ceremonial de la Iglesia anglicana. Es un hecho altamente instructivo que aquellos teólogos ilustrados y tolerantes que mostraban deseo más ardiente de semejante cambio, vieron luego que debían estar agradecidos de que hubiera fracasado su proyecto favorito.

XLIV.

El plan de asimilación.

En la legislatura anterior habían convenido whigs y toríes en librarse del bill de asimilación de Nottingham votando una instancia donde se pedía al Rey que encomendara el examen de este punto á la Convocación. Burnet previó el efecto de esta medida. Todo el plan, dijo, quedaba completamente destruído (1). Muchos de sus amigos, sin embargo, pen-

malas artes y á actos deshonrosos.» Véase el *Carácter de un jacobita*, 1690. Hasta en la *Vida de Kettlewell*, compilada de los papeles de sus amigos Hickes y Nelson, se hallarán declaraciones que muestran que á raíz del cisma algunos del clero *nonjuror* adquirieron hábitos de holganza, dependencia y mendicidad que rebajaron el carácter de todo el partido. «Algunas personas poco dignas, que son siempre las más atrevidas, andando de un lado para otro perjudican mucho á las verdaderamente dignas, cuya modestia no les permite pedir para sí..... Mr. Kettlewell sabía muy bien que algunos de sus hermanos pasaban más tiempo del que debieran en lugares concurridos y donde se sabían noticias, viviendo á costa de las personas con quienes se relacionaban allí.»

(1) Reresby, *Memoirs*, 344.

saban de otro modo; y entre éstos se hallaba Tillotson. Entre todos los miembros del partido de la baja Iglesia, era Tillotson el que ocupaba puesto más alto en la estimación general. Como predicador, aventajaba, en opinión de sus contemporáneos, á todos sus rivales vivos ó muertos. La posteridad ha modificado este juicio; pero todavía Tillotson sigue ocupando su puesto como verdadero clásico inglés. Sus más altos vuelos quedan por debajo de Taylor, de Barrow y de South; pero su oratoria era más correcta y más igual que la de éstos. Ningún concepto extravagante, ninguna cita pedantesca de los talmudistas y escoliastas, ninguna imagen pedestre, ninguna anécdota jocosa ni invectiva grosera destruyó nunca el efecto de sus graves y templadas oraciones. Su razonamiento era profundo y refinado, en la justa medida, para que un auditorio popular pudiera seguirle con aquel leve esfuerzo intelectual que constituye un placer. Su estilo no es brillante; pero es puro, claro hasta la trasparencia y exento igualmente de la ligereza y de la rigidez que afean los sermones de algunos teólogos eminentes del siglo XVII. Siempre se mantiene grave; sin embargo, nótase en su manera general cierta elegante desenvoltura que revela al hombre conocedor del mundo, que ha vivido en ciudades populosas y espléndidas cortes, y que ha tenido trato no sólo con los libros sino con legistas y mercaderes, ingenios y beldades, príncipes y hombres de Estado. El mayor encanto de sus composiciones se debe, sin embargo, á la benignidad y candor que resplandecen en cada línea, y que brillan por modo igualmente notable en su vida y en sus escritos.

Como teólogo no era Tillotson ciertamente menos latitudinario que Burnet. Sin embargo, muchos individuos del clero para quienes Burnet era objeto de

implacable aversión, hablaban de Tillotson con respeto y cariño. No es, pues, extraño que los dos amigos hubieran calculado de diferente manera cuál era el estado general del clero y esperasen diferentes resultados de la reunión de la Convocación. No pareció mal á Tillotson el acuerdo votado por la Cámara de los Comunes. Comprendía que disgustara á muchos anglicanos la introducción de cambios en las instituciones religiosas, hechos únicamente por la autoridad secular, lo cual no se oponía á que esos mismos anglicanos estuvieran perfectamente dispuestos á votar en un sínodo eclesiástico cambios todavía más radicales; y su opinión tuvo gran peso con el Rey (1). Resolvióse que la Convocación se reuniera á principios de la inmediata legislatura, y que entretanto se nombrase á algunos teólogos eminentes encargados de examinar la liturgia, los cánones y todo el sistema de jurisprudencia administrado por los tribunales eclesiásticos, y que informaran acerca de las alteraciones que les pareciera conveniente introducir (2).

XLV.

Nombramiento de la Comisión Eclesiástica.

La mayor parte de los obispos que habían jurado se hallaban en esta Comisión; y á éstos se agregaron veinte sacerdotes de gran nota. De los veinte, era Tillotson el más importante, porque se sabía que re-

---

(1) Birch, *Vida de Tillotson*

(2) Véase el *Discourse concerning the Ecclesiastical Commission*, 1689.

presentaba la opinión de los Reyes. Entre los individuos de la Comisión que miraban á Tillotson como su jefe, se contaban Stillingfleet, deán de San Pablo; Sharp, deán de Norwich; Patrick, deán de Peterborough; Tenison, rector de San Martín, y Fowler, á cuya juiciosa firmeza se ha de atribuir principalmente la resolución del clero de Londres de no leer la Declaración de Indulgencia.

Con individuos como los que hemos nombrado se mezclaban algunos teólogos que pertenecían al partido de la alta Iglesia. Entre éstos eran notables dos dignidades de Oxford, Aldrich y Jane. Aldrich había sido nombrado recientemente deán de Christchurch, en lugar del papista Massey, á quien Jacobo, en directa violación de las leyes, había colocado al frente de aquel gran colegio. El nuevo deán era hombre erudito, si bien no muy profundo, amén de alegre y hospitalario *gentleman*. Era autor de algunos tratados teológicos, olvidados desde hace mucho tiempo, y de un compendio de lógica que está todavía en uso; pero las mejores obras que ha legado á la posteridad son sus canciones. Jane, profesor de teología del Colegio del Rey, era persona más grave, pero no tan digna de estimación. Había tenido parte principal en la redacción de aquel decreto por el cual ordenaba su universidad que las obras de Milton y Buchanan fueran quemadas públicamente en las escuelas. Pocos años después, irritado y alarmado por la persecución de los obispos y por la confiscación de las rentas de Magdalene College, había renunciado la doctrina contraria á la resistencia, había partido al cuartel general del Príncipe de Orange, y había asegurado á S. A. que Oxford haría fundir de buen grado su vajilla para contribuir al sostenimiento de la guerra contra el opresor. Durante breve tiempo, Jane fué tenido

generalmente por whig, lo cual le valió sangrientas sátiras de algunos de sus antiguos aliados. Tenía la desgracia de que su nombre fuera blanco excelente para las burlas de los ilustrados bromistas de su universidad. Escribiéronse varios epigramas acerca de *Jano* el de las dos caras, que habiendo alcanzado una cátedra por mirar en una dirección, esperaba ahora alcanzar un obispado, mirando en la contraria. Que él esperaba tener un obispado era perfectamente cierto. Pidió la sede de Exeter como recompensa debida á sus servicios. Negáronle lo que pedía. La negativa le convenció de que la Iglesia tenía tanto que temer de los latitudinarios como de los papistas; y en seguida se hizo otra vez tory (1).

XLVI.

Acuerdos de la Comisión.

A principios de octubre se reunió la Comisión en la Cámara de Jerusalén. En su primera reunión determinaron proponer que en los servicios públicos de la Iglesia á las lecciones tomadas de los libros apócrifos sustituyeran lecciones tomadas de los libros canónicos de la Escritura (2). En la segunda reunión sur-

(1) Birch, *Vida de Tillotson; Vida de Prideaux; Gentleman's Magazine* de junio y julio, 1745.

(2) «Diario de las Sesiones de la Comisión, por el Doctor Williams, después obispo de Chichester, uno de sus individuos, el cual lo escribía todas las noches al retirarse á su casa después de la sesión.» Este curiosísimo Diario fué impreso de orden de la Cámara de los Comunes en 1854.

gió una cuestión extraña, traída por la última persona que debía haberla mencionado. Sprat, obispo de Rochester, había formado parte sin ningún escrúpulo durante dos años del tribunal anticonstitucional que en el reinado anterior había oprimido y saqueado la Iglesia de que era jefe. Pero ahora se hizo escrupuloso, y manifestó la duda de si la Comisión era legal.

Para todo entendimiento claro, sus objeciones no pasaban de ser mera palabrería. La Comisión no tenía poder de hacer ni de administrar leyes, sino pura y simplemente de investigar é informar. Aun sin un nombramiento real, Tillotson, Patrick y Stillingfleet podían, con perfecto derecho, haberse reunido á discutir acerca del estado y porvenir de la Iglesia, y á examinar si convendría ó no hacer alguna concesión á los disidentes. ¿Y cómo había de ser un crimen en los súbditos hacer, á petición de su Soberano, aquello mismo que hecho sin semejante petición hubiera sido inocente y laudable? Sprat, sin embargo, fué secundado por Jane. Siguió un vivo altercado, y Lloyd, obispo de Saint Asaph, el cual con muchas buenas cualidades tenía carácter irritable, llegó hasta decir algo acerca de si había ó no había espías. Sprat se retiró y no volvió más. Su ejemplo fué seguido muy pronto por Jane y Aldrich (1). La Comisión procedió á examinar la cuestión relativa á la postura en que se debía recibir la eucaristía. Se determinó recomendar que el comunicante que después de conferenciar con su ministro declarase que su conciencia no le permitía recibir el pan y el vino de rodillas, pudiera recibirlos sentado. Mew, obispo de Winchester, hombre honrado, pero iliterato, débil aun en sus mejores días, y en la actualidad víctima ya de la cho-

(1) *Diario de Williams.*

chez, protestó contra esta concesión y se retiró de la asamblea. Los otros miembros continuaron vigorosamente su tarea, y nadie más se separó, aun cuando hubo grandes diferencias de opinión y aun cuando los debates fueron algunas veces acalorados. Los principales anglicanos que todavía quedaban eran el doctor Guillermo Beveridge, arcediano de Colchester, que muchos años después fué obispo de Saint Asaph, y el doctor Juan Scott, el mismo que había orado junto al lecho de muerte de Jeffreys. Los más activos entre los latitudinarios fueron, á lo que parece, Burnet, Fowler y Tenison.

La ceremonia del bautismo se discutió repetidas veces. En cuanto á la forma, la Comisión parecía dispuesta á la indulgencia. En general no se negaban á admitir en el seno de la Iglesia á los niños sin padrinos y sin la señal de la cruz. Pero la mayoría, después de mucho discutir, se negó obstinadamente á suavizar aquellas palabras, que á toda inteligencia que no hubiera trastornado el sofisma parecían afirmar la virtud regeneradora del sacramento (1).

En cuanto á la sobrepelliz, determinó la Comisión recomendar que se dejara á los obispos un gran poder discrecional. Se trazaron algunos medios por los cuales una persona que hubiera recibido la ordenación presbiteriana pudiera, sin ser invalidado explícita ni implícitamente de aquella ordenación, ser ministro de la Iglesia anglicana (2). El calendario eclesiástico fué cuidadosamente revisado. Conserváronse las grandes festividades. Pero no pareció conveniente que San Valentín, San Chad, San Lwithin, San Eduardo, rey de los sajones de Occidente, San

(1) *Diario de Williams.*
(2) Ibid.

Dunstan y San Alphage compartieran los honores de San Juan y San Pablo, ó que pareciera que la Iglesia clasificaba la ridícula fábula del descubrimiento de la cruz juntamente con hechos de tan gran importancia como la Natividad, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión del Señor (1).

El credo de Atanasio fué causa de grandes dudas. La mayor parte de los individuos de la Comisión mostraban igual repugnancia á renunciar á las cláusulas doctrinales que á conservar las condenatorias. Burnet, Fowler y Tillotson deseaban arrancar por completo de la liturgia este célebre símbolo. Burnet presentó un argumento, que probablemente para él no sería de gran peso, pero que estaba admirablemente calculado para llevar la duda á sus contrarios Beveridge y Scott. El Concilio de Efeso había sido siempre reverenciado por los teólogos anglicanos como un sínodo que había representado verdaderamente la congregación de todos los fieles, y que había sido guiado por Dios en el camino de la verdad. La voz de aquel Concilio era la voz de la santa Iglesia católica y apostólica, aun no corrompida por la superstición ni separada por el cisma. Durante más de doce siglos, el mundo no había visto una asamblea eclesiástica que tuviera igual derecho al respeto de los creyentes. El Concilio de Efeso había prohibido á los cristianos, en los términos más categóricos y bajo las más terribles penas, imponer á sus hermanos doctrina alguna diferente de la establecida por los Padres del Concilio Niceno. Parecería, pues, que si el Concilio de Efeso había sido realmente inspirado por el Espíritu Santo,

(1) Véanse las alteraciones que se han de introducir en el *Book of Common Prayer* (Libro de rezo común), preparadas por los Comisarios regios para la revisión de la liturgia en 1689, é impresas de orden de la Camara de los Comunes en 1851.

todo el que usara el credo de Atanasio debería, en el mismo acto de pronunciar un anatema contra sus prójimos, traer un anatema sobre su cabeza (1). A despecho de la autoridad de los Padres del Concilio de Efeso, la mayoría de la Comisión determinó dejar el credo de Atanasio en el Libro de Oraciones; pero propusieron que se añadiera una nota redactada por Stillingfleet, declarando que las cláusulas condenatorias se había de entender que sólo tendrían aplicación á los que obstinadamente negaban la esencia de la fe cristiana. Los creyentes ortodoxos podían, pues, esperar que el hereje que honrada y humildemente buscase la verdad, no sería condenado á eterno castigo por no haberla encontrado (2).

Confióse á Tenison la tarea de examinar la liturgia y de reunir todas aquellas frases á que se habían hecho objeciones por los críticos tanto literarios como teológicos. Se determinó corregir algunos errores muy claros. Y la Comisión hubiera obrado sabiamente no pasando de aquí. Mas por desgracia determinaron escribir de nuevo una gran parte del Libro de Oraciones. Fué una empresa atrevida, porque, en general, no es posible corregir el estilo de aquel volumen. La

(1) Es difícil concebir lenguaje más enérgico ni más claro que el empleado por el Concilio: Τούτων τοίνυν ἀναγνωσθέντων, ὥρισεν ἡ ἁγία σύνοδος, ἑτέραν πίστιν μηδενὶ ἐξεῖναι προσφέρειν, ἤγουν συγγράφειν, ἢ συντιθέναι, παρὰ τὴν ὁρισθεῖσαν παρὰ τῶν ἁγίων πατέρων τῶν ἐν τῇ Νικαέων συνελθόντων σὺν ἁγίῳ πνεύματι τοὺς δε τολμῶντας ἢ συντιθέναι πίστιν ἑτέραν, ἤγουν προκομίζειν τοις ἐθέλουσιν ἐπιστρέφειν εἰς ἐπίγνωσιν τῆς ἀληθείας, ἢ ἐξ Ἑλληνισμοῦ, ἢ ἐξ Ἰουδαϊσμοῦ, ἢ ἐξ αἱρέσεως οἱασδηποτοῦν, τούτους, εἰ μὴν εἶεν ἐπίσκοποι ἢ κληρικοι, αλλοτρίους εἶναι τους ἐπισκόπους τῆς ἐπισκοπῆς, καὶ τοὺς κληρίκους τοῦ κλήρου εἰ δὲ λαϊκοὶ εἶεν ἀναθεματίζεσθαι.—Concilio de Ephes. Actio VI.

(2) *Diario de Williams; Alteraciones en el Libro de rezo común.*

liturgia inglesa gana ciertamente cuando se la compara aun con aquellas hermosas liturgias antiguas de las que en gran parte está tomada. Las cualidades esenciales de la elocuencia devota, concisión, sencillez majestuosa, patético fervor de la plegaria dominado por profunda reverencia, son comunes á las traducciones y á los originales. Pero en las gracias inferiores de dicción no hay sino reconocer que los originales son muy inferiores á las traducciones. Y la razón es sencilla. La fraseología técnica del cristianismo no vino á formar parte de la lengua latina hasta después que aquella lengua hubo pasado la edad de madurez y empezó á caer en la barbarie. Pero la fraseología técnica del cristianismo se encontraba en el anglo-sajón y en el normando, mucho antes de que la unión de estos dos dialectos hubiera producido un tercer dialecto superior á uno y otro. El latín de los oficios católicos es, por tanto, latín del último grado de decadencia. El inglés de nuestros oficios es el inglés en todo el vigor y flexibilidad de la primera juventud. A los grandes escritores latinos, á Terencio y á Lucrecio, á Cicerón y á César, á Tácito y á Quintiliano, las más bellas composiciones de San Ambrosio y San Gregorio no sólo hubieran parecido escritos malos, sino jerga ininteligible (1). Por otra parte, la dicción de nuestro Libro de Oraciones ha contribuído directa ó indirectamente á formar el estilo de casi todos los grandes escritores ingleses, y ha arrancado la admiración de los más

(1) Imagínese el asombro con que aquellos grandes maestros de la lengua latina, que solían cenar con Mecenas y Polión, hubieran oido: «Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce proclamant, Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth;» ó bien: «Ideo cum angelis et archangelis, cum thronis et dominationibus.»

ilustres infieles y de los más ilustres disidentes, de hombres como David Hume y Roberto Hall.

El estilo de la liturgia, sin embargo, no satisfizo á los doctores de la Cámara de Jerusalén. Decidieron por votación que las colectas eran demasiado breves y secas, confiando á Patrick la misión de ampliarlas y adornarlas. En un respecto, por lo menos, la elección parece haber sido inmejorable; porque si juzgamos por la manera como Patrick parafraseó lo más sublime de la poesía hebrea, seremos tal vez de opinión que él podría ó no mejorar las colectas, pero jamás ha existido persona más competente para hacerlas largas (1).

---

(1) Daré dos ejemplos de la manera de traducir de Patrick. Dice David: «Me hace reposar en verdes pastos, me conduce á la orilla de aguas tranquilas.» La versión de Patrick es como sigue: «Pues así como el buen pastor, cuando el calor es más fuerte, conduce su rebaño á lugares umbrosos donde pueden reposar y pacer pastos (no abrasados sino) frescos y verdes, y al caer la tarde los lleva (no á la margen de aguas turbias y cenagosas, sino) junto á puras y tranquilas corrientes; así ha hecho él ya provisión abundante y magnífica para mí, que yo disfruto en paz sin inquietud alguna.»

En el Cántico de los Cánticos de Salomón hay un versículo de superior belleza. «Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén, que si hallareis á mi amado, le noticiéis como desfallezco de amor.» He aquí la versión de Patrick: «Yo me volví á mis vecinos y conocidos á quienes despertaran mis gritos y habían venido á ver qué sucedía; y los conjuré, en nombre de Dios, á que si encontraban á mi amado le hicieran saber... ¿qué diré? ¿Qué desearé yo que le digáis sino que para mí no hay contento desde que me falta su compañía, ni hay remedio para mi mal hasta que recobre su amor?»

XLVII.

Llamamiento de la Convocación de la provincia de Canterbury.—Actitud del clero.

Poco importaba, sin embargo, que las recomendaciones de la Comisión fueran buenas ó malas. Todas estaban ya condenadas antes de ser conocidas. Los edictos llamando á la Convocación de la provincia de Canterbury habían salido ya; y en todas partes el clero se hallaba en un estado de violenta excitación. Acababan de prestar los juramentos y todavía sentían la mortificación producida por los vehementes reproches de los *nonjurors*, por las insolentes burlas de los whigs, y muchas veces sin duda de las punzadas del remordimiento. El anuncio de que iba á reunirse una Convocación para discutir un plan de asimilación despertó las más fuertes pasiones del sacerdote que acababa de cumplir la ley y que no estaba contento de sí mismo, ó lo estaba sólo á medias, por haber cumplido. Se le presentaba una ocasión de contribuir á derrotar un proyecto favorito de aquel Gobierno que le había exigido bajo severas penas una sumisión que no se avenía fácilmente con su conciencia ni con su orgullo. Se le presentaba una ocasión de señalarse por su celo en favor de aquella Iglesia cuyas doctrinas características le habían acusado de abandonar por atender al lucro. Ahora estaba la Iglesia, en su opinión, amenazada de peligro tan grande como el del año precedente. Los latitudinarios de 1689 se mostraron tan ansiosos de humillarla y arruinarla como los jesuitas de 1688. El Acta de Tolerancia había hecho por

los disidentes cuanto era compatible con su dignidad y seguridad; y nada más debía concederse, ni el ribete de una de sus vestiduras, ni un solo epíteto desde el principio hasta el fin de su liturgia. Todos los reproches que se habían arrojado sobre la Comisión eclesiásica de Jacobo, cayeron ahora sobre la Comisión eclesiástica de Guillermo. Ambas comisiones no tenían realmente de común nada más que el nombre. Pero el nombre se asociaba con el recuerdo de la ilegalidad y la opresión, con la violación del domicilio y la confiscación de la propiedad, y era por tanto repetido siempre con efecto por los despechados en los oídos de los ignorantes.

XLVIII.

El clero predispuesto contra el Rey.

Tampoco el Rey, á lo que se decía, era ortodoxo. Cierto que aceptaba el culto establecido; pero esta conformidad era debida puramente al lugar y á la ocasión. Algunas ceremonias, á que eran afectos los partidarios de la alta Iglesia, le inspiraban un disgusto que no se tomaba el trabajo de ocultar. Uno de sus primeros actos había sido dar órdenes para que en su capilla privada el servicio religioso fuera rezado en vez de ser cantado; y esta reforma, aunque sancionada por la rúbrica, fué causa de gran murmuración (1).

(1) Leslie presenta en el *Rehearsal* núm. 7, ridiculizándolo, el desagrado de Guillermo por las ceremonias del culto en la catedral. Véase también la *Carta de un miembro de la Cámara de los Comunes á un amigo suyo del campo*, 1689, y *El fánatico moderno*, de Bisset, 1710.

Sabíase que era tan profano, que se burlaba de una práctica que había sido sancionada por grandes autoridades eclesiásticas: la práctica de tocar á los escrofulosos. Esta ceremonia se había trasmitido sin alteración desde el más tenebroso de los siglos de oscurantismo hasta el tiempo de Newton y Locke. Los Estuardos dispensaban frecuentemente su influencia curativa en la Sala del Trono. En las sesiones del Consejo Privado se fijaban los días en que había de hacerse el milagro, y el clero lo anunciaba solemnemente en todas las iglesias parroquiales del reino (1). Cuando llegaba el tiempo fijado, varios clérigos vestidos de pontifical se situaban en torno del regio dosel. El cirujano de la Real Casa introducía los enfermos. Se daba lectura á un pasaje del cap. XVI del Evangelio de San Marcos. Al pronunciar las paladras: «Pondrán sus manos en los enfermos y sanarán», había una pausa, y uno de los enfermos era presentado al Rey. S. M. golpeaba las úlceras y tumores y colgaba del cuello del paciente una cinta blanca, á la que iba sujeta una moneda de oro. Los otros enfermos seguían uno á uno, y al tocarles, el capellán repetía el ensalmo: «Pondrán sus manos en los enfermos y sanarán» Luégo seguía la epístola, las oraciones, las antífonas y la bendición. Todavía puede verse el oficio en los libros de oraciones del reinado de Ana. Pues es lo cierto que hasta algún tiempo después del advenimiento de Jorge I, no cesó la universidad de Oxford de imprimir el Oficio de curar juntamente con la liturgia. Teólogos de eminente saber, talento y virtud dieron la sanción de su autoridad á esta farsa (2); y lo que todavía es

(1) Véase la *Order in Council* de 9 de enero, 1683.

(2) Véase Collier. *Desertion discussed*, 1689. Tomás Carte, que fué discipulo y en una ocasión ayudante de Collier, insertó mucho después, en 1717, en una voluminosa *Historia de Inglaterra*.

más extraño, médicos de gran nota creían ó fingían creer en las virtudes balsámicas de la regia mano. Debemos suponer que todos los cirujanos que asistían á Carlos II eran de gran fama entre los de su profesión; y más de uno de los cirujanos que asistieron á Carlos II nos ha dejado una solemne profesión de fe en el poder milagroso del Rey. Uno de ellos no se avergüenza de decirnos que este don era comunicado por la unción que se administraba en la coronación; que las curas eran tan numerosas, y algunas veces tan rápidas, que no se podían atribuir á ninguna causa natural; que los fracasos debían ser producidos por falta de fe en los pacientes; que una vez Carlos tocó á un cuákero que tenía escrófulas y en un momento lo sanó é hizo de él un buen anglicano; que si los que habían sido curados perdían ó vendían la pieza de oro que les colgaban al cuello, les salían las úlceras otra vez, y no se podían quitar sino con un segundo toque y un segundo talismán. No debe admirarnos que cuando hombres de ciencia repetían gravemente semejantes absurdos el vulgo los creyese. Menos todavía debe admirarnos que aquellos infelices torturados por una enfermedad sobre la cual no tenían poder los remedios naturales, acogieran con fervor las leyendas de curas sobrenaturales, pues nada hay tan crédulo como la desgracia. Era inmensa la multitud que acudía á palacio en los días de curación. Carlos II en el curso de su reinado tocó próximamente cien mil personas. Parece que el número aumentaba ó dis-

---

una nota de lo más absurdo, en la que asegura á la faz del mundo que está completamente cierto de que el Pretendiente curaba las escrófulas, de donde muy gravemente deducía que la virtud curativa se trasmitía por herencia y era completamente independiente de toda unción. Véase Carte, *History of England*, tomo I, pág. 291.

minuía según el rey era más ó menos popular. Durante aquella reacción tory que siguió á la disolución del Parlamento de Oxford, era dificilísimo el acercarse al Rey. En 1682 hizo la ceremonia de la curación ocho mil quinientas veces. En 1684 era tal la multitud, que seis ó siete enfermos murieron atropellados. Jacobo en uno de sus viajes tocó ochocientas personas en el coro de la catedral de Chester. El coste de la ceremonia ascendía á poco menos de diez mil libras anuales, y hubiera sido mucho mayor á no ser por la vigilancia de los médicos reales, cuya obligación era examinar los aspirantes y distinguir los que venían á curarse de los que venían por el oro (1).

Guillermo tenía demasiado buen sentido para dejarse engañar, y demasiada honradez para tomar parte en lo que sabía que era una impostura. «Es una estúpida superstición—exclamó cuando oyó que al final de la Cuaresma estaba su palacio asediado por una multitud de enfermos.—Dad algún dinero á esos infelices y decidles que se vayan» (2). En una sola ocasión fué importunado hasta poner la mano en un paciente. «Dios os dé mejor salud, le dijo, y más buen sentido.» Los padres de niños escrofulosos clamaban

(1) Véase la *Introducción á un Tratado de las heridas*, por Ricardo Wiseman, Sergeant cirujano de S. M., 1676. Pero la noticia más detallada acerca de este curioso asunto, se hallará en el *Charisma Basilicon*, por Juan Browne, cirujano de S. M., 1684. Véanse también las *Ceremonias usadas en tiempo del rey Enrique VII para la curación de los enfermos del mal del Rey*, publicada de orden de S. M., 1686; Evelyn, *Diary*, marzo 28, 1684, y el *Diario* del obispo Cartwright, agosto 28, 29 y 30, 1687 Es increible que tan gran parte de la población haya padecido realmente de escrófulas. Es indudable que muchos que sólo tenían enfermedades ligeras y transitorias eran llevados al Rey, y la curación de éstos contribuía á sostener la creencia vulgar en la eficacia del regio contacto.

(2) *Gaceta de París*, 28 de abril, 1689.

contra su crueldad; los fanáticos levantaban las ma nos y los ojos al cielo horrorizados de su impiedad los jacobitas le elogiaban irónicamente por no inten tar arrogarse un poder que sólo pertenecía á los sobe ranos legítimos; y aun algunos whigs creían qu obraba con poca discreción al tratar con tan mar cado desprecio una superstición fuertemente arrai gada en la mente del vulgo; pero Guillermo continu inflexible, por lo cual muchos partidarios de la alt Iglesia le declararon infiel ó puritano (1).

XLIX.

Irritación del clero contra los disidentes á causa de la conducta de los presbiterianos de Escocia.

Falta mencionar todavía la causa principal qu hizo, por este tiempo, aborrecible para el clero, aun e más moderado plan de asimilación. Sucedió lo qu Burnet había previsto y anunciado. Notábase en to dos los individuos del clero firme propósito de ven gar en los presbiterianos de Inglaterra los sufrimien tos de los episcopales de Escocia. No podía negars que aun los anglicanos de superior jerarquía habían declarado generalmente en el verano de 1688 esta dispuestos á ceder en muchos puntos en benefici de la unión. Pero se decía, y no sin fundamento que lo que estaba pasando al otro lado de la frontera demostraba la imposibilidad de la unión, en cuales-

(1) Véase la *Vida de Whiston* por él mismo. El pobre Whiston que todo lo creía, excepto en la Trinidad, nos refiere gravement que la única persona tocada por Guillermo curó, á pesar de la falt de fe de S. M. Véase también el *Athenian Mercury* de 16 de ener de 1691.

quiera condiciones razonables. Y se preguntaba: ¿Con qué cara, los que no quieren hacernos concesión alguna donde somos débiles, podrán censurarnos por no querer hacerles concesión alguna donde somos fuertes? No podemos juzgar con acierto de los principios y sentimientos de una secta por las declaraciones que haga en la época en que se ve débil y oprimida. Para apreciar con verdad lo que es el espíritu puritano, tendríamos que observar al puritano cuando está en el poder. Dominó aquí en tiempo de la generación anterior, y su dedo meñique era más grueso que los lomos de los prelados. Arrojó de sus claustros á centenares de pacíficos estudiantes, y de sus parroquias á millares de respetables sacerdotes por el crimen de negarse á firmar su Alianza *(Covenant)*. No respetó el saber, ni el genio ni la santidad. Hombres como Hall y Sanderson, como Chillingworth y Hammond, no sólo fueron despojados, sino arrojados en prisiones y expuestos á todos los malos tratamientos de brutales carceleros. Hízose un crimen de leer los hermosos salmos y plegarias legadas á los fieles por San Ambrosio y por San Juan Crisóstomo. Finalmente, la nación se cansó del reinado de los *Santos*. La dinastía caída y la caída jerarquía fueron restauradas. El puritano se vió á su vez sujeto á inhabilitaciones y leyes penales; é inmediatamente encontró que era bárbaro castigar á los hombres por tener escrúpulos de conciencia acerca de una vestidura, de una ceremonia, de las funciones de los eclesiásticos. Sus tristes lamentaciones y sus argumentos en favor de la tolerancia habían convencido al cabo á muchas personas de buen natural. Hasta anglicanos celosos habían empezado á alimentar la esperanza de que la severa disciplina que había sufrido el puritano le habría hecho tolerante, moderado, caritativo. De ser esto así realmente, sería

á no dudar deber nuestro tratar sus escrúpulos con extrema tolerancia. Pero mientras nosotros pensábamos lo que podríamos hacer para satisfacer sus deseos en Inglaterra, el puritano ha obtenido el ascendiente en Escocia; y en un instante volvió otra vez á ser el mismo de antes, fanático, insolente y cruel. Las casas parroquiales habían sido saqueadas; cerradas las iglesias; quemados los libros de oraciones; desgarradas las vestiduras sagradas; dispersadas las congregaciones por la violencia; maltratados los sacerdotes, apedreados, puestos en la picota, reducidos á mendigar con sus mujeres é hijos ó á morir de hambre. Y era evidente que estos atropellos se debían atribuir, no á un puñado de foragidos sin ley, sino á la gran congregación de los presbiterianos de Escocia, pues así lo demostraba el hecho de que el Gobierno no se hubiera atrevido á castigar á los culpables ni á socorrer á los perseguidos. ¿No debía de servir esto de advertencia á la Iglesia anglicana? ¿Era razonable exigirle que mutilase su organización apostólica y su hermoso ritual, con el propósito de conciliar aquellos que conforme tenían poder la harían sufrir todo linaje de atropellos como habían hecho con su hermana? Habían obtenido ya un beneficio que en modo alguno merecían y que ellos nunca hubieran concedido. Adoraban á Dios en perfecta seguridad. Sus casas de congregación podían contar con protección tan eficaz como los coros de nuestras catedrales. Mientras ningún ministro episcopal podía, sin poner la vida en peligro, oficiar en Ayrshire ó Renfrewshire, cien ministros presbiterianos predicaban todos los domingos en Middlesex. La legislatura, con una generosidad tal vez imprudente, había concedido tolerancia á los hombres más intolerantes; y con la tolerancia, y nada más, habrían de contentarse.

L.

Constitución de la Convocación.

De esta manera varias causas contribuían á encender al clero parroquial contra el plan de asimilación. Era tal su animosidad, que si hubieran sometido á su aprobación el plan redactado en la Cámara de Jerusalén, lo hubieran rechazado en la relación de veinte contra uno. Pero en la Convocación su influencia no era proporcionada á su número. La Convocación, felizmente para nuestro país, ha sido durante largo tiempo tan completamente inútil, que hasta un período reciente sólo el curioso erudito cuidó de inquirir cómo estaba constituída, y aun ahora muchas personas que no están generalmente mal informadas creen que era un concilio donde tenía representación la Iglesia anglicana. En realidad, la Convocación tantas veces mencionada en nuestra historia eclesiástica, es solamente el sínodo de la provincia de Canterbury, y nunca tuvo derecho á hablar en nombre de todo el clero. La provincia de York tenía también su Convocación; pero hasta muy avanzado el siglo XVIII era, en general, tan pobre aquella provincia, tan inculta y tan poco poblada, que en importancia política apenas se la podría considerar como superior á la décima parte del reino. La opinión del clero meridional se consideraba, por tanto, popularmente, como la opinión de todo el clero. Cuando era necesario el concurso oficial de los clérigos del Norte, parece haberse dado como cosa corriente. Es lo cierto que los cánones aprobados por la Convocación de Canterbury, en

1604, fueron ratificados por Jacobo I y ordenada su estricta observancia en todas las partes del reino, dos años antes que la Convocación de York llenara la fórmula de aprobarlos. Desde que estos concilios llegaron á ser meros nombres, se ha efectuado un gran cambio en la posición relativa de los dos arzobispados. En todos los elementos de poder, la región de allende el Trent es ahora, por lo menos, una tercera parte de Inglaterra. Cuando en nuestro tiempo se ajustó el sistema representativo al nuevo estado del país, casi todos los pequeños distritos á que fué necesario quitar la franquicia electoral estaban en el Mediodía. Dos terceras partes de los nuevos representantes concedidos á grandes ciudades de provincia, fueron dados al Norte. Si, por tanto, cualquier gobierno inglés hubiera permitido que las convocaciones, tal como estaban constituídas en el siglo XVII, se reunieran para el despacho de los negocios, dos sínodos independientes hubieran legislado al mismo tiempo para una sola Iglesia. Es muy posible que una asamblea adoptara cánones que fueran rechazados por la otra; que una asamblea condenara como heréticas proposiciones que la otra sostuviera como ortodoxas (1). En el siglo XVII no había que temer semejante peligro. Tan poca importancia se daba entonces á la Convocación de York, que, en su mensaje á Guillermo, las dos Cámaras del Parlamento habían hablado tan sólo de

(1) En varias publicaciones recientes se califica despreciativamente de quimérico el temor de que pudiera surgir alguna diferencia entre la Convocación de York y la de Canterbury. No es fácil, sin embargo, comprender por qué razón ha de ser menos probable que surjan diferencias entre dos convocaciones independientes que entre las dos Cámaras de la misma convocación; y es bien notorio que en los reinados de Guillermo III y de Ana, casi nunca estuvieron de acuerdo las dos Cámaras de la Convocación de Canterbury.

una Convocación, que llamaban Convocación del Clero del Reino.

La corporación, no muy exactamente designada de este modo, se divide en dos Cámaras. Forman la Alta Cámara los obispos de la provincia de Canterbury. La Cámara Baja constaba en 1689 de ciento cuarenta y cuatro miembros. Veintidós deanes y cincuenta y cuatro arcedianos tenían allí asiento en virtud de sus funciones. Veinticuatro teólogos como procuradores de otros tantos capítulos. Los ocho mil curas párrocos de las veintidós diócesis elegían tan sólo cuarenta y cuatro procuradores. Estos cuarenta y cuatro eran casi todos, sin embargo, de la misma opinión.

LI.

Elección de miembros de la Convocación.

Anteriormente las elecciones se habían hecho de la manera más tranquila y decorosa. Pero en esta ocasión se solicitaban los votos con gran empeño: hubo luchas muy reñidas: Rochester, jefe del partido que en la Cámara de los Lores se había opuesto al bill de asimilación, y su hermano Clarendon, que se había negado á jurar, se presentaron en Oxford, cuartel general de aquel partido, con el propósito de animar y organizar la oposición (1). Los representantes del clero parroquial deben haber sido hombres cuyo principal distintivo era su celo; porque en toda la lista no se

(1) Birch, *Vida de Tillotson; Vida de Prideaux.* Resulta del *Diario* de Clarendon que él y Rochester se encontraban en Oxford el 23 de setiembre.

encuentra un solo nombre ilustre, y muy pocos son conocidos aun de los curiosos (1). Los miembros oficiales de la Cámara Baja, entre los cuales había muchos distinguidos predicadores y eruditos, no parece que anduvieran muy desigualmente divididos.

LII.

Concesión de beneficios eclesiásticos.

Durante el verano de 1689 quedaron vacantes algunas altas dignidades eclesiásticas que se proveyeron en teólogos de los reunidos en la Cámara de Jerusalén. Ya se ha mencionado que Tomás, obispo de Worcester, murió precisamente la víspera del día fijado para prestar los juramentos. Lake, obispo de Chichester, vivió lo bastante para negarse á jurar, y al exhalar el último aliento declaró que mantendría, aun en la tortura, la doctrina del derecho hereditario. La sede de Chichester fué ocupada por Patrick, la de Worcester por Stillingfleet; y para el puesto de deán de San Pablo, que dejaba Stillingfleet vacante, fué nombrado Tillotson. Causó alguna sorpresa que Tillotson no fuese elevado á la dignidad episcopal. Pero es lo cierto que la estimación altísima en que tenía el Gobierno sus servicios, motivó que se le dejase todavía algún tiempo de simple presbítero. El cargo más importante de la Convocación era el de presidente de la Cámara

(1) Véase la Lista de la Reseña Histórica de la actual Convocación, añadida á la segunda edición de la *Vox Cleri*, 1690. El nombre más importante que aparece en la lista de procuradores elegidos por el clero parroquial es el del doctor Juan Mill, editor de la traducción griega del Nuevo Testamento.

Baja. El presidente debía ser elegido por los miembros; y la única persona de opiniones moderadas que tenía probabilidades de ser elegido era Tillotson. Ya se había, en efecto, determinado que él fuese el primer arzobispo de Canterbury. Cuando fué á besar la mano al Rey por su cargo de deán, le dió las gracias más expresivas. «V. M. me ha puesto en situación que me permite pasar tranquilo el resto de mi vida»— «Nada de eso, doctor, yo os lo aseguro», dijo Guillermo. Entonces le explicó claramente que en el momento en que Sancroft cesara de ocupar el más alto de todos los puestos eclesiásticos, Tillotson sería llamado á sucederle. Tillotson quedó estupefacto, porque era de natural pacífico y no tenía ambición: empezaba á sentir los achaques de la vejez; daba poca importancia al dinero; de los bienes mundanos, los que más apreciaba eran tener buena fama y la buena voluntad de las gentes: poseía ya estos beneficios y no podía ignorar que si llegaba á ser Primado incurriría en el odio más acerbo de un partido numeroso, y llegaría á ser blanco de censuras que su condición suave y susceptible temía como la tortura. Guillermo se mostró decidido y resuelto. «Es necesario —dijo — para mi servicio; y dejo á vuestra conciencia la responsabilidad de negarme vuestra ayuda.» Aquí terminó la conversación. En realidad, no era necesario decidir el punto inmediatamente; porque debían trascurrir todavía algunos meses antes que el arzobispado quedara vacante.

Tillotson se quejó con sincera inquietud y pesar á lady Rusell, que era la persona á quien más respetaba y en quien tenía más confianza (1). Esperaba, dijo, que no se apartaría del servicio de la

(1) Tillotson á lady Russell, 19 de abril, 1690.

Iglesia; pero estaba convencido de que su rango actual era aquel en que podría ser mas útil. Si se viera forzado á aceptar puesto tan alto y tan envidiado como la primacía, pronto sucumbiría al peso de deberes é inquietudes superiores á sus fuerzas. Su valor, y con su valor su talento, le abandonarían. Quejóse dulcemente de Burnet, el cual le amaba y estimaba con efusión realmente generosa, y que había trabajado por persuadir al Rey y á la Reina de que no había en Inglaterra más que un hombre capaz de desempeñar la primera dignidad eclesiástica. «El obispo de Salisbury, decía Tillotson, es uno de los mejores y de los peores amigos que conozco.»

LIII.

Descontento de Compton.

Lo que no fuera un secreto para Burnet, no podía serlo largo tiempo para los demás. Pronto empezó á susurrarse que el Rey había pensado en Tillotson para ocupar el puesto de Sancroft. La noticia mortificó cruelmente á Compton, el cual, no sin fundamento, se creía con mejor derecho que otro alguno. Había educado á la Reina y á su hermana, y á la instrucción que de él habían recibido podía muy bien atribuirse, en parte al menos, la firmeza con que á despecho de la influencia de su padre se habían mantenido fieles á la religión establecida. Compton era además el único prelado que durante el reinado anterior había levantado su voz en el Parlamento contra la prerrogativa de dispensa, el único prelado que había sido suspendido por la Comisión eclesiastica, el único pre-

lado que había firmado la invitación hecha al Príncipe de Orange, el único prelado que había tomado las armas contra el papismo y el poder arbitrario, el único prelado, á excepción de uno solo, que había votado contra la regencia. Entre los eclesiásticos de la provincia de Canterbury que habían prestado los juramentos, él era el de superior jerarquía: había desempeñadó, pues, durante algunos meses el cargo de vicario del Primado; había coronado á los nuevos soberanos; había consagrado los nuevos obispos; debía presidir la Convocación. Puede añadirse que era hijo de un conde, y que ninguna persona de cuna tan ilustre tomaba entonces asiento, ni se había sentado desde que se hiciera la reforma, en el banco de los obispos. Que el Gobierno diera la preferencia á un sacerdote de su propia diócesis, que era hijo de un comerciante de paños de Yorkshire, y que sólo se distinguía por su talento y sus virtudes, era una provocación; y Compton, que en modo alguno era mal hombre, se sintió provocado. Tal vez aumentaba su mortificación el reflexionar que por servir á los que ahora le postergaban de este modo había hecho algunas cosas que habían violentado su conciencia y manchado su reputación; que una vez había practicado las engañosas artes del diplomático, y otra vez había escandalizado á sus hermanos presentándose con el coleto de ante y las botas del soldado. No podía acusar á Tillotson de ambición desmedida. Pero aunque Tillotson rehusaba con todas sus fuerzas aceptar para sí el arzobispado, no empleó su influencia en favor de Compton, sino que recomendó á Stillingfleet como el hombre más á propósito para presidir la Iglesia de Inglaterra. La consecuencia fué que, en vísperas de reunirse la Convocación, el obispo que debía estar á la cabeza de la Alta

Cámara se hizo enemigo personal del presbítero á quien el Gobierno deseaba ver á la cabeza de la Cámara Baja. Esta disidencia añadió nuevas dificultades á las que ya existían, y que por sí solas hubieran bastado (1).

LIV.

Reúnese la Convocación

Hasta el 20 de noviembre no se reunió la Convocación para el despacho de los negocios. El lugar de reunión había sido generalmente la Catedral de San Pablo. Pero la Catedral de San Pablo se alzaba entonces lentamente de sus ruinas; y aunque ya la cúpula dominaba por encima de los cien campanarios de la City, aun no se había abierto el coro al culto público. La asamblea se reunió, pues, en Westminster (2). Se hizo poner una mesa en la hermosa capilla de Enrique VII. Compton ocupaba la presidencia. A su derecha y á su izquierda se colocaron con espléndidas vestiduras de escarlata y armiño los sufragáneos de Canterbury que habían jurado. La mesa estaba sobre una tarima y abajo se veía reunida la multitud de presbíteros. Beveridge pronunció una oración latina elogiando con entusiasmo el sistema existente, y en la cual, sin embargo, se declaraba favorable á una moderada reforma. Las leyes eclesiásticas, dijo, son de dos clases. Unas son fundamentales y eternas;

(1) Birch, *Vida de Tillotson*. Lo que allí se dice de la frialdad entre Compton y Tillotson lo tomó Birch de los MSS. de Enrique Wharton, y aparece confirmado por muchas circunstancias que se conocen por otras fuentes.

(2) Chamberlayne, *Estado de Inglaterra*, 18.ª edición.

derivan su autoridad de Dios, y ninguna sociedad religiosa puede revocarlas sin dejar de formar parte de la Iglesia universal. Otras leyes hay locales y temporales; son producto de la humána sabiduría, y la humana sabiduría puede alterarlas. No se deben, sin embargo, alterar sin graves razones, pero seguramente no faltaban entonces tales razones. Unir un rebaño descarriado en una sola grey bajo el mismo pastor; apartar del camino de los débiles los obstáculos que se oponen á su paso; conciliarse corazones cuyo afecto se perdió ha largo tiempo; restituir á la disciplina espiritual su vigor primitivo; dar á la mejor y más pura de las sociedades cristianas una base suficientemente ancha para que pueda resistir todos los ataques de la tierra y del infierno, tales eran los fines que podían muy bien justificar alguna modificación, no en las instituciones católicas, sino en los usos nacionales ó provinciales (1).

LV.

Los partidarios de la alta Iglesia tienen mayoría en la Cámara Baja de la Convocación.

La Cámara Baja, después de haber oído este discurso, procedió á designar presidente. Sharp, á quien probablemente impulsaban los partidarios de la asimilación, como uno de los más celosos defensores de la alta Iglesia, propuso á Tillotson. Jane, que se había negado á aceptar el mandamiento real, fué propuesto por la parte contraria. Después de una

(1) *Concio ad Synodum, per Gulielmum Beveregium,* 1689.

discusión algo animada, Jane fué elegido por cincuenta y cinco votos contra veintiocho (1).

El presidente fué presentado con toda solemnidad al obispo de Londres, y, según antigua usanza, pronunció una oración en latín. En esta oración elogiaba la Iglesia anglicana como la más perfecta de todas las instituciones. Indicó muy claramente que no era preciso introducir ningún cambio en su doctrina, en su disciplina ni en su ritual; y el discurso terminó con una sentencia muy significativa. Cuando Compton se había presentado pocos meses antes con el carácter no muy clerical de coronel de caballería, había hecho bordar en las banderas de su regimiento las palabras tan conocidas «*Nolumus leges Angliæ mutari,*» y con estas palabras terminó Jane su peroración (2)

Todavía los partidarios de la baja Iglesia conservaban alguna esperanza. Habían resuelto prudentemente empezar proponiendo que se sustituyeran lecciones tomadas de los libros canónicos en vez de las lecciones tomadas de los apócrifos. Podría parecer que esta indicación sería recibida favorablemente aun cuando no hubiera un solo disidente en todo el reino. Porque la Iglesia había declarado en su artículo 6.º que los libros canónicos debían ser llamados Sagrada Escritura y debían ser considerados como regla de fe, cualidades que se negaban á los libros apócrifos. Hasta esta reforma, sin embargo, estaban dispuestos á combatir los partidarios de la alta Iglesia. En todos los folletos que cubrían los mostradores de Paternoster Row y Little Britain se preguntaba por qué se había de privar á las congregaciones del campo de oir hablar

(1) Narciso Luttrell, *Diario: Historical Account of the Present Convocation.*

(2) Kennet, *Historia*, III, 552.

de la bola de pez con que Daniel atragantó al dragón, y del pescado cuyo hígado despidió vaho de tal calidad que hizo huir al diablo desde Ecbatana hasta Egipto. ¿Y no había capítulos de la Sabiduría del hijo de Sirach mucho más interesantes y edificantes que las genealogías y las listas que forman una gran parte de las crónicas de los reyes judíos y de la narración de Nehemías? A ningún grave teólogo le hubiera gustado, sin embargo, sostener en la capilla de Enrique VII que era imposible encontrar en muchos centenares de páginas dictadas por el Espíritu Santo cincuenta ó sesenta capítulos más edificantes que todo lo que se pudiera sacar de las obras del más respetable historiador ó moralista no inspirado. Los jefes de la mayoría determinaron, pues, evitar un debate en el que se hubieran visto reducidos á un dilema desagradable. Su plan no era rechazar las recomendaciones de la Comisión, sino impedir que aquellas recomendaciones fueran discutidas; y con esta mira se adoptó una táctica que fué coronada por el éxito.

La ley, tal como se había interpretado durante el espacio de largos años, prohibía á la Convocación hasta el deliberar sobre cualquier ordenanza eclesiástica sin autorización previa de la Corona. Semejante autorización, sellada con el Gran Sello, fué traída en forma á la capilla de Enrique VII por Nottingham. El cual, al mismo tiempo, dió un mensaje del Rey. S M. exhortaba á la asamblea á examinar con calma y sin preocupación las recomendaciones de la Comisión, y declaraba que sólo tenía presente la honra y prosperidad de la religión protestante en general, y de la Iglesia de Inglaterra en particular (1).

---

(1) *Historical Account of the Present Convocation*, 1689.

LVI.

Disidencia entre las dos Cámaras de la Convocación.

Los obispos aprobaron rápidamente una comunicación de gracias por el regio mensaje, y reclamaron la concurrencia de la Cámara Baja. Jane y sus parciales pusieron objeción tras objeción. Primero reclamaron el privilegio de presentar una comunicación separada. Cuando se vieron obligados á ceder en este punto, se negaron á aceptar ninguna expresión que indicase que la Iglesia de Inglaterra tenía relación alguna con cualquier otra comunidad protestante. Enmiendas y razones iban y venían de una á otra Cámara. Se celebraron conferencias en las que, Burnet de un lado, y Jane de otro, fueron los principales oradores. Por último, con gran dificultad se llegó á un arreglo, y una comunicación fría y hecha á disgusto, en comparación de la que habían redactado los obispos, fué presentada al Rey en la Sala del Trono. Guillermo disimuló su despecho, dió amable respuesta y manifestó su esperanza de que ahora por fin pasaría la asamblea á examinar el gran punto de la asimilación (1).

No era tal, sin embargo, la intención de los jefes de la Cámara Baja. Tan pronto como se encontraron otra vez en la capilla de Enrique VII, uno de ellos inició un debate acerca de los obispos *nonjurors*. A pesar del desdichado escrúpulo de aquellos prelados,

(1) *Historical Account of the Present Convocation*; Burnet, II, 58; Kennet, *History of the Reign of William and Mary*.

eran varones doctos y santos. En la ocasión presente su consejo hubiera podido ser de grandísima utilidad á la Iglesia. La Cámara Alta apenas merecía nombre de tal por la ausencia del Primado y de muchos de sus más respetables sufragáneos. ¿No podía hacerse nada para poner remedio á este mal? (1). Otro miembro se quejó de algunos libelos recientemente publicados y en los cuales no se trataba la Convocación con la debida deferencia La asamblea se encendió en ira. ¿No era monstruoso que esta herética y cismática escoria fuera pregonada por los vendedores en las calles, y expuesta á la venta en los puestos de Westminster Hall, á cien varas de la silla del presidente? La obra de mutilar la liturgia y de convertir las catedrales en conventículos podía seguramente aplazarse hasta que el sínodo hubiera tomado medidas para proteger su propia libertad y decoro. Se discutió entonces cómo había de impedirse la publicación de aquellos libros escandalosos. Unos opinaban que por medio de denuncias judiciales; otros estaban por las censuras eclesiásticas (2). En tales deliberaciones pasaban una tras otra las semanas. Ni una sola proposición relacionada con la asimilación había sido siquiera discutida. Se acercaba la Navidad. En Navidad tenía que haber vacaciones. Los obispos deseaban que mientras éstas durasen se encargara una comisión de preparar los puntos que hubieran de discutirse. La Cámara Baja se negó á hacer tal concesión (3). Era ya evidente que aquella Cámara estaba completamente resuelta á no examinar siquiera ninguna parte del plan que había sido redactado por

(1) *Historical Account of the Present Convocation*; Kennet, *Historia*.

(2) *Historical Account of the Present Convocation*; Kennet.

(3) *Historical Account of the Present Convocation*.

los comisarios regios. Los procuradores de las diócesis estaban de peor humor que cuando vinieran á Westminster la primera vez. Probablemente muchos de ellos no habían pasado nunca una semana en la capital, y no sabían cuán grande era la diferencia entre el cura de la ciudad y el del campo. La vista de los lujos y comodidades que disfrutaban los predicadores populares de la City hizo sufrir, como era natural, alguna mortificación al vicario de Linconlshire ó Caernarvonshire, que estaba acostumbrado á vivir con tanta estrechez como un labrador pobre. La misma circunstancia de que el clero de Londres se mostrara en general favorable á la asimilación, hizo que los representantes del clero rural abrazaran obstinadamente el partido contrario (1). Los prelados, como clase, se mostraban sinceramente deseosos de que se hiciera alguna concesión á los disidentes. Pero los prelados eran de todo punto incapaces de dominar aquella revoltosa democracia. Eran pocos en número. Algunos de ellos habían incurrido en el más profundo desagrado del clero parroquial. El presidente no tenía toda la autoridad del Primado, ni

(1) En el folleto titulado *Vox Cleri* se admite la existencia de esta envidia: «Algunos ministros del campo, que ahora forman parte de la *Convocación*, tienen ocasión de ver con qué comodidad y abundancia viven los ministros de la ciudad, que tienen sus lectores y conferenciantes, y frecuentes donativos, y á veces permanecen en la sacristía hasta que terminan las oraciones, y tienen grandes dignidades en la iglesia, además de sus ricas parroquias en la City.» El autor de este librito, un tiempo muy celebrado, es Tomás Long, procurador del clero de la diócesis de Exeter. En otro folleto publicado por este tiempo se dice que los clérigos rurales han visto con malos ojos que sus hermanos de Londres refrescaban con vino dulce después de predicar. En los libelos de aquel invierno se hallarán varias alusiones satíricas á la fábula de «El Ratón de la ciudad y el del campo.»

tampoco le disgustaba ver que combatieran y mortificaran á aquellos que, según creía, se habían portado mal con él.

LVII.

Suspéndense las sesiones de la Convocación.

Fué necesario ceder. La Convocación fué prorrogada por seis semanas. Terminado aquel plazo, se prorrogó nuevamente; y muchos años trascurrieron sin que pudiera hacer nada.

Así terminó, y para siempre, la esperanza de que la Iglesia de Inglaterra se dejara inducir á hacer alguna concesión á los escrúpulos de los disidentes. Una minoría ilustrada y respetable del clero renunció con profundo pesar á aquella esperanza. Todavía al cabo de muy poco tiempo, hasta Burnet y Tillotson encontraron fundamento para creer que su derrota había sido en realidad una retirada á tiempo, y qué la victoria hubiera sido un desastre. Una reforma que en tiempo de Isabel hubiera unido la gran comunidad de los protestantes ingleses, en tiempo de Guillermo hubiera enajenado más corazones de los que hubiera conciliado. El cisma producido por los juramentos era todavía insignificante. Las innovaciones propuestas por los comisarios regios le hubieran dado terrible importancia. Todavía los laicos, aun cuando encontraran injustificables los actos de la Convención, y aun cuando aplaudieran la virtud del clero *nonjuror*, continuaban sentándose bajo el mismo púlpito de siempre y arrodillándose en el altar de costumbre. Pero si en esta misma coyuntura, mientras su mente estaba

irritada por la injusticia que en su opinión habían hecho á sus teólogos favoritos, y cuando tal vez estaba indeciso entre si debía seguirlos ó no, chocaban á sus oídos y á sus ojos cambios en el culto á que tenia cariñosa adhesión; si las composiciones de los doctores de la Cámara de Jerusalén venían á ocupar el lugar de las antiguas colectas; si hubiera visto á los clérigos sin sobrepellices llevando el cáliz y la patena de un lado á otro de la iglesia á los que recibían sentados la comunión, el vínculo que le ligaba á la Iglesia oficial se habría disuelto Hubiera acudido á cualquiera asamblea de *nonjurors* donde el culto que amaba se cumpliera sin mutilaciones. La nueva secta, que hasta ahora se componía casi exclusivamente de sacerdotes, prosperaría bien pronto con la llegada de grandes y numerosas congregaciones; y pronto se vería que en éstas era mucho mayor la proporción de los ricos, de los de ilustre cuna, de los de educación esmerada, que en ninguna otra secta de disidentes. Los episcopales cismáticos, así reforzados, hubieran sido tal vez tan formidables para el nuevo Rey y sus sucesores, como jamás lo habían sido los puritanos cismáticos para los príncipes de la casa de Estuardo. Es un hecho indisputable, y de los más instructivos, que en gran medida somos deudores de la libertad civil y religiosa que disfrutamos, á la pertinacia con que, en la Convocación de 1689, el partido de la alta-Iglesia se negó hasta á deliberar sobre todo lo que fuera plan de asimilación (1).

---

(1) Burnet, II, 33, 34. Las mejores narraciones de lo sucedido en esta Convocación son la Relación Histórica que va en el Apéndice de la segunda edición de la *Vox Cleri*, y el pasaje de la Historia de Kennet, á que ya he remitido al lector. La primera, es obra de un gran partidario de la alta Iglesia; la segunda, de otro que no lo es menos de la baja. Los que deseen tener noticias más

minuciosas deben consultar los folletos contemporáneos. Entre éstos se encuentran los siguientes: *Vox populi; Vox Laici; Vox Regis et Regni; Tentativa de Curación; Carta á un amigo*, por el Deán Prideaux; *Carta de un ministro del campo á un miembro d la Convocación; Respuesta á la Alegre Respuesta á la Vox Cleri, Observaciones hechas desde el campo á dos cartas relativas á la Convocación; Vindicación de las cartas en contestación á la Vox Cleri; Respuesta á la carta del ministro del campo.* Todos estos folletos se publicaron á fines de 1689, ó principios de 1690.

CAPÍTULO QUINTO.

1689-1690.

I.

Reunión del Parlamento.—Retirada de Halifax.

Mientras los individuos de la Convocación discutían acaloradamente á un lado de Old Palace Yard, el Parlamento debatía con más apasionamiento aún al otro lado. Las Cámaras, que habían suspendido las sesiones en 20 de agosto, habían vuelto á reunirse en 19 de octubre. Al reanudarse las sesiones, causó general sorpresa un cambio importante. Halifax no ocupaba ya el saco de lana. Tenía razones que le inducían á creer que la persecución de que con dificultad había escapado en la legislatura precedente, iba á ser renovada. Los sucesos ocurridos durante las vacaciones, y especialmente los desastres de la campaña de Irlanda, habían proporcionado nuevas armas á sus enemigos. Su administración no había sido feliz; y, aunque su desgracia debía atribuirse, en parte, á causas contra las cuales nada hubiera podido la humana prudencia, debía también, en parte, atribuirse á las condiciones especiales de su carácter y de su inteligen-

cia. Era cierto que en la Cámara de los Comunes un partido numeroso intentaría derribarle; y no podía ya contar con la protección de su amo. Natural era que un príncipe que propiamente era hombre de acción estuviera cansado de un ministro que era hombre de teoría. Carlos, que iba al Consejo como al teatro, sólo á divertirse, se deleitaba con un consejero que tenía mil cosas ingeniosas y agradables que decir en pro y en contra de todas las cuestiones. Pero Guillermo no era aficionado á las disquisiciones y disputas, aun cuando fueran ingeniosas y sutiles, que robaban mucho tiempo y á nada conducían. Referíase, y no deja de ser probable, que en una ocasión no pudo menos de expresar en términos enérgicos, en el Consejo, su impaciencia por lo que le parecía un hábito nocivo de indecisión (1). Halifax, mortificado por sus fracasos en la vida pública, desesperado por desdichas domésticas, inquietado con los temores de un *impeachment* y no sostenido ya por el favor real, se cansó de la vida pública y empezó á desear con ansia el silencio y soledad de su posesión de Nottinghamshire, antigua abadía del Císter, sepultada entre espesos bosques. A principios de octubre se supo que ya no presidiría la alta Cámara. Susurrábase al mismo tiempo con gran secreto que pensaba retirarse completamente de los negocios, y que sólo conservaba el sello privado hasta que le nombraran sucesor. El Chief Baron Atkyns fué nombrado presidente de los Lores (2).

---

(1) «Halifax a eu une reprimande sévere publiquement dans le conseil par le Prince d'Orange pour avoir trop balancé.»—Avaux á De Croissy. Dublín, junio 16 (26). 1689. «La vivacidad de su ingenio—dice Burnet, II, 4—se aviene mal con la flema del Rey.»

(2) *Diario de Clarendon*, oct. 10, 1689; *Lord's Journals*, oct. 19, 1689.

II.

Votación de los subsidios.

En algunos puntos importantes no hubo diferencia de opinión en la legislatura. Los Comunes resolvieron, por unanimidad, ayudar al Rey en la obra de reconquistar á Irlanda, y ponerle en condiciones de proseguir con vigor la guerra contra Francia (1). Con igual unanimidad votaron un subsidio extraordinario de dos millones (2). Acordaron que la mayor parte de esta suma se obtuviera con un impuesto sobre la propiedad inmueble. El resto se obtendría, parte con un impuesto personal, y parte con nuevos derechos sobre el té, el café y el chocolate. Se propuso hacer pagar á los judíos un impuesto de cien mil libras; y esta proposición fué al principio favorablemente recibida por la Cámara, pero surgieron algunas dificultades. Los judíos presentaron una petición en la cual declaraban que no se podían comprometer á pagar semejante suma y que antes abandonarían el Reino que dejarse arruinar. Políticos ilustrados no dejaron de advertir que un impuesto especial que se hace pagar á una clase poco numerosa, rica, impopular é indefensa es, en realidad, confiscación; y debe, en último resultado, empobrecer más bien que enriquecer al Estado. Después de una breve discusión, el impuesto sobre los judíos fué abandonado (3).

(1) *Common's Journals*, oct. 24, 1689.

(2) *Common's Journals*, nov 2, 1689.

(3) *Common's Journals*, nov. 7 y 19, y dic. 30, 1689. La regla de la Cámara era, entonces, no recibir ninguna petición contra

III.

Aprobación del Bill de Derechos.

El bill de Derechos, que en la legislatura anterior, después de haber sido causa de muchas disputas entre las Cámaras, había quedado sin aprobar, fué presentado nuevamente y aprobado en muy poco tiempo. Los Pares no insistieron más en que se designase nominalmente el sucesor á la Corona para el caso en que María, Ana y Guillermo muriesen todos sin posteridad. Durante once años no se oyó hablar más de los derechos de la casa de Brunswick.

El bill de Derechos contenía algunas disposiciones que merecen especial mención. La Convención había resuelto que era contrario al interés del Reino que fuese gobernado por un papista; pero no había prescrito prueba alguna para certificar si el príncipe era ó no papista. Suplióse ahora esta deficiencia. Se estableció que todo soberano inglés, en pleno Parlamento, y en la coronación repitiera y suscribiera la Declaración contra la Transustanciación.

Dispúsose también que todas las personas que contrajeran matrimonio con papistas quedaran incapacitadas para reinar en Inglaterra, y que si el soberano se casaba con una católica, el súbdito quedara absuelto de toda obediencia. Burnet se alaba de que esta

---

el establecimiento de un impuesto. Esta regla quedó abolida, después de una lucha muy empeñada, en 1842. La petición de los judios no fué recibida ni se menciona en los *Diarios*, pero pueden tenerse algunas noticias acerca de ella en el *Diario* de Narciso Luttrell y en los *Debates* de Grey, nov 19, 1689.

parte del bill de Derechos fué obra suya. No tenía motivo para alabarse, porque no es fácil encontrar medida legislativa más detestable. En primer lugar, no se prescribe prueba alguna. Que la consorte de un soberano haya prestado el juramento de supremacía, ó haya firmado la Declaración contra la Transustanciación son hechos determinados. Pero que la consorte de un soberano sea ó no papista es una cuestión acerca de la cual se puede argüir perpetuamente. ¿Qué es un papista? La palabra no tiene significación definida ni en la ley ni en la teología. Es puramente un mote popular, y significa cosas muy diferentes según quien lo pronuncie. ¿Son papistas todos los que conceden al Obispo de Roma primacía sobre los prelados cristianos? En ese caso, Jacobo I, Carlos I, Laud, Heylyn, eran papistas (1). ¿Ó está limitada esta denominación á las personas que sostienen las doctrinas ultramontanas respecto á la autoridad de la Santa Sede? Siendo así, ni Bossuet ni Pascal fueron papistas.

¿Y cuál es el efecto legal de las palabras que absuelven al súbdito de su obediencia? ¿Significa esto que la persona acusada de alta traición puede presentar testimonio para probar que el soberano se ha casado con

(1) Jacobo I, en el mismo tratado en que pretende demostrar que el Papa es el Antecristo, dice: «En cuanto á mí, si todavía la cuestión fuera esa, consentiría de todo corazón en que el obispado de Roma fuera la primera sede.» Hay una notable carta sobre este asunto, escrita por Jacobo á Carlos y á Buckingham, cuando estaban en España. Heylyn, hablando de la negociación de Laud con Roma, dice: «De modo que en ese punto, entre nosotros, en Inglaterra, el Papa habría de contentarse con tener prioridad, en vez de superioridad, sobre los demas obispos; y con primacía, en vez de supremacía, en aquellas partes de la Cristiandad que, se me figura, ninguna persona de saber y de sereno juicio se negaría á concederle.

una papista? ¿Hubiera tenido derecho Thistlewood, por ejemplo, á ser absuelto si hubiera podido probar que el rey Jorge IV estaba casado con Mrs. Fitzherbert, y que Mrs. Fitzherbert era papista? No es de creer que ningún tribunal hubiera admitido cuestión semejante. Sin embargo, ¿á qué viene el disponer que en un cierto caso el súbdito quedará absuelto de su obediencia, si el tribunal que le ha de juzgar por haber violado esta obediencia no ha de aceptar la existencia de semejante caso?

La cuestión de la prerrogativa de dispensa fué tratada de manera muy diferente, examinándola con toda minuciosidad y resolviéndola, al fin, de la única manera que podía ser resuelta. La Declaración de Derechos se había limitado á establecer que la prerrogativa de dispensa, tal como se ejercía últimamente, era ilegal. Que á la Corona correspondía cierta prerrogativa de dispensa, era una proposición sancionada por autoridades y precedentes de que aun los abogados whigs no podían hablar sin respeto; pero en cuanto á la extensión precisa de este poder, casi no había dos legistas que estuvieran de acuerdo; y cuantas tentativas se habían hecho para definirlo habían fracasado. Finalmente, por el bill de Derechos la anómala prerrogativa que había producido tan fieras disputas fué suprimida en absoluto y para siempre (1).

(1) Stat. 1 W. and M., sess. 2, c. II.

IV.

Información acerca del estado de la armada.

En la Cámara de los Comunes hubo, como era de esperar, una serie de vivos debates acerca de los desastres del otoño. La negligencia ó corrupción del departamento de marina, los fraudes de los contratistas, la rapacidad de los capitanes de los buques reales, las pérdidas de los comerciantes de Londres, sirvieron de tema á muchos discursos violentos. Había, ciertamente, motivo de enojo. Una severa información que Guillermo en persona había dirigido en el Tesoro, acababa de descubrir el hecho de que gran parte de la sal con que fuera curada la carne que se había dado á la armada se había mezclado, por accidente, con agallas de las que se usan en la confección de la tinta. Los proveedores echaban la culpa del suceso á las ratas, y sostenían que las provisiones así sazonadas, aun cuando eran desagradables al paladar, no eran perjudiciales á la salud (1). No estaban de humor los Comunes de prestar oídos á tales excusas. Algunas personas contra las cuales resultaban cargos por haber defraudado al Gobierno y envenenado á los marineros, fueron reducidos á prisión por el *Serjeant* (2). Pero no recayó ninguna censura sobre el principal delincuente, Torrington, ni parece que una sola voz se haya levantado en contra suya. Tenía ami-

---

(1) *Treasury Minute Book*, nov. 3, 1689.

(2) *Common's Journals*, y Grey, *Debates*, nov. 13, 14, 18, 19, 23, 28, 1689.

gos personales en ambos partidos. Tenía muchas cualidades populares. Hasta sus vicios no eran de los que suelen excitar el público aborrecimiento. Fácilmente perdonaba el pueblo á un esforzado y pródigo marino por tener demasiado cariño á la botella, á sus alegres compañeros y á sus queridas; sin considerar debidamente á cuán grandes peligros se expone un país cuya seguridad depende de un hombre sumido en la indolencia, embrutecido por el vino, enervado por los placeres, arruinado por la prodigalidad y esclavizado por aduladores y cortesanas.

V.

Información acerca de la guerra de Irlanda.

Los sufrimientos del ejército de Irlanda dieron lugar á las más vehementes expresiones de simpatía é indignación. Los Comunes hicieron justicia á la firmeza y prudencia con que Schomberg había conducido la más ardua de todas las campañas. La causa de que no hubiera hecho más se atribuía principalmente á la infame conducta de la administración. Decíase que la misma peste no hubiera sido una grave calamidad si la maldad del hombre no la hubiera agravado. La enfermedad había respetado generalmente á los que tenían ropa de abrigo y camas, y había barrido á millares á los que estaban mal vestidos y dormían en el húmedo suelo. Se habían sacado inmensas sumas del Tesoro, y, sin embargo, la paga de las tropas estaba atrasada. Centenares de caballos, decenas de millares de zapatos habían sido pagados por el público, y, sin embargo, el bagaje se dejaba atrás por

falta de bestias de carga, y los soldados marchaban descalzos por entre el fango. Habían hecho pagar al Gobierno mil setecientas libras por medicinas; sin embargo, las drogas más comunes, de que en la más insignificante ciudad de mercado está provisto todo boticario, no se encontraban en el campo apestado. Grande era la indignación contra Shales. Se elevó un memorial al Trono, pidiendo que fuera conducido á Inglaterra, y que se apoderasen de sus cuentas y papeles. El Rey accedió fácilmente á esta petición; pero la mayoría whig aun no estaba satisfecha. ¿Quién había recomendado á Shales para puesto tan importante como el de comisario general? Había sido favorito de la corte de Whitehall en los peores tiempos. Había sido celoso defensor de la Declaración de Indulgencia. ¿Por qué se había confiado á esta hechura de Jacobo el cargo de proveedor del ejército de Guillermo? Algunos de los que eran partidarios de arrojar de los empleos á todos los toríes y equilibristas, propusieron que se preguntase á S. M. quién le había recomendado emplear á hombre tan indigno de la confianza real. Los más moderados y prudentes whigs indicaron lo indecoroso é impolítico de interrogar al Rey, y de obligarle á acusar á sus ministros ó á indisponerse con los representantes del pueblo. «Aconsejad, si queréis, á S. M. —dijo Somers—que retire su confianza á los consejeros que le recomendaron tan malaventurado nombramiento. Tal consejo, que probablemente se le daría por unanimidad, tendría para él gran peso. Pero no le hagáis una pregunta á la cual ningún caballero se prestaría á responder. No le obliguéis á que en defensa de su dignidad personal proteja á los mismos hombres que queréis apartar de su lado.» Después de una lucha empeñada de dos días, y de varias votaciones, la solicitud fué aprobada por

ciento noventa y cinco votos contra ciento cuarenta y seis (1). El Rey, como era de suponer, se negó fríamente á convertirse en delator, y la Cámara no le instó más (2). A otra solicitud pidiendo que se enviase una comisión á examinar el estado de las cosas en Irlanda, Guillermo dió respuesta muy amable, diciendo á los Comunes que nombraran las personas que hubieran de componerla. Los Comunes, no queriendo ser vencidos en cortesía, se excusaron de hacerlo así, dejando á la discreción de S. M. el elegir las personas más idóneas (3).

VI.

Recibimiento hecho á Walker en Inglaterra.

En medio de los enconados debates acerca de la guerra de Irlanda, un divertido incidente produjo por un momento buen humor y concordia. Walker había llegado á Londres y había sido recibido con entusiasmo sin límites. En todas las tiendas se veía su retrato. A los más apartados rincones del reino se enviaban cartas noticieras describiendo su persona y su porte. En todas las calles se vendían hojas en prosa y verso escritas en su elogio. Los gremios de Londres le obsequiaron espléndidamente en sus salones. El pueblo llano acudía á contemplarle á todas partes á donde iba, y casi le ahogaba á fuerza de rudas caricias. Ambas universidades le ofrecieron el grado de

(1) *Common's Journals*, y Grey, *Debates*, nov,26 y 27, 1689.

(2) *Common's Journals*, nov. 28, y dic. 2, 1689.

(3) *Common's Journals*, y Grey, *Debates*, nov. 30 y dic. 2, 1689.

doctor en teología. Algunos de sus admiradores le aconsejaban que se presentase en Palacio vistiendo aquel traje militar con que muchas veces había acaudillado las salidas de sus conciudadanos. Pero con mejor criterio del que mostró en otras ocasiones, se presentó en Hampton Court con la pacífica túnica de su profesión, obtuvo muy afectuosa acogida y recibió como regalo una libranza de cinco mil libras. «Y no creáis doctor, —dijo Guillermo con gran benignidad, — que os ofrezco esta suma en pago de vuestros servicios. Os aseguro que no creo hayan disminuído en lo más mínimo mis obligaciones para con vos» (1).

Es verdad que en medio del general aplauso se dejó oir la voz de la maledicencia. Los defensores de Londonderry eran hombres de dos nacionalidades y de dos religiones distintas. Durante el sitio, el odio á los irlandeses había tenido unidos á todos los sajones; y el odio al papismo había tenido unidos á todos los protestantes. Pero una vez pasado el peligro, el inglés y el escocés, el episcopal y el presbiteriano empezaron á contender acerca de la distribución de elogios y recompensas. Los predicadores disidentes que con gran celo habían ayudado á Walker en la hora de peligro, se quejaban de que en la relación del sitio que había publicado hubiera omitido el mencionar sus nombres, no obstante reconocer los servicios por ellos prestados. La queja era justa; y si hubiera sido formulada en lenguaje propio de cristianos y de caballeros, hubiera producido probablemente efecto considerable en el espíritu público. Pero los acusadores de Wal-

(1) *London Gazette*, set. 2, 1689, *Observaciones acerca de la Relación del sitio de Londonderry de Mr. Walker*, lic. 4 de oct., 1689; *Diario de Narciso Luttrell*; La *Relación de Mr. J. Mackenzie es un libelo lleno de falsedades, defensa de Mr. G. Walker escrita por un amigo en su ausencia*, 1690.

ker desatendieron en su enojo la verdad y el decoro, emplearon ridículo lenguaje, presentaron calumniosas acusaciones que fueron triunfalmente refutadas, y de este modo perdieron la ventaja que poseían. Walker se defendió con moderación é ingenuidad. Sus amigos pelearon valerosamente en su defensa y tomaron cumplida venganza de sus contrarios. En Edimburgo es muy posible que la opinión pública le hubiera sido contraria. Pero en Londres la controversia sólo contribuyó, según parece, á realzar su fama. Se le miraba como un teólogo anglicano de mérito eminente, el cual después de haber defendido con heroísmo su religión contra un ejército de *rapparees* papistas, se veía perseguido por una multitud de *covenantarios* escoceses (1).

Presentó á los Comunes una petición manifestando el estado de abandono á que se veían reducidas las viudas y huérfanos de algunos valientes que habían sido muertos durante el sitio. Los Comunes le dieron en el acto un voto de gracias, y resolvieron presentar al Rey una solicitud para que hiciera distribuir diez mil libras entre las familias cuyos sufrimientos habían sido descritos de manera tan conmovedora. Al día siguiente corrió el rumor entre los bancos de los diputados que Walker estaba en el pasillo. Fué llamado á la Cámara.

(1) Walker, *Relación verdadera*, 1689; *Vindicación de los errores atribuidos á la Relación verdadera*, 1689; *Observaciones á la Vindicación*, 1689; *Vindicación de la Relación verdadera de Walker*, 1689; *Relación de Mackenzie*, 1690; La *Relación de Mr. Mackenzie es un libelo lleno de falsedades*, 1690; *El invisible campeón del doctor Walker vencido por Mackenzie*, 1690; *Mercurius Reformatus*, dic. 4 y 11, 1689. El editor oxoniense de la *Historia* de Burnet manifiesta su sorpresa por el silencio que guarda el obispo acerca de Walker. En el Burnet MS, Harl. 6584 hay un animado panegírico de Walker. La causa por que este panegírico no aparece en la *Historia* es lo que no acierto á explicar.

El *Speaker*, en lenguaje lleno de elevación y elegancia, le informó de que la Cámara se había apresurado á satisfacer su petición, le tributó grandes elogios por haberse encargado del gobierno y defensa de una ciudad vendida por sus propios gobernadores y defensores, y le encargó que dijese á los que habían peleado á sus órdenes que de su fidelidad y valor conservaría siempre agradecido recuerdo la Cámara de los Comunes de Inglaterra (1).

VII.

Edmundo Ludlow.

Por este mismo tiempo cambiaba el curso de los asuntos parlamentarios otro episodio interesante y curioso, que, como el primero, era resultado de los acontecimientos de la guerra de Irlanda. En la primavera anterior, cuando todos los mensajeros que venían de Irlanda traían malas noticias, y la autoridad de Jacobo era reconocida en todas las partes de aquel reino, excepto detrás de los muros de Londonderry y en las orillas de Lough Erne, era natural que los ingleses recordaran la terrible energía con que los grandes guerreros puritanos de la generación precedente habían vencido la insurrección de la raza céltica. Los nombres de Cromwell, de Ireton, y de los otros jefes del ejército triunfador, se oían en boca de muchas personas. Uno de aquellos jefes, Edmundo Ludlow, vivía todavía. A los veintidós años había entrado á servir voluntariamente en el ejército parlamentario; á

(1) *Common's Journals*, nov. 18 y 19, 1689; Grey, *Debates*.

los treinta había ascendido al rango de teniente general. Actualmente estaba viejo, pero su inteligencia se mantenía en todo su vigor. Su valor era del más fino temple; su entendimiento poderoso, pero limitado. Lo que veía lo veía con claridad; pero no abarcaba mucho al primer golpe de vista. En un siglo de trivialidad y perfidia, en medio de múltiples tentaciones y peligros, se había mantenido fiel á los principios de su juventud. Sus enemigos no podían negar que había sido consecuente toda su vida, y que con la misma energía con que se había alzado contra los Estuardos se había levantado contra los Cromwells. Sólo había una mancha en su fama; pero aquella mancha, en opinión de la gran mayoría de sus compatriotas, era de tal suerte, que no había mérito que pudiera servirle de compensación ni tiempo capaz de borrarla. Su nombre y sello figuraban en la sentencia de muerte de Carlos I.

Después de la restauración, Ludlow se refugió á orillas del Lago de Ginebra. Acompañóle allí otro miembro del Tribunal Supremo de Justicia, Juan Lisle, marido de aquella Alicia Lisle cuya muerte ha dejado perdurable mancha en la memoria de Jacobo II. Pero ni en Suiza estuvieron seguros los regicidas. Sus cabezas fueron puestas á gran precio; y una serie de aventureros irlandeses, ardiendo en animosidad nacional y religiosa, intentaron ganar la recompensa. Lisle pereció á manos de uno de estos asesinos. Pero Ludlow salió ileso de todas las maquinaciones de sus enemigos. Era mirado por un pequeño grupo de vehementes y resueltos whigs con una veneración que aumentaba á medida que pasaban los años, dejándole casi el único de los que sobrevivían, y seguramente el más ilustre, de una raza poderosa, de los vencedores en una terrible guerra civil, jueces de un rey, fundadores de una república. Mas de una vez le ha-

bían invitado los enemigos de la casa de Estuardo á abandonar su asilo, á ser su capitán, á dar la señal de la rebelión; pero él, obrando prudentemente, se había negado á tomar parte alguna en las desesperadas empresas que los Wildmans y Fergusons jamás se cansaban de inventar (1).

La revolución le dió una nueva esperanza. El derecho del pueblo á resistir la opresión, derecho que durante muchos años nadie podía afirmar sin exponerse á anatemas eclesiásticos y á penas civiles, había sido solemnemente reconocido por los Estados del Reino, y había sido proclamado por el rey de armas de la Jarretiera en el mismo sitio donde, cuarenta años antes, se había levantado el memorable cadalso. Cierto que Jacobo no había muerto como Carlos, como mueren los traidores. Sin embargo, el castigo del hijo difería, al parecer, del de su padre, más bien en grado que en el principio que lo dictaba. Los que recientemente habían declarado la guerra á un tirano, le habían arrojado de su palacio, le habían hecho huir amedrentado de su país, le habían despojado de su corona, podrían, tal vez, creer, que el crimen de haber dado un paso más allá había sido expiado suficientemente con treinta años de destierro. Los admiradores de Ludlow, algunos de los cuales ocupaban altos empleos públicos, le aseguraban que podía sin peligro aventurarse á volver, y hasta que había esperanzas de que fuera enviado con un mando importante á Irlanda, donde todavía sus antiguos soldados y sus hijos recordaban con cariño su nombre (2).

---

(1) Wade, *Confession*, Harl. MS. 6845.

(2) Véase el prólogo de la primera edición de sus *Memorias*, Vevay, 1698.

Vino, en efecto; y á principios de setiembre se supo que estaba en Londres (1). Mas pronto se vió que él y sus amigos habían comprendido mal el carácter del pueblo inglés. Para todos, excepto para una pequeña sección extrema del partido whig, el acto en que había tenido parte inolvidable, era mirado no sólo con la desaprobación debida á una gran violación de ley y de justicia, sino con más horror todavía que el excitado por la conjuración de la pólvora. El absurdo y casi impío oficio que todavía se lee en nuestras iglesias el 30 de enero, había producido en la imaginación del vulgo una extraña asociación de ideas. Los sufrimientos de Carlos eran confundidos con los sufrimientos del Redentor de la humanidad; y todo regicida era un Judas, un Caifás ó un Herodes. Era cierto que cuando Ludlow había entrado á formar parte del tribunal en Westminster Hall tenía el ardiente entusiasmo de los veintiocho años, y ahora regresaba del destierro con el cabello cano y el rostro arrugado del que ha cumplido los setenta. Tal vez, pues, si se hubiera contentado con vivir en estrecho retiro, evitando los lugares públicos, es probable que ni los celosos realistas hubieran negado al antiguo republicano una tumba en su tierra natal. Pero él no pensó en ocultarse. Pronto corrió el rumor de que uno de los asesinos que habían hecho cometer á Inglaterra aquel crimen por el cual anualmente, vistiendo el cilicio y con la cabeza cubierta de ceniza, imploraba la misericordia de Dios, recorría orgullosamente las calles de su capital, y se jactaba de que antes de mucho se pondría al frente de sus ejércitos.

---

(1) «El coronel Ludlow, antiguo cromwelliano, y uno de los jueces de Carlos I. ha llegado últimamente á este reino procedente de Suiza.»—*Diario de Narciso Luttrell.* set 1689.

Decíase que su casa era el cuartel general de los más notorios enemigos de la monarquía y el episcopado (1). Llevóse la cuestión ante la Cámara de los Comunes. Los diputados toríes pedían á voz en grito justicia contra el traidor. Ninguno de los whigs se aventuró á decir nada en su defensa. Uno ó dos manifestaron débilmente la duda de si el hecho de su vuelta habría sido probado con testimonios tales que autorizaran la adopción de una medida parlamentaria. La objeción fué desatendida. Resolvióse sin votación que se pidiera al Rey la publicación de un auto de prisión contra Ludlow. Seymour presentó la solicitud, y el Rey prometió hacer lo que se le pedía. Algunos días trascurrieron, sin embargo, antes de que el edicto apareciese (2). Ludlow tuvo tiempo para escapar, y otra vez se ocultó en su retiro de los Alpes, de donde no volvió á salir. Todavía enseñan su casa cerca del lago á los viajeros ingleses, y su tumba en una iglesia entre los viñedos que dominan la pequeña ciudad de Vevay. En la casa se leía antes una inscripción cuyo sentido era que del que tiene á Dios por padre es patria cualquier país (3); y el epitafio de la tumba todavía es testimonio de los sentimientos con que el anciano y severo puritano miró hasta el último instante al pueblo irlandés y á la casa de Estuardo.

---

(1) *Tercer Caveat contra los whigs*, 1712.

(2) *Commons' Journals*, nov. 6 y 8, 1689; Grey, *Debates; London Gazette*, nov. 18.

(3) «Omne solum forti patria, quia patris» Véase Addison, *Viajes*. Es circunstancia notable que Addison, á pesar de ser whig, hable de Ludlow en un lenguaje que mejor hubiera estado en boca de un tory, y se burle de la inscripción por parecerle hipócrita.

VIII.

Violencia de los whigs.

Toríes y whigs habían estado de acuerdo ó fingieron estarlo en honrar á Walker y estigmatizar á Ludlow. Pero la lucha entre ambos partidos era más encarnizada que nunca. El Rey había alimentado la esperanza de que durante las vacaciones se calmarían los odios que en la legislatura anterior habían impedido la aprobación de un acta de indemnidad. El día en que las Cámaras reanudaron sus sesiones, Guillermo les había instado con urgencia á que pusieran términó al temor y discordia que no podrían menos de existir mientras gran número de personas se creyeran en peligro de perder la hacienda y la libertad, y no pocas, hasta la vida. Sus exhortaciones no produjeron efecto. Pasaron los meses de octubre, noviembre y diciembre, y nada se hizo. Cierto que se había presentado un bill de indemnidad y se había leído una vez; pero desde entonces quedó sin que nadie se acordase de él sobre la mesa de la Cámara (1). Si animados de espíritu de venganza habían salido los whigs de Westminster, más vengativa era todavía su actitud cuando volvieron. Mortificados por el recuerdo de antiguos sufrimientos, ebrios con la reciente prosperidad, ardiendo en implacable enojo, fiados en que su fuerza era irresistible, no se mostraron ahora menos violentos y obstinados que en tiempo del bill de Exclusión. Estaban otra vez en 1680. Otra vez se rechazó

---

(1) *Commons' Journals*, nov. 1.º y 7, 1689.

toda transacción. Otra vez las voces de los más prudentes y honrados amigos de la libertad fueron ahogadas por los gritos de exaltados é insidiosos agitadores. Otra vez la moderación fué tratada de cobardía y despreciada ó execrada como traición. Diéronse al olvido todas las lecciones de una cruel experiencia. Los mismos hombres que habían expiado con largos años de humillación, de encierro, de miseria, de destierro, la locura con que habían desperdiciado la ventaja que les diera la conjura papista, ahora, con igual locura, desperdiciaron la ventaja que les diera la revolución. Es muy probable que la segunda locura hubiera terminado como la primera, viéndose proscritos, dispersos, diezmados, á no haber sido por la magnanimidad y prudencia de aquel gran príncipe que, resuelto á cumplir su misión, igualmente insensible á la lisonja y al ultraje, los salvó con inalterable frialdad y á despecho de ellos mismos.

IX.

Acusaciones

Parecía que sólo con sangre podrían satisfacerse. El aspecto y el temperamento que dominaban en la Cámara de los Comunes recordaban la época del ascendiente de Oates; y para que nada faltase al parecido, el mismo Oates estaba allí. Cierto que como testigo no podía ahora prestar servicio alguno; pero le había llegado el olor de la carnicería y acudió á gozar en la vista de la matanza, en la que no podía ya tomar parte activa. Sus horribles facciones volvieron á verse diariamente, y su tan conocido «¡Ah Laard, ah Laard!»

se oyó otra vez diariamente en los pasillos y en la galería (1). La Cámara atacó primero á los renegados del reinado anterior. Entre éstos, los de más alto rango eran los Condes de Peterborough y Salisbury; pero eran también los de menos inteligencia: porque Salisbury había sido siempre un idiota; y Peterborough chocheaba desde hacía mucho tiempo. La Cámara de los Comunes, sin embargo, resolvió que por haber abrazado las doctrinas de Roma, ambos habían cometido un delito de alta traición y que ambos debían ser acusados (2). Envióse un mensaje encaminado á este efecto á la Cámara de los Lores. El pobre anciano Peterborough fué imediatamente reducido á prisión, y apoyándose en una muleta y envuelto completamente en franelas, fué enviado á la Torre. Al día siguiente, Salisbury compareció en la barra de sus Pares. Murmuró algunas palabras acerca de su juventud y de su educación extranjera, y fué luego enviado á hacer compañía á Peterborough (3). Los Comunes, en tanto, habían pasado á delincuentes de rango más humilde y de mejor entendimiento. Sir Eduardo Hales fué obligado á comparecer ante ellos. Se había hecho reo de graves penas por haber desempeñado empleos á despecho de la ley del *Test*. Pero estas penas parecían demasiado pequeñas para lo que exigía el vengativo espíritu del partido vencedor; y fué acusado y preso por traición (4). Siguió á éste Obadiah Walker, el cual se mostró tan pusilánime y artero, que perdió todo derecho á que se le tuviera lástima ó respeto. Protestó que nunca había cambiado de religión, que sus opiniones siempre habían sido y

(1) Roger North, *Vida de Dudley North*.
(2) *Commons' Journals*, oct. 26, 1689.
(3) *Lords' Journals*, oct. 26 y 27, 1689.
(4) *Commons' Journals*, oct. 26, 1689.

eran todavía las de algunos muy respetables teólogos de la Iglesia anglicana, y que había puntos en los que él difería de los papistas. A pesar de esta sutileza, fué declarado reo de alta traición y enviado preso (1). Castlemaine compareció luego en la barra; fué interrogado y preso por virtud de un testimonio que le atribuía el crimen capital de intentar reconciliar el reino con la Iglesia de Roma (2).

Al mismo tiempo los Lores habían nombrado una comisión, encargada de averiguar quiénes eran responsables de las muertes de Russell, de Sidney y de algunos otros whigs eminentes. Era presidente de esta comisión, que vulgarmente se llamaba *Comisión de Asesinatos*, el Conde Stamford, whig que había tenido parte muy principal en las conjuraciones de su partido contra los Estuardos (3). Fueron inspeccionados los libros del Consejo, interrogados los escribientes; se descubrieron algunos hechos deshonrosos para los jueces, para los *solicitors* del Tesoro, para los testigos de la Corona y para los alcaides de las prisiones del Estado; pero acerca de la formación de jurados adictos no pudo obtenerse testimonio alguno. Los Sheriffs guardaron completa reserva. Sir Dudley North, en particular, sufrió el interrogatorio con característica claridad de espíritu y ánimo firme, y aseguró con todo aplomo que nunca se había ocupado de las opiniones políticas de las personas que había puesto en la lista del jurado, tratando sólo de averiguar si reunían las condiciones requeridas. No había duda que estaba mintiendo, y así se lo dijeron

(1) *Commons' Journals*, oct. 26. 1689; Wood, *Athenae Oxonienses*; Dodd, *Historia eclesiástica*, VIII, II, 3.

(2) *Commons' Journals*, oct. 28, 1389. El proceso se hallará en la *Colección de causas de Estado*.

(3) *Lords' Journals*, nov. 2 y 6, 1689.

en términos muy claros y con mucha altanería algunos de los Pares whigs; pero aun cuando tenían la certidumbre moral de su crimen, no pudieron encontrar pruebas para perseguirle criminalmente. Sobre su memoria, sin embargo, queda esta indeleble mancha, y todavía es tema de lamentación para aquellos que, al mismo tiempo que censuran su falta de honradez y su crueldad, no pueden olvidar que fué uno de los más originales, profundos y juiciosos pensadores de su siglo (1).

Halifax, más afortunado que Dudley North, quedó completamente exento de toda culpa, no sólo legal, sino también moralmente. El fué el principal objeto de ataque; y, sin embargo, un examen severo no puso en claro nada que no redundase en su honor. Tillotson fué llamado en calidad de testigo. Juró que había sido el medio de comunicación entre Halifax y Russell cuando este último estaba prisionero en la Torre. «Milord Halifax—dijo el doctor—se mostró muy compadecido de la suerte de Milord Russell; y Milord Russell me encargó diera las gracias á Milord Halifax por su humanidad y benevolencia.» Se probó que el infortunado Duque de Monmouth había dejado testimonio semejante del buen natural de Halifax.

X.

Malevolencia de John Hampden.

Hubo, es verdad, un testimonio hostil, John Hampden, cuyas bajas súplicas y enormes donativos le habían salvado de la horca. Actualmente se veía triun-

(1) *Lords' Journals*, dic. 20, 1689; *Vida de Dudley North*.

fante y poderoso; era jefe del partido dominante en la Cámara de los Comunes, y, sin embargo, era uno de los seres más infelices de la tierra. El recuerdo del triste papel que había hecho en la barra del tribunal de Old Bailey agrió su carácter y le impulsó á vengarse sin piedad de los que directa ó indirectamente habían contribuído á su humillación. De todos los whigs, él era el más intolerante y el más obstinadamente hostil á todo proyecto de amnistía. La conciencia de que se había deshonrado le hacía en extremo celoso de su dignidad y susceptible á toda ofensa. Hacía alarde constantemente de sus servicios y sufrimientos, como si creyese con esta ostentosa declaración ocultar á los demás la mancha que nada podía ocultar á sus ojos. Después de haber arengado durante muchos meses, lleno de vehemencia, contra Halifax, en la Cámara de los Comunes, vino ahora á declarar contra Halifax en la de los Lores. La escena fué curiosa. El testigo se presentó diciendo que él había salvado á su país, que él había trazado el plan de la revolución y puesto á SS. MM. en el trono. Trató luego de demostrar que su vida había estado en peligro por las maquinaciones del Lord Canciller Privado; pero esta declaración, en vez de dar en el blanco á que iba dirigida, recayó sobre el mismo acusador. Hampden se vió obligado á reconocer que había enviado su esposa á implorar la intercesión del hombre á quien ahora perseguía. «¿No es extraño—preguntó Halifax—que hayáis buscado los buenos oficios del mismo cuyas artes habían puesto en peligro vuestra cabeza?—En modo alguno,—dijo Hampden;—¿á quién había yo de acudir sino á los que estaban en el poder? Yo acudí á Lord Jeffreys; acudí al Padre Petre, y les pagué seis mil libras por sus servicios.—Pero ¿tomó Lord Halifax algún dinero?—No; no puedo decir que haya

hecho eso.—Y decid, Mr. Hampden, ¿no enviasteis después á vuestra esposa á darle las gracias por su bondad?—Sí; creo que sí,—respondió Hampden;—pero no sé que esa bondad pueda traducirse en resultados positivos. Si alguno produjo, le agradecería á Milord que me dijera cuál fué.» Si deshonroso había sido el papel que este degenerado heredero de un nombre ilustre había hecho ante el tribunal de Old Bailey, el papel que hizo ahora ante la Comisión de Asesinatos fué más deshonroso todavía (1). Es consolador saber que una persona que había sufrido mucho más cruelmente que él, pero cuyo natural difería completamente del suyo, la noble y generosa Lady Russell, reprobó la injusticia con que los whigs intransigentes trataban á Halifax (2).

Pero nada podía cansar ni desalentar la malignidad de John Hampden. Pocos días después, estando constituída toda la Cámara en comité para tratar del estado de la nación, pronunció un discurso muy violento, en el que atribuía todos los desastres del año á la influencia de los hombres que en tiempo del bill de Exclusión habían sido censurados por los Parlamentos, de aquellos hombres que habían intentado servir de mediadores entre Jacobo y Guillermo. El Rey, dijo, debía apartar de sus consejos y de su presencia á los tres nobles que habían sido enviados á negociar con él en Hungerford. Habló luego del peligro de emplear hombres de principios republicanos. Aludía indudablemente al principal objeto de su implacable odio; pues aunque Halifax era por temperamento

(1) Hállase el acta en los *Lords' Journals*, dic. 20, 1689. El interrogatorio de Hampden fué en 18 de noviembre.

(2) Esto me parece que resulta con toda claridad de una carta de lady Montague á lady Russell, de 23 de diciembre de 1689, tres días después de haber informado el Comité de Asesinatos.

enemigo de todo cambio violento, se sabía que en teoría era republicano, y hablaba con frecuencia con mucho ingenio y agudeza contra la monarquía hereditaria. El único efecto, sin embargo, de este ataque fué hacer prorrumpir á la Cámara en burlonas carcajadas. ¡Un Hampden, el nieto del gran caudillo del Parlamento Largo, un hombre que se jactaba de haber conspirado con Algernon Sidney contra la familia real, usar la palabra republicano en son de reproche! Cuando la tempestad de risas calmó un poco, varios diputados se levantaron á vindicar á los acusados estadistas. Seymour declaró que, si bien desaprobaba la manera como se había dirigido la administración en los últimos tiempos, no podía votar en favor de la proposición presentada por John Hampden. «Donde quiera que volvamos los ojos,—dijo,—á Irlanda, á Escocia, á la armada, al ejército, encontraremos abundantes pruebas de mal gobierno. Si las mismas personas han de continuar dirigiendo la guerra, no podemos esperar sino la repetición de los mismos desastres. Pero no estoy dispuesto á proscribir á esas personas por la mejor cosa que han hecho en su vida; á proscribirlos por haber evitado una revolución, mediando oportunamente.» Otro orador dijo con justicia que Halifax y Nottingham habían sido enviados al campo holandés porque poseían la confianza de la nación, y porque era universalmente conocida su hostilidad á la prerrogativa de dispensa, á la religión católica y al ascendiente francés. Finalmente, se resolvió pedir al Rey, en términos generales, que averiguase y separase de sus empleos á los autores de los desastres recientes (1). Nombróse una comisión para

---

(1) *Commons' Journals*, dic. 14, 1689; Grey, *Debates;* Boyer, *Vida de Guillermo.*

que redactara un mensaje. John Hampden fué elegido presidente, y redactó una representación en términos tan duros, que cuando se leyó á la Cámara fué desaprobada por su propio padre, y un diputado exclamó: «¿Es esto un mensaje? ¡Es un libelo!» Después de un vivo debate, el documento fué retirado y no se volvió á mencionar (1).

Realmente la animosidad que una gran parte de la Cámara había sentido contra Halifax empezaba á calmarse. Sabíase que aun cuando no hubiera hecho todavía formal entrega del Sello Privado, había cesado de ser consejero de confianza de la Corona. El poder que había disfrutado durante los primeros meses del reinado de Guillermo y María, había pasado al más atrevido, menos escrupuloso y más práctico Caermarthen, contra cuya influencia luchaba en vano Shrewsbury. Personalmente, Shrewsbury era tenido en alta estima por el Rey; pero era uno de los jefes de los whigs, y como todos los jefes de partido, era muchas veces puesto en primera fila contra su voluntad por los que parecían seguirle. El era de su natural inclinado á una política blanda y moderada; pero no tenía suficiente firmeza para resistir la importunidad con que políticos exaltados como John Howe y John Hampden pedían venganza de sus enemigos. Su opinión tenía, por tanto, en este tiempo, poca influencia con su amo, el cual no acusaba á los toríes, ni se fiaba de ellos, pero estaba firmemente resuelto á no proscribirlos.

En tanto los whigs, comprendiendo que últimamente habían perdido en opinión del Rey y de la nación, determinaron hacer una tentativa astuta y arriesgada para emanciparse de ambos. No es posi-

(1) *Commons' Journals*, dic. 2!; Grey, *Debates*; Oldmixon.

ble con los escásos y dispersos materiales que han llegado hasta nosotros, presentar una relación completa de aquella tentativa. La historia, sin embargo, tal como la sabemos, es interesante é instructiva.

XI.

1690.

El bill de las Corporaciones.

Habíase traído á la Cámara de los Comunes un bill para restablecer los derechos de aquellas corporaciones que habían hecho renuncia de sus cartas en favor de la Corona durante los dos últimos reinados; había sido recibido con general aplauso por hombres de todos los partidos; había llegado á la segunda lectura, y había sido entregado á una comisión especial presidida por Somers. El 2 de enero presentó Somers el informe. La asistencia de toríes era escasa, porque, como no se esperaba ninguna discusión importante, muchos caballeros del campo se habían ido á celebrar alegremente la Pascua al lado de sus familias en sus casas solariegas. Los whigs habían reunido buena parte de sus fuerzas. Tan pronto como se hubo dado lectura al bill, Sacheverell, renombrado en los tumultuosos Parlamentos del reinado de Carlos II como uno de los exclusionistas de más talento y vehemencia, se levantó á proponer la adición de una cláusula disponiendo que todo empleado municipal que de cualquier manera hubiera tenido parte en la renuncia de un distrito, quedara incapacitado por siete años para el desempeño de los empleos en aquel distrito. La constitución de casi todas las ciudades cor-

poradas de Inglaterra había sido reorganizada durante aquel ardiente acceso de lealtad que siguió al descubrimiento de la conjura de Rye House; y en casi todas las ciudades de corporacion, los tories habían opinado que se entregara la carta y se dejara todo á la paternal solicitud del Soberano. El artículo adicional de Sacheverell tendía, pues, á privar durante siete años, á algunos millares de personas de las más ricas y consideradas del reino, de toda participación en el gobierno de los lugares en que residían, y de asegurar al partido whig, durante siete años, omnímoda influencia en las elecciones de los distritos.

La minoría protestó contra la enorme injusticia de aprobar rápidamente y por sorpresa, en una época del año en que no había nadie en Londres, una ley de la mayor importancia, ley que imponía retrospectivamente una severa pena á muchos centenares de personas respetables, ley que excitaría las más fuertes pasiones en todas las ciudades del Reino, desde Berwick á Saint Ives, ley que debía ejercer seria influencia en la composición de la misma Cámara. La cortesía obligaba por lo menos á aplazar la cuestión. Así, en efecto, se propuso; pero la moción fué rechazada por ciento veintisiete votos contra ochenta y nueve. Púsose entonces á votación el artículo adicional de Sacheverell, y fué aprobado por ciento treinta y tres votos contra sesenta y ocho. Sir Roberto Howard propuso inmediatamente que todo aquel que por virtud de la adición de Sacheverell quedase inhabilitado para los cargos municipales, y, sin embargo, llegase á desempeñar alguno, pagara quinientas libras de multa y quedara incapacitado por toda la vida para el desempeño de un empleo público cualquiera. Los tories no se atrevieron á pedir vota-

ción (1). Las reglas de la Cámara permitían á la minoría obstruir la marcha de un bill; y esta hubiera sido seguramente una de las rarísimas ocasiones en que aquel poder hubiera sido ejercido con gran oportunidad. No parece, sin embargo, que los tácticos parlamentarios de aquel siglo tuvieran conocimiento del tiempo preciso que un pequeño número de diputados puede, sin violar forma alguna, retardar el curso de los negocios.

Resolvióse inmediatamente que el bill con las adiciones de Sacheverell y Howard fuera redactado de nuevo. Los más vehementes whigs querían aprobarlo definitivamente en el término de cuarenta y ocho horas. Cierto que no era probable que los Lores lo mirasen muy favorablemente. Pero parecía que algunos exaltados estaban dispuestos á negar los subsidios hasta que se aprobara, y, lo que aun es más, á unir este bill al de subsidios, colocando así á la alta Cámara en la necesidad de consentir en una gran proscripción de toríes, ó negar al Gobierno los medios de llevar adelante la guerra (2). Había whigs, sin embargo, bastante honrados para desear que se luchara lealmente con el partido contrario, y bastante prudentes para saber que una ventaja obtenida por la violencia y la astucia no podía ser duradera. Estos insistieron en que, al menos, se dejara trascurrir una semana antes de la tercera lectura, y consiguieron

---

(1) *Commons' Journals*, enero 2, 1689-90.

(2) Así, creo yo, deben entenderse algunas notables palabras de una carta escrita por Guillermo á Portland, al otro día de la atrevida é inesperada mocion de Sacheverell. Después de calcular el importe de los subsidios, dice Guillermo: «S'ils n' y mettent des conditions que vouz savez, c'est une bonne affaire; mais les Wigges sont si glorieux d'avoir vaincu qu'ils entreprendront tout.»

su objeto. Los otros whigs, menos escrupulosos, se quejaban amargamente de que se había hecho traición á la buena causa. ¿Qué nuevas leyes de guerra eran éstas? ¿Por qué mostrar cortesía caballeresca á enemigos para los cuales no había estratagema inmoral, á enemigos que nunca habían dado cuartel? ¿Se había hecho algo que no estuviera en estricta conformidad con la ley del Parlamento? Aquella ley no se ocupaba de plazos largos ó breves, de concurrencia de diputados escasa ó numerosa. La obligación del representante del pueblo era estar en su puesto. Si prefería las cacerías y francachelas de su castillo cuando se trataban importantes asuntos en Westminster, ¿qué derecho tenía á murmurar porque otros servidores del pueblo, más exactos y laboriosos, aprobasen en su ausencia un bill que les parecía necesario á la seguridad pública? Como de todos modos parecía inevitable una dilación de algunos días, los que habían pensado conseguir la victoria por sorpresa negaron ahora que tal fuera su intención. Aseguraron solemnemente al Rey, quien no pudo menos de mostrarse algo disgustado por su conducta (aunque experimentaba disgusto mucho mayor del que manifestaba), que no habían debido nada á la sorpresa, y que estaban completamente ciertos de tener mayoría cuando asistieran todos los diputados. Dícese que Sacheverell declaró con gran calor que apostaba su distrito, y que si se equivocaba no volvería á poner los pies en el Parlamento. Y es lo cierto que, al principio, la opinión general era que los whigs triunfarían. Mas pronto se vió claramente que la lucha había de ser empeñada. Los correos habían llevado en todas direcciones la noticia de que el 2 de enero los Comunes habían acordado la adopción de una ley penal de efecto retroactivo contra todo el partido tory, y que

el día 10 se discutiría por última vez aquella ley. Todo el reino, desde Northumberland hasta Cornwall, estaba en conmoción. Un centenar de caballeros y *squires* abandonaron precipitadamente las grandes salas de sus casas, todavía adornadas de muérdago y acebo, y los aparadores gimiendo bajo el peso de la pulpa de jabalí y del potaje de pasas, y se dirigieron en posta á la ciudad, renegando de los días cortos, del tiempo frío, del fango de los caminos y de la villana conducta de los whigs. Los whigs, por su parte, trajeron también refuerzos, pero no en tan gran número, porque las adiciones eran generalmente impopulares, y no sin razón. Seguramente ninguna persona razonable, sea cualquiera el partido á que pertenezca, negará que los toríes, al entregar á la Corona todas las franquicias municipales del reino, y con aquellas franquicias el poder de alterar la composición de la Cámara de los Comunes, cometieron una gran falta. Pero de esa falta había sido cómplice la nación. Si los *Mayores* y los *Aldermen* á quienes ahora se quería castigar se hubieran negado obstinadamente á hacer la voluntad del Soberano cuando el acceso de lealtad estaba en todo su apogeo, los hubieran señalado en la calle como tunantes *Cabezas redondas*, el rector hubiera predicado contra ellos, se verían satirizados en las composiciones callejeras, y probablemente los quemarían en efigie á las puertas de sus casas. Es, indudablemente, un gran mal, que el temor de la tiranía y el temor de la anarquía hagan caer á una sociedad alternativamente en el error. Pero el remedio para ese mal no es castigar por tales errores á algunas personas que sólo con las demás erraron, y que después se han arrepentido también juntamente con los demás. Ni tampoco debe olvidarse que aquellos contra quienes iba dirigida la adición de Sacheverell

bían reparado cumplidamente, en 1688, la falta co-
etida en 1683. Como clase, habían resistido con fir-
eza contra la prerrogativa de dispensa; y la mayor
rte de ellos habían sido privados por Jacobo de sus
rgos municipales por negarse á apoyar su política.
es, pues, extraño que al tratar de imponer á todas
tas personas, sin excepción, un castigo degradante,
hubiera levantado tal tempestad de indignación
blica que muchos diputados whigs no quisieran
ontarla.

Á medida que se acercaba el momento decisivo,
cheverell y sus amigos, viendo aumentar de hora
hora las fuerzas de los tories, empezaron á dudar
l resultado. Comprendieron que les sería muy difí-
obtener completa victoria y que tenían que hacer
gunas concesiones. Era preciso proponer que el bill
sara á una comisión. Debían declararse deseosos
examinar si podía hacerse alguna distinción entre
principales delincuentes y las multitudes extra-
das por el mal ejemplo. Pero al mismo tiempo que
caía el valor de un partido, cobraba el otro nuevo
uerzo. Los tories, ardiendo en ira, esta vez muy
tificada, no estaban dispuestos á prestar oídos á
nguna transacción.

Llegó el 10 de enero, y antes del tardío amanecer
opio de la estación estaba la Cámara de bote en
te. Más de ciento sesenta diputados habían acudido
a ciudad en el espacio de una semana. Desde el
a hasta que se consumieron las velas, estuvieron
upados todos los bancos; y si algunos miembros
aron sus asientos, fué sólo por un minuto, para
nar un pedazo de pan ó un vaso de vino. Había
nsajeros aguardando para llevar noticia del resul-
lo á Kensington, donde Guillermo, no obstante es-
fatigado por una tos violenta, estuvo sin acos-

tarse hasta media noche, aguardando con ansia la noticia y escribiendo á Portland, á quien había enviado al Haya con una misión importante.

La única descripción existente de este debate es incompleta y confusa. Pero de ella resulta que había gran excitación. Dijéronse cosas muy fuertes. Un joven diputado whig se expresó en lenguaje tan acalorado, que estuvo en peligro de ser llevado á la barra. Dirigiéronse algunos ataques al Presidente por mostrarse excesivamente benévolo con sus amigos. Pero es lo cierto que de poco servía que llamase al orden á los transgresores. Desde hacía mucho tiempo la Cámara se mostraba ingobernable: y diputados veteranos echaban de menos, con pesar, la antigua gravedad del debate y la autoridad tradicional de la presidencia (1). Que Somers desaprobaba la violencia del partido á que pertenecía, se desprende de todo el curso de su vida pública y del hecho, muy significativo, que no obstante haber estado encargado del bill de las Corporaciones, no propuso las cláusulas penales, dejando tarea tan ingrata á otros más impetuosos y no tan sagaces como él. No abandonó, sin embargo, á sus aliados en esta ocasión, antes habló en favor de ellos, tratando de hacer cuanto fuera posible en tan mala causa. Hubo varias votaciones. En la primera tuvo Sacheverell ciento setenta y cuatro votos en pro y ciento setenta y nueve en contra. Todavía la batalla continuó empeñada; pero la mayoría aumentó primero de cinco á diez, de diez á doce, y de doce á diez y ocho. Ya entonces, después de una sesión borras-

(1) «La autoridad de la presidencia, el temor y respeto del orden, y la marcha regular de la discusión, completamente olvidados en medio de los desórdenes y tumultos de la Cámara.»—Sir J. Trevor al Rey, Apéndice á las *Memorias de Dalrymple*, part. 2.ª, lib. IV.

cosa de catorce horas, cedieron los whigs. Era cerca de media noche cuando, con indescriptible alegría y entusiasmo de los tories, el mayor de la Cámara borró del pergamino donde se había copiado el bill las odiosas adiciones de Sacheverell y Howard (1).

---

(1) *Commons' Journals*, enero 10, 1689-90. He hecho lo posible por ordenar una relación de esta lucha con materiales muy defectuosos. En el relato de Burnet hay más errores que renglones. Evidentemente se fió de la memoria y fué completamente engañado por ella. Mis principales autoridades han sido los *Journals;* los *Debates* de Grey; las *Cartas de Guillermo á Portland;* los Despachos de Van Citters; la *Carta relativa á las cláusulas de inhabilitación presentada últimamente á la Cámara de los Comunes para el arreglo de las Corporaciones*, 1690; *Los Amigos verdaderos ó las Corporaciones vindicadas, contestación á la Carta relativa á los cláusulas de inhabilitación*, 1690, y *Preguntas concernientes á la elección de miembros para el próximo Parlamento*, 1690. Este último folleto lleva al final una lista de los que votaron en favor del articulo de Sacheverell. Véase también el *Diario* de Clarendon, enero 10, 1689 90, y la Parte tercera del *Caveat contra los whigs*, 1712. He aquí cómo termina la carta de Guillermo de 10 de enero. Sólo había llegado á Kensington noticia de la primera votación: «Il est a présent onze eures de nuit, et a dix eures la Chambre Basse estoit encore ensemble. Ainsi je ne vous puis escrire par cette ordinaire l'issue de l'affaire. Les previes questions les Tories l'ont emporté de cinq vois. Ansi vous pouvez voir que la chose est bien disputée. J'ay si grand somiel, et mon toux m'incomode que je ne vous en saurez dire d'avantage. Jusques a mourir a vous.»

Aquella misma noche Van Citters escribió á los Estados Generales. El debate, decia, había sido muy reñido. Los whigs, á quienes él llamaba presbiterianos, aspiraban nada menos que á excluir á sus contrarios de todos los empleos, reservándose ellos la posesión exclusiva del poder.

XII.

Discusión del bill de Indemnidad.

Envalentonados con esta gran victoria, hicieron los toríes una tentativa para sacar adelante el bill de Indemnidad que desde hacía muchas semanas yacía olvidado sobre la mesa (1). Pero los whigs, no obstante su reciente derrota, tenían aún mayoría en la Cámara; y muchos diputados que habían temido la impopularidad en que incurrirían apoyando las adiciones de Sachevérell y de Howard, estaban perfectamente dispuestos á contribuir á que se retardase el perdón general. Volvieron á presentar su dilema favorito. ¿Cómo era posible, preguntaban, defender este proyecto de amnistía sin condenar la revolución? ¿Cómo dudar que aquellos crímenes cuya gravedad había justificado la resistencia, no eran lo suficientemente graves para merecer el castigo? Y si aquellos crímenes eran de tal magnitud que por ellos había sido un acto de justicia castigar al soberano, á quien la Constitución había eximido de responsabilidad, ¿con qué derecho se había de conceder inmunidad á sus consejeros é instrumentos que, sin duda alguna. eran responsables? Un diputado, aficionado á chistes presentó este argumento en forma singular. Hizo de modo de colocar en la silla del Presidente un papel que, después de examinado, resultó ser un bill de indemnidad para el rey Jacobo, con un preámbulo jocoso acerca de la clemencia que desde la revolución

(1) *Commons' Journals*, enero 11, 1689 90.

había alcanzado á otros delincuentes más odiosos, y de la indulgencia debida á un rey que al oprimir á su pueblo no había hecho más que imitar á todos los demás reyes (1).

El mismo día que esta parodia de bill de indemnidad alteraba la gravedad de los Comunes, se propuso que la Cámara se constituyera en comité para tratar del verdadero bill. Los whigs rechazaron la moción por ciento noventa y tres votos contra ciento cincuenta y seis; resolviendo luego redactar un bill de penas y castigos contra los delincuentes, que sería añadido al bill de Indemnidad (2).

XIII.

Proceso de sir Roberto Sawyer.

Pocas horas después se aprobó una proposición que demostraba, más claramente que todo lo sucedido hasta entonces, cuán poco probable era que el espíritu público se pudiera apaciguar con una amnistía. Pocas personas gozaban de más estimación en el partido tory que sir Roberto Sawyer Era hombre de pingüe fortuna y relaciones aristocráticas; de opiniones ortodoxas y vida ordenada; abogado entendido y experimentado, erudito de vasta cultura, y, á pesar de alguna pomposidad, buen orador. Era *Attorney General* cuando se descubrió la conjura de Rye House; habíale empleado la Corona en las persecuciones que siguie-

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, enero 16, 1690; Van Citters á los Estados Generales, enero 21 (31).

(2) *Commons' Journals*, enero 16, 1689-90.

ron á este suceso, y había dirigido estas persecuciones con un ardor que en nuestro tiempo se hubiera calificado de crueldad por todos los partidos, pero que en el suyo, y á los ojos de su partido, sólo pareció laudable celo. Cierto que sus amigos afirmaban que era concienzudo hasta la escrupulosidad en materias de vida y muerte (1); pero este elogio apenas será comprensible para los que estudien las causas de Estado del siglo XVII con los sentimientos del siglo XIX. La mejor excusa que puede alegar para esta parte de su vida, es que la mancha de haber derramado sangre inocente le era común á él y á casi todos los políticos eminentes de aquellos infelices días. Cuando le acusamos por perseguir á Russell, no debemos olvidar que Russell había perseguido á Stafford.

Si grandes eran las faltas de Sawyer, no es menos cierto que las había reparado grandemente. Había combatido con energía contra la religión católica y el despotismo. Se había negado redondamente en presencia del mismo Rey á dictar autos en contravención con las leyes del Parlamento: había renunciado su lucrativo empleo antes que presentarse en Westminster Hall como campeón de la prerrogativa de dispensa: había sido el principal abogado de los siete obispos; y el día de la vista había cumplido su deber con talento, honradez y entereza Era, por tanto, favorito de los partidarios de la alta Iglesia, y de creer era que bien había ganado el perdón de los whigs. Pero los whigs no estaban de talante de perdonar; y Sawyer fué llamado á dar cuenta de su conducta en el proceso de sir Tomás Armstrong.

De ser cierta la acusación hecha contra Armstrong, estaba iniciado en los más tenebrosos secretos de la

(1) Roger North, *Vida de Guildford.*

conjura de Rye House y era uno de los que habían de matar á los dos reales hermanos. Cuando se descubrió la conspiración, huyó al Continente y fué puesto fuera de la ley. Los magistrados de Leyden, mediante una cantidad, consintieron en entregarlo. Fué arrojado en un buque inglés, llevado á Londres y conducido ánte el Tribunal del Banco del Rey. Sawyer aconsejó al tribunal que se ejecutara la sentencia de proscripción. Armstrong objetó que aun no había trascurrido un año desde que le habían declarado fuera de la ley, y que por un acta aprobada en el reinado de Eduardo VI, el proscrito que se entregaba dentro del año tenía derecho á defender su inocencia y á ser llevado ante el jurado. A esto se contestó que Armstrong no se había entregado, que había sido traído preso á la barra, y que no tenía derecho á reclamar un privilegio otorgado evidentemente sólo á aquellas personas que por su voluntad se entregasen á la justicia pública. Jeffreys y los demás jueces rechazaron por unanimidad la objeción de Armstrong y dictaron sentencia de muerte. Siguió entonces una de las escenas más terribles entre las muchas que en aquellos tiempos deshonraron nuestros tribunales. La hija del infeliz reo estaba á su lado. «Milord, — exclamó, — vos no querréis asesinar á mi padre. Esto es un verdadero asesinato. — ¿Qué es eso? — rugió el Chief Justice; — ¿quién es esta mujer? Echadla fuera, mariscal. Echadla fuera.» Cumplióse la orden y al ser arrojada gritó: «El juicio de Dios Todopoderoso caiga sobre vos. — El juicio de Dios Todopoderoso — dijo Jeffreys — caerá sobre los traidores. A Dios gracias, estoy á prueba de gritos.» Cuando hubo salido su hija, volvió el reo á insistir en lo que creía su derecho. «Sólo pido — dijo — el beneficio que la ley me concede. — Y por la gracia de Dios, lo tendréis — dijo el juez. — Señor Sheriff, haced que la

ejecución sea el viernes próximo. Ese es el beneficio que os concede la ley.» El viernes siguiente Armstrong fué ahorcado, arrastrado y descuartizado, y su cabeza colocada en lo alto de la gran sala de Westminster (1).

La insolencia y crueldad de Jeffreys excitan, aun á distancia de tantos años, indignación tal, que hace muy difícil ser justo con él. Sin embargo, el investigador completamente desapasionado podrá, tal vez, creer, que en modo alguno resulte demostrado con claridad que la sentencia de muerte fuera ilegal. No había precedente alguno; y las palabras de la ley de Eduardo VI admiten, sin violencia, la interpretación que les dió el tribunal. Cierto que si la pena hubiera sido tan sólo de multa ó prisión, no se hubiera encontrado nada que censurar en el procedimiento. Pero enviar un hombre á la horca por traición sin carearlo con sus acusadores, sin oir su defensa, sólo porque una timidez perfectamente compatible con la inocencia le ha impulsado á ocultarse, es, seguramente, una violación, si no de ninguna ley escrita, por lo menos de aquellos grandes principios á que deben ajustarse todas las leyes. Llevóse la cuestión ante la Cámara de los Comunes. La huérfana de Armstrong se presentó en la barra pidiendo venganza, y hubo un debate acalorado. Sawyer fué atacado con furor y defendido con energía. Los tories declararon que, para ellos, Sawyer había hecho lo que como abogado de la Corona estaba obligado á hacer, y que había cumplido su deber para con Dios, para con el Rey y para con el preso. Si la sentencia era legal, no había que culpar á nadie; y si no lo era, debía culpar-

(1) Véase la relación del proceso en la Colección de Causas de Estado.

se, no al fiscal general, sino á los jueces. Se acabaría para siempre con la libertad de hablar en el foro si se había de castigar á un abogado por hacer una demanda estrictamente legal á los jueces, y por argüir que ciertas palabras de un estatuto debían entenderse en determinado sentido. Los whigs calificaron á Sawyer de asesino, de sanguinario, de verdugo. Si la libertad de lenguaje reclamada por los abogados era la libertad de arengar para que se enviasen los hombres á la muerte, era tiempo de que la nación se levantara y exterminase la raza entera de los abogados. «Nunca se hará nada bien—decía un orador— hasta que se haga un ejemplar con algunos individuos de esa profesión.» «¿Conque no es crimen pedir la pena de muerte?» exclamaba John Hampden. «El mejor día nos dirán que no fué un crimen en los judíos el gritar ¡Crucifícale!» Una persona prudente y justa hubiera, tal vez, sido de opinión, que la severidad no era oportuna en este caso. La conducta de Sawyer podía, en cierto modo, haber sido culpable; pero si se había de aprobar una ley de indemnidad, era precisamente en beneficio de las personas cuya conducta hubiera sido culpable. No se trataba de determinar si él era inocente, sino de establecer si su culpa era de tal gravedad que se le debiera excluir especialmente, á pesar de todos sus sacrificios y servicios, de la indulgencia que se iba á conceder á muchos millares de delincuentes. Es probable que jueces serenos é imparciales hubieran decidido esta cuestión en su favor. Quedó resuelto, sin embargo, que fuera exceptuado de la indemnidad y expulsado de la Cámara (1).

(1) *Commons' Journals*, enero 20, 1689-90; Grey, *Debates*, enero 18 y 20.

Al otro día el bill de Indemnidad, transformado ahora en bill de penas y castigos, fué otra vez puesto á discusión. Los whigs consintieron en que se examinara en comité de toda la Cámara, pero propusieron instruir al comité para que empezara sus trabajos, haciendo una lista de los delincuentes que habían de ser proscritos. Los toríes presentaron la cuestión previa. Se procedió á votación, y los whigs salieron triunfantes por ciento noventa votos contra ciento setenta y tres (1).

XIV.

Trata el Rey de retirarse á Holanda.

El Rey observaba estos acontecimientos con dolorosa ansiedad. Estaba cansado de la Corona. Había tratado de hacer justicia á los dos partidos contendientes, y la justicia no había satisfecho á ninguno. Los toríes le odiaban porque protegía á los disidentes. Los whigs le odiaban porque protegía á los toríes. La amnistía parecía ahora más difícil que dos meses antes, cuando la recomendó por vez primera desde el

---

(1) *Commons' Journals*, enero 21, 1689-90. El mismo día, en Kensington, escribía Guillermo á Portland: «C'est aujourd'hui le grand jour á l'éguard du Bill of Indemnité. Selon tout ce que je puis aprendre, il y aura beaucoup de chaleur, et rien déterminer; et de la maniére que la chose est entourré, il n'y a point d'aparence que cette affaire viene á aucune conclusion. Et ainsi il se pouroit que la cession fust fort courte; n'ayant plus d'argent á espérer; et les esprits s'aigrissent l'un contre l'autre de plus en plus.» Tres días después, Van Citters informaba á los Estados Generales de que había gran agitación con motivo del *bill* de Indemnidad.

Trono. La última campaña de Irlanda había sido desastrosa. Muy bien podía suceder que la próxima fuera más desastrosa todavía. Las corruptelas que habían contribuído más que las exhalaciones de los pantanos de Dundalk á destruir el efecto de las tropas inglesas, era probable que continuaran siendo tan monstruosas como antes. Todas las partes de la administración estaban completamente desorganizadas, y el pueblo se mostraba sorprendido é irritado porque un extranjero, recién llegado de fuera, que no los conocía bien y á quien tenían en constante amenaza, no había arreglado en un año toda la máquina del gobierno. La mayor parte de sus ministros, en vez de ayudarle, sólo trataban de redactar exposiciones y acusaciones unos contra otros. Sin embargo, si echaba mano de sus compatriotas, con cuya fidelidad y adhesión podía contar, todos los partidos ingleses lanzaban un grito general de furor. La infame conducta de los proveedores ingleses había destruído un ejército; sin embargo, cuando corrió el rumor de que él pensaba nombrar un hábil, experimentado y fiel comisario holandés, el descontento había sido general. El Rey comprendió que en semejante situación no podía prestar ningún servicio á aquella gran causa á la cual había consagrado su alma entera. Ya empezaba á palidecer la gloria que había adquirido conduciendo á feliz término la empresa más importante de aquel siglo. Hasta sus amigos habían empezado á dudar si realmente poseía toda la seguridad y energía que pocos meses antes habían excitado la involuntaria admiración de sus enemigos. Pero él no quiso sufrir por más tiempo su espléndido cautiverio. Quería regresar á su tierra natal. Se contentaría con ser el primer ciudadano de una república á la cual era caro el nombre de Orange. Como tal, aun podría sobresa-

lir entre los que se habían unido en defensa de las libertades de Europa. En cuanto á los turbulentos é ingratos isleños, que le detestaban porque no estaba dispuesto á permitir que se hicieran pedazos, su esposa se encargaría de hacer con ellos cuanto fuera dable. Ella había nacido en la misma tierra que ellos. Hablaba su lengua. Veía sin disgusto algunas partes de su liturgia que miraban como esenciales y que á él le parecían, cuando más, inofensivas. Si su conocimiento de la política y de la guerra era superficial, tenía lo que tal vez podría serle de más utilidad: gracia y tacto femeniles, carácter dulce, una sonrisa y una buena palabra para todo el mundo. Ella podría terminar las disputas que separaban el Estado y la Iglesia. Holanda gobernada por él, é Inglaterra gobernada por ella, podrían, cordialmente unidas, obrar contra el común enemigo.

XV.

Indúcenle á cambiar de propósito.

Mandó hacer en secreto los preparativos para el viaje. Hecho esto, reunió á algunos de sus principales consejeros y les manifestó su intención. Una escuadrilla, dijo, estaba dispuesta para llevarle á su país. Renunciaba á toda empresa en Inglaterra. Esperaba que la Reina sería más afortunada que él. Los ministros quedaron como heridos de un rayo. Por un momento cesaron todas las divisiones. El tory Caermarthen de un lado, el whig Shrewsbury del otro, objetaban é imploraban con patética vehemencia, muy rara en las conferencias de los hombres de Estado. Se de-

rramaron muchas lágrimas. Por último, el Rey consintió en abandonar, al menos por el momento, su plan de abdicación del gobierno. Pero anunció otro proyecto que estaba completamente decidido á no alterar. Puesto que había de continuar aún al frente de la administración inglesa, quería ir en persona á Irlanda. Probaría si toda la autoridad real, vigorosamente ejercida en el sitio donde había de decidirse la suerte del Imperio, bastaba á impedir la corrupción y á mantener la disciplina (1).

XVI.

Los whigs se oponen al viaje á Irlanda.

Durante largo tiempo continuó siendo un secreto, no sólo para la multitud, sino también para la Reina, que había meditado seriamente en retirarse á Holanda (2). Pero su resolución de tomar el mando del ejército de Irlanda se supo muy pronto en todo Londres. Sabíase que estaban haciendo su equipo de campaña y que sir Cristóbal Wren se ocupaba en construir una casa portátil de madera que se llevaría en dos carros y se podría armar donde quiera que S. M. fijara sus cuarteles (3). Los whigs se desencadenaron con violencia contra todo el proyecto. No sabiendo, ó fingiendo no saber, que había sido formado por el mismo Guillermo, y sólo por él, y que ninguno de sus ministros se había atrevido á aconsejarle que fuera al en-

---

(1) Burnet, II, 39; Memoria manuscrita de mano del primer Lord Lonsdale en los *Mackintosh Papers*.

(2) Burnet, II, 40.

(3) *Diario de Narciso Luttrell*, enero y febrero.

cuentro de las espadas de los irlandeses y á correr los peligros de la atmósfera de Irlanda, todo el partido afirmaba lleno de confianza que había sido sugerido por algún traidor del Gabinete, por algún tory que odiaba la revolución y cuanto de ella había salido. ¿Era posible que ningún verdadero amigo de S. M. hubiera podido aconsejarle que, enfermo como estaba, se expusiera, no sólo á los peligros de la guerra, sino á los efectos de un clima que recientemente había sido fatal á millones de hombres mucho más fuertes que él? El Rey, en secreto, se burlaba amargamente de esta ansiedad por su salud. Para él no era más que la ansiedad que siente un amo cruel de que sus esclavos puedan llegar á inutilizarse para el trabajo. Los whigs, escribía Guillermo á Portland, temían perder la herramienta antes de haber terminado su obra «En cuanto á su amistad—añadía—ya sabéis lo que vale.» Su resolución, decía á su amigo, era irrevocable Estaba decidido á jugar el todo por el todo; y había de ir, aun cuando el Parlamento le presentara un mensaje suplicándole que se quedara (1).

---

(1) Guillermo á Portland, enero 10 (20), 1690. «Les Wiges ont peur de me perdre trop tost, avant qu'ils n'ayent fait avec moy ce qu'ils veulent: car, pour leur amitié, vous savez ce qu'il y a á compter lá dessus en ce pays icy.»

Enero 14, (24): «Me voilá le plus embarassé du monde, ne sachant quel parti prendre, estant toujours persuadé que, sans que j'aille en Irlande, l'on n'y faira rien qui vaille. Pour avoir du conseil en cette affaire, je n'en ay point á attendre, personne n'ausant dire ses sentiments. Et l'on commence déjá á dire ouvertement que ce sont des traitres qui m'ont conseillé de prendre cette résolution »

Enero 21 (31): «Ye n'ay encore rien dit —alude al Parlamento— de mon voyage pour l'Irlande Et je ne suis point encore determiné si j'en parlerez: mais je crains que non obstant j'aurez une adresse pour n'y point aller; ce qui m'embarassera beaucoup, puis que c'est une nécessité absolue que j'y aille.»

XVII.

Suspende las sesiones del Parlamento.

Pronto supo que en ambas Cámaras sería inmediatamente presentado un mensaje en tal sentido, mensaje que apoyaría el partido whig con todas sus fuerzas. Esta noticia le convenció de la necesidad de adoptar una medida decisiva. No quería separarse de los whigs; pero les daría una lección que en gran manera necesitaban. Romperia la cadena con que imaginaban tenerle sujeto. No les dejaría la posesión exclusiva del poder. No les dejaría perseguir al partido vencido. Á despecho de ellos mismos, concedería una amnistía á su pueblo. Á despecho de ellos, tomaría el mando del ejército de Irlanda. Arregló su plan con característica prudencia, firmeza y secreto. Era necesario confiarlo á un inglés; porque Guillermo no dominaba lo bastante nuestra lengua para hablar por sí mismo á las Cámaras desde el trono; y en ocasiones muy importantes acostumbraba á escribir su discurso en francés y á valerse de un traductor. Es lo cierto que á una persona, y sólo á una, confió el Rey la importante resolución que había tomado, y no puede dudarse que esta persona fué Caermarthen.

El 27 de enero, el ujier de la Vara negra llamaba á la puerta de los Comunes. El Speaker y los diputados se dirigieron á la Cámara de los Lores. El Rey estaba en el trono. Dió su asentimiento al bill de Subsidio, dando gracias por él á las Cámaras. Anunció su intención de ir á Irlanda, y suspendió las sesiones del Parlamento. Á nadie se ocultó que la disolución

seguiría muy pronto. Al pronunciar las últimas palabras: «He creído conveniente poner fin á esta legislatura,» los toríes, á uno y otro lado de la barra, prorrumpieron en aclamaciones de alegría. El Rey, en tanto, observaba desde el trono á su auditorio con aquella brillante mirada de águila á la cual nada escapaba Era perdonable que sintiera una pequeña satisfacción de venganza, disgustando á los que tan cruelmente le habían disgustado á él. «Ví algunas caras—escribía á Portland al día siguiente—largas de una vara. Ví á algunos de aquellos hombres cambiar de color veinte veces á impulsos del despecho mientras yo hablaba» (1).

XVIII.

Alegría de los toríes.

Pocas horas después de haber sido suspendidas las sesiones, ciento cincuenta diputados toríes se reunían á comer en la Taberna de Apolo, en Fleet Street, antes de salir para sus condados. Nunca les había inspirado Guillermo tanta simpatía desde que

(1) Guillermo á Portland, enero 28 (feb. 7), 1690; Van Citters á los Estados Generales, en igual fecha; *Diario de Evelyn; Lords' Journals*, enero 27. Citaré las mismas palabras de Guillermo: «Vous vairez mon harangue imprimée: ainsi je ne vous en direz rien. Et pour les raisons qui m'y ont obligé, je les reserverez á vous les dire jusques á vostre retour. Il semble que les Toris en sont bien aise, mais point les Wiggs. Ils estoint tous fort surpris quand je leur parlois, n'ayant communiqué mon dessin qu'á une seule personne. Je vis des visages long comme un aune, changé de couleur vingt fois pendant que je parlois. Tous ces particularités jusques á vostre heureux retour.»

su suegro había sido arrojado de Whitehall. Apenas habían vuelto en sí de la alegre sorpresa con que habían oído anunciar desde el trono que la legislatura había terminado. El recuerdo del peligro, la alegría de la liberación estaban todavía recientes. Hablaron de ir á la Corte en corporación á manifestar su gratitud; pero hubieron de renunciar, y no sin motivo, á semejante proyecto, porque una gran multitud de *squires*, después de una comida en la que naturalmente ni la cerveza de octubre ni el vino habían escaseado, hubieran podido hacer alguna inconveniencia delante del Rey. Sir John Lowther, quien en riqueza é influencia no era inferior á ningún caballero del campo de aquel siglo, fué comisionado para ir á Palacio á dar las gracias en nombre de todos. Habló con el Rey, manifestándole los sentimientos de un gran número de honrados *gentlemen*. Rogaban á S. M. que tuviera la seguridad de que en sus condados harían cuanto pudieran por servirle; y de todo corazón le deseaban feliz viaje á Irlanda, completa victoria, pronto regreso y largo y próspero reinado. Durante la semana siguiente, muchos á quienes no se había vuelto á ver en el círculo de Saint-James desde la revolución, acudieron á besar la mano al Rey. Con tal entusiasmo aprobaban la política del Gobierno aquellos que hasta aquí habían sido mirados como medio jacobitas, que los verdaderos jacobitas se mostraban muy disgustados, quejándose amargamente de la extraña ceguera que parecía haberse apoderado de los hijos de la Iglesia anglicana (1).

Todos los actos de Guillermo, en este tiempo, in-

---

(1) Evelyn, *Diary*; Clarendon, *Diary*, feb. 9, 1690; Van Citters á los Estados Generales, enero 31 (feb. 10); MS. Lonsdale, citado por Dalrymple.

dicaban su determinación de contener suavemente, pero con firmeza, la violencia de los whigs, y de conciliarse en lo posible la buena voluntad de los tories. Varias personas á quienes los Comunes habían hecho prender por traición fueron puestas en libertad bajo fianza (1). Los prelados que aun se creían ligados por el juramento de fidelidad que habían prestado á Jacobo fueron tratados con indulgencia muy rara en la historia de las revoluciones. Antes de una semana después de la suspensión de sesiones del Parlamento, llegó el 1.° de febrero, día en que los eclesiásticos que se hubieran negado á jurar debían ser finalmente privados de sus beneficios. Algunos que habían sufrido ya la suspensión, después de haber resistido hasta el último momento, juraron en el tiempo preciso para librarse de la indigencia. Pero el Primado y cinco de sus sufragáneos se mantuvieron inflexibles. Perdieron, por consecuencia, sus obispados; pero se hizo saber á Sancroft que no desesperaba aún el Rey de poderlo arreglar de manera de no verse en la precisión de nombrar sucesores, y que los prelados refractarios podían, por el momento, continuar residiendo en sus palacios. Sus recaudadores fueron nombrados recaudadores de la Corona, y siguieron cobrando las rentas de las sedes vacantes (2). Indulgencia semejante se mostró con algunos eclesiásticos de rango inferior. Sherlock, en particular, continuó, después de su destitución, viviendo sin que nadie le molestara en su residencia oficial, al lado de la iglesia del Temple.

---

(1) *Diario de Narciso Luttrell.*

(2) *Diario de Clarendon*, feb. 11, 1690.

XIX.

Disolución del Parlamento y elecciones generales.

Apareció entonces un decreto disolviendo el Parlamento. Salieron los edictos para una elección general, y muy pronto estuvo todo el reino en fermentación. Van Citters, que había residido en Inglaterra durante muchos años fecundos en importantes sucesos, declaró que nunca había visto en Londres agitación más violenta (1). Contribuían á sostener la excitación composiciones de todas clases, desde sermones divididos en diez y seis partes, hasta las canciones callejeras. Por primera vez en nuestra historia, se imprimieron y repartieron listas de votaciones para satisfacción de los cuerpos constituyentes. Dos de estas listas aun pueden verse en antiguas bibliotecas. Una de ellas, repartida por los whigs, contenía los nombres de los toríes que habían votado que no se declarase el trono vacante. La otra, repartida por los toríes, contenía los nombres de los whigs que habían apoyado el artículo adicional de Sacheverell.

Pronto se vió con claridad que la opinión pública había sufrido un gran cambio durante el año trascurrido desde que se había reunido la Convención, y es imposible negar que este cambio, á menos en parte, fué natural consecuencia y justo castigo de la intemperante y vengativa conducta de los whigs. De la ciudad de Londres creían estar seguros. Los electores

---

(1) Van Citters á los Estados Generales, feb. 14 (24), 1690; Evelyn, *Diary*.

que formaban los gremios habían elegido el año anterior, sin lucha, cuatro celosos whigs. Pero los cuatro habían votado en pro del artículo de Sacheverell; y por virtud de aquel artículo muchos de los reyes del comercio de Lombard Street y Cornhill, hombres poderosos en las doce grandes compañías, á quienes los joyeros seguían humildemente, sombrero en mano, de un lado á otro de las arcadas de la Bolsa, hubieran sido arrojados ignominiosamente del Tribunal de Aldermen y del Consejo Municipal. La lucha fué á vida ó muerte. No hubo artificios, no hubo género alguno de influencia de que no se echara mano. Guillermo escribió á Portland que los whigs de la City en su desesperación acudían á todos los medios, y que, de la manera que iban las cosas, pronto se verían tan necesitados de una ley de indemnidad como los toríes. Resultaron elegidos cuatro toríes por mayoría tan grande, que el que tuvo menos votos reunió cuatrocientos más que el whig que había alcanzado mayor número (1). Los Sheriffs, deseando diferir, en lo posible, el triunfo de sus enemigos, concedieron un escrutinio. Pero aunque disminuyó la mayoría, esto no afectó al resultado (2). En Westminster, dos enemigos de la cláusula de Sacheverell fueron elegidos sin oposición (3). Pero nada indicó con más fuerza el disgusto excitado por los actos de la última Cámara de los Comunes que lo sucedido en la universidad de Cambridge. Newton se retiró á su tranquilo observatorio situado sobre la puerta del Colegio de la Trinidad. Fueron elegidos por inmensa mayoría dos toríes.

(1) Guillermo á Portland, feb. 28 (marzo 10), 1690; Van Citters á los Estados Generales, marzo 4 (14); *Diario de Narciso Luttrell.*

(2) Van Citters, marzo 11 (21), 1689-90; *Diario de Narciso Luttrell.*

(3) Van Citters á los Estados Generales, marzo 11 (21), 1690.

A la cabeza de la lista estaba Sawyer, el cual pocos días antes había sido exceptuado del bill de indemnidad y expulsado de la Cámara de los Comunes. Los archivos de la universidad contienen curiosas pruebas del entusiasmo excitado en favor suyo por la indiscreta severidad con que se le había tratado. Newton votó por Sawyer, y este notable hecho justifica nuestra creencia de que el gran filósofo, cuyo genio y virtud son justa gloria del partido whig, había visto la implacable y vengativa conducta de aquel partido con pesar y desagrado (1).

Pronto resultó evidente que los tories tendrían mayoría en la nueva Cámara de los Comunes (2). Los principales caudillos del partido whig fueron, sin embargo, elegidos, con solo una excepción. John Hampden fué excluído, echándole de menos únicamente el más intolerante y exaltado de los miembros de un partido (3).

---

(1) Sawyer tuvo 165 votos; Finch, 141; Bennet, á quien supongo whig, 87. En la Universidad todos los votos se daban por escrito. Uno de los votos dados en esta ocasión estaba concebido en los términos siguientes: «Henricus Jenkes, ex amore justitiæ, eligit virum consultissimum Robertum Sawyer.»

(2) Van Citters á los Estados Generales, marzo 18 (28), 1690.

(3) Es divertido ver la absurda manera como los libelistas extranjeros, que no conocían el estado real de las cosas en Inglaterra, exageraban la importancia de John Hampden, cuyo nombre no sabían siquiera escribir. En un diálogo en francés entre Guillermo y la sombra de Monmouth, dice Guillermo: «Entre ces membres de la Chambre Basse étoit un certain homme hardy, opiniatre, et zélé a l'excés pour sa créance; on l'appelle Embden, également dangereux par son esprit et par son crédit..... Je ne trouvay point de chemin plus court pour me délivrer de cette traverse que de casser le parlement, en convoquer un autre, et empescher que cet homme, qui me faisoit tant d'ombrages, ne fust nommé pour un des deputez au nouvel parlement.» «Ainsi—dice el fantasma—cette cassation de parlement qui a fait tant de bruit, et a produit tant de raisonnemens et de spéculations, n'es-

XX.

Cambios en los puestos superiores del gobierno.

El Rey, entretanto, hacía en casi todos los altos puestos del gobierno un cambio correspondiente al que las elecciones generales debían hacer en la composición de la legislatura. No pensó, sin embargo, en formar lo que hoy se llama un ministerio. Continuó reservándose más especialmente la dirección de los asuntos extranjeros, y dirigió con minuciosa atención todos los preparativos para la próxima campaña de Irlanda. En sus cartas confidenciales se quejaba de tener que terminar con poca ó ninguna ayuda la empresa de organizar los desorganizados establecimientos militares del reino. El trabajo, decía, era penoso; pero debía hacerse, porque de él dependía todo (1). En general, el Gobierno seguía componiéndose de una serie de departamentos independientes; y en casi todos, whigs y toríes continuaban mezclados, aunque no exactamente en la misma proporción que antes. El elemento whig había predominado por completo

---

toit que pour exclure Embden. Mais s'il estoit si adroit et si zélé, comment as-tu pu trouver le moyen de le faire exclure du nombre des deputez?» A esta pregunta muy natural, responde el Rey: «Il m'a fallu faire d'étranges manœuvres pour en venir a bout.» *L'Ombre de Monmouth*, 1690.

(1) A présent tout dépendra d'un bon succes en Irlande; et á quoy il faut que je m'aplique entiérement pour régler le mieux que je puis toutte chose..... Je vous asseure que je n'ay pas peu sur les bras, estant aussi mal assisté que je suis.»—Guillermo á Portland enero 28 (feb. 7), 1690.

en 1689. El elemento tory predominó, aunque no muy decididamente, en 1690.

Halifax había renunciado el Sello Privado. Fué ofrecido á Chesterfield, tory, que en la Convención había votado por la regencia. Pero Chesterfield se negó á dejar su casa de campo y sus jardines del Derbyshire por la Corte y la Cámara del Consejo; y el Sello Privado fué puesto en comisión (1).

XXI.

Caermarthen, primer ministro.

Caermarthen fué entonces el principal consejero de la Corona en todo lo relativo á la administración interna y al manejo de las dos Cámaras del Parlamento. Guillermo continuaba firme en su resolución de no confiar á ningún súbdito la vara blanca y el inmenso poder que llevaba consigo. Caermarthen continuó, pues, de Lord Presidente, pero tomó posesión de un departamento del palacio de Saint-James, que se consideraba como propio del primer ministro (2). Durante el año anterior había alegado su mala salud como excusa de su rara asistencia á la mesa del Consejo, y la excusa no carecía de fundamento; porque tenía una enfermedad especial de los órganos digestivos que había puesto en confusión á todo el Colegio

(1) Van Citters, feb. 14 (24), 1689-1690; *Memoria del Conde de Chesterfield*, por él mismo; Halifax á Chesterfield, feb. 6; Chesterfield á Halifax, feb. 8. El editor de las cartas del segundo Conde de Chesterfield no tuvo en cuenta la diferencia de estilo en las fechas, y se ha equivocado en un año.

(2) Van Citters á los Estados Generales, feb. 11 (21), 1690.

de médicos. Tenía el color lívido. Su cuerpo estaba demacrado; y su rostro, que era bello y lleno de inteligencia, tenía un aspecto huraño que indicaba la fatiga del dolor, así como los cuidados de la ambición (1). Pero tan pronto como volvió á ser ministro, se consagró con ardor á los negocios, y trabajaba diariamente de la mañana á la noche con una energía que llenaba de sorpresa á cuantos veían su cara de espectro y su andar vacilante.

Aun cuando no pudo tener el puesto de Lord Tesorero, tenía en el Tesoro gran influencia. Monmouth, que era primer Comisario, y Delamere, que era Canciller del Tesoro, dos de los whigs más violentos de toda Inglaterra, tuvieron que dejar sus empleos. En esta como en otras muchas ocasiones se vió que no había entre ellos nada de común sino el ser whigs. El veleidoso Monmouth, comprendiendo que no tenía ninguna de las cualidades propias del hacendista, no consideró como ofensa personal que lo separasen de un puesto que nunca debía haber ocupado. Aceptó con agradecimiento una pensión que sus hábitos de prodigalidad le hacían necesaria, y continuó todavía asistiendo á los Consejos, frecuentando la Corte y cumpliendo los deberes de gentilhombre de Cámara (2). Quiso también ser útil en los asuntos militares, en los cuales entendía, si no mucho, más que la mayoria de sus compañeros los otros nobles, y da-

(1) Menciónase una extraña particularidad de su constitución en una descripción de su persona publicada pocos meses después de su muerte. Véase el volumen titulado: *Vidas y caracteres de las personas más ilustres, británicas y extranjeras, fallecidas en el año* de 1712.

(2) De la pensión de Monmouth y de su buena inteligencia con la Corte, se habla en una Memoria de un agente jacobita en Inglaterra, que se conserva en el archivo del Depósito de la Guerra, en Francia. Está fechada á 8 (18) de abril, 1690.

rante algunos meses trató á Caermarthen con profundo respeto. Delamere tomó actitud muy diferente. En vano fué que honores y riquezas pagaran con exceso los servicios que había prestado. Fué creado conde de Warrington. Le concedieron todas las tierras que pudiera descubrir en cinco ó seis condados en poder de los jesuitas. Concediósele el reembolso que pedía de los gastos que había hecho durante la revolución; y se llevó al retiro, como recompensa de sus patrióticos servicios, una gran suma que el Estado hubiera podido emplear más útilmente. Pero esto no fué bastante á calmar su enojo, y hasta el fin de su vida continuó quejándose amargamente de la ingratitud con que él y su partido habían sido tratados (1).

XXII.

Sir John Lowther.

Sir John Lowther fué nombrado Primer Lord del Tesoro, siendo, además, la persona en quien Caermar-

---

(1) Narciso Luttrell menciona las concesiones de tierra alcanzadas por Delamere. Resulta del *Treasury Letter Book* de 1690 que Delamere continuó importunando al Gobierno para que le diera dinero. Para su carácter en general, las descripciones de los satíricos no son de fiar. Pero sus propios escritos y la confesión del sacerdote que predicó su oración fúnebre demuestran que su condición no era de lo más suave. Clarendon observa (dic. 17, 1683) que la menor cosa bastaba para poner fuera de sí á Lord Delamere. En el poema titulado el *Rey de los Corazones* se describe á Delamere llamándole «hombre inquieto y descontento, aun al ser el preferido.» Su rostro sirvió también de tema á la sátira. «Sus miradas revelan las agitaciones de su alma, y en su frente está grabada la envidia.»

then confiaba principalmente para la dirección ostensible de la Cámara de los Comunes. Lowther era hombre de antigua estirpe, pingüe hacienda y gran influencia parlamentaria. Sin tener muchos años, era viejo en la política, porque antes de tener la edad había sucedido á su padre como representante de condado, por Westmoreland. En realidad, la representación de Westmoreland era parte casi tan integrante del patrimonio de la familia como la casa solariega. Sir John era un hombre de respetable talento; sus modales, aunque en las sátiras contemporáneas aparezcan llenos de ridícula afectación, eran en extremo corteses; estaba siempre dispuesto á probar su valor personal: su conducta era irreprochable: tenía distribuído su tiempo entre respetables trabajos y placeres igualmente dignos de respeto. Su principal ocupación era asistir á la Cámara de los Comunes y presidir en el banco de la justicia; sus diversiones favoritas eran la lectura y la jardinería. En cuanto á opiniones, era tory muy moderado. Era partidario de la monarquía hereditaria y de la Iglesia anglicana; pero había prestado su concurso á la revolución. Consideraba perfectamente legítimo el derecho de Guillermo y María; había jurado obediencia á los nuevos soberanos sin ninguna reserva mental, y, según parece, cumplió religiosamente su juramento. Estaba en íntimas relaciones con Caermarthen. Cuando la insurrección del Norte, había existido entre ellos cordial inteligencia, y estaban conformes en sus miras políticas, cuanto un astuto hombre de Estado y un honradísimo caballero del campo pueden estarlo (1).

(1) Mi descripción del carácter de Lowther se funda principalmente en dos escritos suyos, uno de los cuales se ha impreso, aunque no creo que se haya publicado. Del otro hay una copia en los MSS. Mackintosh. También he tomado algo de las sátiras

Gracias á la influencia de Caermarthen, Lowther fué elevado actualmente á uno de los puestos más importantes de la nación. Por desgracia, aquel puesto exigía cualidades muy diferentes de las que bastan para hacer un buen representante de condado y un buen presidente de los tribunales trimestrales. El nuevo Primer Lord del Tesoro no tenía la lengua bastante expedita, ni el carácter imperturbable que eran necesarios para el puesto que desempeñaba. No tenía ni destreza para saber parar los ataques de los contrarios, ni fortaleza para sufrir las burlas y censuras á que en su nuevo carácter de cortesano y empleado se hallaba expuesto. Era también preciso hacer algunas cósas que él era demasiado escrupuloso para hacer; algo que nunca hicieron Wolsey ni Burleigh; algo que no ha hecho ningún estadista inglés de nuestra generación, pero que desde el tiempo de Carlos II hasta el tiempo de Jorge III constituyó uno de los deberes más importante de todo ministro.

XXIII.

Origen y progresos de la corrupción parlamentaria en Inglaterra.

La historia del origen, progreso y decadencia de la corrupción parlamentaria en Inglaterra aun está

contemporáneas. Que Lowther estaba siempre dispuesto á exponer la vida en encuentros personales, se prueba suficientemente con el hecho de que, siendo Primer Lord de la Tesorería, aceptó un desafío de un empleado de aduanas á quien había dejado cesante. El duelo tuvo efecto, y Lowther salió gravemente herido. Menciona este suceso Luttrell en su *Diario*, abril, 1690.

por escribir. Ningún asunto ha sido objeto de más elocuentes ataques ni de más punzantes sátiras. Tres generaciones de escritores graves y jocosos han llorado y reído respectivamente con motivo de la venalidad de nuestra asamblea. Esta venalidad era denunciada en los tablados *(hustings)*, anatematizada desde el púlpito, satirizada en la escena; era atacada por Pope en versos brillantes y por Bolingbroke en prosa majestuosa, con odio salvaje por Swift y con festiva malicia por Gay. Las voces de toríes y whigs, de Johnson y Akenside, de Smollett y Fielding, se unieron á la voz general. Pero ninguno de los que atacaron, ninguno de los que satirizaron se tomó el trabajo de comprobar los hechos y relacionarlos con sus verdaderas causas.

Algunas veces se atribuyó el mal á la depravación de un ministro particular; pero después de haberlo arrojado del poder, y cuando los que con más furor le habían acusado gobernaban en su lugar, se veía que el cambio de personas no había producido cambio de sistema. Otras veces se atribuía el mal á la degeneración del carácter nacional. El lujo y la codicia, decían, habían producido en nuestro país el mismo efecto que antiguamente produjeran en la República Romana. El inglés moderno era, en comparación del inglés del siglo XVI, lo que eran Verres y Curio en comparación de Dentato y Fabricio. Los que empleaban este lenguaje eran tan ignorantes y superficiales como lo son casi siempre aquellos que elogian el pasado á expensas del presente. Una persona discreta hubieran advertido que si los ingleses del tiempo de Jorge II hubieran sido realmente más avaros y corrompidos que sus antepasados, la degeneración no se hubiera mostrado sólo en una cosa. El progreso de la venalidad judicial y de la venalidad oficial hubie-

ran marchado paralelamente con el progreso de la venalidad parlamentaria. Sin embargo, nada hay más cierto que á medida que la legislatura se hacía más venal, los tribunales de justicia y las oficinas públicas eran cada vez más puras. Los representantes del pueblo eran, indudablemente, más mercenarios, en tiempo de Hardwicke y Pelham, que en tiempo de los Tudors. Pero los cancilleres de los Tudors recibían de los litigantes vajilla y joyas sin escrúpulo ni vergüenza; y Hardwicke hubiera hecho prender por desacato al que se atreviera á llevarle un regalo. Los tesoreros de los Tudors hicieron inmensas fortunas con la venta de empleos, títulos é indultos; y Pelham hubiera mandado á sus criados que arrojaran de su casa al que hubiera ido á ofrecerle dinero por un título de Par ó por un puesto de comisario de aduanas. Es, pues, evidente, que el haber predominado la corrupción en el Parlamento no puede atribuirse á depravación general de las costumbres. El mal era local; debemos buscar también alguna causa local, y no nos será difícil encontrarla.

Bajo nuestros antiguos soberanos, la Cámara de los Comunes rara vez intervenía en la administración ejecutiva. El Speaker tenía orden de impedir que los diputados se ocupasen en asuntos de Estado. Si algún miembro se mostraba turbulento era citado ante el Consejo Privado, interrogado, reprendido y enviado á la Torre á meditar en la irregularidad de su conducta. Los Comunes trataron en lo posible de atender á su seguridad, teniendo secretas sus deliberaciones, excluyendo á los extraños, y tratando como un crimen el repetir fuera lo que había pasado en la Cámara. Pero estas precauciones servían de muy poco. En una asamblea tan numerosa no faltaban nunca charlatanes dispuestos a ir á contar á Palacio lo que podía

perjudicar á sus colegas. El oponerse á la Corte era realmente peligroso. En aquel tiempo, como era natural, apenas se compraban los votos. Porque el hombre honrado no se vendía, y en cuanto al tunante, salía mucho más barato intimidarlo ó emplear cualquiera suerte de coerción.

Por una razón muy diferente no recuerda la generación actual la compra directa de los votos. La Cámara de los Comunes es hoy el poder supremo del Estado, pero es responsable ante la nación. Aun aquellos diputados que no son elegidos por distritos muy importantes, tienen grandísimo respeto á la opinión pública. Todo se imprime; todo se discute; cuantas palabras se pronuncian en un debate son leídas al día siguiente por un millón de personas. Pocas horas después de una votación importante, las listas de la mayoría y minoría son escudriñadas y analizadas en todas las ciudades, desde Plymouth hasta Inverness. Si se encuentra un nombre donde no debe estar, puede el apóstata estar seguro de que le recordarán en lenguaje mordaz, las promesas que no ha cumplido y las opiniones á que ha hecho traición. En la actualidad, pues, la mejor manera para el Gobierno de asegurar la mayoría de los representantes es ganar la confianza de la nación.

Pero entre el tiempo en que nuestro Parlamento cesó de estar dominado por la prerrogativa real y el tiempo en que empezó á regirse de una manera constante y eficaz por la opinión pública, hubo un largo intervalo. Después de la restauración, no se atrevió ningún Gobierno á resucitar aquellas prácticas en uso, antes de la guerra civil, para restringir la libertad del debate. No fué ya posible llamar á un diputado á que diera cuenta de sus discursos ni de sus votos. Podía obstruir la aprobación de bills de Subsidios; podía

combatir toda la política exterior de la nación; podía poner sobre la mesa artículos de acusación contra todos los principales ministros; y no corría el menor peligro de ser tratado como lo había sido Morrice por Isabel, ó Eliot por Carlos I. El diputado no tenía ahora temor alguno de la Corte. En tanto, todas las barreras tras de las cuales se habían parapetado lós débiles Parlamentos del siglo XVI contra los ataques de la prerrogativa, no sólo se mantuvieron en pie, sino que fueron extendidas y fortificadas. Parece que ningún político advirtió que estas barreras no servían ya para el primer objeto y que empezaban á aplicarlas á un objeto muy diferente. Las reglas trazadas en un principio para dar seguridades á los representantes fieles contra el desagrado del soberano, sirvieron ahora para dar seguridad á los representantes infieles contra el desagrado del pueblo, y resultaron mucho más eficaces para este último fin que jamás lo habían sido para el primero. Era natural, era inevitable que un cuerpo legislativo emancipado de las restricciones del siglo XVI, y no sujeto aún á las restricciones del siglo XIX; un cuerpo legislativo que no temía al Rey ni al pueblo, fuera accesible á la corrupción.

El mal llegó á hacerse visible y palpable en tiempo de la Cábala. Clifford, el más atrevido y arrebatado de aquellos infames Cinco, tuvo el mérito de descubrir que un patriota bullanguero, á quien ya no era posible reducir á prisión, podía fácilmente convertirse en cortesano por medio de una carta de pago. El ejemplo de Clifford fué imitado por sus sucesores. Pronto llegó á ser frase vulgar que el Parlamento se parecía á una bomba. A menudo, solían decir los ingenios, cuando parece que una bomba está seca, si se le echa una pequeña cantidad de agua, arroja luego cantidad mucho mayor; y así, cuando un Parlamento

parece mostrarse tacaño, diez mil libras bien distribuídas entre los diputados producirán muchas veces un millón en subsidios. El mal no disminuyó; antes fué agravado por aquella revolución que libertó nuestro país de tantos otros males. La Cámara de los Comunes era ahora más poderosa que nunca contra la Corona, sin tener responsabilidad más estrecha que antes para con la nación. El Gobierno tenía un nuevo motivo para comprar los diputados; y los diputados no tenían ningún nuevo motivo para no venderse. Guillermo, ciertamente, tenía aversión al soborno: resolvió abstenerse de él; y durante el primer año de su reinado se mantuvo firme en su resolución. Desgraciadamente los sucesos de aquel año no le estimularon á perseverar en sus buenos propósitos. Tan pronto como Caermarthen fué colocado al frente de la administración interior del reino, hubo un cambio completo. No era, en verdad, novicio, en el arte de comprar votos. Diez y seis años antes había sucedido á Clifford en el Tesoro, había heredado su táctica, la había perfeccionado, y la empleó en tan gran escala, que hubiera asombrado al inventor. Desde el día en que Caermarthen fué llamado por segunda vez á la dirección principal de los negocios, se continuó practicando la corrupción parlamentaria, casi sin interrupción, por una larga serie de hombres de Estado, hasta el fin de la guerra de América. Ninguno de los grandes partidos ingleses puede justamente acusar al otro de ninguna culpa especial en este punto. Los toríes fueron los primeros en introducir el sistema y los últimos en abandonarlo; pero alcanzó su mayor desarrollo en tiempo del ascendiente de los whigs. No puede fijarse de manera precisa hasta qué punto servía el dinero para conseguir el apoyo del Parlamento. Pero es probable que el vulgo exagerase en

gran manera el número de los que se vendían, número que nunca fué grande, si bien muchas veces bastó á inclinar la balanza en votaciones importantes. Un ministro destituído de principios aceptaba con entusiasmo los servicios de estos mercenarios. Un ministro honrado, se sometía con repugnancia, por el bien de la república, á la que consideraba extorsión vergonzosa y abominable. Pero durante muchos años todos los ministros, fuese cualquiera su carácter personal, consintieron de buena ó mala gana en manejar el Parlamento de la única manera que entonces se podía manejar. Al cabo llegó á ser tan notorio que había un mercado de votos en el Tesoro, como que había un mercado de ganado en Smithfield. Muchos demagogos, cuando estaban fuera del poder declamaban contra este vil tráfico; pero cada uno de ellos, tan pronto subía, se encontraba empujado por una especie de fatalidad á entrar en aquel tráfico, ó por lo menos á consentirlo. De cuando en cuando, tal vez, alguno que tenía ideas románticas acerca de la virtud pública, se negaba á ser Pagador general de la corrompida chusma, y apartaba los ojos mientras sus colegas menos escrupulosos hacían lo que sabían que era indispensable, aun comprendiendo que era degradante. Pero estos ejemplos de mojigatería eran, en verdad, muy raros. La doctrina generalmente aceptada, aun entre políticos rectos y honrados, era que el recibir donativos era un acto vergonzoso, pero que era necesario distribuirlos. Es un hecho notable que el mal llegase á su apogeo durante la administración de Enrique Pelham, estadista animado de muy buenos propósitos, de moral intachable en la vida privada, y de ejemplar desinterés. No es difícil adivinar de qué argumentos se valdrían para tranquilizar sus conciencias él y otros políticos hon-

rados que como él siguieron la costumbre de su tiempo. Ningún casuista, aun siendo muy severo, ha negado que puede ser un deber, dar aquello mismo que es un crimen tomar. Era infame que Jeffreys pidiese dinero por las vidas de los infelices presos á quienes juzgó en Dorchester y Taunton. Pero no era infame, antes era laudable, que los parientes y amigos del preso contribuyeran con su hacienda hasta reunir la suma pedida por Jeffreys. El pirata argelino, que amenazaba hacer morir á palos al cautivo cristiano, á menos que le enviaran rescate, era un miserable malhechor. Pero rescatar un cristiano cautivo de un pirata argelino era un acto no sólo inocente, sino altamente meritorio. Hubiera sido impropio, en tales casos, emplear la palabra corrupción. Los que reciben el infame lucro están ya corrompidos. El que los soborna no los hace malos: los encuentra así, y sólo impide que sus malas inclinaciones produzcan malos efectos. ¿Y no podría alegarse la misma excusa en defensa de un ministro que, cuando no hay ningún otro medio, paga á hombres codiciosos y bajos para que no causen la ruina de su país?

Algún razonamiento á éste semejante venció los escrúpulos de Guillermo. El honrado Burnet, con aquel valor nada cortesano que le distinguía, se atrevió á hacer al Rey algunas objeciones acerca de esto. «Nadie detesta el soborno más que yo—contestó Guillermo,—pero tengo que habérmelas con gente á quien sólo así es posible gobernar. Debo violentarme en este punto ó dejar que se pierda el país» (1).

---

(1) Burnet, II, 76.

XXIV.

Sir Juan Trevor.

Vióse obligado el Lord Presidente á tener en la Cámara de los Comunes un agente para la compra de diputados; y Lowther era demasiado torpe y tenía demasiados escrúpulos para encargarse de semejante misión. Mas no fué difícil encontrar un hombre que reuniera en alto grado habilidad y costumbres corrompidas. Fué éste el jefe del Archivo (*Master of the Rolls*), sir Juan Trevor, que había sido presidente del único Parlamento que había reunido Jacobo. No obstante haber llegado Trevor á tan gran altura, había gente que todavía le recordaba cuando era escribiente de un procurador de Inner Temple. Ciertamente que habiéndole visto una vez no era fácil olvidarle. Porque sus grotescas facciones y la horrible oblicuidad de su mirada, le daban un aspecto á que no puede llegar la caricatura. Su inteligencia viva y vigorosa le había permitido señorearse muy pronto de la ciencia de la curia. El juego y las apuestas eran sus diversiones favoritas; diversiones que supo explotar en provecho de su profesión. Porque lo que él opinase en cualquier cuestión surgida de una apuesta ó de un juego de azar, tenía tanta autoridad como el fallo de un tribunal de Westminster Hall. Pronto llegó á ser uno de los compañeros de orgía á quien Jeffreys, en los arrebatos de cariño que le producía la embriaguez, abrazaba durante la noche, sin perjuicio de maldecirlo y cubrirlo de injurias al día siguiente en pleno tribunal. Con tal maestro, Trevor llegó á sobresalir en poco

tiempo en aquel género especial de elocuencia que había dado cierta amenidad á los procesos de Baxter y de Alicia Lisle. También se decía que entre el Canciller y su amigo habían mediado apuestas á quién era capaz de hablar peor, en las cuales el discípulo no se había quedado atrás al maestro en decir groseros chistes y desvergüenzas. Estas luchas, sin embargo, no sucedieron hasta que el joven aventurero hubo alcanzado riquezas y honores que no le hacían necesaria la protección del que le había elevado (1). Entre los partidarios de la alta Iglesia, Trevor, á pesar de su notoria falta de principios, tenía por este tiempo cierta popularidad, que, según parece, debía principalmente á estar ellos convencidos de que, si bien en todo lo demás no era de fiar, su odio á los disidentes era sincero y profundo. No ofrecía duda que en una Cámara de los Comunes en que los tories tenían mayoría, podría fácilmente, con el apoyo de la Corona, ser elegido Speaker. Estaba impaciente por ocupar de nuevo su antiguo puesto, que él sabía muy bien convertir en uno de los más lucrativos del reino; y de muy buen grado aceptó aquel secreto y vergonzoso oficio para el cual Lowther era completamente incapaz.

Ricardo Hampden fué nombrado Canciller de Hacienda. Este nombramiento se había hecho, tal vez, como muestra de la real gratitud, por su conducta moderada y por las tentativas que había hecho para vencer la violencia de sus amigos whigs, y especialmente de su hijo.

---

(1) Roger North, *Vida de Guildford.*

XXV.

Retirada de Godolphin.

Godolphin abandonó voluntariamente el Tesoro, sin que sepamos la causa de su resolución. Es casi seguro que la disolución del Parlamento y el resultado de las elecciones debía haberle complacido; porque sus opiniones políticas le inclinaban del lado de los toríes, y en el reinado anterior había hecho algunas cosas que, aunque no eran de grave importancia, necesitaban el amparo de la indemnidad. Es probable que no creyese compatible con su dignidad personal el continuar en el Consejo siendo menos que Lowther, que era de rango inferior al suyo (1).

XXVI.

Cambios en el Almirantazgo.

Nombróse una nueva comisión del Almirantazgo. A la cabeza de la administración naval fué colocado Tomás Herbert, conde de Pembroke, de ilustre estirpe y educación esmerada, que había figurado entre los toríes, había votado por la regencia y estaba casado con la hija de Sawyer. Que Pembroke, no obstante

---

(1) Hasta algunos años después, el primer Lord de la Tesorería era el de más categoría en el Consejo. Así, Monmouth, Delamere y Godolphin ocuparon sus puestos según el orden de precedencia que como Pares les correspondía.

ser tory, era liberal y tolerante, demuéstralo suficientemente el hecho de que á raíz de la revolución le dedicó Juan Locke el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, en prueba de gratitud por su noble conducta en los malos tiempos (1).

Nada se omitió de cuanto pudiera servir á reconciliar á Torrington con este cambio. Porque, si bien había resultado incapaz para la administración, todavía era tenido en tan gran estima como marino, que el Gobierno no quería privarse de sus servicios. Se le aseguró que no se trataba de prescindir de él. No podía servir á su patria, al mismo tiempo, en el Océano y en Westminster, y se había creído menos difícil reemplazarle en su oficina que á bordo del buque almirante. Al principio se enojó mucho, y hasta presentó su renuncia; pero se hicieron algunas concesiones á su orgullo: una pensión de tres mil libras anuales y la concesión de diez mil acres de tierra de la Corona, de la medida de Peterborough, fueron cebo á que no pudo resistir su codicia; y, en mal hora para Inglaterra, consintió en permanecer á la cabeza de las fuerzas navales de que dependía la seguridad de nuestras costas (2).

(1) La dedicatoria, sin embargo, pareció demasiado laudatoria. Mr. Pope solía decir: «La única cosa que nunca perdonó á su maestro de filosofía, fué la dedicatoria del *Ensayo*.» — Ruffhead, *Vida de Pope*.

(2) Van Citters á los Estados Generales, abril 25 (mayo 5), 1690; *Diario de Narciso Luttrell; Treasury Letter Book*, feb. 4., 1689 90.

XXVII.

Cambios en los nombramientos de lugartenientes.

Mientras se hacían estos cambios en las oficinas inmediatas á Whitehall, se revisaban los nombramientos de lugartenientes de todo el reino. Desde hacía un año se venían quejando los tories de que su participación en el gobierno de los distritos donde habitaban no era proporcionada á su número, á su riqueza ni á la consideración social que disfrutaban. Recobraron ahora con gran satisfacción la posición que antes tenían en sus condados. Los whigs decían á voz en grito que el Rey era víctima de una infame traición, y que los malos consejeros le habían inducido á poner la espada en manos de hombres que, tan pronto se ofreciera oportunidad favorable, volverían el filo en contra suya. En un diálogo que se atribuía comúnmente al recién nombrado Conde de Warrington, y que fué muy leído en el tiempo, si bien yace olvidado desde mucho ha, aparece el Lord Lugarteniente de un condado manifestando sus sospechas de que la mayoría de sus delegados eran traidores encubiertos (1). Pero en ninguna parte fué tan grande la excitación producida por la nueva distribución del poder como en la capital. Por una comisión de Lugartenencia que había salido inmediatamente después de la revolución, las milicias de la *City* habían sido puestas al

---

(1) El *Diálogo entre un Lord Lugarteniente y uno de sus delegados*, no se halla en la colección de los escritos de Warrington publicada en 1694 con autorización, al parecer de su familia.

mando de celosos whigs. Aquellos poderosos y opulentos ciudadanos cuyos nombres habían sido omitidos, se quejaron de que en la lista no había más que ancianos de congregaciones puritanas, juntamente con *alegres muchachos* de Shaftesbury y conspiradores de Rye House, y que era casi imposible encontrar entre aquella multitud de fanáticos y niveladores un solo hombre sinceramente afecto á la monarquía y á la Iglesia. Publicóse por este tiempo una nueva lista, redactada por Caermarthen y Nottingham. Se habían aconsejado con Compton, el obispo de la diócesis; y Compton no era un consejero muy discreto. Había sido en un principio partidario de la alta Iglesia y tory. La severidad con que le trataran en el reinado anterior hizo que se trasformase en latitudinario y rebelde; y ahora, por envidia á Tillotson, se hizo otra vez tory y partidario de la alta Iglesia. Los whigs se quejaban de la ingratitud con que los había proscrito un gobierno que les debía la existencia; de que algunos de los mejores amigos del rey Guillermo fueran arrojados de su lado con menosprecio, para dejar sitio á algunos de sus peores enemigos: á hombres que así merecían su confianza como cualquier *rapparee* de Irlanda; á hombres que habían entregado á un tirano la carta y los privilegios de tiempo inmemorial de la *City;* á hombres que se habían hecho notorios por la crueldad con que habían aplicado las leyes penales contra los protestantes disidentes; á hombres, en fin, que habían formado parte de los jurados que condenaron á Russell y á Cornish (1). El descontento

(1) Van Citters á los Estados Generales, marzo, 18 (28), abril 4 (14), 1690; *Diario de Narciso Luttrell;* Burnet, II, 72; *The Triennial Mayor, or the Rapparees,* poema, 1691. Dice el poeta hablando de uno de los nuevos funcionarios civiles: «Pronto veremos su pre-

era tan grande, que durante algún tiempo se creyó que produciría dificultades pecuniarias en el Estado. Los subsidios votados por el último Parlamento se recaudaban con gran lentitud. Las necesidades del servicio público eran cada vez más urgentes. En tales circunstancias, solía el Gobierno reclamar la asistencia de los ciudadanos de Londres; y el gobierno de Guillermo se había dirigido, hasta aquí, especialmente á aquellos ciudadanos que profesaban opiniones whigs. Las cosas habían cambiado ahora. Algunos whigs más importantes, en el primer arrebato de enojo, se negaron ásperamente á anticipar el dinero. Y como si esto no bastara, uno ó dos retiraron de pronto sumas considerables del Tesoro (1). Las dificultades financieras podían haber sido muy graves si algunos toríes acaudalados, que si hubiera sido ley el artículo de Sacheverell se hubieran visto excluídos de todos los honores municipales, no hubieran ofrecido al Tesoro la entrega inmediata de cien mil libras, prometiendo reunir una suma todavía mayor (2).

Mientras estos sucesos traían agitada la *City*, llegó un día que, según edicto real, debía ser de general ayuno. Las razones presentadas para este solemne acto de devoción eran el lamentable estado de Irlanda y el próximo viaje del Rey. Se hicieron oraciones por la seguridad de la persona de S. M. y por el triunfo de sus armas. La multitud llenaba las iglesias de Londres. Los más eminentes predicadores de la capital, que eran, con rarísimas excepciones, ó toríes moderados ó moderados whigs, trataron de calmar la excitación pública, y con todo encarecimiento exhortaron

tendida conciencia, y en un jurado sanguinario, donde el noble Publio fué víctima de los bribones, le arrancaremos la máscara.»

(1) *Registro de Minutas del Tesoro*, feb. 5, 1689-90.

(2) Van Citters, feb. 11 (21), marzo 14 (24), 18 (28), 1690.

á sus rebaños á no privar, en ocasión tan importante, de su más cordial apoyo, al Príncipe de cuya suerte dependía la de toda la nación. Burnet refirió desde el púlpito, á un numeroso auditorio, cómo los griegos, cuando el Gran Turco se preparaba á sitiar á Constantinopla, no quisieron contribuir con parte de su hacienda á la común defensa, y cuán amargamente se habían arrepentido después de su avaricia al verse obligados á entregar á los victoriosos infieles los tesoros que habían negado á las súplicas del último emperador cristiano (1).

XXVIII.

Actitud de los whigs.

Los whigs, sin embargo, como partido, no necesitaban semejante amonestación. Á pesar de estar ofendidos é irritados, sabían muy bien que de la estabilidad del trono de Guillermo dependía cuanto tenían en más aprecio. No puede asegurarse lo que en esta ocasión hubieran podido hacer algunos de ellos, si hubieran tenido otro caudillo; si, por ejemplo, su duque protestante, su rey Monmouth hubiera vivido todavía. Pero no tenían otra elección que entre el Soberano á quien habían elevado al trono y el Soberano á quien habían destronado. Hubiera sido, en verdad, cosa rara que se unieran con Jacobo para castigar á Guillermo, cuando la mayor falta que imputaban á Guillermo era no haber participado del

(1) Van Citters, marzo 14 (24), 1690. El sermón aún se conserva. Fué predicado en Bow Church ante el Tribunal de Aldermen.

sentimiento de venganza con que ellos recordaban la tiranía de Jacobo. Aun cuando les disgustase mucho el bill de Indemnidad, no habían dado al olvido el Tribunal de Sangre. Así, pues, aun en medio de su enojo, continuaron fieles á su Rey, y al mismo tiempo que murmuraban de él, estaban prontos á ayudarle contra su adversario con vidas y haciendas (1).

XXIX.

Intrigas de algunos whigs con Saint Germain. Shrewsbury.—Ferguson.

Cierto que hubo excepciones; pero fueron muy contadas, y se encontraban casi exclusivamente en dos clases que, si bien diferían completamente en posición social, tenían notable semejanza por su relajación de principios. Todos los whigs de quien se tiene noticia que hayan intrigado con Saint Germain pertenecían, no al cuerpo principal del partido, sino á la cabeza ó á la cola. Ó eran patricios de alto rango y dignidad, ó miserables que durante largo tiempo habían estado empleados en los más viles trabajos de los partidos. Á la primera clase pertenecía Shrewsbury. El ejemplar más notable de la segunda era Roberto Ferguson. Desde el día en que había sido disuelta la Convención Parlamento, Shrewsbury empezó á oscilar en su fidelidad; pero de sus vacilaciones nada sospechó el público hasta mucho después. Que Ferguson se había hecho jacobita furioso

(1) Welwood, *Mercurius Reformatus*, feb. 12, 1690.

poco después de la revolución, no era un secreto para nadie y á nadie debía haber sorprendido. No pudo alegar en defensa de su apostasía ni aun la desdichada excusa de que se habían olvidado de él. Los ignominiosos servicios que había prestado anteriormente á su partido como espía, como cabeza de motín, como dispensador del precio de la corrupción, como libelista, como inspirador de testigos falsos, habían sido recompensados con prodigalidad excesiva para el honor del nuevo Gobierno. Desde luego que era imposible concederle ningún alto empleo. Pero se había creado para él, en el departamento de Consumos, un beneficio de quinientas libras al año. Tuvo entonces lo que para él era la opulencia; pero esto no podía satisfacerle. Cierto que por dinero nunca había tenido escrúpulo en llegar al fraude, con la circunstancia agravante de hipocresía; no era, sin embargo, el amor del dinero su pasión más dominante. El hábito continuo había desarrollado en él una enfermedad moral de que rara vez están completamente libres los que de la agitación política hacen su profesión. No podía acostumbrarse á la vida tranquila. De ocupación ordinaria, se había convertido para él, la sedición, en recreo. Érale tan imposible vivir sin hacer daño, como á un antiguo bebedor de aguardiente ó á un antiguo aficionado al opio vivir sin la diaria dosis de veneno. Las mismas molestias y azares de la vida del conspirador tenían para él extraño atractivo. Era tan imposible que él se convirtiera en súbdito pacífico y leal, como convertir al zorro en guarda del rebaño, ó hacer que el milano adquiera los hábitos del ave guardadora del corral. Los pieles rojas prefieren sus campos de caza á los campos cultivados y las soberbias ciudades; el gitano cómodamente alojado y con abundante carne á todas las comidas, suspira por la andrajosa tienda

á orillas del pantano y por la mísera ración de carne podrida; y del mismo modo Ferguson se cansó de la abundancia y de la seguridad, de su sueldo, de su casa, de la mesa y del coche, y suspiró por verse otra vez presidiendo sociedades donde no se podía entrar sin dar el santo y seña, director de imprentas clandestinas, repartidor de libelos incendiarios; suspiraba por ver las paredes cubiertas de descripciones de su persona y ofertas de recompensa á quien le prendiese; por tener seis ó siete nombres con una peluca y una capa para cada uno, y cambiar de alojamiento tres veces á la semana á favor de la noche. Su hostilidad no era al papismo ni al protestantismo, al gobierno monárquico ni al republicano, á la casa de Estuardo ni á la casa de Nassau, sino tan solo al Gobierno existente.

XXX.

Esperanzas de los jacobitas.

Los jacobitas acogieron con gran entusiasmo al nuevo aliado. Ocupábanse en aquel momento en algunos planes, para cuya ejecución era muy necesaria la ayuda de un conspirador veterano. Había entre ellos gran agitación desde el día en que se había anunciado que Guillermo tomaría el mando del ejército de Irlanda, y todos aguardaban con impaciencia su partida. No era un Príncipe contra el cual se pudiera levantar impunemente el estandarte de rebelión. Su valor, su sagacidad, el secreto de sus consejos, el triunfo que generalmente había coronado sus empresas, tenían intimidado al vulgo. Aun sus enemigos más encarnizados le temían por lo menos tanto como le odia-

ban. Mientras estaba en Kensington, pronto á montar á caballo al primer momento, algunos descontentos que tenían algún aprecio á la vida y la hacienda se contentaban generalmente con desahogar su odio brindando por la confusión de su corva nariz y exprimiendo con significativa energía la naranja *(orange)*, que era su emblema. Pero cobraban nuevos bríos al reflexionar que pronto se hallaría el mar entre Guillermo y nuestra isla. En los cálculos militares y políticos de aquel siglo, treinta leguas de agua tenían tanta importancia como ahora trescientas. Los vientos y las olas interrumpían á menudo toda comunicación entre Inglaterra é Irlanda. Acontecía algunas veces que durante dos ó tres semanas no se sabía en Dublín una palabra de lo que pasaba en Londres. Veinte condados ingleses podían estar en armas mucho tiempo antes de que llegara á Ulster el más leve rumor de que siquiera había temores de revuelta Así, pues, á principios de la primavera se reunieron en Londres los principales descontentos para concertar un vasto plan de acción y tener frecuente correspondencia con Francia y con Irlanda.

XXXI.

Reunión del nuevo Parlamento.

Tal era el estado de los partidos ingleses cuando, en 20 de marzo, se reunió el nuevo Parlamento. El primer deber que tenían que cumplir los Comunes era el de elegir presidente. Trevor fué propuesto por Lowther, elegido sin oposición, presentado y aprobado con el ceremonial de costumbre. El

Rey pronunció entonces un discurso en el que recomendaba especialmente á la consideración de las Cámaras dos asuntos importantes: el de los impuestos y la concesión de una amnistía. Insistió en la necesidad del pronto despacho de estos asuntos. Cada día era precioso; se acercaba el momento de acción. «No malgastemos el tiempo en discutir, dijo, mientras nuestros enemigos están en el campo» (1).

La primer cosa que los Comunes tomaron en consideración fué el estado de la Hacienda. Desde el advenimiento de Guillermo y María se habían recaudado gran parte de los impuestos mediante la autorización de leyes aprobadas para plazos breves, siendo ya tiempo de hacer un arreglo permanente. Fué presentada á la Cámara una lista de los sueldos y pensiones á que se debía proveer, y el importe de las sumas así gastadas excitó muy justas quejas por parte de los diputados independientes, entre los cuales se distinguía sir Carlos Sedley por su ingenio mordaz. Un buen discurso que pronunció contra los empleados públicos fué impreso furtivamente y repartido con profusión: desde entonces se ha vuelto á publicar con frecuencia, y sirve para demostrar lo que sus poemas y comedias nos hacían poner en duda, á saber: que no se engañaban sus contemporáneos al considerarle hombre de talento y de ingenio. Desgraciadamente, el enojo causado por la lista civil se disipó en chistes y censuras, sin producir ninguna reforma.

Los ingresos ordinarios con que se había sostenido el Gobierno antes de la revolución eran en parte hereditarios, y en parte procedían de impuestos concedidos por toda la vida á cada soberano. La renta here-

(1) *Commons' Journals*, marzo 20, 21 y 22, 1689-90.

ditaria había pasado con la Corona á Guillermo y María. Componíase del producto de las posesiones reales, de derechos, multas, licencias de vino, diezmos y primicias de los beneficios eclesiásticos, de los ingresos de la oficina postal, y de aquella parte de los consumos que á raíz de la restauración se había concedido para siempre á Carlos II y á sus sucesores, en lugar de los servicios feudales debidos á nuestros antiguos reyes. La renta que de todas estas fuentes se reunía era estimada entre cuatrocientas y quinientas mil libras (1).

Aquellos derechos de consumos y aduanas que habían sido concedidos á Jacobo por toda la vida, producían al final de su reinado unas novecientas mil libras anuales. Guillermo deseaba, como era natural, que se le concediera una renta en las mismas condiciones que la había disfrutado su suegro; y sus ministros hicieron lo posible por dar cumplimiento á sus deseos. Lowther propuso que la concesión se hiciera á los reyes por toda la vida, quedando, en caso de morir uno de los dos, al que sobreviviese, y habló repetidas veces, y con vehemencia, en defensa de esta moción. Expuso los derechos de Guillermo á la pública gratitud y confianza: la nación rescatada del papismo y del poder arbitrario; la Iglesia libertada de la persecución; la constitución establecida sobre una base sólida. ¿Se mostrarían ahora los Comunes mezquinos con un príncipe que había hecho por Inglaterra más que ninguno de sus predecesores en tan poco tiempo, con un príncipe que iba ahora á exponerse á las armas enemigas y al aire infestado de Irlanda con objeto de conservar la colonia inglesa allí establecida, con un príncipe por quien se rogaba á Dios

(1) *Commons' Journals*, marzo 28, 1690, y marzo 1.° y 20, 1688-89.

n todas las partes del mundo donde se reuniera na congregación de protestantes para celebrar el ilto divino? (1). Pero en esta parte, Lowther arengó n vano. Whigs y toríes estaban igualmente convendos de que la liberalidad de los Parlamentos había do la causa principal de los desastres de los treinta timos años; que á la liberalidad del Parlamento de 60 debía atribuirse el mal gobierno de la Cábala; ie á la liberalidad del Parlamento de 1685 debía ribuirse la Declaración de Indulgencia, y que el arlamento de 1690 no tendría excusa si no sabía provechar tan larga, dolorosa é invariable experiena. Después de mucho discutir se hizo una transacón. Aquella parte de los consumos que había sido oncedida á Jacobo durante la vida, y que se calcuba en trescientas mil libras anuales, fué concedida Guillermo y María para mientras viviesen los dos, ó ara el que sobreviviese en caso de fallecimiento del ro. Suponíase que con la renta hereditaria y con trescentas mil libras anuales además de los consumos. ndrían SS. MM. de setecientas á ochocientas mil oras al año, exentas de toda inspección parlamentaa. De esta renta tenían que satisfacer los gastos de casa real y de aquellos empleos civiles de los cuas se había presentado una lista á la Cámara. Esta enta fué, pues, llamada la renta civil. Los gastos de casa real están ahora completamente separados de s gastos de administración civil; mas por una ca richosa corrupción ha quedado el nombre de lista vil á aquella parte del presupuesto consagrada á los astos de la casa real. Más extraño es todavía que vaas naciones vecinas hayan creído este nombre, que s de todos el más absurdo, digno de ser adoptado.

(1) Grey, *Debates*, marzo 27 y 28, 1690.

Los derechos de aduanas concedidos por toda la vida á Carlos y á Jacobo sucesivamente, y que el año antes de la revolución habían producido seiscientas mil libras, fueron concedidos á la Corona sólo por término de cuatro años (1).

Este arreglo en modo alguno satisfizo á Guillermo. Parecíale injusto é ingrato, en un pueblo cuyas libertades había salvado, que se le obligara por fuerza á portarse bien. «Los caballeros de Inglaterra—dijo á Burnet—se fiaron del rey Jacobo, que era enemigo de su religión y de sus leyes, y no se quieren fiar de mí que soy quien ha conservado sus leyes y su religión.» Burnet contestó muy oportunamente que no había prueba de confianza personal que S. M. no tuviera derecho á exigir, pero que no era esa entonces la cuestión. Los Estados del reino deseaban establecer un principio general. Deseaban fijar un precedente que pudiera asegurar á una posteridad remota contra los males producidos por la indiscreta liberalidad de Parlamentos anteriores. «De esos males ha librado V. M. á la generación presente. Aceptando el donativo de los Comunes en las condiciones en que ellos lo ofrecen, V. M. será también el libertador de las generaciones futuras.» Guillermo no se convenció; pero tenía demasiada prudencia y dominio de sí mismo para dejarse llevar de su enojo, y aceptó con agrado lo que no podía menos de comprender que era dado de mala gana (2).

---

(1) *Commons' Journals*, marzo 28, 1690. Van Citters envió á los Estados Generales una relación muy clara y minuciosa de la manera como él arregló la renta. Abril 7 (17), 1690.

(2) Burnet, II, 43.

XXXII.

Pensión de la Princesa de Dinamarca.

Se estableció, á cargo de la lista civil, una anualidad de veinte mil libras para la Princesa de Dinamarca, además de la pensión anual de treinta mil que le fuera concedida en la época de su matrimonio. Este arreglo fué resultado de una transacción que se había hecho con gran dificultad y después de muchas disputas enconadas. Desde el principio de su reinado no habían estado nunca los Reyes en muy buenas relaciones con su hermana. Nada tiene de extraño que Guillermo no agradase á una mujer que sólo tenía el sentido necesario para ver que su carácter era agrio y antipáticas sus maneras, y que era totalmente incapaz de apreciar sus cualidades superiores. Pero María había nacido para ser amada. Mujer tan viva é inteligente no podía, en verdad, derivar gran placer de la sociedad de Ana, que cuando estaba de buen humor era dulcemente estúpida, y cuando estaba de mal humor lo era regañando. Sin embargo, la Reina, cuya bondad la hacía querer de sus más humildes servidores, no hubiera hecho una enemiga de la persona á quien su deber y su interés le aconsejaban tener por amiga, á no haber mediado el trabajo incesante de una influencia extraordinariamente poderosa y maligna para dividir á los miembros de la Casa Real. El cariño de la Princesa á Lady Marlborough era de tal suerte, que en un siglo de superstición se hubiera atribuído á algún talismán ó bebedizo. No sólo ambas amigas habían prescindido en su

trato confidencial de ceremonias y tratamientos llamándose lisa y llanamente Mrs. Morley y Mrs. Freeman, sino que hasta el príncipe Jorge, que cuidaba de hacer respetar el rango de su nacimiento cuanto él era capaz de cuidarse de algo que no fuera vino ó salmón en rabanadas, se sometió á dejarse llamar Mr. Morley. La Condesa se alababa de haber elegido el nombre de Freeman *(hombre libre)* por ser muy adecuado á su carácter franco y atrevido; y ha de decirse, en justicia, que no debió á las artes de uso ordinario entre los cortesanos, el establecer y mantener durante largo tiempo su despótico imperio sobre la más débil de las inteligencias. Apenas poseía aquel tacto que es el talento peculiar de su sexo; era demasiado violenta para adular ó para disimular: mas por una rara casualidad había tropezado con un carácter en el cual la dictadura y la contradicción obraban como filtros. En esta grotesca amistad, toda la lealtad, toda la paciencia, toda la abnegación estaban de parte de la señora. Los caprichos, las altanerías, los accesos de mal humor estaban de parte de la servidora.

Nada más curioso que la situación de las dos damas respecto á Mr. Freeman, como llamaban á Marlborough. En los países extraños, la gente sabía, en general, que Ana era gobernada por los Churchills. Sabían también que el hombre que parecía ocupar lugar tan eminente en su favor, no sólo era un gran militar y un gran político, sino también uno de los más apuestos caballeros de su tiempo; que su rostro y su persona eran de notable belleza; su carácter á un tiempo blando y resuelto; sus modales á la vez llenos de amabilidad y distinción. Nada más natural que cualidades y prendas tan notables ganaran el corazón de una mujer. En el Continente, por tanto, ima-

ginaban muchos que él era el amante favorecido de Ana, y como tal lo presentan algunos libelos franceses de la época, olvidados hace ya mucho tiempo. En Inglaterra nunca se dió crédito á esta calumnia, ni aun en las más licenciosas coplas que se cantaban por las calles. En realidad, no parece que la Princesa haya sido nunca culpable de ningún pensamiento incompatible con sus deberes conyugales. Para ella, Marlborough, con todo su genio y su valor, su belleza y su elegancia, no era más que el marido de su amiga. Por sí mismo no tenía influencia alguna sobre S. A. R. Sólo podía influir en Ana por medio de su esposa; y su esposa no era un instrumento pasivo. Aun cuando no es posible descubrir en ninguno de los hechos, dichos ni escritos de Lady Marlborough nada que pueda indicar una inteligencia superior, sus violentas pasiones y firmeza de voluntad hicieron que muchas veces gobernara á un marido que había nacido para regir graves asambleas y poderosos ejércitos. Su valor, aquel valor que los más peligrosos trances de guerra sólo hacían más frío y más sereno, le abandonaba cuando tenía que luchar con el fácil llanto y los volubles reproches de su Sara, con las contracciones de su labio y los movimientos de su cabeza. La historia nos presenta pocos espectáculos más notables que el de un hombre grande y sabio, que después de haber combinado vastos y profundos planes políticos, sólo podía llevarlos á efecto haciendo que una mujer necia, á quien á menudo era imposible dirigir, dirigiese á otra mujer todavía más necia que ella.

En un punto estaban completamente de acuerdo el Conde y la Condesa. Á los dos les gustaba igualmente ganar dinero; aunque, una vez ganado, á él le gustaba guardarlo y á ella no le disgustaba gastar-

lo (1). Ambos consideraban el favor de la Princesa como una finca valiosa. En el reinado de su padre habían empezado á hacerse ricos por medio de sus bondades. Era ella naturalmente inclinada á la economía, y aun después de subir al trono, sus trenes y su mesa en modo alguno eran suntuosos (2). Podría parecer, pues, que mientras fué súbdita, treinta mil libras al año, con la residencia en Palacio, serían más que suficiente para todas sus necesidades. No había probablemente en el reino dos nobles que poseyeran renta igual. Pero no había renta que bastara á satisfacer la avidez de los que la gobernaban. Repetidas veces contrajo deudas que Jacobo pagó siempre, no sin manifestar gran sorpresa y desagrado.

La revolución abrió á los Churchills una nueva é ilimitada perspectiva de ganancia. Toda la conducta de su señora en la gran crisis había demostrado que ella no tenía más voluntad, ni más criterio, ni más conciencia que la de ellos Á ellos había sacrificado afecciones, prejuicios, hábitos é intereses. Por obedecerles había entrado en la conspiración contra su padre; había huído de Whitehall en el rigor del invierno por entre el lodo y el fango, en un coche de alquiler; se había refugiado en el campo rebelde; había consentido en ceder su puesto en el orden de sucesión al Príncipe de Orange. Ellos veían con placer que la persona sobre quien poseían tan ilimitada influencia no poseía á su vez influencia alguna sobre los demás. Apenas se había consumado la revolución, cuando muchos tories, disgustados del Rey que habían expul-

(1) En una sátira contemporánea se dice: «¡Oh pareja feliz! Ni un solo disgusto alteró la paz de su existencia. De tal modo convinieron en sacrificarlo todo al lucro.»—*The Female Nine*, 1690.

(2) Swift menciona la falta de hospitalidad y magnificencia de Ana.—*Journal to Stella*, agosto 8, 1711.

sado y del Rey que habían traído, y no sabiendo si su religión tenía más que temer de los jesuitas ó de los latitudinarios, se mostraron muy dispuestos á reunirse en torno de Ana. Ella era, por naturaleza, fanática. Su inteligencia era de tal suerte que no podía menos de mantenerse fiel á la religión de su infancia, sin examen ni vacilación alguna, hasta la hora de la muerte. En la Corte de su padre había permanecido sorda á cuanto le habían dicho en favor de la transustanciación y de la confesión auricular. En la Corte de su cuñado fué igualmente sorda á cuanto se la dijo en favor de la unión general de los protestantes. Esta lentitud y obstinación contribuyeron á acrecentar su importancia. Era una gran cosa ser la única persona de la familia real que mirase á papistas y presbiterianos con la misma aversión. Mientras un gran partido estaba dispuesto á hacer de ella un ídolo, sus dos arteros servidores la consideraban solamente como un maniquí. Ellos sabían que en su poder estaba el dar serios disgustos al Gobierno, y determinaron valerse de este poder para sacar dinero, nominalmente para Ana, pero en realidad para ellos. Mientras Marlborough estaba mandando las tropas inglesas en los Países Bajos, la ejecución del plan quedó necesariamente encomendada á su esposa. y ella obró, no como indudablemente hubiera obrado él, con prudencia y moderación, sino, como claramente se deduce hasta de la relación de ella misma, con odiosa violencia é insolencia. Cierto que ella tenía que satisfacer pasiones de que él estaba completamente exento. Marlborough, no obstante ser uno de los hombres más codiciosos, era también de los menos irritables; pero en ella la maldad era pasión más fuerte que la avaricia. Ella fácilmente llegaba al odio, y odiaba de todo corazón, y odiaba de una manera

implacable. Entre los objetos de su odio, se contaban todos los parientes de su señora, tanto por la línea paterna como por la materna. Ninguna persona que tuviera verdadero interés por la Princesa podía observar sin inquietud la alucinación que la hacía esclava de una imperiosa y aturdida sierpe. Esto lo sabía muy bien la Condesa. Á sus ojos la familia real y la familia de Hyde, aun cuando pudieran diferir grandemente en otras materias, estaban unidas contra ella; y ella los detestaba á todos, á Jacobo, á Guillermo y María, á Clarendon y á Rochester. Esta era la ocasión de vengar el odio acumulado de muchos años. No era bastante obtener una renta cuantiosa, una renta de soberano, para Ana. Era preciso obtener aquella renta por medios que humillasen y lastimasen á las personas aborrecidas de la favorita. No debía pedirse, no debía ser aceptada como una muestra de fraternal bondad, sino pedida en tono hostil, y arrancada por fuerza á despecho de los que la otorgaran. Nada se dijo al Rey ni á la Reina, sino que supieron con asombro que Lady Marlborough trabajaba infatigablemente en granjear los miembros toríes del Parlamento, que se estaba formando un partido de la Princesa, y que la Cámara de los Comunes propondría conceder á S. A. R. una gran renta independiente de la Corona. María preguntó á su hermana lo que aquello significaba. «He oído, dijo Ana, que mis amigos tratan de hacer que se me conceda una pensión.» Dícese que la Reina, grandemente mortificada por aquella respuesta que parecía indicar que ella y su marido no figuraban entre los amigos de su hermana, contestó con inusitada aspereza: «¿De qué amigos habláis? ¿Qué amigos tenéis, excepto el Rey y yo?» (1).

(1) *Vindicación de la Duquesa de Marlborough.* Pero la Duquesa

No se volvió á hablar del asunto entre las dos hermanas. María comprendía probablemente que había cometido un error dirigiéndose á quien sólo era un instrumento pasivo en manos de otro. Se trató de entrar en negociaciones con la Condesa. Después de las vanas tentativas de algunos agentes inferiores, Shrewsbury conferenció con ella. Esperábase que su intervención diera buen resultado, porque si hemos de creer á la crónica escandalosa de la época, él había ocupado lugar distinguido, demasiado distinguido, en su favor (1). Iba autorizado por el Rey á prometer que si la Princesa desistía de solicitar el apoyo de los miembros de la Cámara de los Comunes, la renta de S. A. R. sería aumentada desde treinta mil libras hasta cincuenta mil. La Condesa rechazó redondamente el ofrecimiento. Tuvo la insolencia de decir que la palabra del Rey no era suficiente garantía. «Confío, dijo Shrewsbury, que S. M. cumplirá religiosamente sus compromisos. Si falta á ellos, en aquel mismo punto dejaría su servicio.—Eso será muy honroso para vos, contestó la astuta y pertinaz dama; pero será un consuelo muy pobre para la Princesa.» Shrewsbury, después de intentar vanamente conmover á la servidora, consiguió una audiencia de la Princesa. Ana, en lenguaje indudablemente dictado por su amiga Sara, le dijo que el negocio había ido ya demasiado lejos para detenerle y que se debía dejar á la decisión de los Comunes (2).

---

era tan rematadamente embustera que no se le puede creer una palabra de lo que dice, excepto cuando se acusa á sí misma.

(1) Véase *Female Nine.*

(2) *Vindicación de la Duquesa de Marlborough.* Con aquella inexactitud habitual que hace leer con desconfianza todas las palabras escritas por ella, aun cuando no tuviera motivo para mentir, hace duque á Shrewsbury y figura darle el tratamiento de Vuestra Gracia. Shrewsbury no fué hecho duque hasta 1694.

La verdad es que los directores de la Princesa esperaban obtener del Parlamento suma mucho mayor que la ofrecida por el Rey. No se contentaban con menos de setenta mil libras anuales. Pero su codicia les engañó. La Cámara de los Comunes se mosttró muy dispuesta á satisfacer los deseos de S. A. R. Pero cuando al fin, sus tan celosos partidarios se atrevieron á nombrar la suma que deseaban concederle, hubo muchos murmullos. ¡Setenta mil libras al año en una época en que los gastos necesarios del Estado aumentaban diariamente, y lo que se recaudaba por derechos de aduanas era cada día menor: cuando el comercio no prosperaba, y cuando todos los caballeros y los hacendados trataban de disminuir los gastos de su mesa y de su bodega! La opinión general fué que la suma que se sabía que el Rey estaba dispuesto á dar sería más que suficiente (1). Por último, se hicieron concesiones de una y otra parte: Ana hubo de contentarse con cincuenta mil libras anuales; y Guillermo convino en que esta suma fuera concedida á la Princesa por una ley del Parlamento. Ella recompensó los servicios de Lady Marlborough con una pensión de mil libras anuales (2). Pero, según toda probabilidad, esto fué parte muy pequeña de lo que los Churchills ganaron con el nuevo arreglo.

Después de este suceso, las dos regias hermanas continuaron durante muchos meses en relaciones de cortesía y hasta de aparente amistad. Pero si bien María no parecía haber conservado rencor contra Ana, sentía indudablemente contra Lady Marlborough cuanto enojo era capaz de sentir un corazón tan bondadoso como el suyo. Marlborough había estado fuera de In-

(1) *Commons' Journals*, dic. 17 y 18, 1689.
(2) *Vindicación de la Duquesa de Marlborough.*

glaterra durante una gran parte del tiempo en que su esposa se había ocupado en intrigar con los toríes, y aun cuando es indudable que había obrado de concierto con ella, habíalo hecho, como de ordinario, con prudencia y decoro. Siguió, pues, recibiendo de Guillermo muchas muestras de favor sin la menor indicación de desagrado.

En los debates relativos á la renta, la distinción entre whigs y toríes no parece haber sido muy marcada. Realmente, si en algo estuvieron de acuerdo los dos partidos, fué en la conveniencia de conceder los derechos de aduanas á la Corona por un plazo que no excediera de cuatro años. Pero hubo otras cuestiones que hicieron brotar en toda su fuerza la antigua animosidad. Los whigs se encontraban ahora en minoría; pero era una minoría formidable por el número, y más formidable todavía por la habilidad. Continuaron la guerra parlamentaria con igual violencia que cuando estaban en mayoría, pero con más destreza. Presentaron varias mociones que ningún partidario de la alta Iglesia podía decorosamente apoyar, pero que ningún servidor de Guillermo y María podía tampoco decorosamente combatir. Los toríes que votaran estas mociones corrían gran peligro de ser tachados de inconsecuencia por los fieles *Caballeros* de su condado. El tory que votara en contra de estas mociones correría gran riesgo de ser recibido con ceño adusto en Kensington.

XXXIII.

Bill declarando válidas las leyes del anterior Parlamento.

Probablemente, prosiguiendo esta política, presentaron los whigs en la Cámara de los Lores un bill declarando válidas todas las leyes aprobadas por el último Parlamento. No bien se hubo dado lectura á este bill, cuando se renovó la controversia de la primavera anterior. En esta ocasión aparecieron unidos con los whigs casi todos los nobles que tenían parte en el gobierno. Los rígidos toríes, con Nottingham á la cabeza, declararon estar prontos á establecer que todos los estatutos aprobados en 1689 tuvieran la misma fuerza que si hubieran sido aprobados por un Parlamento convocado de una manera regular; pero nada les haría reconocer que una asamblea de Lores y Caballeros, que se habían reunido sin estar autorizados por el Gran Sello, fuera constitucionalmente un Parlamento. Pocas cuestiones parecen haber excitado pasiones más violentas que la cuestión, prácticamente sin importancia, de si el bill debía ó no tener carácter de declaración. Notthingham, siempre justo y honrado, pero fanático y formalista, se mostró en este asunto singularmente obstinado y opuesto á la razón. En una de las discusiones perdió el dominio de sí mismo, olvidó el decoro de que generalmente era estricto guardador, y en poco estuvo que no fuera puesto bajo la custodia del ujier de la Vara negra (1). Después de mucho discutir, los whigs consiguieron el

(1) Van Citters, abril 8 (18), 1690.

triunfo por siete votos de mayoría (1). Muchos Pares firmaron una enérgica protesta escrita por Nottingham. En este documento, el bill, cuya redacción se prestaba, en efecto, á la crítica, era descrito descortésmente, diciendo que no había en él un buen inglés ni buen sentido. La mayoría aprobó una resolución á fin de que la propuesta fuera cancelada; y otra vez Nottingham y los suyos protestaron contra esta resolución (2). El Rey estaba disgustado por la obstinación de su ministro, de tal manera, que Nottingham declaró su intención de dimitir: mas pronto se acabó la disputa por medio de un acomodo. Guillermo era demasiado discreto para no saber el valor de un hombre honrado en una época de corrupción. Aquella misma escrupulosidad que convertía á Notthingham en un revoltoso, era una garantía de que jamás sería traidor (3).

Pasó el bill á la Cámara Baja, y se tenía por seguro que allí la lucha sería larga y empeñada; pero un solo discurso terminó la cuestión. Somers, con una fuerza y una elocuencia que sorprendiéron hasta á un auditorio acostumbrado á oirle con placer, demostró cuán absurda era la doctrina sustentada por los principales toríes. «Si la Convención—decía—no era un Parlamento, ¿cómo podemos serlo nosotros? Una ley del tiempo de Isabel dispone que ninguna persona pueda tomar asiento ni votar en esta Cámara hasta haber prestado el antiguo juramento de supremacía. Ni uno solo de nosotros ha prestado ese juramento. En su lugar, todos hemos prestado el nuevo juramento de supremacía establecido por el Parlamento anterior, en lugar del antiguo. Es, pues, una contra-

---

(1) Van Citters, abril 8 (18); *Diario de Narciso Luttrel*.
(2) *Lords' Journals*, abril 8 y 10, 1690; Burnet, II, 41.
(3) Van Citters, abril 25 (mayo 5), 1690.

dicción decir que las leyes del último Parlamento no son ahora válidas, y, sin embargo, pedirnos que hagamos que en adelante lo sean. Porque una de dos: ó son ya válidas; ó en caso de no serlo, nosotros no podemos darles validez.» Este razonamiento, que era, en realidad, tan incontestable como cualquier proposición de Euclides, hizo que el debate llegara pronto á su término. El bill fué aprobado en los Comunes dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes á la primera lectura (1).

XXXIV.

Debate sobre los cambios hechos en la lugartenencia.

Esta fué la única victoria conseguida por los whigs durante toda la legislatura. Se quejaban mucho en la Cámara Baja del cambio introducido en el gobierno militar de la *City* de Londres. Los toríes, conocedores de su fuerza, y excitados por el deseo de venganza, no sólo se negaron á censurar lo hecho, sino que determinaron expresar pública y formalmente su gratitud al Rey por haber dado entrada á tantos anglicanos y expulsado tan gran número de cismáticos. Un mensaje de gracias fué propuesto por Clarges, representante de Westminster, el cual era conocido como afecto á Caermarthem. «Los cambios hechos en la *City*—dijo Clarges—demuestran que S. M. vela solícito por nosotros. Espero que en todos los condados

(1) *Commons' Journals*, abril 8 y 9, 1690; Grey, *Debates*; Burnet, II, 42. Van Citters dice, al escribir el día 8, que se esperaba una gran lucha en la Cámara Baja.

del reino haga alteraciones semejantes.» La minoría se defendió con obstinación. «¿Queréis dar gracias al Rey—decían—por haber puesto la espada en manos de sus más peligrosos enemigos? Algunos á quienes le han aconsejado confiar mandos militares, no han sido capaces todavía de prestar el juramento de obediencia. Otros eran bien conocidos en los malos tiempos como jurados siempre dispuestos á encontrar culpable á todo exclusionista, hubiera ó no testimonios en contra suya.» Ni se privaron los oradores whigs de acudir á aquellos argumentos que todos los pártidos presentan con elocuencia en la hora del peligro, y que todos están dispuestos á olvidar en la hora de la prosperidad. «No aprobemos una resolución que envuelve una censura contra gran número de compatriotas nuestros, buenos súbditos, buenos protestantes. El Rey debe ser cabeza de todo su pueblo. No le hagamos cabeza de un partido.» Esta doctrina era excelente, pero no parecía muy propia en boca de los que, pocas semanas antes, habían combatido el bill de Indemnidad y votado el artículo adicional de Sacheverell. El mensaje fué aprobado por ciento ochenta votos contra ciento treinta y seis (1).

XXXV.

Bill de Abjuración.

Tan pronto como se hubo anunciado el resultado del escrutinio, la minoría, muy mortificada por la derrota, presentó una moción que puso en situación

(1) *Commons' Journals*, abril 24, 1690; Grey, *Debates*.

bastante apurada á los toríes que tenían empleos del Gobierno. El juramento de obediencia, decían los whigs, estaba concebido en términos demasiado generales. Podría excluir de los empleos públicos á algunos jacobitas, muy tontos en su mayor parte para poder hacer daño; pero era de todo punto ineficaz para sujetar las elásticas y escurridizas conciencias de astutos sacerdotes que, al mismo tiempo que afectaban aborrecer á los jesuitas, eran maestros en aquella casuística inmoral que era la parte peor del jesuitismo. Algunos graves teólogos habían dicho abiertamente, y otros se habían atrevido á escribirlo, que habían jurado fidelidad á Guillermo en un sentido completamente diferente que á Jacobo. A éste habían empeñado íntegra la fe que todo súbdito leal debe al soberano legítimo; pero cuando prometían obediencia fiel á Guillermo, querían significar que, mientras él pudiera ahorcarlos por rebeldes ó por conspirar contra su persona, no se expondrían á semejante peligro. No era de extrañar que los preceptos y el ejemplo de los descontentos del clero hubiera corrompido á los laicos. Cuando prebendados y rectores no se avergonzaban de declarar que habían dado doble interpretación á las palabras, en el acto mismo de besar el Nuevo Testamento, no era casi de esperar que fiscales y recaudadores de contribuciones fueran más escrupulosos. Consecuencia de esto era que en todos los departamentos pululasen los traidores; que hombres que comían el pan del Rey, á quienes se confiaba el deber de recaudar sus rentas, de aprovisionar sus barcos, de vestir á sus soldados, de tener su artillería en disposición de salir al campo, tuvieran por hábito llamarle usurpador y brindar por su pronta caída. ¿Podía estar seguro ningún Gobierno cuando era odiado y vendido por sus propios servidores? ¿Y no estaba el Gobierno in-

glés expuesto á peligros que, aun en el caso de ser fieles todos sus servidores, debían excitar muy seria inquietud? Una sucesión disputada, la guerra con Francia, guerra en Escocia, guerra en Irlanda, ¿no era bastante todo esto, sin que además la traición anidara en las aduanas y arsenales? Debía haber un juramento concebido en términos tan precisos que no admitieran explicación alguna, en términos que ningún jacobita pudiera repetir sin tener conciencia de que estaba cometiendo un perjurio. Aunque los fanáticos partidarios del derecho hereditario no se oponían, en general, á jurar obediencia á Guillermo, probablemente no se prestarían á abjurar su obediencia á Jacobo. Fundándose en tales razones, presentaron en la Cámara de los Comunes un bill de abjuración en extremo riguroso. Proponíase que toda persona que desempeñara cualquier empleo civil, militar ó eclesiástico, abjurase solemnemente, so pena de pérdida de su empleo, al desterrado Rey; que el juramento de abjuración pudiera ser exigido por cualquier juez de paz á los súbditos de SS. MM. y que el que se negase á prestarlo fuera reducido á prisión, durando su encierro todo el tiempo que se obstinase en la negativa.

La severidad de esta última disposición fué generalmente censurada, y con mucha justicia. Convertir á cualquier magistrado ignorante y entrometido en un inquisidor de Estado; insistir en que el hombre honrado, que vivía pacíficamente, que obedecía las leyes, que pagaba sus contribuciones, que no había tenido nunca ni esperaba tener jamás ningún empleo, y que nunca se había calentado la cabeza con problemas de filosofía política, declarase, bajo la sanción de un juramento, opinión decidida en un punto acerca del cual los más sabios doctores de la época habían escrito bibliotecas enteras de libros de contro-

versia, y enviarlo á que se pudriera en una cárcel si no se decidía á jurar, hubiera sido seguramente el colmo de la tiranía. La cláusula que exigía de los funcionarios públicos la abjuración del Rey depuesto no se prestaba á los mismas objeciones. Sin embargo, aun contra esta cláusula se presentaban algunos argumentos importantes. Decíase que todo hombre de corazón honrado y entendimiento sano, estaba ya bastante ligado por el juramento existente. Todo hombre de estas condiciones, al jurar fidelidad y leal obediencia al rey Guillermo, abjura implícita y necesariamente al rey Jacobo. Podrá haber, sin duda, entre los servidores del Estado, y aun entre los ministros de la Iglesia, algunas personas que no tengan sentimiento del honor ni de la religión y que estén prontas por el lucro á llegar al perjurio. Podrá haber otras que hayan contraído el hábito pernicioso de interpretar á su manera los deberes morales más sagrados, y que estén convencidas de que pueden hacer sin pecar, con una reserva mental, cualquier promesa que sería pecado hacer sin tal reserva. Contra estas dos clases de jacobitas, es indudable que la prueba presente no ofrece seguridad. Pero ¿acaso el nuevo juramento, acaso cualquier otro será más eficaz? ¿Por ventura la persona que no tiene conciencia, ó aquella que se tranquiliza por medio de inmorales sofismas, vacilarán en repetir cualquier frase que se les dicte? El primero besará el libro sin ningún escrúpulo en absoluto. Los escrúpulos del segundo desaparecerían fácilmente. Ahora jura obediencia á un rey con una reserva mental. Después abjura el otro, también con reserva mental. No os lisonjeéis de que el ingenio de los legisladores pueda nunca inventar un juramento que el ingenio de los casuistas no sepa evadir. ¿Cuál es, en realidad, el valor de cualquier juramento en esa

materia? Entre las muchas lecciones que nos han dejado las turbulencias de la generación pasada, no hay ninguna tan clara como ésta: que no hay ninguna fórmula, por precisa que sea, ninguna imprecación, por terrible que parezca, que hayan salvado jamás ni puedan salvar de la destrucción á un Gobierno. ¿No fué quemada por mano del verdugo la *Solemne Liga y Alianza*, en medio de las aclamaciones de millares de personas que la habían suscrito? Entre los estadistas y guerreros que tuvieron parte principal en la restauración de Carlos II, ¿cuántos eran los que no le habían abjurado repetidas veces? Y, en fin, ¿no es bien sabido que algunas de aquellas personas afirmaban con jactancia que si no le hubieran abjurado no hubieran podido hacer la restauración?

La discusión fué muy acalorada, y por breve tiempo el resultado pareció dudoso, porque algunos de los toríes que formaban parte de la administración no querían dar un voto que parecía indicar que se mostraban indiferentes en la causa del Rey á quien servían. Guillermo, sin embargo, tuvo cuidado de indicar que no tenía deseo de imponer un nuevo juramento á sus súbditos. Algunas palabras suyas decidieron el resultado de la lucha. El bill fué rechazado treinta y seis horas después de su presentación, por ciento noventa y seis votos contra ciento sesenta y cinco (1).

Aun después de esta derrota, volvieron los whigs

---

(1) *Commons' Journals*, abril 24, 25 y 26; Grey, *Debates*; Narciso Luttrell, *Diario*. Luttrell se muestra extraordinariamente irritado. Califica al *bill* de «perfecta asechanza de los fanáticos para derribar á los obispos y á la mayoría del pueblo anglicano.» En un pasquín whig, titulado «Discurso que debía haberse pronunciado en la discusión del bill trienal en 28 de enero de 1692-93» se dice que el Rey «ha sido desconcertado por el bill de Abjuración.»

obstinadamente al ataque. Viéndose vencidos en una Cámara, renovaron la batalla en la otra. Cinco días después de haber sido rechazado el bill de abjuración en los Comunes, fué puesto sobre la mesa de los Lores otro bill de abjuración algo más templado, pero todavía muy severo (1). Lo que ahora proponían era que ninguna persona pudiera formar parte de las Cámaras del Parlamento ni desempeñar empleo alguno civil, militar ni judicial, sin declarar que defendería á Guillermo y María contra Jacobo y sus parciales. Todo varón que hubiera llegado á la edad de diez y seis años tendría que hacer la misma declaración dentro del plazo que se fijase. Si dejaba de hacerlo así, tenía que pagar contribución doble, y quedaba incapacitado para el ejercicio de la franquicia electoral.

El día fijado para la segunda lectura, asistió el Rey á la Cámara de los Lores. Dió su asentimiento solemne á varias leyes, y despojándose del manto real, tomó asiento en una silla dispuesta de antemano para él, y escuchó con gran interés el debate. Con general sorpresa, dos nobles que se habían distinguido por su gran celo en favor de la revolución, hablaron en contra de la prueba propuesta. Lord Wharton, puritano que había peleado por el Parlamento Largo, dijo con ingeniosa sencillez, que era muy viejo, que había vivido en tiempos muy turbulentos, que había prestado gran número de juramentos y que no estaba seguro de haberlos cumplido todos. Suplicaba que

(1) *Lords' Journals*, mayo 1.°, 1690. Hállase este bill en el archivo de la Cámara de los Lores. Burnet lo confunde con el que había sido rechazado por los Comunes la semana anterior. Ralph advirtió que Burnet había cometido un error, aunque no pudo precisar cuál fuera éste, y al tratar de corregirlo, ha añadido otros varios de su cosecha; y el editor de Oxford de Burnet se ha dejado extraviar por Ralph.

no le echaran á él la culpa, y declaró que no podía consentir que se tendieran más asechanzas á su alma y á las de sus prójimos. El Conde de Macclesfield, capitán de los voluntarios ingleses que habían acompañado á Guillermo desde Helvoetsluys hasta Torbay, declaró que se hallaba en situación muy parecida á la de lord Wharton. Marlborough apoyó el bill. Le admiraba, dijo, que lo hubiera combatido Macclesfield, habiendo tomado parte tan preeminente en la revolución. Macclesfield, irritado por esta acusación de inconsecuencia, replicó con terrible severidad: «El noble Conde exagera la parte que he tenido en la liberación de nuestro país. Cierto que yo estaba pronto, como lo estaré siempre, á arriesgar mi vida en defensa de sus leyes y libertades. Pero hay extremos á los cuales ni aun por sus leyes y libertades llegaré nunca. Yo solamente me rebelé contra un mal rey; otros hubo que hicieron mucho más.» Aun cuando Marlborough no se desconcertaba fácilmente, no pudo menos de sentir lo punzante de la alusión; Guillermo parecía disgustado, y toda la Cámara tenía aspecto de inquietud y tristeza. Resolvióse por cincuenta y un votos contra cuarenta que el bill pasara á una comisión, pero no se volvió á hablar de él. Después de muy empeñadas luchas entre los whigs acaudillados por Shrewsbury, y los tories capitaneados por Caermarthen, quedó tan mutilado que apenas conservó más que el nombre, no creyendo los que lo habían presentado que mereciera la pena de nuevas luchas (1).

(1) *Lords' Journals*, mayo 2 y 3, 1690; Van Citters, mayo 2; *Diario de Narciso Luttrell;* Burnet, II, 44, y la nota de Lord Dartmouth. Los cambios hechos por la comisión pueden verse en el bill, en el archivo de la Cámara de los Lores.

XXXVI.

Acta de Gracia.

Una comunicación del Rey vino á completar la derrota de los whigs. Caermarthen se presentó en la Cámara de los Lores llevando en la mano un pergamino firmado por Guillermo. Era un Acta de Gracia por delitos políticos.

Entre un Acta de Gracia emanada del Soberano y un Acta de Indemnidad emanada de los Estados del reino, hay algunas notables diferencias. Un Acta de Indemnidad pasa por los mismos trámites que cualquier otra ley, y puede, durante su progreso, ser enmendada por las Cámaras. Un Acta de Gracia es recibida con especiales muestras de respeto, se lee sólo una vez en los Lores y otra vez en los Comunes, y debe ser rechazada en su totalidad ó aceptada tal como viene (1). Guillermo no se había atrevido á someter una ley semejante al Parlamento anterior. Pero en el nuevo Parlamento estaba seguro de tener mayoría. La minoría no dió que hacer. El obstinado espíritu que durante dos legislaturas había impedido la aprobación del bill de Indemnidad había sido al fin quebrantado por las derrotas y humillaciones. Ambas Cámaras escucharon de pie y con la cabeza descubierta la lectura del Acta de Gracia, á la cual dieron su sanción sin que una sola voz se dejara oir en contra.

No hubiera habido esta unanimidad si algunos

---

(1) Estas distinciones fueron muy discutidas en el tiempo. Van Citters, mayo 20 (30), 1690.

grandes criminales no hubieran quedado excluídos de los beneficios de la amnistía. Figuraban, en primer término, entre éstos, los que aun vivían del alto tribunal de justicia que había sentenciado á Carlos I. Juntamente con estos ancianos iban los dos ejecutores anónimos que con el rostro enmascarado habían hecho su oficio en el cadalso levantado frente al salón de Banquetes. Nadie sabía quiénes eran ni cuál era su rango. Probablemente habían muerto hacía ya mucho tiempo. Creyóse necesario, sin embargo, declarar que si aun ahora, después del trascurso de cuarenta y un años, llegaban á ser descubiertos, se les sujetára al castigo que merecía su gran crimen. Tal vez no se hubiera creído necesario mencionar á estos hombres si los odios de la generación precedente no se hubieran reanimado con la reciente aparición de Ludlow en Inglarerra. Como unos treinta agentes de la tiranía de Jacobo quedaban á merced de la ley. Con estas excepciones, todos los delitos políticos cometidos hasta la víspera del día en que el Rey había firmado el Acta fueron cubiertos con un olvido general (1). Hasta los criminales cuyos nombres figuraban entre los excluídos, tenían poco que temer. Muchos de ellos se hallaban en países extraños, y los que estaban en Inglaterra, tenían completa seguridad de que, á menos que cometieran alguna nueva falta, no serían molestados.

A Guillermo tan sólo es deudora la nación del Acta de Gracia; y éste es uno de sus títulos más nobles y más puros ante la posteridad. Desde el principio de los disturbios civiles del siglo XVII hasta la revolución, todas las victorias conseguidas por los partidos habían ido seguidas de proscripciones sanguinarias. Cuando

(1) Stat. 2 W. and M. sess. 1, c. 10.

los *Cabezas redondas* triunfaron de los *Caballeros;* cuando los *Caballeros* triunfaron de los *Cabezas redondas;* cuando la fábula de la conjura papista puso el poder en manos de los whigs; cuando el descubrimiento de la conjura de Rye House había hecho pasar el poder á los toríes, sangre y más sangre, y todavía más sangre había corrido. Todas las grandes explosiones y todas las grandes reacciones de la opinión pública habían ido acompañadas de castigos que, en el tiempo, había aplaudido el partido predominante con entusiasmo, pero que, examinándolas con más calma, han sido condenadas por la historia y por la posteridad. Ninguna persona discreta y de sentimientos humanitarios, sean cualesquiera sus opiniones políticas, menciona ahora sin reprobarlas, así la muerte de Laud ó de Vane, como la de Stafford ó la de Russell. De las sucesivas matanzas, la última y más terrible es la que va inseparablemente asociada á los nombres de Jacobo y de Jeffreys. Pero seguramente no hubiera sido la última, ni tal vez hubiera sido la más terrible, si Guillermo no hubiera tenido la virtud y la firmeza de resistir con resolución las importunidades de sus más celosos partidarios. Estos pretendían tomar terrible venganza de todo lo que habían sufrido durante siete años de desastres. El cadalso de Sidney, el patíbulo de Cornish, la hoguera en que Isabel Gaunt había perecido por el crimen de haber dado albergue á un fugitivo, los pórticos de las iglesias de Somersetshire coronados por los cráneos y los destrozados miembros de los paisanos asesinados, las bodegas de aquellos barcos que iban á Jamaica y de los cuales se arrojaba diariamente á los tiburones el cadáver de algún prisionero muerto de sed y del aire fétido que allí se respiraba; todas estas cosas estaban presentes en la memoria del partido á quien por algún tiempo

diera la revolución poder predominante en el Estado. Algunos jefes de aquel partido habían salvado la cabeza pagando fuertes rescates. Otros habían sufrido largo encierro en Newgate. Otros habían tenido que pasar hambre y frío, uno y otro invierno, en las buhardillas de Amsterdam. Natural era que el día de su poder y prosperidad desearan hacer sufrir á los otros parte de lo que ellos habían sufrido. Durante un año entero persiguieron su plan de venganza. Consiguieron derrotar, uno tras otro, cuantos bills de indemnidad fueron presentados á las Cámaras. Nada se interponía entre ellos y sus víctimas, sino la inmutable resolución de Guillermo de que la gloria de la gran liberación hecha por él no fuera manchada por la crueldad. Su clemencia le era propia y peculiar. No era la clemencia del hombre ostentoso, ni la del hombre sentimental, ni tampoco la del hombre de buena condición. Era fría é irreconciliable, inflexible. No producía bellos efectos escénicos. Le valía los salvajes insultos de aquellos cuyas malas pasiones se negaba á satisfacer. No le ganaba la gratitud de los que le debían la fortuna, la libertad y la vida. Mientras los whigs exaltados combatían su lenidad, los agentes del Gobierno caído, tan pronto como se encontraban en salvo, en vez de mostrarse reconocidos, le reprochaban en lenguaje insultante la clemencia con que los había tratado. Su Acta de Gracia, decían, había venido á refutar completamente su Declaración. ¿Era posible creer que si hubiera algo de verdad en los cargos que había presentado contra el Gobierno anterior hubiera concedido impunidad á los crímenes? Ahora reconocía él mismo, bajo su firma, que las historias con que él y sus amigos habían alucinado á la nación y arrojado del país á la real familia, eran meras calumnias, ideadas para llegar más fácilmente al logro

de sus planes. Habían prestado, en efecto, el servicio apetecido, y entonces aquellas acusaciones con que había inflamado la opinión pública hasta el frenesí, eran fríamente retiradas (1). Pero ninguna de estas cosas pudo conmoverle. El creía haber hecho bien. Había arriesgado su popularidad con los que fueran sus admiradores más fervientes, para que vivieran tranquilos y seguros hombres que nunca pronunciaban su nombre sin acompañarlo de una maldición. Ni tampoco era menor el beneficio que había hecho al partido que viniera á proteger. Si había salvado á una facción de la proscripción, había salvado á la otra de la reacción que inevitablemente hubiera producido. Si el pueblo no sabía apreciar justamente su política, tanto peor para ellos. El había cumplido su deber; no le inspiraban temor las censuras, ni tampoco necesitaba que le dieran las gracias.

XXXVII.

Clausura del Parlamento.

El 20 de mayo fué aprobada el Acta de Gracia. El Rey anunció en seguida á las Cámaras que no podía dilatar mucho su visita á Irlanda; que, por lo tanto, había determinado suspender las sesiones, y que á no ser que alguna circunstancia inesperada hiciera necesario el consejo y asistencia del Parlamento, no volvería á convocarlo hasta el invierno siguiente. «Para entonces—dijo—espero, Dios mediante, que nos reuniremos bajo felices auspicios.»

---

(1) Roger North era uno de los muchos descontentos que nunca se cansaban de tocar esta cuerda.

El Parlamento había aprobado una ley para que siempre que el Rey saliera de Inglaterra pudiera María encargarse de la administración en nombre de su marido y en el propio. Añadía la ley que, á pesar de esto, el Rey conservaría durante su ausencia toda su autoridad. Hiciéronse algunas objeciones á este arreglo. Decíase que de este modo había dos poderes supremos en el Estado. Un funcionario público podía recibir órdenes diametralmente opuestas del Rey y de la Reina, y no sabría á quién obedecer. La objeción, desde el punto de vista teórico, era, indudablemente, justa; pero había tan completa confianza y afecto entre los regios esposos, que no había que temer ninguna dificultad en la práctica (1).

XXXVIII.

Preparativos para la primera guerra.

Respecto á Irlanda, las esperanzas de Guillermo eran mucho más lisonjeras que lo habían sido algunos meses antes. La actividad con que había dirigido personalmente los preparativos para la próxima campaña había producido un efecto extraordinario. Los nervios del gobierno habían sido renovados En todos los departamentos de la administración militar se advertía la influencia de una voluntad poderosa. Provisiones en abundancia, ropas y medicinas de calidad muy diferente de las que solía dar Shales, eran enviadas al otro lado del Canal de San Jorge. Se habían

(1) Stat. 2 W. and M. sess. 1, c. 6; Grey, *Debates*, abril, 20, mayo 1.°, 5, 6 y 7, 1690.

construído ó reunido con gran rapidez mil carros de bagajes que durante algunas semanas cubrieron el camino que va de Londres á Chester. Fueron enviados gran número de reclutas para cubrir los claros que había hecho la peste en las filas inglesas. Habían desembarcado en la bahía de Belfast regimientos de refresco procedentes de Escocia, Chershire, Lancashire y Cumberland. Los uniformes y armas de los recién venidos indicaban claramente la poderosa influencia del ojo del amo. Con los batallones británicos estaban mezcladas algunas bandas intrépidas de mercenarios, alemanes y escandinavos. Antes de fin de mayo, el ejército inglés de Ulster ascendía á treinta mil hombres. Algunas tropas más, y una inmensa cantidad de provisiones militares, estaban á bordo de una escuadra fondeada en la embocadura del Dee, la cual estaba pronta á levar anclas tan pronto como embarcase el Rey (1).

XXXIX.

Administración de Jacobo en Dublín.

Jacobo debía haber aprovechado igualmente el tiempo mientras su ejército había estado en cuarteles de invierno. Una disciplina severa y la enseñanza regular hubieran convertido, en el espacio de tiempo comprendido entre noviembre y mayo, los atléticos y entusiastas aldeanos reunidos bajo su estandarte en buenos soldados. Pero se dejó escapar la oportunidad. La corte de Dublín, durante aquel período de inac-

(1) Story, *Impartial History*; *Diario de Narciso Luttrell*.

ción, pasó el tiempo entre los dados y el vino, galanteos y desafíos. El aspecto de la capital no era, en verdad, muy brillante. El número total de coches que se podían contar allí, incluyendo los del Rey y los de la Legación francesa, no llegaba á cuarenta (1). Pero, si había poco esplendor, había en cambio mucha disolución. Graves católicos decían, agitando la cabeza, que el Castillo no parecía el palacio de un rey que se gloriaba de ser el campeón de la Iglesia (2). La administración militar seguía en la misma situación deplorable. Cierto que la caballería, merced á los esfuerzos de algunos bizarros oficiales, se mantenía en muy buen estado. Pero entre un regimiento de infantería y una numerosa banda de *rapparees,* no había más diferencia que el nombre. A decir verdad, una gavilla de *rapparees* no molestaba tanto á los ciudadanos pacíficos y molestaba más al enemigo que un regimiento de infantería. Avaux representó enérgicamente, en un memorial que entregó á Jacobo, los abusos, que hacían de la infantería irlandesa una plaga y un escándalo para Irlanda. Compañías enteras, decía el Embajador, abandonaban sus banderas en la línea de marcha y se esparcían á derecha é izquierda, pillándolo y destruyéndolo todo: el soldado no cuida de sus armas; el oficial no se cuida nunca de si las armas se encuentran en buen estado: consecuencia de esto es que de

(1) Avaux, enero 15 (25), 1690.

(2) *Macariae Excidium.* Esta obra curiosísima ha sido editada recientemente con gran cuidado y diligencia por Mr. O'Callaghan. Debo tanto a su saber y laboriosidad, que no vacilo en excusar la parcialidad nacional que algunas veces, en mi opinión, extravía su juicio. Siempre que cito el *Macariae Excidium* me refiero al texto latino. Tengo el convencimiento de que la versión inglesa es traducción de la latina, y traducción muy descuidada é imperfecta.

cada tres soldados uno ha perdido su mosquete y otro tiene un mosquete que no funciona. Avaux conjuraba al Rey á que prohibiera el merodeo, á que diera orden para que las tropas fueran ejercitadas con regularidad y á que se castigara á todo oficial que permitiera á sus soldados la negligencia en sus armas y equipo. Si se hacían estas cosas, podía esperar S. M. hallarse para la primavera inmediata al frente de un ejército con que el enemigo no podría luchar. Bueno era el consejo; pero estaba Jaçobo tan poco dispuesto á adoptarlo, que casi no pudo oirlo con paciencia. Apenas le habían leído ocho líneas, el enojo se apoderó de él y acusó al Embajador de exageración. «Señor, este papel—dijo Avaux—no se ha escrito para ser publicado. No tiene otro objeto que informar á V. M., y en un papel que no tiene otro objeto que informar á V. M., la adulación y la lisonja estarían fuera de lugar; pero no insistiré en leer lo que es tan desagradable.»—«Seguid—dijo Jacobo muy irritado;—quiero oirlo todo.» Poco á poco se fué calmando, tomó el memorial, y prometió adoptar algunas de las indicaciones que contenía. Mas pronto dió al olvido su promesa (1).

Su administración financiera corría parejas con su administración militar. Su único recurso fiscal era el robo, directo ó indirecto. Cuantos protestantes habían permanecido en las tres provincias meridionales de Irlanda, fueron robados directamente por el sencillo procedimiento de apoderarse del dinero de su caja, vaciar sus bodegas, quemar la turba de sus leñeras y despojar su guardarropa. Fueron robados indirectamente con una nueva emisión de monedas de cobre de menor tamaño y material más bajo de cuantas

(1) Avaux, nov. 14 (24), 1689.

hasta entonces habían llevado la imagen y el nombre de Jacobo. Hasta el bronce había empezado á escasear en Dublín; y fué necesario solicitar la asistencia de Luis XIV, el cual concedió caritativamente á su aliado un antiguo cañón hendido para que de él hicieran coronas y chelines (1).

XL.

Envío de un cuerpo auxiliar de tropas francesas á Irlanda.

Pero el Rey de Francia había determinado enviar socorros de índole muy diferente. Propuso tomar á su servicio, y educar en la mejor disciplina entonces conocida en el mundo, cuatro regimientos irlandeses. Debían ser mandados por Macarthy, que había sido gravemente herido y cogido prisionero en Newton Butler. Había curado de sus heridas, y recobró la libertad faltando á su palabra. Esta deshonrosa falta de fe la había hecho él más deshonrosa todavía con viles ardides y sofísticas excusas que hubieran estado mejor en un jesuita que en un caballero y un militar. Luis XIV quiso que los regimientos irlandeses le fueran enviados con sus andrajosas ropas y sin armas, insistiendo únicamente en que los soldados fueran robustos y los oficiales no fueran comerciantes que-

(1) Louvois escribe á Avaux, dic. 26 (enero 5), 1689-90: «Comme le Rey a veu par vos lettres que le Roy d'Angleterre craignoit de manquer de cuivre pour faire de la monnoye, Sa Majesté a donné ordre que l'on mist sur le bastiment qui portera cette lettre una piéce de canon du calibre de deu qui est éventée, de laquelle ceux qui travaillent á la monnoye du Roy d'Angleterre pourront se servir pour continuer á faire de la monnoye.»

brados y lacayos sin empleo, sino, á ser posible, individuos de buenas familias que tuvieran práctica del servicio. En cambio de estas tropas, cuyo número no llegaba á cuatro mil hombres, enviaría á Irlanda de siete á ocho mil soldados de excelente infantería francesa que en un día de batalla serían, probablemente, de más utilidad, que todos los rústicos de Leinster, Munster y Connaught juntos (1).

Cometió un gran error. El ejército que iba á mandar en ayuda de Jacobo, aunque pequeño en comparación del ejército de Flandes ó del ejército del Rhin, estaba destinado á un servicio del cual podía depender la suerte de Europa, y debía, por tanto, haber sido mandado por un general de cualidades eminentes. No escaseaban en el ejército francés generales de estas condiciones; pero Jacobo y la Reina su esposa pidieron con grandes instancias que se confiara el mando á Lauzun, y consiguieron su propósito, contra las vehementes representaciones de Avaux, contra el consejo de Louvois y contra la opinión del mismo Luis XIV.

Cuando Lauzun fué al gabinete de Louvois á recibir instrucciones, el prudente Ministro se expresó en un

(1) Louvois á Avaux, nov. 1.º (11), 1689. Según las listas del Depósito de la Guerra de Francia, la fuerza enviada por Luis XIV á Irlanda ascendía á siete mil doscientos noventa y un hombres de todas graduaciones. En el Depósito de la Guerra de Francia se conserva una carta del mariscal d'Estrées que vió los cuatro regimientos de irlandeses conforme desembarcaron en Brest. Dice que estaban «mal chaussés, mal vetus, et n'ayant point d'uniforme dans leurs habits, si ce n'est qu'ils son tous fort mauvais.» En la *Historia de las brigadas irlandesas* de Mr. O'Callaghan se hallará una relación muy exacta de cómo Macarthy faltó á su palabra. Siento que un escritor á quien tanto debo trate de vindicar una conducta que, tal como él la describe, es deshonrosa en el más alto grado.

lenguaje que demostraba la poca confianza que tenía en el vano y estrafalario caballero andante. «Por Dios, no os dejéis llevar de vuestros deseos de combatir. Poned toda vuestra gloria en fatigar á los ingleses; y, sobre todo, cuidad de mantener la más severa disciplina» (1).

No sólo fué malo en sí mismo el nombramiento de Lauzun, sino que, á fin de que este hombre pudiera ocupar un puesto para el cual no servía, fué necesario separar á otras dos personas de puestos para los cuales tenían eminente aptitud. Rosen y Avaux, no obstante su inmoralidad y su dureza de corazón, eran, el uno un buen capitán, y el otro un hábil político. Aun cuando no sea probable que hubieran podido evitar la suerte que cupo á Irlanda, sí lo es que hubieran podido prolongar la lucha; y es evidente que lo que á Francia convenía era que la lucha se prolongase. Pero hubiera sido una afrenta para el veterano General ponerle á las órdenes de Lauzun; y entre el Embajador y Lauzun había tal enemistad que no era posible esperar que obraran sinceramente de acuerdo. Rosen y Avaux fueron, pues, con grandes testimonios de la aprobación y favor de su Rey, llamados á Francia. Salieron de Cork á principios de la primavera, en la escuadra en que había venido Lauzun (2). El cual, no bien desembarcó, pudo ver que, si bien era esperado desde hacía tiempo, nada había dispuesto para su llegada. No encontró alojamiento para sus soldados, ni lugar seguro para las municiones, ni caballos, ni coches (3). Sus tropas hubieron de sufrir

(1) Lauzun á Louvois, mayo 28 (junio 7), y junio 16 (26), 1690, en el Depósito de la Guerra de Francia.

(2) Véanse las últimas cartas de Avaux.

(3) Avaux á Louvois, marzo 14 (24), 1690; Lauzun á Louvois, marzo 23 (abril 5).

las fatigas de una larga marcha á través de un desierto antes de llegar á Dublín. Cierto que en Dublín encontraron instalación tolerable. Fueron alojados en casas de protestantes, y vivían con toda libertad, tenían pan en abundancia y tres peniques al día. Lauzun fué nombrado general en jefe del ejército irlandés y fijó su residencia en el Castillo (1). Tenía el mismo sueldo que el Lord Lugarteniente, ocho mil jacobuses, ó sea diez mil libras esterlinas al año. Jacobo prometió pagar esta suma, no en el bronce que llevaba su efigie, sino en oro francés. Pero Lauzun, entre cuyas faltas no figuraba la avaricia, rehusó llenar sus cofres á expensas de un tesoro casi exhausto (2).

El efecto que produjeron en él y en los franceses que le acompañaban la miseria del pueblo irlandés y la imbecilidad del Gobierno de Irlanda, fué tal que apenas acertaban á describirlo. Lauzun escribió á Louvois que la corte y todo el reino se hallaban en un estado imposible de imaginar para el que hubiera vivido siempre en países bien gobernados. Era un caos, decía, semejante á aquel cuya descripción había leído en el Génesis. La única ocupación de todos los empleados públicos era reñir unos con otros y despojar al Gobierno y al pueblo. Después de haber pasado un mes próximamente en el Castillo, declaró que por el mundo entero no pasaría otro mes como aquél. Sus mejores oficiales confirmaban su testimonio (3). Uno de ellos llevó su injusticia hasta describir al pueblo de Irlanda, no sólo como ignorante y holgazán, que

(1) Story, *Impartial History;* Lauzun á Louvois, mayo 20 (30), 1690.

(2) Lauzun á Louvois, mayo 28 (junio 7).

(3) Lauzun á Louvois, abril 2 (12), mayo 10 (20), 1690. La Hoguette, que era mariscal de campo, escribió á Louvois por este tiempo diciendo lo mismo.

tal era, en efecto, sino como completamente estúpido é insensible, lo cual no era verdad. La política inglesa, decía, los había reducido á tal grado de embrutecimiento, que apenas merecían el nombre de seres humanos. Eran insensibles á elogios y censuras, á promesas y amenazas. Y era realmente una lástima: porque físicamente considerados, eran la raza más hermosa del mundo (1).

XLI.

Plan de los jacobitas ingleses; Clarendon, Aylesbury, Dartmouth.

Por este tiempo Schomberg había inaugurado la campaña bajo buenos auspicios. Sin gran dificultad había tomado á Charlemont, última fortaleza importante que ocupaban los irlandeses en Ulster. Pero la gran obra de reconquistar las tres provincias meridionales de la isla fué aplazada por él hasta que llegase el Rey. Guillermo, en tanto, se ocupaba en disponer lo necesario para el gobierno y defensa de Inglaterra durante su ausencia. Bien sabía que los jacobitas estaban sobre aviso. Hasta hacía muy poco tiempo no habían constituido una facción unida y

(1) «La politique des Anglois a été de tenir ces peuples cy comme des esclaves, et si bas qu il ne leur estoit pas permis d'apprendre a lire et a écrire. Cela les a rendu si bestes qu'ils n'ont presque point d'humanité. Rien ne les esmeut. Ils sont peu sensibles a l'honneur; et les menaces ne les estonnent point. L'interest meme ne les peut engager au travail. Ce sont pourtant les gens du monde les mieux faits.»—Desgrigny á Louvois, mayo 27 (junio 6, 1690.

organizada. Había habido, según la frase de Melfort, numerosas gavillas que estaban todas en comunicación con el Castillo de Dublín, donde se hallaba Jacobo, ó con Saint-Germain, donde residía María de Módena, pero que no tenían relación entre sí ni se fiaban unas de otras (1). Pero desde que se había sabido que el usurpador iba á cruzar el mar, y que su cetro quedaría en manos de una mujer, todas estas bandas se habían ido acercando y habían empezado á formar una extensa confederación. Clarendon, que se había negado á jurar, y Aylesbury, que había faltado deshonrosamente á su juramento, figuraban entre los principales traidores. Dartmouth, aun cuando había jurado obediencia á los Soberanos reinantes, era uno de sus más activos enemigos, y tomó á su cargo lo que hubiera podido llamarse el departamento de marina del complot. Ocupaban constantemente su espíritu proyectos indignos de un marino inglés, pues se encaminaban á destruir las escuadras y arsenales de Inglaterra. Estaba en íntima comunicación con algunos oficiales de la armada que, aunque servían al nuevo Gobierno, lo servían de mala gana y sólo con mitad de la voluntad; y se lisonjeaba de que prometiéndoles grandes recompensas é inflamando arteramente la envidiosa animosidad con que miraban la bandera holandesa, podría conseguir de ellos que desertaran y llevaran sus barcos á cualquier puerto de Francia ó de Irlanda (2).

(1) Véanse las Cartas de Melfort á Jacobo de octubre de 1689. Se encuentran entre los *Nairne Papers* y fueron impresas por Macpherson.

(2) *Vida de Jacobo*, II, 443, 450; y las Causas de Ashton y Preston.

XLII.

Penn.

No era menos escandalosa la conducta de Penn. Era jacobita celoso y activo, y su nuevo sistema de vida era todavía más desfavorable que el anterior para ajustarse á los preceptos de la pura mcral. Era casi imposible ser á un tiempo buen cuákero y cortesano; pero era imposible de todo punto ser al mismo tiempo buen cuákero y conspirador. Cuesta trabajo referir que al mismo tiempo que Penn declaraba que se debía mirar como un pecado hasta la guerra defensiva, hacía cuanto estaba en su mano por introducir un ejército extranjero en el corazón de su país. Escribió para informar á Jacobo que nada temían tanto los partidarios del Príncipe de Orange como que se acudiera á las armas, y que si desde Francia ó desde Irlanda se hiciera una invasión en Inglaterra, se vería que el número de realistas era mayor que nunca. Avaux consideró esta carta tan importante, que se la envió traducida á Luis XIV (1). Esta y otras comu-

(1) Escribía Avaux á Luis XIV en 5 de junio de 1689: «Il nous est venu de nouvelles assez considérables d'Angleterre et d'Escosse. Je me donne l'honneur d en envoyer des mémoires á vostre Majesté, tels que je les ay receus du Roy de la Grande Bretagne. Le conmencement des nouvelles dattées d'Angleterre est la copie d'une lettre de M. Pen, que j'ay veue en original.» La *Mémoire des Nouvelles d'Angleterre et d'Escosse*, que fué enviada con este despacho, comienza con las siguientes frases que deben haber formado parte de la carta de Penn: «Le Prince d'Orange commence d'estre fort dégoutté de l'humeur des Anglois; et la face des choses change bien viste, selon la nature des insulaires;

nicaciones semejantes habían producido un buen resultado en el ánimo del rey Jacobo. Al fin S. M. se había convencido de que sólo con las armas en la mano recobraría sus Estados. Es un hecho curioso que estuviera reservado al gran predicador de la paz el llevar esta convicción al ánimo del viejo tirano (1). Las intrigas de Penn no habían pasado inadvertidas á la vigilancia del Gobierno. Habíase dado orden de prenderle, y fuera detenido, pero el testimonio presentado contra él no bastó para procesarle por alta traición: tenía, como á pesar de todas sus faltas merecía tener, muchos amigos en todos los partidos; así, pues, recobró pronto la libertad y siguió conspirando (2).

XLIII.

El Vizconde de Preston.

Pero el principal conspirador era Ricardo Graham, vizconde de Preston, el cual en el reinado anterior

---

et sa santé est fort mauvaise. Il y a un nuage qui commence á se former au nord des deux royaumes, oú le Roy a beaucoup d'amis, ce qui donne beaucoup d'inquietude aux principaux amis du Prince d'Orange, qui, estant riches, commencent á estre persuadez que ce sera l'espée qui decidera de leur sort, ce qu'ils ont tant taché d'éviter. Ils apprehendent une invasion d'Irlande et de France; et en ce cas le Roy aura plus d'amis que jamais.»

(1) «Le bon effet, Sire, que ces lettres d'Escosse et d'Angleterre ont produit, est qu'elles ont enfin persuadé le Roy d'Angleterre qu'il ne recouvrera ses estats que les armes á la main; et ce n'est pas peu de l'en avoir convaincu.»

(2) Van Citters á los Estados Generales, marzo 1.º (11), 1689. Van Citters llama á Penn «den bekenden Archquaker.»

había sido secretario de Estado. Aunque era par de Escocia, en Inglaterra sólo era baronet. Cierto que había recibido de Saint-Germain un título de noble inglés; pero el título era de fecha posterior á aquella fuga que la Convención había declarado abdicación. Los Lores, por lo tanto, no sólo se habían negado á que participara de sus privilegios, sino que le habían hecho prender por tomar el título de los de su orden. Humillándose, sin embargo, y retirando su pretensión, obtuvo la libertad (1). Aunque el lenguaje sumiso en que se había expresado en esta ocasión no indicaba un espíritu preparado para el martirio, fué mirado por su partido y por el mundo, en general, como hombre honrado y de valor. Conservaba todavía los sellos de su cargo, y los partidarios del derecho hereditario le miraban como el verdadero secretario de Estado. Tenía gran favor con Luis XIV, en cuya Corte había residido anteriormente, y desde la Revolución, le había confiado el Gobierno francés considerables sumas de dinero para asuntos políticos (2).

Mientras Preston conferenciaba en la capital con los otros jefes del partido, los jacobitas del campo se ocupaban en reunir armas, revistar sus fuerzas y formar compañías, escuadrones y regimientos. Había síntomas alarmantes en Worcestershire. En Lancashire se habían recibido despachos firmados por Jacobo, se titulaban coroneles y capitanes, y hacían largas listas de oficiales y soldados que no habían recibido nombramiento. Cartas de Yorkshire anunciaron

(1) Véase su proceso en la *Colección de Causas de Estado*, y los *Lords' Journals* de 11, 12 y 27 de nov. 1689.

(2) En una carta de Croissy á Avaux, feb. 16 (26), 1689, se hace mención de una remesa de dos mil pistolas. Jacobo, en una carta fechada el 26 de enero, 1689, ordena á Preston que se considere todavía como secretario, á pesar del nombramiento de Melfort.

que en los pantanos inmediatos á Knaresborough se habían visto numerosos grupos que no parecían haberse reunido para nada bueno. Cartas de Newcastle traían la descripción de un gran partido de pelota que se había jugado en Northumberland, y se sospechaba que había sido un pretexto para reunirse los desafectos. Decíase que entre la multitud había ciento cincuenta jinetes bien montados y armados, muchos de los cuales eran papistas (1).

Al mismo tiempo, paquetes de cartas llenas de traición pasaban y repasaban constantemente entre Kent y Picardía, y entre Gales é Irlanda. Algunos de los mensajeros eran fanáticos de buena fe; pero otros sólo eran mercenarios, y traficaban en los secretos de que eran portadores.

XLIV.

Los jacobitas vendidos por Fuller.

De estos individuos doblemente traidores era el más notable Guillermo Fuller. Este nos ha referido que siendo muy joven tropezó con un folleto que contenía una relación de la vida disipada y horrible muerte de Dangerfield. El muchacho sintió que su imaginación se encendía en vivo fuego; devoró el libro; lo aprendió casi de memoria; y pronto se apoderó de él, sin abandonarle un instante, un extraño presentimiento de que su suerte había de asemejarse á la del mísero aventurero cuya historia había leído con tanta avi-

(1) *Diario de Narciso Luttrell; Commons' Journals*, mayo 14, 15, 20, 1690; Kingston, *True History*, 1697.

dez (1). Sería de suponer que la perspectiva de morir en Newgate con las espaldas desolladas y un ojo vaciado de un golpe, no hubiera parecido muy lisonjera. Pero la experiencia demuestra que hay algunas inteligencias enfermas, para las cuales la notoriedad, aun cuando vaya acompañada del sufrimiento y la vergüenza, tiene fascinación irresistible. Animado por esta repugnante ambición, Fuller igualó y tal vez aventajó á su modelo. Había sido educado en el catolicismo, y era paje de Lady Melfort, cuando Lady Melfort brillaba en Whitehall como una de las mujeres más adorables del séquito de María de Módena. Después de la revolución siguió á su amo á Francia; fué empleado repetidas veces en comisiones delicadas y peligrosas, y era considerado en Saint-Germain como devoto servidor de la casa de Estuardo. Lo cierto, sin embargo, es que en uno de sus viajes á Londres se había vendido al nuevo Gobierno y había abjurado la fe en que fuera educado. El honor, si así puede llamarse, de convertirle, de indigno papista en indigno protestante, lo atribuía él con peculiar desvergüenza á la argumentación clarísima é intachable vida de Tillotson.

En la primavera de 1690, María de Módena quiso enviar á sus corresponsales de Londres algunos despachos de gran importancia. Como eran demasiado

(1) *Vida completa de Mr. William Fuller, ó sea relación imparcial de su nacimiento, educación, parientes y de su entrada al servicio del ex-rey Jacobo y de la Reina, juntamente con la verdadera revelación de las intrigas por que ahora está preso; así también como de las personas que le emplearon y asistieron en ellas, con su cordial arrepentimiento por los desacatos que cometió en el anterior reinado, y todos los demás á quienes ha hecho daño, escrita imparcialmente por él mismo durante su encierro en la cárcel del Banco de la Reina*, 1703. Naturalmente que usaré con cautela de esta narración.

voluminosos para ir ocultos en las ropas de un solo mensajero, fué necesario valerse de dos personas de confianza. Fué una de éstas Fuller. La otra era ún joven y entusiàsta jacobita llamado Crone. Antes de partir recibieron minuciosas instrucciones de la misma Reina. Ni un fragmento de papelse les hubiera podido descubrir en un registro ordinario; pero en los botones llevaban cartas escritas con tinta invisible.

Los dos compañeros llegaron á Calais. El gobernador de aquella ciudad les dió un bote que, á favor de la noche, los desembarcó en la baja y cenagosa costa de Kent, cerca del faro de Dungeness. Caminaron hasta llegar á una granja, se procuraron caballos, y por diferentes caminos siguieron hacia Londres. Fuller se apresuró á llegar al palacio de Kensington y entregó los documentos de que iba encargado en manos del Rey. La primera carta que Guillermo desenrolló parecía contener únicamente floridos cumplimientos; pero hizo encender un brasero; un licor muy conocido entre los diplomáticos de aquel siglo fué aplicado al papel; un vapor desagradable llenó el gabinete, y líneas llenas de graves revelaciones comenzaron á aparecer.

XLV.

Arresto de Crone.

La primera cosa que había que hacer era apoderarse de Crone. Desgraciadamente había tenido tiempo de entregar sus cartas antes de ser cogido; pero se le tendió una asechanza en la cual cayó fácilmente. Los jacobitas sinceros eran, en general, detestables cons-

piradores. Había entre ellos, en proporción extraordinaria, necios, fanfarrones y charlatanes; y Crone era uno de éstos. De haber sido discreto, hubiera evitado los lugares más concurridos, hubiera tenido mucha cuenta de sus palabras, se hubiera contentado con una botella de vino en la comida. Fué encontrado por los mensajeros del Gobierno sentado á la mesa de una taberna en Gracechurch Street bebiendo copas á la salud del rey Jacobo y disparatando acerca de la restauración venidera, de la escuadra francesa y de los millares de honrados ingleses que estaban aguardando la señal para levantarse en armas por su legítimo soberano. Fué llevado al despacho del Secretario en Whitehall. Al principio parecía tranquilo y lleno de confianza; pero cuando apareció Fuller entre los circunstantes, en libertad, vistiendo un traje elegante y ciñendo espada, el prisionero sintió que le faltaba el valor y apenas fué capaz de hablar (1).

La noticia de que Fuller se había hecho testigo de la Corona, que Crone había sido arrestado y que cartas importantes de Saint-Germain estaban en poder de Guillermo, cundió rápidamente por Londres, llevando el espanto á cuantos estaban complicados en el movimiento (2). Era cierto que la declaración de un testigo, aun cuando hubiera sido más respetable que Fuller, no bastaba legalmente para acusar á nadie de alta traición. Pero Fuller se había arreglado de manera de poder presentar varios testigos que corroborasen su declaración contra Crone; y si Crone, ante el terror de la muerte, imitaba el ejemplo de Fuller, las cabezas de todos los jefes de la conspira-

(1) *Vida de Fuller* por él mismo.

(2) *Diario de Clarendon*, marzo 6, 1690; *Diario de Narciso Luttrell.*

ción estarían á merced del Gobierno. Los jacobitas, sin embargo, se reanimaron al saber que Crone, aunque interrogado repetidas veces por los que le tenían en su poder, y no obstante asegurarle que sólo una franca confesión podría salvarle la vida, había continuado guardando obstinado silencio. Faltaba ver qué efecto producía en él el veredicto de culpabilidad y la inmediata perspectiva de la horca. Sus cómplices no querían de ningún modo someter su fortaleza á tan dura prueba. Emplearon, pues, gran número de artificios, legales é ilegales, para evitar que fuera declarado culpable. Confióse á una mujer llamada Clifford, con quien había vivido el acusado y que era uno de los agentes más activos y sagaces del partido jacobita, la misión de hacer que se mantuviera fiel á la causa y de prestarle servicios ante los cuales retrocederían agentes más escrupulosos ó más tímidos. Cuando llegó el día temido, Fuller estaba muy enfermo y no pudo presentarse en el lugar de los testigos, y el juicio fué, por lo tanto, aplazado. Fuller aseguraba que su enfermedad no era natural; que le habían administrado una droga nociva en un plato de potaje, que tenía las uñas descoloridas, que se le caía el pelo y que médicos entendidos habían declarado que estaba envenenado. Pero semejantes historias, aun teniendo por fundamento autoridades mucho más respetables que la de Fuller, deben ser acogidas con gran desconfianza.

Mientras Crone aguardaba su sentencia, otro agente de la corte de Saint Germain, llamado Tempest, era cogido en el camino de Dover á Londres, y se le encontraban numerosas cartas dirigidas á descontentos de Inglaterra (1). Cada día se veía con más claridad

(1) *Diario de Clarendon*, mayo 10, 1690.

que rodeaban al Estado multitud de peligros; y sin embargo, era absolutamente necesario que, en tales circunstancias, el hábil é intrépido Jefe del Estado abandonara su puesto.

XLVI.

Difícil situación de Guillermo.

Guillermo, lleno de dolorosa ansiedad, que sólo él hubiera podido ocultar bajo un exterior de indiferencia estoica, se dispuso á partir. María era víctima de horrible angustia, y su pena afectaba á Guillermo más de lo que imaginaban los que juzgaban del corazón del Rey por su semblante (1). Sabía además que la iba á dejar rodeada de dificultades con que no estaba acostumbrada á luchar. A cada momento necesitaría consejos prudentes y honrados. ¿Y quién había de dárselos? Entre sus servidores había ciertamente muchos hombres de talento y algunos hombres honrados. Pero, aun estando él presente, las animosidades políticas y personales que los separaban habían hecho con frecuencia inútiles para él sus talentos y sus virtudes. ¿Qué probabilidad había, pues, de que la bondadosa María pudiera enfrenar aquel espíritu de partido y aquella emulación que tan difícilmente había podido tener á raya su resuelto y sagaz esposo? Si el Gabinete interior que debía ayudar á la Reina se componía exclusivamente de whigs ó de tories, la mitad de la nación se mostraría disgustada. Sin em-

(1) Escribía á Portland: «Je plains la povre reine, qui est en des terribles afflictions.»

bargo, si se mezclaban whigs y torics, era seguro que la disensión sería constante. La situación de Guillermo era tal, que no podía elegir sino entre males distintos.

XLVII.

Conducta de Shrewsbury.

La conducta de Shrewsbury vino á acrecentar todas estas dificultades. El carácter de este hombre se presta á un estudio curioso. Parecía ser el favorito mimado de la naturaleza y de la fortuna. Ilustre nacimiento, elevado rango, pingüe hacienda, bellas cualidades, extensos conocimientos, persona agradable, maneras singularmente agraciadas y amables, se habían unido en él para hacerle objeto de admiración y envidia. Pero con todas estas ventajas tenía algunas peculiaridades intelectuales y morales que le hacían tormento de sí mismo y de cuantos le rodeaban. Su conducta en tiempo de la Revolución había dado al mundo alta idea, no sólo de su patriotismo, sino también de su valor, energía y decisión. Parecía, sin embargo, que el entusiasmo de la juventud y la satisfacción que producen la pública simpatía y aplauso le habían colocado en aquella ocasión por encima de sí mismo. Apenas se encuentra parte alguna de su vida que esté en relación con aquel espléndido comienzo. No bien fué nombrado secretario de Estado cuando se vió que no tenían sus nervios resistencia bastante para aquel puesto. El trabajo diario, la grave responsabilidad, los fracasos, las mortificaciones, las censuras que son inseparables del poder, quebrantaron su

spíritu, agriaron su carácter é hicieron mella en su
lud. Para las naturalezas como la suya, el firme
poyo que dan las profundas creencias religiosas pa-
ce ser de especial necesidad; y desgraciadamente,
hrewsbury, en el momento de sacudir el yugo de
quella superstición en que había sido educado, se li-
ó también de lazos más saludables, que hubieran,
l vez, podido sujetar su débil espíritu á la lealtad y
onradez: Privado de semejante apoyo, era, con sus
randes cualidades, un ser débil, y aunque dotado
e muchas prendas que le hacían amable y simpá-
co, no podía decirse que fuera un hombre honrado.
ara su propia felicidad, debiera haber sido mucho
ás bueno ó mucho más malo. Tal como era, no co-
oció nunca ni la noble paz del espíritu que es re-
ompensa de la rectitud, ni aquella abyecta paz del
spíritu que engendran el cinismo y la insensibili-
ad. Pocos, cediendo tan fácilmente á la tentación,
an tenido que sufrir tan cruelmente por los remor-
mientos y la vergüenza.

Para un hombre de este carácter, el puesto de mi-
istro del Estado, durante el año que siguió á la re-
olución, debe haber sido una tortura constante. Las
ficultades que por todas partes rodeaban al Go-
erno, la malicia de los enemigos, la indiscreta con-
ucta de los amigos, la virulencia con que se ataca-
an las hostiles facciones y se arrojaban sobre todo
ediador que intentaba separarlas, hubieran desalen-
do ciertamente á espíritus más animosos. Aun no
evaba seis meses en el poder, y ya había perdido
hrewsbury completamente el corazón y la cabeza.
mpezó á escribir cartas á Guillermo, que difícil-
ente se concibe que un príncipe de entendimiento
n poderoso haya podido leer sin sentir á un tiempo
ompasión y desprecio. «Conozco—tal era siempre el

contenido de estas epístolas—que no sirvo para este puesto. No puedo hacer más. No soy el mismo hombre que hace seis meses. Mi salud se resiente, mi espíritu está en constante sufrimiento, he perdido la memoria; sólo la tranquilidad y el retiro podrán restablecerme.» Guillermo le mandaba respuestas amistosas y consoladoras, y por algún tiempo lograba así calmar el alterado espíritu de su ministro (1). Pero, al fin, la disolución del Parlamento, las elecciones generales, los cambios en el personal de jueces de paz y de lugartenientes, y, finalmente, los debates sobre los dos bills de abjuración, pusieron á Shrewsbury en un estado casi de locura. Estaba irritado contra los whigs por su conducta con el Rey, y, sin embargo, estaba todavía más irritado con el Rey por mostrar favor á los toríes. No se sabe con exactitud en qué momento, y por virtud de qué influencia, se dejó inducir el infeliz á cometer una traición cuyo recuerdo envolvió en negra sombra todo el resto de sus días. Pero es muy probable que su madre, que aunque era la mujer más depravada tenía gran poder sobre él, se aprovechara fatalmente de alguna hora de imprevisión en que su hijo estaba irritado porque no se adoptaban sus consejos y eran preferidos los de Danby y Nottingham. Ella seguía formando parte de aquella Iglesia que su hijo había abandonado, y tal vez había creído que al apartarle de la rebelión reparaba, en parte, la violación del voto nupcial y el asesinato de su esposo (2). Lo que no ofrece duda es

(1) Véanse las Cartas de Shrewsbury en la *Correspondencia de Coxe*, part. I, cap. I.

(2) Que Lady Shrewsbury era jacobita, y que hizo cuanto pudo porque su hijo lo fuera, resulta con certidumbre del *Paper of May*, 1691, de Lloyd, que se halla en los MSS. Nairne y ha sido impreso por Macpherson.

que antes de terminar la primavera de 1690, Shrewsbury había ofrecido sus servicios á Jacobo, y Jacobo los había aceptado. Se le pidió una prueba de la sinceridad de su conversión. Era preciso que renunciara los sellos que había recibido de manos del usurpador (1). Es probable que apenas habría Shrewsbury cometido su falta, cuando empezó á arrepentirse de ella. Pero no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para detenerse en el camino del mal. Acusándose de su propia bajeza, temiendo que se descubriera lo que había de ser fatal á su honor, temeroso de ir más adelante, temeroso de volverse atrás, sufrió tales tormentos, que no es posible pensar en ellos sin conmiseración. La verdadera causa de su angustia era todavía un profundo secreto; pero sus luchas mentales y su indecisión eran generalmente conocidas, y sirvieron de tema á las conversaciones de la ciudad durante algunas semanas. Una noche que, presa de gran excitación, se dirigía á palacio con los sellos en la mano decidido á entregarlos, Burnet le indujo á retardar su renuncia por algunas horas. Pocos días después, Tillotson empleó su elocuencia con igual propósito (2). Tres ó cuatro veces había puesto el Conde el distintivo de su cargo sobre la mesa del gabinete del Rey, y otras tantas, cediendo á las bondadosas observaciones del amo á quien tenía conciencia de haber engañado, las había recogido de nuevo. De este modo

(1) Esto resulta probado por algunas palabras de un documento que en noviembre de 1692 presentó Jacobo al Gobierno francés. «Il y a—dice—le Comte de Shrusbery, qui, étant Secrétaire d'Etat du Prince d'Orange, s'est défait de sa charge par mon ordre.» En el archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia existe una copia de este importantísimo documento. En los MSS. Nairne, en la Biblioteca Bodleiana, hay otra. En la colección de Macpherson se hallará una traducción inglesa.

(2) Burnet, II, 45.

se había ido aplazando su renuncia hasta la víspera de la partida del Rey. Por aquel tiempo, el estado de continua agitación había producido en Shrewsbury una fiebre lenta. Bentinck, que hizo el último esfuerzo para persuadirle á continuar en su cargo, le encontró en el lecho y tan enfermo, que no pudo seguir la conversación (1). La renuncia tantas veces presentada fué aceptada finalmente; y por espacio de algunos meses, Nottingham fué el único secretario de Estado.

XLVIII.

El Consejo de los Nueve.

No contribuía poco á aumentar las inquietudes de Guillermo que en tal momento viniera esta defección á debilitar su Gobierno. Trató, sin embargo, de hacer lo posible con los materiales que le quedaban, y eligió, finalmente, nueve consejeros privados, por cuya opinión se debía guiar María. Cuatro de éstos, Devonshire, Dorset, Mommouth y Eduardo Russell, eran whigs. Los otros cinco, Caermarthen, Pembroke, Nottingham, Marlborough y Lowther, eran toríes (2).

Guillermo ordenó á los nueve que le aguardaran en

(1) Shrewsbury á Somers, set. 22, 1697.

(2) En los *State Poems* (tom. II, pág. 211) se hallará una composición que algún editor ignorante ha titulado: «Sátira escrita cuando el R— marchó á Flandes y dejó nueve lores justicias.» Tengo un ejemplar manuscrito de esta sátira, contemporánea á todas luces, y fechada en 1690. Resulta evidente, al primer golpe de vista, que las nueve personas satirizadas son los nueve miembros del Consejo interior nombrado por Guillermo para que auxiliara á María mientras él estaba en Irlanda. Algunos de los consejeros no fueron nunca lores justicias.

el despacho del Secretario de Estado. Cuando estuvieron reunidos, entró acompañado de la Reina, les hizo tomar asiento y les dirigió algunas palabras de grave importancia. «La Reina—dijo—no tiene experiencia; pero creo que al haberos elegido para sus consejeros he suplido ese defecto. En vuestras manos pongo mi reino. Ningún asunto exterior ni interior será secreto para vosotros. Yo os suplico que seáis diligentes y marchéis unidos» (1). En secreto dijo á su esposa lo que pensaba de cada uno de los nueve; y de las cartas que ella le escribió podría deducirse que había muy pocos á quien manifestara gran estima. Marlborough debía guiarla en los asuntos militares y tener el mando de las tropas en Inglaterra. Russell, que era almirante de la bandera azul (2), y que había sido recompensado por sus servicios en tiempo de la revolución con el lucrativo empleo de tesorero de la Armada, era muy adecuado para aconsejarla en todas las cuestiones relativas á la marina. Pero Caermarthen era designado como la persona en quien, caso de haber diferencia de opinión en el Consejo, debía principalmente confiar. La sagacidad y experiencia de Caermanthen eran incuestionables. Su moral no era, en verdad, muy severa; pero si alguna persona había á quien él pudiera ser fiel, esa persona era María. Durante largo tiempo había sido, en cierto modo, su amigo y servidor, había conseguido lugar eminente en su favor negociando su matrimonio y en la Convención había llevado su celo por los inte-

(1) De una relación escrita por Lowther, que se halla en los MSS. Mackintosh.

(2) En Inglaterra hay tres almirantes, con sus respectivos vicealmirantes y contraalmirantes, que por el color de la bandera que les sirve de distintivo, se llaman almirante de la *Blanca*, de la *Roja* y de la *Azul*.—N. del T.

reses de María hasta un punto que ella misma había calificado de excesivo. Había, pues, muchas razones para creer que la serviría en estas críticas circunstancias con sincero buen deseo (1).

XLIX.

Conducta de Clarendon.

Por otra parte, uno de sus más próximos parientes era uno de sus mayores enemigos. Los testimonios que poseía el Gobierno demostraban, sin dejar lugar á duda, que Clarendon estaba muy comprometido en los planes de insurrección de los jacobitas. Pero la Reina tenía gran empeño en que no se persiguiera á su pariente; y Guillermo, recordando los vínculos que por él había roto María y los reproches á que se había expuesto, le concedió de buen grado la vida y la libertad de su tío. Pero antes de salir para Irlanda habló seriamente con Rochester: «Vuestro hermano ha estado conspirando contra mí. Estoy seguro de ello. Tengo pruebas de su puño y letra. Me instaron á que lo exceptuara del acta de Gracia; pero no quise hacer lo que tanto hubiera apenado á la Reina. Por ella, perdono lo pasado, pero milord Clarendon hará bien en tener precaución para lo futuro. De no hacerlo así, tendrá ocasión de convencerse de que con estas cosas no se juega.» Rochester comunicó á Clarendon la advertencia. Clarendon, que estaba en continua correspondencia con Dublín y con Saint-Germain, protestó que su único deseo era vivir tranquilo, y que si bien

(1) Véanse las *Cartas de María á Guillermo*, publicadas por Dalrymple.

tenía algún escrúpulo respecto á los juramentos, no tendría el Gobierno existente súbdito más fiel en lo sucesivo (1).

L.

Penn obligado á prestar fianza.

Entre las cartas interceptadas por el Gobierno había una de Jacobo á Penn. Esta carta no era ciertamente prueba legal para demostrar que la persona á quien iba dirigida era reo de alta traición; pero engendró sospechas que, según hoy sabemos, eran bien fundadas. Penn compareció ante el Consejo Privado, donde se le interrogó. Dijo, con mucha razón, que él no podía impedir que le escribieran y que no era responsable de lo que le pudieran decir. Reconocía que le ligaban con el Rey anterior vínculos de gratitud y afecto que ningún cambio de fortuna podría romper. «Me alegraría mucho de poderle prestar cualquier servicio en sus asuntos particulares; pero tengo un deber sagrado con mi país, y, por tanto, nunca cometí la maldad de pensar siquiera en hacerle volver.» Esto era una falsedad, y Guillermo probablemente lo sabía. No quiso, sin embargo, mostrarse cruel con quien tantos títulos tenía á ser respetado, y el cual, además, no tenía trazas de conspirador muy formidable. El Rey, pues, se dió por satisfecho y propuso que se diera libertad al preso. Algunos consejeros privados objetaron á esta determinación, y Penn fué obligado á prestar fianza (2).

(1) *Diario de Clarendon*, mayo 30, 1690.
(2) Gerard Croese.

LI.

Entrevista de Guillermo y Burnet.

La víspera del día designado para su viaje llamó Guillermo á Burnet á su gabinete, y en lenguaje firme, aunque triste, le habló de los peligros que de todas partes amenazaban al reino, de la furia de las hostiles facciones y del mal espíritu de que parecían poseídos gran número de individuos del clero. «Pero yo tengo confianza en Dios y terminaré mi obra ó pereceré en la demanda. Solamente no puedo menos de sentirlo por la pobre Reina.» (Y dos veces repitió con inusitada ternura «la pobre Reina».) «Si me amáis,—añadió,—no os apartéis de su lado y ayudadla en cuanto podáis. En cuanto á mí, á no ser por una cosa, me alegraría la idea de verme á caballo y en el campamento. Porque estoy seguro de que sirvo mejor para dirigir una campaña que para manejar vuestras Cámaras de Lores y Comunes. Pero aun cuando sé que este es mi deber, es cosa triste para mi esposa que su padre y yo hayamos de encontrarnos en el campo. Haga Dios que no le suceda á él ningún daño. No me olvidéis, doctor, en vuestras oraciones.» Burnet se retiró muy conmovido, y á no dudar, rezó con no común fervor las oraciones que su amo le pedía (1).

(1) Burnet, II, 46.

LII.

Sale Guillermo para Irlanda.

Al día siguiente, 4 de junio, salió el Rey para Irlanda. El príncipe Jorge había ofrecido sus servicios, se había equipado á gran costa y tenía muchas esperanzas de que el Rey le obsequiaría con un asiento en su coche. Pero Guillermo, que no esperaba sacar gran placer ni provecho de la conversación de S. A. R., y que rara vez se paraba en ceremonias, eligió á Portland para compañero de viaje, y ni una sola vez durante toda aquella importante campaña pareció sabedor de que el Príncipe existía (1). Jorge, si á él lo hubieran dejado, no hubiera advertido siquiera el insulto. Pero si él era muy torpe para sentir, su esposa sentía por él, y avivaban estudiadamente su enojo intrigantes de habilidad consumada. En esta como en otras muchas ocasiones, los defectos de carácter de Guillermo fueron seriamente perjudiciales á los grandes intereses cuya custodia le estaba confiada. Su reinado hubiera sido mucho más próspero si, juntamente con su valor, capacidad y elevación de miras, hubiera tenido un poco del fácil buen humor y cortesía de su tío Carlos.

En cuatro días llegó el Rey á Chester, donde una escuadra de trasportes estaba aguardando la señal para hacerse á la vela. Se embarcó el 11 de junio,

(1) *Vindicación de la Duquesa de Marlborough.*

siendo escoltado en el paso del canal de San Jorge por una escuadrilla de navíos de guerra al mando de sir Cloudesley Shovel (1).

LIII.

Proceso de Crone.

El mes que siguió á la partida de Guillermo de Londres fué uno de los más fecundos en acontecimientos y llenos de ansiedad de toda la historia de Inglaterra. Pocas horas después de haber partido el Rey, Crone fué llevado á la barra del Tribunal de Old Bailey. Había en el banco gran número de jueces. Fuller se encontraba con fuerzas para presentarse en el tribunal, y el proceso comenzó. Los jacobitas habían hecho infatigables esfuerzos para cerciorarse de la opiniones políticas de las personas cuyos nombres figuraban en la lista del jurado. Tantos fueron recusados, que costó algún trabajo reunir los doce que se requerían; y entre estos doce había uno en quien los descontentos creían poder fiar. Y no se equivocaban del todo; porque éste, en efecto, resistió á sus once compañeros durante toda la noche y la mitad del otro día, y probablemente les hubiera obligado á someterse por hambre á no haber sido sorprendida Mrs. Clifford, que estaba en connivencia con él, arrojándole confituras por una ventana. Viendo que le habían cortado los víveres, cedió; y entonces el jurado dió un veredicto de culpabilidad que, á lo que se dijo, costó la vida á

(1) *London Gazette*, núms. de junio 5, 12 y 16. 1698; Hop á los Estados Generales desde Chester. junio 9 (19). Hop acompañó á Guillermo á Irlanda como enviado de los Estados.

dos de sus individuos. Hízose inmediatamente una moción para que se detuviera el fallo, fundándose en que una palabra latina, puesta al dorso de la acusación, estaba mal escrita. La objeción era, indudablemente, frívola. Jeffreys la hubiera rechazado en el acto con un torrente de maldiciones, y hubiera pasado á la parte para él más agradable de su deber, ó sea describir al preso toda la operación de ser medio-ahorcado, de que le arrancaran las entrañas, lo mutilaran y lo descuartizaran. Pero Holt y sus colegas recordaron que esta era la primera vez, desde la revolución, que juzgaban á un acusado por delito de alta traición. Era, pues, necesario mostrar, de una manera que no dejara lugar á duda, que una nueva era había comenzado y que, en lo futuro, más bien pecarían los tribu nales de excesiva clemencia que no imitar el cruel apresuramiento y ligereza con que jueces serviles habían impuesto silencio á Cornish cuando trataba de defender su vida. La aprobación de la sentencia fué, por tanto, aplazada: se fijó un día para examinar el punto presentado por Crone, y se le nombró abogado defensor. «Esto, Mr. Crone, no se hubiera hecho en ninguno de los dos reinados anteriores;» —dijo el Lord Chief Justice de una manera significativa. Después de una larga sesión, el tribunal declaró por unanimidad que el error no tenía importancia; y el preso fué condenado á muerte. Crone declaró que se le había juzgado con toda justicia, dió gracias á los jueces por la paciencia que habían tenido y les suplicó que intercedieran por él con la Reina (1).

(1) *Diario de Clarendon*, junio 7 y 12, 1690; *Diario de Narciso Luttrell*; Baden, secretario de la Legación holandesa, á Van Citters, junio 10 (20); *Vida de Fuller* por él mismo; Welwood, *Mercurius Reformatus*, de 11 de junio, 1690.

Pronto se enteró de que en sus propias manos tenía su suerte El Gobierno consentía en perdonarle si él se ganaba el perdón confesándolo todo. La lucha de su espíritu fué terrible y dudosa. En una ocasión Mrs. Clifford, que tenía entrada en su calabozo, refirió á los jefes jacobitas que el reo era presa de una gran angustia. Decía que no podía morir; que era demasiado joven para sufrir el martirio (1). La mañana siguiente le encontró alegre y decidido (2). Resistió hasta la víspera del día fijado para su ejecución. Entonces pidió una entrevista con el Secretario de Estado. Nottinghan se dirigió á Newgate; pero antes de llegar, Crone había mudado de pensamiento y estaba resuelto á no decir nada. «Entonces—dijo Nottingham —ya no volveré á veros, porque mañana será seguramente vuestro último día.» Pero después de haberse ido Nottingham, Monmouth fué á la cárcel y se lisonjeó de haber vencido la firmeza del reo. A última hora de aquella noche se le concedió un plazo de una semana (3). Pasó la semana, sin embargo, y el reo no declaraba. La horca y el tajo estaban dispuestos en Tyburn: la rastra y el hacha aguardaban á la puerta de Newgate: la multitud se agolpaba en lo alto de Holborn Hill y á lo largo de Oxford Road, cuando un mensajero trajo un nuevo respiro, y Crone, en vez de ser arrastrado al lugar de la ejecución, fué conducido á la Cámara del Consejo, en Whitehall. Su fortaleza había sido vencida al fin por la proximidad de la muerte; y en esta ocasión hizo importantes revelaciones (4).

---

(1) *Diario de Clarendon*, junio 8, 1690.

(2) *Diario de Clarendon*, junio 10.

(3) Baden á Van Citters, junio 20 (30), 1690; *Diario de Clarendon*, junio 19; *Diario de Narciso Luttrell*.

(4) *Diario de Clarendon*, junio 25.

LIV.

Peligro de invasión é insurrección.—La escuadra de Tourville en la Mancha.

Las noticias que podía suministrar eran de mucha necesidad en aquel momento. Aguardábase de un instante á otro una invasión y una insurrección (1). Apenas había salido Guillermo de Londres, cuando una gran escuadra francesa, mandada por el Conde de Tourville, dejó el puerto de Brest y entró en el Canal Británico. Tourville era el mejor marino que poseía entonces su patria. Había estudiado todas las partes de su profesión. Decíase de él que era competente para ocupar todos los puestos que hay á bordo de un barco, desde carpintero hasta almirante. Decíase de él, también, que al indomable valor del marino unía la afabilidad y cortesía de un cumplido caballero (2). Dirigíase actualmente hacía la costa de Inglaterra, de la cual llegó á estar tan próximo que sus barcos se podían ver, sin esfuerzo, desde las murallas de Plymouth. Desde Plymouth siguió lentamente á lo largo de la costa de Devonshire y Dorsetshire. Había razones poderosas para temer que sus movimientos hubieran sido concertados con los descontentos ingleses (3).

La Reina y su Consejo se apresuraron á tomar medidas para la defensa del país contra los enemigos de

(1) *Diario de Narciso Luttrell.*

(2) *Memorias de Saint-Simon.*

(3) *London Gazette*, junio 26, 1690; Baden á Van Citters, junio 24 (julio 4).

dentro y de fuera. Torrington tomó el mando de la escuadra inglesa surta en las Dunas, y se hizo á la vela para Santa Elena. Allí se le unió una escuadrilla holandesa al mando de Evertsen. Parecía que los escollos de la isla de Wight iban á presenciar uno de los mayores combates navales que recuerda la historia. Desde la torre del vigía de Santa Catalina se podían contar ciento cincuenta navíos de línea. Al Este del terrible precipicio de Black Gang Chine, y completamente á la vista de las rocas cubiertas de rica vegetación de San Lorenzo y Ventnor, estaban formadas las fuerzas marítimas de Inglaterra y Holanda. Al Oeste, extendiéndose hasta aquel blanco cabo donde braman las olas entre las *Agujas*, estaba la armada de Francia.

LV.

Prisiones de personas sospechosas.

El 26 de junio, aun no cumplidas dos semanas desde que Guillermo había embarcado para Irlanda, tomaron estas posiciones las escuadras enemigas. Algunas horas antes el Consejo Privado había celebrado en Whitehall una sesión importante y llena de interés. Los descontentos que estaban en inteligencia con los de Francia estaban sobre aviso y muy animados. María había observado, al salir de paseo, que en Hyde Park pululaban en gran número. Todo el Consejo opinaba que era necesario prender á algunas personas de cuya culpabilidad tenía pruebas el Gobierno. Cuando se nombró á Clarendon, sir Henry Capel pronunció algunas palabras en defensa de su amigo

y pariente. Los otros consejeros se miraron llenos de asombro, pero permanecieron en silencio. No era tarea agradable acusar al pariente de la Reina estando ella presente. María casi nunca había despegado los labios en el Consejo; pero ahora, teniendo á la vista pruebas evidentes de la traición de su tío, escritas por él mismo, y sabiendo que el respeto que ella les inspiraba impedía á sus consejeros proponer lo que la pública seguridad exigía, rompió el silencio. «Sir Henry,—dijo,— yo sé, y los aquí presentes lo saben también como yo, que hay motivos muy poderosos para no permitir que lord Clarendon continue en libertad.» Se redactó el auto de prisión; y Capel lo firmó juntamente con los demás. «Lamento el suceso de lord Clarendon más de lo que tal vez se creerá,» escribía María á su marido. Aquella noche Clarendon y otros jacobitas muy conocidos fueron á dormir á la Torre (1).

LVI.

Recibe orden Torrington de presentar batalla á Tourville.

Cuando se separó el Consejo Privado, la Reina y el Consejo interior de los nueve tuvieron que examinar una cuestión de la más grave importancia. ¿Qué órdenes se debían enviar á Torrington? La seguridad del Estado dependía, tal vez, de su criterio y presencia de ánimo, y algunos de los consejeros de María temían que no estuviera el Almirante á la altura de

---

(1) María á Guillermo, junio 26, 1690; *Diario de Clarendon* en igual fecha; *Diario de Narciso Luttrell.*

las circunstancias. Aumentó la ansiedad de los consejeros cuando se recibió la noticia de que Torrington había abandonado la costa de la isla de Wight á los franceses, y que se retiraba delante de ellos hacia el estrecho de Dover. El sagaz Caermarthen y el emprendedor Monmouth estuvieron de acuerdo en censurar tan cautelosa táctica. Era verdad que Torrington no tenía tantos barcos como Tourville; pero Caermarthen creía que, dada la situación de las cosas, lo conveniente era pelear aun contra fuerzas mayores; y Monmouth, durante toda su vida, optó siempre por pelear, sin pararse á considerar las desventajas. Russell, que era indisputablemente uno de los mejores marinos de la época, sostenía que la disparidad de fuerzas no era tal que debiera causar la más leve inquietud á un general que mandase marinos ingleses y holandeses. Propuso, pues, que se enviase una reprensión al Almirante concebida en términos tan duros, que la Reina no quiso firmarla. Se dulcificó mucho el lenguaje; pero, en lo esencial, fué seguido el consejo de Russell. Torrington recibió orden terminante de no retirar más y de presentar batalla inmediatamente. Devonshire, sin embargo, aun no estaba satisfecho. «Es mi deber, señora,—decía—manifestar á V. M. con toda exactitud lo que pienso en un asunto de esta importancia; y yo creo que Milord Torrington no es persona á quien pueda fiarse la suerte de tres reinos.» Devonshire decía bien; pero sus colegas estaban unánimes en declarar que el suspender á un jefe á la vista del enemigo, y en vísperas de una acción general, era un paso muy peligroso; y tampoco puede decirse que les faltara razón. «No hay otro camino—dijo Russell—sino dejarle en su puesto ó traerlo aquí preso.» Indicáronse diferentes medios. Caermarthen propuso que fuera enviado Russell

para asistir á Torrington. Monmouth imploró con gran vehemencia que se le permitiera marchar á la escuadra de cualquier manera, como capitan ó como voluntario. «Dejadme tan sólo llegar á bordo, y apuesto la vida á que habrá batalla.» Después de muchas discusiones y vacilaciones, quedó resuelto que Russell y Monmouth salieran para la costa (1). Se pusieron en marcha, pero demasiado tarde. Habíales precedido el despacho en que se ordenaba á Torrington combatir. Le alcanzó ya fuera del Cabo de Beachy. Su lectura lo dejó en gran perplejidad. No dar la batalla, era hacerse reo de desobediencia. Dar la batalla era, en su su opinión, correr grave riesgo de ser derrotado. Sospechó, tal vez, porque era de carácter envidioso y suspicaz, que las instrucciones que le colocaban en tan terrible dilema habían sido dictadas por enemigos y rivales con designio poco favorable á su fortuna y á su fama. Le exasperaba la idea de estar mandado y gobernado por Russell, el cual, aunque era de graduación inferior, ejercía, como individuo del Consejo de los nueve, inspección superior en todos los departamentos del servicio público. No parece que haya motivo para acusar á Torrington de deslealtad. Menos todavía puede sospecharse que un oficial que había pasado toda la vida arrostrando el peligro, y que siempre se había portado con denuedo, careciera del valor personal que poseían centenares de marineros de los buques de su mando. Pero hay un valor más alto, del cual Torrington carecía por completo. Retrocedía ante toda responsabilidad, ante la responsabilidad de pelear y la responsabilidad de no pelear, y consiguió encontrar un camino intermedio que reunía todos los inconvenientes que trataba de evitar.

(1) María á Guillermo, junio 28 y julio 2, 1690.

Él se ajustaría á la letra de sus instrucciones, pero no lo jugaría todo á un azar. Algunos de sus barcos escaramucearían con el enemigo; pero no arriesgaría el núcleo principal de la escuadra. Era evidente que los barcos que atacaran á los franceses se encontrarían en situación muy peligrosa y tendrían que sufrir muchas pérdidas; y hay muy buenas razones para creer que Torrington cometió la bajeza de trazar sus planes de manera que el peligro y las pérdidas recayeran, casi exclusivamente, en los holandeses. Él no los quería bien; y en Inglaterra eran tan impopulares, que la destrucción de toda su escuadrilla causaría probablemente menos murmullos que la captura de una de nuestras fragatas.

LVII.

Batalla del Cabo de Beachy.

El 29 de junio fué cuando el Almirante recibió la orden de pelear. Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, marchó sobre la escuadra francesa y formó sus barcos en orden de batalla. No llegaban á sesenta sus navíos de línea, y los franceses tenían lo menos ochenta; pero sus barcos estaban mejor armados que los del enemigo. Puso á los holandeses en la vanguardia y les dió la señal de acometer. La señal fué obedecida inmediatamente. Evertsen y sus compatriotas pelearon con un valor al cual, tanto los ingleses, sus aliados, como sus enemigos los franceses, á pesar de las preocupaciones nacionales, hicieron completa justicia. En ninguna de las batallas de Van Tromp ni De Ruyter había sido tan valerosamente defendido el

honor de la bandera bátava. Durante muchos horas sostuvo la vanguardia la desigual contienda con muy escasa ayuda del resto de la flota. Al fin el Almirante holandés se retiró, dejando en poder del enemigo un casco destrozado y desarbolado. Su segundo en el mando y algunos oficiales de alta graduación habían sido muertos. Resistir á los franceses después de esta desastrosa é ignominiosa acción era imposible. Los barcos holandeses que habían salido de la batalla se encontraban en situación lamentable. Torrington hizo destruir algunos de ellos. Los demás los llevó á remolque: entonces huyó á lo largo de la costa de Kent y buscó refugio en el Támesis. Tan pronto se encontró en el río, mandó levantar todas las boyas, y de este modo hizo la navegación tan peligrosa, que sus perseguidores no se atrevieron á seguirle (1).

Muchos creyeron, sin embargo, y especialmente los ministros franceses, que si Tourville hubiera sido más arriesgado podía haber destruído la escuadra aliada.

---

(1) *Informe de los Comisarios del Almirantazgo á la Reina*, fechado en Sheerness, julio 18, 1690; Declaraciónes de los capitanes Cornwall, Jones, Martin y Hubbard, y del vicealmirante Delaval; Burnet, II, 52, y la nota del Presidente Onslow; *Mémoires du Maréchal de Tourville*; *Memoirs of Transactions at Sea*, por Josiah Barchett, Esq. Secretario del Almirantazgo, 1703; *London Gazette*, 3 de julio; *Historical and Political Mercury*, de julio de 1690; María á Guillermo, julio 2; Torrington á Caermarthen, julio 1. La descripción de la batalla, publicada en la *Gaceta de París* de 15 de julio de 1690, no se puede leer sin rubor: «On a sceu que les Hollandois s'estoient tres bien battus, et qu'ils s'estoient comportez en cette occasion en braves gens; mais que les Anglois n'en avoient pas agi de meme.» En la relación oficial francesa de la batalla del Cabo Bevézier—extravagante corrupción de Pevensey—hay algunos pasajes en igual sentido: «Les Hollandois combattirent avec beaucoup de courage et de fermeté; mais ils ne furent pas bien secondez par les Anglois.» «Les Anglois se distinguérent des vaisseaux de Hollande par le peu de valeur qu'ils montrerent dans le combat.»

Parece que en un respecto tenía gran semejanza con su vencido contrario. Aunque valiente como hombre, era tímido como general. Exponía su vida con alegre indiferencia; pero se decía que era precavido hasta el temor, y en extremo irresoluto, cuando estaba en peligro su reputación profesional. De tal modo le irritaron estas censuras, que poco después llegó á ser, para desgracia de su país, arriesgado hasta la temeridad (1).

LVIII.

Alarma en Londres.—Batalla de Fleurus.

Nunca tal vez había visto Londres día tan triste como aquel en que se tuvo noticia de la batalla del Cabo de Beachy. La vergüenza era intolerable; el peligro era inminente. ¿Y si el enemigo victorioso hacía lo que De Ruyter? ¿Y si otra vez eran destruídos los arsenales de Chatham? ¿Y si la misma Torre era bombardeada? ¿Y si pegaban fuego al gran bosque de mástiles y vergas que se agrupaban debajo del puente de Londres? Y aun esto no era todo. Acababan de recibirse malas noticias de los Países Bajos. Las fuerzas de los aliados mandadas por Waldeck habían encontrado en las cercanías de Fleurus á los franceses mandados por el Duque de Luxemburgo. La lucha había sido larga y terriblemente encarnizada. Por último, la pericia del general francés y el impetuoso valor de la caballería francesa habían prevalecido (2). De este

(1) *Vida de Jacobo*, II, 408; Burnet, II, 5.

(2) *London Gazette*, junio 30, 1690; *Historical and Political Mercury* de julio, 1690.

modo el ejército de Luis XIV era victorioso en Flandes, y su armada poseía, sin que nadie se lo disputara, el Canal de la Mancha. El mariscal Humiéres, con un ejército considerable, se encontraba á corta distancia del estrecho de Dover. Habíase dicho públicamente que iba á incorporarse al Duque de Luxemburgo. Pero las noticias que recibió el Gobierno inglés de militares entendidos de los Países Bajos y de los espías que andaban entre los jacobitas, y que á tan gran maestro del arte de la guerra como era Marlborough parecían muy dignas de atención, eran que el ejército de Humieres marcharía inmediatamente á Dunkerke, y allí se embarcaría en la escuadra de Tourville (1). Entre la costa de Artois y el Nore no podía aventurarse un solo barco que llevara la roja cruz de San Jorge. El embarcar las fuerzas sería cosa de pocas horas. Algunas horas bastarían para el viaje. En cualquier momento podía llevar el espanto á Londres la noticia de que treinta mil veteranos franceses estaban en Kent, y que los jacobitas de la mitad de los condados del reino se habían levantado en armas. Todas las tropas regulares que podían reunirse para la defensa de la isla no excedían de diez mil hombres. Es dudoso que haya pasado jamás nuestro país por crisis más alarmante que la de la primera semana de julio de 1690.

(1) Nottingham á Guillermo, julio 15, 1690.

LIX.

Actitud de la nación.

Pero el mismo mal trajo consigo el remedio. Mal conocían á Inglaterra los que imaginaban que podía hallarse al mismo tiempo en peligro de rebelión é invasión; porque, en verdad, el peligro de invasión era la mejor seguridad contra el peligro de rebelión. La causa de Jacobo era la causa de Francia, y aun cuando á observadores superficiales pueda parecer que la alianza francesa era su principal apoyo, naturalmente fué el obstáculo que hizo imposib'e su restauración. En el patriotismo, en el casi siempre antipático y antisocial patriotismo de nuestros antepasados, está el secretc de la debilidad de Guillermo y también de su fuerza. Estaban celoso de su amor á Holanda; pero cordialmente simpatizaban con su odio á Luis XIV. A su fuerte sentimiento de nacionalidad han de atribuirse casi todas aquellas pequeñas dificultades que hicieron del trono del libertador, desde su advenimiento hasta su muerte, lugar tan incómodo. Pero al mismo sentimiento hay que atribuir que su trono, constantemente amenazado y muchas veces conmovido, no fuera derribado jamás. Porque, si bien el pueblo detestaba mucho á sus favoritos extranjeros, detestaba todavía más á sus extranejros adversarios. Los holandeses eran protestantes: los franceses eran católicos. Los holandeses eran mirados como aliados egoístas, codiciosos, astutos: los franceses eran enemigos mortales. Lo más que podía temerse de los holandeses era que obtuvieran participación excesiva en el pa-

tronato de la Corona; que echarán sobre nosotros parte demasiado grande de las cargas de la guerra; que obtuvieran ventajas comerciales á nuestra costa. Pero los franceses nos conquistarían; los franceses nos esclavizarían; los franceses nos harían sufrir calamidades tan grandes como las que habían convertido los hermosos campos y ciudades del Palatinado en un desierto. Los campos de lúpulo de Kent serían como los viñedos de Neckar. La calle mayor de Oxford y el atrio de Salisbury se convertirían en un montón de ruinas, como los que cubrían los sitios donde un tiempo se habían alzado los templos y palacios de Heidelberg y Manheim. La casa del párroco, á la sombra del viejo campanario; la granja que sobresale entre las colmenas y las ramas de los manzanos; la casa solariega sepultada entre los olmos, serían entregadas á una soldadesca que no sabía compadecer á los ancianos, ni á las débiles mujeres, ni á los niños de pecho. Estas palabras: «que vienen los franceses,» obrando como un talismán, acabaron en un punto con todos los murmullos contra los impuestos y abusos, contra las bruscas maneras de Guillermo y los lucrativos empleos de Portland, y dieron origen á un espíritu tan levantado é indomable, como el que se había apoderado cien años antes de las tropas que Isabel revistó en Tilbury. Si el ejército de Humieres hubiera desembarcado, le hubieran resistido seguramente casi todos los varones capaces de empuñar las armas. No sólo los mosquetes y las picas, pero las guadañas y las horcas no hubieran bastado para los cientos de millares que, olvidando toda distinción de secta ó partido, se hubieran levantado como un solo hombre á defender el suelo de Inglaterra.

El efecto inmediato, por tanto, de los desastres del Canal y de Flandes, fue unir por un momento la

gran mayoría del pueblo. La antipatía nacional á los holandeses parecía estar en suspenso. Su valerosa conducta en la batalla del Cabo de Beachy era altamente aplaudida. La inacción de Torrington era no menos altamente condenada. Londres dió el ejemplo de la unión y de la defensa. La irritación producida por las últimas elecciones cesó de pronto. Todas las distinciones de partido desaparecieron. El Lord Mayor fué llamado por la Reina, la cual le pidió que se enterase lo más pronto posible de lo que podría hacer la capital si el enemigo intentaba un desembarco. El Lord Mayor convocó á los representantes de los distritos en que se dividía la capital, conferenció con ellos y volvió á Whitehall á referir que se habían comprometido unánimemente á defender al Gobierno con la vida y la hacienda; que estaban prontos á entregar en el Tesoro cien mil libras; que diez mil londonenses bien armados y equipados estaban dispuestos á marchar en término de una hora, y que una fuerza adicional, compuesta de seis regimientos de infantería, un fuerte regimiento de caballería y mil dragones, sería organizada en el acto sin costar nada á la Corona. Lo único que la City tenía que pedir á S. M., era que se dignase encargar el mando de estas tropas á oficiales en quienes pudiera confiar. La misma actitud se notó en todo el país. Aunque en los condados meridionales estaba inmediata la recolección, los rústicos acudieron con inusitada alegría á las revistas de la milicia. Los caballeros del campo jacobitas, que durante varios meses habían estado haciendo preparativos para el levantamiento general que debía efectuarse tan pronto como se fuera Guillermo y llegaran socorros de Francia; ahora que Guillermo se había ido, ahora que de un momento á otro se aguardaba una invasión francesa,

quemaron sus despachos firmados por Jacobo, y ocultaron sus armas detrás de los frisos de madera ó en montones de heno. Los jacobitas de las ciudades eran insultados donde quiera que se presentaban, y se vieron obligados á encerrarse en sus casas por temor al exasperado populacho (1).

LX.

Conducta de Shrewsbury.

Nada más interesante para cuantos amen el estudio de los secretos del corazón humano que el efecto producido en Shrewsbury por el peligro público. Por un momento volvió á ser el Shrewsbury de 1688. Su carácter, lamentablemente mudable, no era innoble; y la idea de que presentándose en primera fila para defender á su país en crisis tan peligrosa podría reparar su gran falta y recobrar la estima de sí mismo, dió nueva energía á su cuerpo y á su espíritu. Se había retirado á Epsom, en la esperanza de que la tranquilidad y el aire puro producirían efecto saludable en su destruído cuerpo y lastimado espíritu. Pero pocas horas después de haber llegado la noticia de la batalla del Cabo de Beachy estaba en Whitehall, y había ofrecido su bolsa y su espada á la Reina. Se había pensado poner la escuadra al mando de algún gran aristócrata, acompañado de dos marinos experimentados que le aconsejaran. Shrewsbury pidió que si se hacía este arreglo se le nombrase á él. Importaba,

---

(1) Burnet, II, 53, 54; *Diario de Narciso Luttrell*, julio 7 y 11, 1690; *London Gazette*, julio 14, 1690.

dijo, al interés y al honor de cuantos estaban en el reino, el no permitir que el enemigo dominara victorioso en el Canal, y él arriesgaría con placer la vida por restaurar la perdida fama de la bandera inglesa (1).

No fué aceptado su ofrecimiento. Y en verdad, muy oportunamente se prescindió del plan de dividir el mando naval entre un hombre de alto rango que no conociera los puntos de la brújula y dos curtidos veteranos que desde grumetes hubieran llegado á almirantes. Hiciéronse activos esfuerzos para tener disponibles las escuadrillas aliadas. Nada se omitió de cuanto pudiera calmar el natural resentimiento de los holandeses. La Reina envió un consejero privado en misión especial á los Estados Generales. Era portador de una carta en que hacía grandes elogios del valor desplegado por la bizarra flotilla de Evertsen. Les aseguraba que sus barcos serían reparados en los arsenales ingleses, y que los holandeses heridos encontrarían asistencia tan esmerada como los ingleses. Se anunció que iba á abrirse una severa información acerca de las causas del desastre; y Torrington, que ciertamente no hubiera podido presentarse en público en aquellos momentos sin correr peligro de ser hecho pedazos, fué enviado á la Torre (2).

Durante los tres días que siguieron á la llegada de las desastrosas noticias del Cabo de Beachy, el aspecto de Londres era triste y agitado. Pero al cuarto día todo cambió. Repicaban las campanas; ondeaban las

---

(1) María á Guillermo, julio 3 y 10, 1690; Shrewsbury á Caermarthen, julio 15.

(2) María á los Estados Generales, julio 12; *Memorias de Burchett; An important Account of some remarkable Passages in the Life of Arthur, Earl of Torrington*, 1691.

banderas; el pueblo disponía las velas en las ventanas para la iluminación; en las calles, los hombres se daban la mano con entusiasmo. Aquella mañana había llegado un correo á Whitehall con grandes noticias de Irlanda.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

LIBRO TERCERO.

(CONTINUACIÓN.

CAPÍTULO CUARTO.

PÁGS.

CAPÍTULO QUINTO.

PÁGS.



